

En defensa del marxismo

Staff: Pablo Rieznik, Christian Rath, Osvaldo Coggiola, Martín López

Ediciones Rumbos

ayacucho@po.org.ar

Teléfono: (011) 4953-7164

Ayacucho 448, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

ISSN 2314-047X

Índice

Presentación	5
---------------------------	---

Situación nacional

Un desafío histórico para la izquierda revolucionaria Christian Rath & Pablo Rieznik	9
--	---

Mariano Ferreyra. La nueva etapa de la lucha Juan García	21
--	----

La bancarrota mundial del capitalismo

Resolución de la comisión internacional del XXI Congreso del Partido Obrero	33
--	----

La crisis capitalista (2007-2012) Osvaldo Coggiola	45
--	----

Un nuevo-viejo imperialismo Savas Michael-Matsas	71
--	----

España, la próxima Martín López	85
---	----

La cuestión energética, el petróleo y Petrobras Ildo Sauer	101
--	-----

Monografías

Conquistar al campesinado Guillermo Ramisch	123
---	-----

La huelga de Disney de 1941 Natalia González	155
--	-----

Críticas de libros

La historia “nacional y popular” Christian Rath	167
---	-----

Ni yanquis ni marxistas, ¡lacanianos! Michel Sauval	183
---	-----

Presentación

Esta nueva edición de *En Defensa del Marxismo* marca el relanzamiento de nuestra publicación luego de un hiato prolongado. La oportunidad es excepcional si se considera el carácter de la situación presente, en el país y en el mundo, como consecuencia de una crisis mundial de alcance sin precedentes. Está signada por una bancarrota del capital, que ahora se expresa en el derrumbe regímenes políticos en diversas y claves latitudes y en una tendencia a la rebelión popular que se extiende en la misma dimensión global.

Esta situación ha sido objeto de un debate de características muy especiales en el curso de la preparación del XXI Congreso del Partido Obrero, realizado algunas semanas atrás. Un debate que involucró no sólo a una extendida militancia, de una punta a la otra del país, sino que se desarrolló públicamente en diversas actividades. La publicación del libro *El ascenso de la izquierda* fue parte de este proceso, balance de la gran campaña realizada el año anterior, cuando encabezáramos la rica experiencia del Frente de Izquierda. La discusión congresal se desenvolvió de este modo como parte de un metabolismo vivo de intervención política en el contexto del agotamiento del mal llamado “modelo kirchnerista”. Un “modelo” improvisado en el debut de la crisis mundial, que se arrastra desde más de una década atrás y enfrenta límites insuperables.

Nuestro título de tapa, “Un desafío histórico”, alude precisamente a las conclusiones que emergen de ese Congreso tan particular en el convulsionado escenario de nuestro país y del mundo. Es el título que preside la divulgación en este número de nuestra revista de esas mismas conclusiones. Alguien dijo una vez que las definiciones se presentan al comienzo de los textos y se comprenden al final. Es nuestro propósito que el material que aquí presentamos cumpla con este mismo propósito: poner de relieve las diversas dimensiones del cuadro histórico que enfrenta el movimiento obrero, y de los explotados y la izquierda revolucionaria, protagonistas del “desafío” que marca un momento de viraje en la historia reciente.

Incluimos en este número, además, un análisis de la última etapa de la crisis mundial, escrito por Osvaldo Coggiola, y una caracterización sobre el alcance de esa misma crisis en uno de sus escenarios ahora más visibles: España, presente en el artículo de Martín López. La nota de Savas Matsas, a su turno, nos plantea de un modo polémico la actualidad del significado del imperialismo como la “última etapa del capitalismo”. Ildo Sauer, un destacado especialista en la cuestión energética, nos aporta una contribución sobre la historia de la explotación del petróleo y sobre las limitaciones insuperables de la política capitalista del gobierno brasileño en esta materia.

En otra sección de este número publicamos dos trabajos de carácter monográfico: Guillermo Ramish ahonda en el abordaje marxista sobre la cuestión agraria; Natalia González rescata un episodio poco conocido de la lucha de clases norteamericana: la huelga de trabajadores en el imperio industrial Disney durante los años cuarenta. Dos enjundiosas reseñas críticas completan esta edición: la de Christian Rath, sobre los

textos del historiador kirchnerista Norberto Galasso; y la de Michel Sauval, sobre un libro reciente de otro intelectual que pretende convertir a Lacan en fuente inspiradora de una retórica oficialista.

Hacemos llegar esta revista a nuestros lectores, finalmente, con una tapa que también es bandera. Allí está la foto de Mariano Ferreyra. Nuestro Mariano Ferreyra. Un homenaje y una lucha más presente que nunca. Juan García nos recuerda, en un artículo especial, la actual etapa de esa lucha por el juicio y castigo a los autores materiales e intelectuales de su asesinato.

Un desafío histórico para la izquierda revolucionaria

Christian Rath - Pablo Rieznik

El artículo que sigue expone las conclusiones fundamentales -actualizadas- del debate sobre la situación política nacional que culminara con la realización del XXI Congreso del Partido Obrero. Tales conclusiones, como señalamos en la presentación de este número, son el resultado de un amplio proceso de deliberación que involucró a la totalidad de sus militantes y que fuera también desenvuelto públicamente en diversas actividades a lo largo y ancho del país. En este mismo volumen el lector encontrará otro artículo que reproduce las conclusiones relativas a la situación planteada por la bancarrota capitalista en el ámbito que se extiende más allá de nuestras fronteras. En ambos casos, la responsabilidad por la edición de los textos, sometidos a la consideración de centenares de delegados en el Congreso, corresponde al Comité de redacción de En Defensa del Marxismo.

1. Lo que plantea la crisis del kirchnerismo

Los últimos acontecimientos políticos -ruptura con Moyano, enfrentamientos y aún amenazas de intervención contra gobernadores no disciplinados al ejecutivo, realineamientos y choques en la cúpula gobernante- marcan un principio de desintegración del gobierno actual. Una expresión de ello es la ruptura o los choques con buena parte de la burguesía nacional K que le sirvió de base de sustentación, como los Eskenazi, el Banco Macro, los Cirigliano o el grupo Midlin (Edenor). El régimen de arbitraje carece de los recursos para continuar gobernando como lo venía haciendo. Asistimos a una crisis sistémica que está liquidando las bases de sustentación política del oficialismo. Está planteada una crisis de poder. Un aspecto central de esta crisis es el principio de ruptura de la clase obrera con el gobierno al que votó en gran parte hace sólo ocho meses. Esta fractura abre una nueva etapa política en la clase obrera y en el país. La declinación del kirchnerismo como régimen de arbitraje deberá conducir a una polarización política. Se plantea objetivamente el desarrollo de un movimiento obrero real y la fusión del movimiento obrero con la izquierda revolucionaria. La fusión política y organizativa del socialismo con la clase obrera es la única salida realmente histórica. La construcción de “un instrumento político”, al margen del programa revolucionario y de la labor ya desarrollada por la izquierda revolucionaria en el movimiento obrero, sería una desviación política perjudicial para el desarrollo revolucionario.

La cuestión de un “rodrigazo” ha comenzado a plantearse, a partir de una crisis fiscal que tiende a acentuarse y de la crisis financiera internacional. La tentativa de la sintonía fina se estrelló en la estación de Once y puso de manifiesto la gigantesca estructura de subsidios que alimenta a un puñado de vaciadores capitalistas, así como al conjunto de la clase capitalista a partir de una reducción relativa de los salarios. La tentativa de ajustes contra los trabajadores estatales en las provincias se enfrentó tempranamente con los movimientos de lucha de Santa Cruz, Río Negro y otras provincias. El gobierno sigue pagando, al día de hoy, los aumentos salariales establecidos en las paritarias de las privatizadas. Al desastre ferroviario y petrolero, se ha sumado ahora el de las distribuidoras y generadoras de electricidad, que están virtualmente quebradas. El gobierno acaba de volver a establecer un programa de incentivos de mayores precios a la producción de las petroleras. Una liberación de tarifas golpearía sobre una inflación que ya alcanza al 30% anual.

Las medidas parciales de carácter intervencionista han conducido a un verdadero dislocamiento económico. El gobierno es consciente de que una brusca devaluación, combinada con la inflación en curso y la “corrección” de tarifas, configuraría un cuadro explosivo. Por eso, intenta frenarla con controles cambiarios. Pero esas restricciones han llevado a una paralización de la industria de la construcción y de la actividad inmobiliaria. Estos controles han agravado la fuga de capitales (retiro de depósitos, compra de títulos públicos para su reventa en el exterior). La recesión ya golpea a sectores fundamentales de la clase obrera, como los mecánicos de Córdoba, los obreros de la carne en varios puntos del país y de industrias alimenticias ligadas a la exportación. Las medidas contra el salario -impuestazos, pago en cuotas del aguinaldo, son un golpe al consumo popular, y agravarán la tendencia a la caída de la recaudación de impuestos y a una recesión industrial. El “boom” de precios de la soja financia al parasitismo de los privatizadores y especuladores financieros.

La descomposición económica en curso se expresa a través del órgano más sensible de la economía -la moneda- pero sus causas van mucho más allá de una “corrida cambiaria” y del corralito al dólar. Asistimos al derrumbe de la organización social montada por el kirchnerismo, algo que se puso de manifiesto brutalmente en ocasión del desastre de Once. Después del default de 2001/2002, el vaciamiento del Tesoro, del Banco Central y de la Anses financió, por un lado, el rescate de las privatizaciones menemistas; por el otro, ‘reconstruyó’ la hipoteca de la deuda externa. Hoy, estas dos cargas se han vuelto la medida de la crisis. Los subsidios a las privatizadas consumirán este año más de 80.000 millones de pesos. Pero después de Once, la pretensión de reemplazar estos subsidios por aumentos de tarifas comporta una crisis política, puesto que el pueblo debería bancar una red de servicios privatizados que están en ruinas. En cuanto a la deuda externa, los intereses y el capital a pagar en este año superan al saldo de la balanza comercial, y el panorama es aún más grave para los próximos años.

2. Crisis provinciales, crisis fiscales, crisis de poder

El gobierno ingresa en esta crisis sin los recursos fiscales que le permitieron arbitrar la de 2009. No es un secreto que el gobierno ha esperado cerrar las actuales paritarias para avanzar en los “ajustes”. Un aspecto central del momento político son las crisis provinciales, que colocan al gobierno en

choque con los gobernadores ligados al PJ. A diferencia de la Nación, las provincias no pueden enfrentar la crisis fiscal ni con emisión ni con la Anses, y el endeudamiento presenta características usurarias. Buenos Aires, que está en el epicentro de esta crisis, es sólo la expresión visible de un derrumbe en la organización económica y social del Estado. Dieciocho provincias presentan problemas de pagos con sus trabajadores y proveedores. Una crisis fiscal de este alcance, que revela la incapacidad del Estado capitalista para sostenerse a sí mismo, trata por sí sola a una crisis de poder, y un principio de desintegración nacional.

La decisión de limitar la asistencia financiera a las provincias es el telón de fondo de una gran fractura política. Asoma la amenaza de una intervención federal, o un golpe de mano destituyente en la provincia que fuera cuna política de los K. El Estado nacional se plantea una centralización financiera del tipo de la que Merkel quiere imponer a la zona euro.

En la crisis con Buenos Aires o Córdoba aparece la punta de lanza de un reagrupamiento más vasto, que se ha expresado en la negativa del presidente de la Corte y de varios gobernadores oficialistas a una reforma constitucional con reelección. Un reagrupamiento que incluye a una base empresarial que cuestiona la capacidad del gobierno para pilotear la crisis. Lavagna encabeza un planteo de recambio, que pasa por forzar al gobierno a aplicar un “rodrigazo”. Para responder a estas fracturas, el gobierno podría recurrir a un adelanto electoral o a un referéndum. El autodenominado kirchnerismo ‘progresista’ -que defiende a libro cerrado el ajuste oficial y la estatización de los sindicatos- ha salido a levantar la bandera de la reforma constitucional.

El colapso del modelo ha planteado una fractura y un escenario de choques al interior del bloque empresarial y político que venía sosteniendo al kirchnerismo. Es lo que ocurrió con Eskenazi y Repsol, en torno de la crisis energética; con Midlin en el caso Edenor, por el colapso eléctrico; con el Banco Macro o con Cirigiliano, como consecuencia del derrumbe del transporte público. Esta era la burguesía nacional que el gobierno quiso reconstruir, y con la que ahora entra en choque ante la evidencia de que se acabaron las cajas para financiar su esquema de negocios. En el plano de la crisis petrolera, los “cristinistas” quieren superar esta situación con una alianza directa con el gran capital internacional, y buscan un acuerdo con los grandes monopolios petroleros. Pero ese viraje deberá atravesar la prueba de un aumento de tarifas generalizado y el establecimiento de una política de normalización económica, que

asegure al gran capital el giro de utilidades y una estabilidad fiscal. El choque con la 'vieja' base empresarial del kirchnerismo puede conducir a una crisis de gabinete, que ya se ha insinuado con los sucesivos desplazamientos de De Vido.

A esta fractura se añade ahora el inicio de una nueva crisis con el capital agrario, a partir de tres factores: una caída de los precios internacionales, una suba de los costos y la aparición de un 'lobby' a favor de la devaluación del peso -que involucra también a fracciones de la burguesía industrial y que el gobierno pretende bloquear por medio del cepo cambiario. Una devaluación, sin embargo, entra en choque con la pretensión de ajustar las tarifas sin que esto conduzca a una hiperinflación. Un "rodrigazo" podría producirse, precisamente, bajo la presión combinada de un aumento de tarifas (dictado por la crisis fiscal) y de una devaluación, impuesta por el capital agrario e industrial sometido a las consecuencias de la crisis mundial.

La oposición capitalista reclama el tarifazo y la devaluación. El FAP de Binner ha lanzado la propuesta de un "gobierno de concertación", que debería convocar a un "Consejo Económico y Social". Se trata de un reconocimiento de una crisis de poder. Binner plantea desembozadamente una devaluación del peso. En cualquier caso, estos opositores deberán atravesar antes la experiencia de sus propios ajustes, como ya está ocurriendo con el gobierno de Bonfatti en Santa Fe.

Las elecciones que se avecinan ofrecen un fuerte campo de maniobras. Es el caso del frente que están tramitando en la Capital el FAP (Lozano) con Proyecto Sur (Solanas), mientras ese propio FAP sostiene sus alianzas con Juez -lobbista de las automotrices- o el radicalismo en Santa Fe.

3. Intervencionismo y crisis política

El gobierno intenta, con medidas de intervención económica, reforzar el régimen de arbitraje personal. Un ejemplo ha sido la estatización de Ciccone, oportunidad en la que volvió a obtener el voto de parte de la oposición, aunque lo más significativo en este terreno ha sido la intervención -rescate- en el mercado eléctrico. El reforzamiento del intervencionismo nos plantea la delimitación socialista respecto del estatismo burgués. La intervención por decreto de Clarín plantearía una estatización de hecho, lo que reforzaría el control informativo del Estado capitalista y del gobierno y acentuaría la regimentación de los trabajadores. Al mismo tiempo crecería la polarización política e incluso podría desatar una crisis en gran escala. Las estatizaciones parciales y las medidas de interven-

ción estatal, por otra parte, han afectado a parte de la burguesía “nacional” cuya reconstrucción era, según Néstor Kirchner, la premisa del modelo. Las iniciativas oficiales operan, por lo tanto, sobre un régimen en disolución. Esta contradicción provocará toda clase de virajes, como lo demuestra la tendencia a entregar el gas y el petróleo al capital norteamericano. Otro caso de intervención es la constitución de una agencia estatal de coordinación de los representantes en directorios de grandes empresas, luego de la estatización de las AFJP. El gobierno K proclama que se trata de un principio de planificación estatal sobre la economía -capitalismo de Estado. A este intervencionismo de carácter capitalista, le oponemos un planteo de centralización y un plan único fundado en la nacionalización de la banca, el comercio exterior, la gran industria y las privatizadas bajo control obrero.

4. Movimiento obrero y programa de acción

La crisis política tiene un punto central en la relación del gobierno con la burocracia de los sindicatos. Ante la acentuación de la bancarrota económica, el arbitraje oficial ya no tolera ningún margen de autonomía de la CGT ni del resto de las organizaciones populares. Por eso la embestida busca digitar directamente a su dirección y determinar su funcionamiento. El espejo de la CGT es lo que ocurrió con la CTA, que ha quedado reducida a cenizas.

El derrumbe económico sepultó los planes armados desde el oficialismo para establecer una alianza entre la Juventud Sindical moyanista y La Cámpora. En la órbita del gobierno se mueve todo un sector de izquierdistas que habían avisado de su pasaje al campo de la burocracia, con la que llamaban a “cavar trincheras”.

El moyanismo, que hoy aparece resistiendo el alineamiento absoluto con la Casa Rosada, se pasó rápidamente a Scioli y por abajo hace buenas migas con Macri o De la Sota. De esta manera se demuestra la impostura de Moyano cuando se pronuncia por un Partido de Trabajadores o “que la presidencia sea ocupada por un trabajador”, mientras acuerda con las fuerzas políticas que se encuentran a la derecha del propio gobierno. Todo su planteo muere en el intento de integrar candidatos a una lista frentista de oposición en 2013, lo que revela su impostura. En cualquier caso, la crisis de la CGT ha puesto en la agenda la cuestión de la independencia de la clase obrera y un partido propio. Esta tendencia es la que está presente en la transición más general que se vive en la clase obrera y que se

expresa en el surgimiento de una nueva generación que conquista cuerpos de delegados contra la burocracia sindical. Nuestro abordaje parte de esta caracterización, que se entronca con el planteo de un frente de izquierda y un partido de los trabajadores, y del trabajo por la preparación de la huelga general contra el 'ajuste'.

La burocracia sindical enfrenta esta crisis desacreditada y cuestionada por un nuevo activismo sindical, que busca recuperar los sindicatos para una política independiente. Moyano no dio ninguna perspectiva de continuidad a la medida planteada con la movilización a la Plaza de Mayo. Remató su discurso con una reivindicación política e histórica del peronismo, para poner límites a la ruptura de los trabajadores con el nacionalismo burgués. La gran tarea que plantea la crisis nacional es la fusión de la clase obrera con el socialismo revolucionario, lo que exige una gran acción de propaganda y agitación política de la izquierda revolucionaria.

Esta acción plantea, en primer lugar, un programa, en oposición a los planteos ajustadores del gobierno y de sus opositores capitalistas: por el pago inmediato, en tiempo y forma, de aguinaldos y salarios en todas las provincias; por la reapertura de las paritarias sin tope; apertura de libros y control obrero de los contratos de gobiernos de provincias y municipios; por la indexación automática del salario de acuerdo con la inflación; por la derogación del impuesto al salario -o elevación del mínimo no imponible a 15.000 pesos-, y la derogación de todos los impuestos al consumo y su remplazo por impuestos progresivos al gran capital; ningún despido o suspensión, reparto de las horas de trabajo sin afectar el salario; por la nacionalización de los bancos, privatizadas, los pulpos agrarios y el comercio exterior, bajo control obrero; contra la regimentación y división de la CGT, que busca paralizar a los sindicatos de cara a los "ajustes", planteamos una campaña por un congreso de bases de la CGT; por un plan de lucha y la huelga general para terminar con los ajustes; frente a la miseria jubilatoria, planteamos el 82% móvil y el control de la Anses por parte de trabajadores y jubilados electos, para que deje de financiar la deuda externa y otros negociados capitalistas. Denunciamos la política de 'seguridad democrática' basada en el espionaje y la delación oficiales -que convive con la represión abierta, el gatillo fácil y las patotas- y planteamos el desprocesamiento de todos los luchadores. Contra el rescate de los privatizadores a costa del presupuesto público y por medio de tarifazos, planteamos la nacionalización integral del petróleo y de las

privatizadas bajo control de los trabajadores, y la necesidad de una campaña política integral con la intervención de los trabajadores petroleros, ferroviarios o aeronáuticos. Por un plan de viviendas populares bajo control obrero. Contra la desorganización económica de la gestión capitalista, planteamos la nacionalización de la banca, de los cambios y el comercio exterior, y un plan económico de conjunto resultado de la gestión y la deliberación colectiva de los que trabajan. Por un gobierno de trabajadores.

Llamamos a derrotar el ajuste del gobierno nacional y los gobernadores y denunciarnos el contenido de las extorsiones de unos y otros: por un lado, las medidas de emergencia antiobreras y, por el otro, las intervenciones federales o los emplazamientos cuyo contenido sería igualmente ajustador. Denunciamos las tentativas plebiscitarias o de reforma constitucional del gobierno como una tentativa de rescate del régimen de los privatizadores y del pago de la deuda y, en oposición a ello, vinculamos cualquier asamblea constituyente a que sea convocada por un gobierno de trabajadores -única posibilidad de que sea realmente libre y soberana.

5. La cuestión ambiental, las huelgas policiales

La crisis ha colocado con fuerza ciertas reivindicaciones y luchas que merecen la mayor atención. La lucha contra los monopolios de la minería a cielo abierto ha sido objeto de grandes puebladas en el interior del país. En el NOA, la bancada del PO en Salta ha librado una gran batalla política, desnudando el compromiso de todas las fracciones capitalistas con los monopolios mineros. La crisis fiscal ha reforzado la política entreguista de las administraciones provinciales, que aspiran a salvarse de la quiebra con las migajas de las regalías mineras. El kirchnerismo y los gobernadores han atacado sistemáticamente al movimiento ambientalista, pero al mismo tiempo se sirven de él para reclamar mayores aportes fiscales a las mineras. La formación de "empresas mixtas" (asociando a los Estados con la depredación) es una línea que están ensayando los Estados y los monopolios mineros, con el objetivo de neutralizar la movilización ambientalista. Nuestra acción común con el movimiento ambiental tiene como base la lucha contra la depredación impulsada por la búsqueda de beneficios extraordinarios por parte de los pulpos. Pero al conservacionismo reaccionario -que reivindica una economía de subsistencia- le oponemos una salida socialista, fundada en la nacionalización integral de la industria, o sea la expropiación

del capital, para reorganizar integralmente la minería y la explotación petrolera. La preservación de los glaciares o del agua es incompatible con el monopolio de la explotación minera en manos del gran capital, y su alianza con los gobernadores. Unimos el apoyo incondicional a la rebelión contra los pulpos con todas las reivindicaciones de los trabajadores mineros, contra el impuesto al salario, la tercerización, la vivienda y otras.

El dislocamiento de los Estados se ha venido expresando también en las huelgas policiales. A las huelgas de Santa Cruz y Misiones, efectivos de Buenos Aires se han sumado a las marchas de los estatales bonaerenses, por el medio aguinaldo. Estos movimientos introducen una fractura en el aparato de represión del Estado. Para abordar esta crisis debemos distinguir los movimientos que expresan las maniobras y mafias internas del aparato policial, de las que puedan expresar agravios de sectores sin compromisos con ese aparato e incluso atacados por él.

6. El Partido Obrero, el Frente de Izquierda, las elecciones de 2013

La intervención política en la crisis exige de una campaña política de conjunto. El Frente de Izquierda, en la campaña electoral, logró concentrar la atención de una parte del pueblo en la izquierda revolucionaria, y le dio expresión política a una tendencia anticapitalista en los explotados. El Frente de Izquierda revalorizó la política electoral para la estrategia de la revolución socialista, y preparó las condiciones para un crecimiento político posterior entre los activistas obreros y la juventud. Nuestra campaña electoral desarrolló una salida política de conjunto, de carácter socialista. La gran transición histórica del momento es la tendencia a una fusión del movimiento obrero con la izquierda revolucionaria, no un independentismo obrerista abstracto. En el marco del agudo agravamiento de la crisis política y de las medidas de austeridad contra el movimiento obrero, se plantea impulsar una campaña de agitación del Frente de Izquierda, por un plan de lucha de conjunto; por una Central Obrera independiente mediante un congreso de delegados de fábrica electos por la base; por el desarrollo de un Frente Político obrero y socialista. En el contexto de la crisis actual, las elecciones parlamentarias de 2013 cobran una importancia decisiva. Van a expresar el escenario de fuerzas que deja el derrumbe del modelo oficial, desde el "cristinismo" hasta los que se proponen como candidatos para reemplazarlo en 2015.

7. Perspectivas y tareas

La declinación del modelo reduce las bases de sustentación del gobierno y obliga a los K a acentuar un régimen de medidas excepcionales. Es este cuadro el que explica las versiones de un eventual adelantamiento de los comicios de 2013.

Es indudable que un choque general de la clase obrera con el gobierno K alteraría profundamente el escenario político, y también el cuadro de fuerzas para las elecciones de 2013. Pero para que ese choque plantee una cuestión de poder no se han reunido aún las condiciones de una polarización política entre los explotados y la clase obrera. El desarrollo de la crisis mundial en estos años ha sido enormemente educativo en este plano. En los Estados Unidos y en toda Europa, la bancarrota capitalista y los ajustes han dado lugar a huelgas y manifestaciones de masas donde se han expresado consignas anticapitalistas. En Grecia se han producido numerosas huelgas generales, aunque la burocracia de los sindicatos logró impedir que avanzaran hacia la huelga indefinida y la cuestión del poder. La burguesía se ha servido de los procesos electorales para reagrupar fuerzas y establecer relevos políticos capaces de abordar los paquetes de austeridad. Al mismo tiempo, esos comicios han representado nuevos episodios de la crisis política, en la medida que pusieron de manifiesto una declinación de los partidos del régimen y un principio de polarización. La izquierda revolucionaria está obligada a transitar por estos procesos, y preparar, a través de una intervención política cuidadosa, el camino de esa polarización. En Grecia, las elecciones pasadas mostraron una formidable dispersión política, pero han preparado el terreno de una polarización para los comicios de junio, entre Syriza y Nueva Democracia.

El próximo período de la actividad del PO estará signado por la lucha por la condena a Pedraza y a su patota, un proceso que concentrará cuestiones centrales de la crisis política: la tercerización laboral, que el "modelo" k ha sostenido férreamente; la descomposición de una burocracia sindical convertida ella misma en empresaria; el vaciamiento de los ferrocarriles y todos los servicios, en manos de la burguesía nacional que ha sido rescatada a costa del presupuesto público y la superexplotación obrera y la ausencia de sus personeros en el ferrocarril en el banquillo de los acusados.

El desarrollo de tribunales políticos a la escala de todos los comités y distritos donde actúa el partido está directamente relacionado con el cuadro político que aquí presentamos. O sea, la apertura de una nueva etapa política, que nos plantea diri-

girnos a toda la clase obrera y a los explotados con un mensaje estratégico. Esa acción pública sólo es posible en base a la exposición sistemática de planteamientos políticos y de un programa.

La izquierda revolucionaria es el único factor político consciente que ha venido laborando por un cambio histórico del movimiento obrero. Se trata de proseguir con mayor energía esta acción, que deberá plasmarse en una fusión entre la izquierda revolucionaria -el programa y la lucha cotidiana por el derrocamiento de la burguesía-, por un lado, y el movimiento obrero -el esfuerzo, el activismo y la lucha cotidiana de la clase obrera por detener la ofensiva capitalista, por defender sus conquistas históricas y por avanzar en el mejoramiento material y moral de los trabajadores-, por el otro. De esta fusión deberá surgir la dirección revolucionaria efectiva del proletariado. Al margen de ella, la presente transición histórica acabará en una nueva frustración. El partido de la clase obrera no es "un instrumento político" del movimiento obrero cotidiano; es la expresión de un salto histórico de la clase, la que cobra conciencia de ser una dirección potencial de las masas.

12 de septiembre de 2012

MARIANO FERREYRA

La nueva etapa de la lucha y sus desafíos

Juan García

Acaba de producirse la separación del cargo de Guillermo Antonio Luna, subsecretario de Transporte Ferroviario. La separación de Luna, un hombre de Pedraza, fue forzada por el avance de su procesamiento a causa de la masacre de Once. La separación es, sin duda, un golpe a la burocracia sindical de Pedraza, que contaba con Luna en un puesto clave de control del conjunto del sistema ferroviario. Sin embargo, no implica un cambio de política por parte del gobierno. Los funcionarios de la burocracia en Sofse y Adifse -las empresas que centralizan el funcionamiento ferroviario (Araya y Villafañe) integran aún los directorios de ambas empresas. La Justicia dictó el procesamiento de Angel Stafforini, vicepresidente del Belgrano Cargas, junto a Aráoz de Lamadrid y el propio Pedraza. Sin embargo, Stafforini no fue removido de su puesto en esa empresa. Mientras tanto, dentro de la sala de audiencias el juicio va mostrando en forma contundente la trama que llevó al crimen: los vínculos entre los capitalistas del transporte, la burocracia sindical, los funcionarios del gobierno nacional, comenzando por la Secretaría de Transporte. La nueva etapa de la lucha por el juicio y castigo a los asesinos de

Mariano Ferreyra está en pleno desarrollo.

Finalmente, se inició el juicio a la patota que asesinó a Mariano Ferreyra, incluidos José Pedraza, el secretario general de la Unión Ferroviaria acusado de encabezar el plan criminal y los policías procesados por liberar la zona. Han sido llevados los responsables políticos y materiales de un crimen político, además de los encargados del operativo policial que garantizó la liberación de la zona para una acción impune por parte de la patota ferroviaria.

Con el comienzo del juicio, la lucha política por la condena a todos los responsables del crimen de Mariano ha entrado en una nueva etapa.

El juicio es, en sí mismo, una victoria, porque plantea la posibilidad de romper con la impunidad que han tenido históricamente los responsables políticos de los crímenes contra el pueblo.

Al día de hoy, por el asesinato de Fuentealba sólo está preso el policia Poblete, quien disfruta de salidas de la cárcel habilitadas por el comando de las fuerzas de seguridad. La causa "Fuentealba II", que tendría investigar las responsabilidades políticas, está prácticamente paralizada.

Lo mismo ocurre con los casos de Kosteki y Santillán, donde el condenado de mayor jerarquía de los dos que están presos ha sido trasladado a un penal donde podría gozar de salidas transitorias. La larga lista de funcionarios con responsabilidades políticas en el gobierno de ese momento y encargados de organizar el operativo represivo en el Puente Pueyrredón no fueron llevados a juicio comenzando por el entonces presidente Eduardo Duhalde.

La patota de Pedraza llegó al juicio en prisión, luego de que fueran superados una larga serie de pedidos de postergaciones y chicanas judiciales por parte de sus abogados, que trataron de postergar el inicio del juicio oral hasta que se cumplieran dos años de prisión, para llegar con Pedraza liberado al momento del juicio.

La causa toma en cuenta la existencia de un plan criminal para el asesinato de Mariano Ferreyra y los intentos de homicidio de Elsa Rodríguez, Ariel Pintos y Nelson Aguirre. El plan criminal involucra desde Pedraza y Fernández, como instigadores, hasta Favale y Sánchez, acusados de tirar, pasando por los patoteros que amenazaron e impidieron filmar a los camarógrafos de C5N, y aquellos que recogieron las armas luego del ataque.

A los policías que dirigieron el operativo se los juzga tan sólo por "abandono de persona", cuando en realidad fueron

parte del plan que derivó en el homicidio y, por ende, deberían ser juzgados como partícipes del asesinato. No están imputadas en el juicio las jerarquías policiales, a pesar de que un plan de impunidad de tal magnitud, que involucró a tres divisiones de la Federal, tuvo que contar con el aval de las jefaturas y de sus responsables políticos. Recordemos que apenas asumió su cargo, la ministra Nilda Garré ascendió a uno de los actuales procesados, el comisario Lompizano. En vez de investigar a la policía, la ministra debutó con una cruzada política y judicial contra el Partido Obrero y los trabajadores tercerizados. Lompizano sólo fue destituido cuando las evidencias de su participación en el crimen de Mariano eran imposibles de ocultar.

Las pruebas aportadas por la fiscalía para probar la culpabilidad de Pedraza son aplastantes. La patota de la Unión Ferroviaria actuó en defensa de un negociado: la tercerización laboral en el gremio. La movilización de los tercerizados del 20 de octubre era parte de un proceso de movilización que ya había organizado cortes de vías y movilizaciones. Este proceso de lucha de los tercerizados ponía en riesgo un enorme negociado, del cual participaba la Unión Ferroviaria.

El sindicato dirigía una “cooperativa” que actuaba como tercerizada en el Roca: Unión del Mercosur. Pedraza mismo reconoció que el gremio favorecía las tercerizaciones para “sacar al sistema ferroviario de la crisis en la que se encontraba”. En realidad, la tercerización, la precarización laboral, son parte de un régimen de desfalco ferroviario a costa de trabajadores y usuarios. El mismo régimen que llevó a la masacre de Once.

La incorporación de más de 1.500 tercerizados a la planta en el ferrocarril, arrancada a fuerza de movilización luego del asesinato del 20 de octubre de 2010, demuestra (luego del asesinato, debe remarcar) la justeza del reclamo frente a una herramienta estratégica de la precarización laboral.

La patota de la Unión ferroviaria buscaba, además, impedir el ingreso de los tercerizados a planta para evitar que fortalecieran a la oposición clasista y combativa en el gremio y, más en particular, en la línea Roca. La burocracia tiró a matar para “escarmentar” a los tercerizados y a la izquierda. El recurso a la patota contra la movilización independiente se ha convertido en habitual y caracteriza la reacción de la burocracia contra una nueva generación obrera que se pone en pie para pelear por sus reivindicaciones y renovar en forma profunda el movimiento obrero argentino, enfrentando a la burocracia sindical. La apelación a la patota define la llamada “tercerización de la represión” por parte de los gobiernos K, oculta detrás de la

proclamada política de “no criminalización de la protesta social”. Fue utilizada, antes del 20 de octubre de 2010, emblemáticamente, por la UTA contra los delegados del subte y la Línea 60, y en decenas de ocasiones por la burocracia de todos los pelajes.

En el negociado que defendía la Unión Ferroviaria aquel 20 de octubre, la parte del león se la llevaban los capitalistas del transporte, organizados en Ugofe, una unión transitoria de empresas que agrupa a los grupos Cirigliano, Roggio y Romero, y que cuenta con la concesión de la totalidad de las líneas de transporte. Los subsidios estatales para las siete líneas ferroviarias de transporte metropolitano llegaron a 2.500 millones de pesos en los primeros siete meses de este año.

La Ugofe emitió las licencias que permitieron a la UF armar la patota que salió, mayoritariamente, de los talleres del Remedios de Escalada. El celular de Pablo Díaz, el jefe de la patota en el terreno y secretario de la comisión de reclamos de la UF en el Roca, desde el cual se comunicó tanto con la jerarquía del gremio como con Favale, fue proporcionado por la empresa.

Las responsabilidades de los capitalistas del transporte en el crimen es total, porque prácticamente todas las tercerizadas del ferrocarril eran propiedad de uno u otro de los grupos empresariales, que recibían subsidios del Estado para el pago de salarios, y sostenían a los trabajadores con remuneraciones de 2.500 pesos mensuales. La defensa de la tercerización es una defensa de los negociados de los capitalistas del transporte. Sin embargo, ninguno de ellos está enjuiciado.

Esta casta empresarial parasitaria ha llevado al sistema de transporte a una crisis de fondo, cuya expresión más aguda es la masacre ferroviaria de Once. El gobierno defendió a capa y espada a esta jerarquía empresarial. El Partido Obrero, desde un principio, señaló la responsabilidad de los empresarios del transporte en el crimen de Mariano. De haber actuado acorde con esta idea, el gobierno debió haber desplazado a los concesionarios que fueron luego responsables de la masacre de Once. La reconstrucción del sistema de transporte urbano tiene como requisito número uno el desplazamiento de este consorcio capitalista.

Este conjunto de responsabilidades políticas va más allá de quienes están hoy enjuiciados, y alcanza al Estado mismo. Las responsabilidades por el asesinato de Mariano Ferreyra involucran a los funcionarios de la Subsecretaría de Transporte, que montaron y dirigieron el armado de subsidios a favor de los empresarios del transporte, y fundamentalmente al Minis-

terio de Trabajo, que avaló tanto a la tercerización como a la burocracia de la UF. El entramado de colaboración entre los funcionarios del gobierno nacional y la burocracia de la UF estuvo lejos de terminar con el asesinato de Mariano. Las escuchas que constan en la causa muestran cómo el ministro de Trabajo, Carlos Tomada, intercambiaba ideas con Pedraza sobre cómo “trabajar políticamente” a los tercerizados ferroviarios que entrarían a planta, para erradicar la influencia de la izquierda. En otra escucha judicial se advierte cómo su viceministra, Noemí Rial, ofrece a Pedraza su colaboración el día que allanaron el departamento del jerarca sindical.

La que actuó el 20 de octubre es una burocracia profundamente integrada al Estado. El subsecretario de Transporte Ferroviario, recién desplazado, era Guillermo Antonio Luna, un viejo burócrata de la Fraternidad, hombre de Pedraza y Maturano. El director de Sofse (la empresa Operadora Ferroviaria Sociedad del Estado), Juan Rosauero Araya, es abogado de la Unión Ferroviaria.

La estatización de las organizaciones sindicales es un resorte central para el poder del gobierno nacional. El gobierno es responsable de haber cobijado una burocracia criminal para sostener un régimen de superexplotación laboral en beneficio de una camarilla capitalista afín.

El asesinato de Mariano Ferreyra fue un crimen político, de la clase capitalista y su Estado, contra los trabajadores y la juventud que se pone en pie contra el régimen de la tercerización, las patotas y los negociados capitalistas.

Gobierno y burocracia sindical

¿Es cierto que Pedraza se convirtió en un fusible para el gobierno, que le soltó la mano con facilidad? El “relato” del gobierno buscó de alguna forma abonar esta idea. El primer día del juicio, Cristina Kirchner defendió la idea de que la investigación judicial se disparó a raíz de un testigo presentado por el propio gobierno -un “arrepentido” de la patota que identificó a Favale, y que fue aportado por un intendente del conurbano. Así, la Presidenta pretendió adjudicarse el esclarecimiento del crimen y la detención de Pedraza y la patota. El relato no puede tapar, sin embargo, que se trató de un crimen de Estado por parte de un régimen asentado en las burocracias sostenidas por las patotas, la tercerización y la superexplotación laboral.

El aporte del gobierno del “testigo clave”, días después del asesinato, se dio en el marco de fuertes ataques al Partido Obrero, mientras el gobierno seguía invitando a Pedraza a los

actos oficiales. Días antes de su detención, Pedraza se quejaba ante su hija por tener que viajar a Mar del Plata en tren para un acto gubernamental (¡dijo que hacía décadas que no viajaba en tren!). El aporte del “testigo”, en este cuadro, apuntó a señalar al tirador -Favale- y no las responsabilidades políticas del caso. Hoy por hoy, la misma Unión Ferroviaria busca separar a Favale -que no es ferroviario, pero fue recomendado por el “Gallego” Fernández para ingresar en el ferrocarril- del resto de los acusados, con el objetivo de diferenciar las penas y lograr la absolución. A Favale ninguno de los patoters admite conocerlo, ni siquiera Alcorcel, un delegado de la línea Roca que intercambió con el propio Favale ¡40 llamadas! de Nextel el 20 de octubre, desde la mañana hasta las 23:54.

Gobierno y funcionarios

El gobierno omitió señalar los responsables políticos dentro de sus propias filas que, sin embargo, eran fácilmente identificables el 20 de octubre. ¡El subsecretario de Transporte, Schiavi, se encontraba con Pedraza y Fernández en el congreso de Latinrieles, mientras este último dirigía a lo lejos el ataque asesino! Ambos, Pedraza y Fernández, reconocieron haber informado a Schiavi sobre el corte de los tercerizados.

Sin embargo, lejos de apuntar en esta dirección, los primeros cañones de los K se dirigieron contra los compañeros de Mariano Ferreyra. La Presidenta levantó el dedo acusador para decir que “el Partido Obrero, que ayer exigía la intervención de fuerzas policiales, es el mismo que ingresó por la fuerza al Ministerio de Educación la semana pasada” (*Infobae*, 22/10/10). La señora confundía adrede el reclamo de que no fuera reprimida una protesta estudiantil, con la denuncia de una zona liberada y de la colaboración fundamental de la policía en el asesinato de Mariano Ferreyra.

En otro discurso, Cristina K, señaló: “Voy a defender todas las manifestaciones, pero no con armas o palos” (*Clarín*, 21/10/10). Apuntando del lado de los responsables a las movilizaciones populares, cuando es la burocracia sindical, protegida por el Ministerio de Trabajo, la que ha recurrido sistemáticamente a la patota.

La Presidenta recurrió, como vemos, a todo el viejo arsenal del poder político para atacar las movilizaciones populares, incluso luego de los crímenes contra el pueblo. El ataque al Partido Obrero recuerda al gobierno de Duhalde, que atribuía la muerte de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki a “enfrentamientos entre grupos piqueteros”.

El ataque al Partido Obrero y a la lucha de los tercerizados cerró su círculo el 23 de diciembre de 2010. Los tercerizados ferroviarios del Roca siguieron sin ser incorporados a planta, incluso después del asesinato de Mariano Ferreyra. El 23 de diciembre, luego de dilaciones interminables del Ministerio de Trabajo, un grupo decidió realizar un corte de vías para exigir una negociación y una respuesta al reclamo.

A partir del corte, se consiguió una reunión en el Ministerio de Trabajo. Cuando se estaba arribando a un principio de acuerdo, se desataron en Constitución incidentes provocados por la burocracia sindical con el objetivo de “pudrir” las negociaciones y evitar el ingreso de los tercerizados.

Inmediatamente, los voceros del gobierno lanzaron un ataque en cadena contra el Partido Obrero. La recién asumida Nilda Garré acusó al PO, en una conferencia de prensa bochornosa, por los incidentes, presentando como prueba de la pertenencia al PO de quienes los provocaron... que llevaban mochilas.

La ministra de Seguridad acusó, frente al juez federal de Quilmes, Luis Armella, a los militantes del Partido Obrero que se movilizaban con los tercerizados, obteniendo la detención de Hospital y Merino, de Causa Ferroviaria, y Eduardo Belliboni, del Polo Obrero.

La baja de la política oficial llevó al encarcelamiento de los compañeros de Mariano Ferreyra antes que al de los asesinados, por levantar el mismo reclamo que exigía la movilización del 20 de octubre: el fin de la tercerización en el ferrocarril.

La liberación -y luego la absolucón- de los compañeros encarcelados el 23 de diciembre fue el producto de la enorme movilización popular y de la fuerza con la que caló el reclamo de justicia por Mariano Ferreyra.

Durante estos primeros meses, el gobierno complotó con Pedraza y no cesó de hostigar al Partido Obrero y a los tercerizados que reclamaban el pase a planta. La detención de Pedraza fue el producto de una derrota política del gobierno, producto -a su vez- de la enorme movilización popular en respuesta al crimen.

La extraordinaria movilización política

Fue, en efecto, esa movilización popular la que colocó sobre el tapete la necesidad del castigo a TODOS los responsables del asesinato de Mariano Ferreyra. La movilización del 21 de octubre de 2010, con más de 60 mil personas en Plaza de Mayo y 100 mil en todo el país, conmovió a la Argentina. Pararon los docentes, estatales, la CTA, se movilizaron con paro fábricas

de decenas de gremios, universidades, escuelas y el pueblo a lo largo y lo ancho de todas las plazas argentinas. Con el respaldo de esta movilización, el Partido Obrero le reclamó a la Presidenta una audiencia que ella nunca concedió.

La movilización incluyó a artistas, incluso internacionales, que reclamaron justicia por Mariano Ferreyra. Con los artistas y músicos, el reclamo volvió a copar la Plaza de Mayo al mes del asesinato.

Esta respuesta popular emplazó al gobierno a desprenderse de sus aliados, a los que había considerado un ejemplo del "sindicalismo que construye" en noviembre de 2009, para que pagaran los responsables del asesinato de Mariano Ferreyra. La respuesta popular condensó todo el rechazo popular a la burocracia sindical y la superexplotación laboral y, de fondo, el cuestionamiento a un régimen social asentado sobre estos pilares.

El juicio a Pedraza y su patota comenzó el 6 de agosto, también en el marco de una enorme movilización popular. En todas las capitales del país, decenas de organizaciones sindicales, políticas, estudiantiles, volvieron a movilizarse por el castigo a todos los responsables del asesinato del 20 de octubre. Detrás de esta movilización profunda, que generó una verdadera conmoción popular, hay una clave política: la condena a los asesinos tiene todo un camino de lucha por atravesar y el comienzo del juicio marca una nueva etapa encarnizada de esta lucha, una etapa decisiva.

El desafío

Es que la burocracia de la Unión Ferroviaria abordó el juicio con la determinación de utilizar todos los resortes que aún maneja del aparato del Estado para lograr la impunidad. Su política es abrir un curso de impunidad, habilitando un curso de investigación sobre la propia movilización de los trabajadores sometidos a la tercerización, pretendiendo colocar a las víctimas en el lugar de los victimarios.

En el marco de la crisis de la CGT, Pedraza envió su voto desde la cárcel a favor de la convocatoria al congreso de la CGT oficialista. La Unión Ferroviaria se colocó del lado de la CGT gubernamental con un objetivo político claro: utilizar la prenda del voto, un voto absolutamente decisivo para lograr el quórum de convocatoria al congreso, para negociar con el gobierno su apoyo en función de lograr la impunidad. En la delegación de la CGT que se entrevistó con Cristina estuvo Mario Rodríguez, un miembro del secretariado nacional de la

UF, que hoy da su “respaldo incondicional” a los asesinos de Mariano. ¿Se puede tolerar que un asesino de obreros tenga voto en la Confederación General del Trabajo? Sin embargo, el voto de la burocracia no depende de la deliberación colectiva del movimiento obrero, sino de la presión política desesperada de un gobierno que se desvive por tener una CGT adepta para hacer pasar los topes salariales, el aumento de tarifas y la perpetuación de la flexibilidad laboral.

Desde la tribuna del 6, el Partido Obrero puso el voto de Pedraza en discusión, denunciando las posibilidades de un acuerdo de impunidad, y señalando además el reclamo de un congreso de bases de la CGT para resolver un plan de lucha y enfrentar la burocracia sindical y la estatización de los sindicatos.

El secretariado nacional de la Unión Ferroviaria publicó, luego de dar el voto, una solicitada en la que llega a afirmar que el gobierno, del cual “no tenemos dudas... estará del lado de la verdad y la justicia para nuestros compañeros, injustamente encarcelados”. Esta solicitada apunta a reforzar la pelea para ganarse la colaboración del gobierno en la impunidad.

Los recursos de la burocracia no se agotan aquí. En efecto, como consta en la causa, Pedraza trató de coimear, a principios de 2011, por medio del ex juez Aráoz de Lamadrid, a los camaristas que debían decidir sobre la libertad condicional de la patota. ¿Con qué recursos? Los 50 mil “verdes” de Pedraza, como consta en las escuchas, fueron aportados por Angel Stafforini, uno de los directores del Belgrano Cargas.

El uso de los recursos del Ferrocarril Belgrano Cargas para operar por la libertad de Pedraza es sintomático. En 2006, el principal FC de cargas del país dejó de estar en manos de la UF y pasó a la Sociedad Operativa de Emergencia, un conglomerado con mayoría de Franco Macri, pero donde tiene una participación del 6% la UF, 6% la mutual de Camioneros y 6% La Fraternidad, además de capitales chinos. El Belgrano Cargas, por entrar en el régimen de emergencia ferroviaria, fue subsidiado por el Estado, en 2006, con 22 millones de pesos mensuales. En 2012, la cifra de los subsidios suma más de 2.000 millones de pesos en el año.

El gobierno no se tomó la tarea de desplazar de la concesión a la Unión Ferroviaria, con el resultado de que la mujer de Pedraza (Graciela Coria) sigue co-controlando esta gigantesca caja de subsidios. Tampoco fue desplazado Stafforini, quien consiguió el dinero para la coima a favor de la patota. El gobierno que se atribuye la paternidad del juicio a Pedraza le dejó una caja de más de 2.000 millones de pesos en subsidios

-más la recaudación del FC- a los Pedraza para operar por su impunidad.

Otro tanto sucede con Sofse. La Sociedad Operativa Ferroviaria Sociedad Estatal maneja ramales ferroviarios en la provincia de Buenos Aires y en el interior del país, que también funcionan subsidiados. El tercer directivo de Sofse -Juan Rosaura Araya- es abogado de la Unión Ferroviaria. El segundo, Agustín Special, es un burócrata de La Fraternidad, también aliado de Pedraza. No han sido desplazados por el gobierno y manejan aún una caja de subsidios e ingresos del Estado monumental.

La burocracia de la UF también tiene parte en el control de Adifse. Se trata de una empresa que toma parte en licitaciones de obras de mantenimiento de vías y controla terrenos y bienes ferroviarios anteriormente correspondientes a la Onabe. El director de Adifse es Juan Nicanor Villafañe, un hombre de La Fraternidad (*plazademayo.com*, 6/8).

Además, Villafañe es accionista, junto con Maturano, de la empresa SignoBaires, una tercerizada del Belgrano Sur y de Ferrovías. Como puede verse, la burocracia de La Fraternidad no se queda atrás en materia de sindicalismo empresarial.

Por la victoria

Todo lo anterior deja en claro que la lucha política por el juicio y castigo a todos los responsables del asesinato de Mariano Ferreyra es una batalla aún más dura y encarnizada, y a librarse dentro y fuera de los estrados judiciales. Se trata de una lucha política que enfrenta a un régimen responsable de un crimen político: con la burocracia sindical como ejecutora y el concurso necesario de la Policía Federal, los capitalistas de la concesión y el aparato ministerial de Transporte y Trabajo.

El gobierno sostuvo y sostiene a los representantes de la burguesía "nacional" en el transporte: cuando los subsidios han hundido el presupuesto del Estado, Cristina K se prepara para volver a rescatar a los concesionarios, esta vez con un aumento de tarifas generalizado contra los usuarios.

La pelea por justicia para Mariano empalma, por supuesto, con la pelea por erradicar la tercerización del ferrocarril, que han retomado los ferroviarios tercerizados del Sarmiento y el Mitre, y que vuelven a chocar, como en 2010, con la intransigencia empresarial y gubernamental.

Para garantizar el castigo a todos los responsables hay que dismantlar la estructura de negocios del sindicalismo empresarial con los capitalistas del transporte, ambos enquistados en

el poder del Estado. El gobierno tolera en su seno a quienes operan por la libertad de Pedraza y su patota en forma incondicional -o sea, con independencia del resultado del juicio.

Son éstos los desafíos que se le presentan, en esta etapa, al enorme movimiento de lucha que se ha desenvuelto por el juicio y castigo a los asesinos de Mariano Ferreyra.

Transformemos el juicio en un reclamo popular imparabile y en un factor de agitación y organización política en los lugares de trabajo. Tenemos un antecedente que alienta el esfuerzo en esta dirección: el juicio es el producto de una movilización popular que doblégó, hasta ahora, las maniobras políticas de la impunidad. Encaremos la nueva etapa con un espíritu de lucha creciente y la conciencia de que no se juzga un crimen individual sino un crimen político contra la clase obrera, su juventud militante y la democracia política.

XXI CONGRESO DEL PARTIDO OBRERO

Resolución de la comisión internacional

1La bancarrota capitalista mundial es la categoría central del desarrollo histórico presente. La desintegración de la Unión Europea, cuyo desarrollo tiene manifestaciones innegables en el campo monetario, financiero y político, plantea la alternativa de su disolución o, dialécticamente, su conversión en un régimen de protectorados bajo la dirección de una potencia dominante o bajo la asociación desigual de un par de ellas. La primera alternativa desencadenará situaciones revolucionarias y revoluciones sociales; la segunda solamente podrá imponerse en el caso de una derrota histórica del proletariado por parte del capital mundial. Este recorrido contradictorio de la etapa en curso, implicará crisis políticas e internacionales enormes, y por otro lado una tendencia imparable de luchas y sublevaciones populares. De esta manera queda planteado un contrapunto histórico con la etapa iniciada por la disolución de la Unión Soviética y la restauración (transicional) del capitalismo en China. La coalición de Estados encargada de asumir la dirección del restablecimiento del capitalismo en al menos la mayor parte de la ex URSS, incluido el reparto de sus ex componentes nacionales, se enfrenta ahora a la perspectiva de su propia disolución o, alternativamente, al reconocimiento de la inviabilidad de la igualdad, incluso formal, de una asociación

de Estados capitalistas. La utopía reaccionaria del “ultraimperialismo”, que bajo la inspiración teórica del revisionista Karl Kautsky (postulaba la posibilidad de un mercado mundial indiferenciado bajo la batuta del capital financiero internacional), vuelve a quedar desautorizada por el desarrollo histórico concreto. La bancarrota mundial, en estas condiciones, pone en crisis todo el proceso de restauración capitalista, cuando éste se encuentra muy lejos de haberse consumado. La etapa histórica que abriera la Revolución de Octubre fue la consecuencia de un estallido histórico de las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas; vuelve a manifestar su centralidad como consecuencia de la bancarrota capitalista en curso. La humanidad ha re-ingresado en la transición histórica, que se diera por cerrada, primero con la degeneración de la ex Unión Soviética y luego con su disolución estatal. La historia toma venganza de quienes la sepultaron prematuramente. La agenda política de la clase obrera, con todos sus matices diferenciados por continente y país, está definida por ese marco histórico. La humanidad transita una nueva transición de crisis económicas y políticas internacionales, que convocan a una nueva acción histórica independiente a las masas explotadas. La joya de la corona de la restauración capitalista, China, es el terreno donde se expresa con mayor intensidad la lucha de clases del proletariado; la transición de China al capitalismo ha extendido el campo internacional de las sublevaciones de las masas contra el capital, porque China combina, precisamente, todos los terribles dolores del parto del capital con los aún más terribles de su agonía. China combina también el surgimiento, por un lado, de una clase obrera numerosa y superconcentrada, con memoria histórica; por el otro, de un pasado reciente de guerras civiles y revoluciones. La declinación histórica del capital desenvuelve todas sus potencialidades. La restauración capitalista, después de abrir un breve período de euforia económica del capital mundial, ha arrastrado a China y a la ex URSS al torbellino de la crisis capitalista mundial. La tendencia a la desintegración de la Unión Europea mina las bases de la restauración capitalista en la ex Unión Soviética, y priva a la burocracia restauracionista surgida del stalinismo, de su base histórica de dominación.

En los últimos años, se desarrolla en China una resistencia obrera y campesina creciente, primero sorda y desorganizada, ahora visible y cada vez más estructurada (*The Economist* le consagró una tapa). Las tensiones sociales han expuesto las rencillas y enfrentamientos, por momentos sangrientos, entre

las diversas alas (pre-existentes) del régimen totalitario/burocrático, como las recientes purgas en la cúpula del Estado y el PC chino. La burocracia se ha visto obligada, en varias ocasiones, a conceder libertades de organización sindical (y en la ciudad de Wukan libertades políticas parciales), para contener la llamada “explosión social”. En Rusia, diversamente, bajo el régimen bonapartista de Putin, se ha producido una seguidilla de protestas populares, que el oficialismo ruso ha comparado con ‘las revoluciones rosas’, que han gozado del apoyo de la diplomacia y la prensa de las grandes potencias.

2. La tendencia a la desintegración de la UE ocupa un lugar estratégico en la crisis mundial. La constitución “pacífica” de un “superimperialismo” europeo, parecía operar (o sea ilusoriamente) como una suerte de superación de la contradicción entre el desarrollo internacional de las fuerzas productivas y la sobrevivencia de las fronteras nacionales. En realidad rescató a los Estados nacionales de los estragos de la guerra mundial y de las revoluciones que la sucedieron. En primer lugar de Alemania, que a fines de los 80 anexó la parte oriental, que financió con una confiscación generalizada de los Estados capitalistas de Europa. A partir de aquí partió a la colonización económica de Europa oriental y los Balcanes. La desintegración económica en curso es, contradictoriamente, una explosión de la tendencia capitalista a convertir a Europa continental en un sistema de protectorados. La oposición rabiosa de Angela Merkel a financiar el rescate de los bancos rivales de la zona euro, apunta a proteger la extensión semicolonial de Alemania hacia el Este. La imposición de “planes de austeridad” violentos, el surgimiento de tendencias nacionalistas (que recorren todas las tendencias políticas europeas), muestran que la UE es una construcción imperialista. La crisis mundial ha dejado expuestas las enormes rivalidades de este supuesto ‘ultraimperialismo’, que se desarrollan dentro y fuera de la zona euro, en torno de la más vieja de las disputas -el reparto de los mercados al interior y al exterior de Europa. La cuestión del rescate de la banca ya ha puesto en veredas opuestas al italiano Monti y la alemana Merkel, por el destino de la mayor de las bancas italianas, Unicredit. Lo mismo ocurre con el ‘socialista’ Hollande, que ve peligrar el capital francés hundido en la banca Dexia y el derrumbe del Crédit Agricole; no hablemos del desplome bancario de España. El inglés Cameron ya se ha lanzado a una separación de Gran Bretaña de la UE, ante la evidencia de que Alemania busca convertir a la zona euro en una rival financiera de la City de Londres.

Los planes de ‘rescate’ no tienen ninguna capacidad de salvar al capital en quiebra; apuntan a una concentración de capitales financieros y al control en menos manos de las deudas públicas de los países asociados. La bancarrota de la banca europea no solamente obedece a su exposición a las deudas hipotecarias y comerciales, y a las deudas públicas; también al endeudamiento al interior del sistema bancario y con la banca norteamericana. La huida del euro (en general la corrida bancaria) destruye el mito de que serviría como parte de un nuevo patrón monetario internacional junto al dólar, y pone al conjunto del sistema capitalista ante la ‘madre de todas las bancarrotas’, porque es la moneda de reserva valor de ingentes capitales y patrimonios acumulados y la unidad de medida de un monumental sistema de pagos. La defensa del euro es una defensa del capital y expone el gigantesco conflicto que se ha abierto entre los Estados con finanzas en quiebra, por un lado, y la defensa del valor del capital, por el otro. Estalla ante los ojos de quien lo quiera ver ese enorme arsenal de riqueza representado por la mercancía y la explotación de la pura fuerza de trabajo. El otro pilar del capital, el dólar, se encuentra aplastado por una deuda pública federal y estatal de 20 billones de dólares (el 140% del PBI), y por una deuda internacional incommensurable. Un retiro del financiamiento de China, Japón y Alemania del mercado de deuda norteamericano, convertiría al dólar en un patacón y sería causa suficiente para una guerra mundial.

Una de las manifestaciones más importantes de la desintegración de la Unión Europea es la emergencia de los ‘gobiernos técnicos’, que marcan un principio de disolución del Estado democrático. Esto no solamente ocurre en Italia, donde los partidos principales sostienen a un gobierno no electo, que gobierna por medio de decretos-leyes que el parlamento debe limitarse a refrendar. Hay un principio de disolución de esos partidos, como quedó de manifiesto en el derrumbe del berlusconismo y de la derecha, e incluso del centroizquierda, en Italia, arrasados por una formación improvisada, encabezada por un cómico, en las recientes municipales. El gobierno “técnico” de Monti no es la expresión de una “crisis de representación”, como sostiene un grupo de desorientados izquierdistas italianos, sino la manifestación de una descomposición del propio Estado, una crisis de régimen político, un síntoma agudo de que “los de arriba no pueden seguir gobernando como lo venían haciendo” -todo ello una consecuencia de una crisis de conjunto del capitalismo mundial. El caso de Grecia es aún más significativo, si cabe, porque pasó de un gobierno

técnico a otro, incluso después de las elecciones, ante la negativa de los partidos de la coalición oficial de ofrecer a sus dirigentes para integrar el gabinete. La recomposición de la llamada 'crisis de representación', por medio del voto a Syriza, ha acentuado y no atenuado la crisis de régimen político en Grecia.

3. La crisis mundial ha desatado el derrumbe de regímenes políticos en cascada, incluso revoluciones, en particular en el norte de África y en Medio Oriente. La confusión política es enorme, al mismo tiempo que los virajes políticos; es necesario distinguir los estallidos populares y las rebeliones, por un lado, de la revolución, por el otro, la cual se caracteriza por un desencadenamiento de las fuerzas elementales de las masas y por una conjunción de todas las rebeliones reprimidas; defender los estallidos y las rebeliones de las masas de las masacres de los regímenes existentes no debe llevar a ignorar las fuerzas políticas que pugnan por dominar esos estallidos y rebeliones, en especial por parte de otros regímenes rivales y las potencias imperialistas. León Trotsky dejó en claro estos problemas en sus escritos sobre las dos guerras de los Balcanes, antes de la Primera Guerra Mundial.

Por primera vez se desenvuelve en esta crisis la cuestión de la dirección política de las rebeliones populares. En Italia, la izquierda, que en un largo periodo se aglutinó en el partido Refundación Comunista, disgregado en diversas tendencias, ha sido opacada por un movimiento llamado de cinco estrellas, que se destaca por una enorme demagogia contra el 'gobierno técnico' y lo 'ajustes'. De la nada, las encuestas le asignan una intención alta de votos. En contraste con esto, no ocupa ningún lugar en las consignas de los grupos revolucionarios (denominación que usamos en sentido amplio) el planteo de Fuera Monti, por un Gobierno de Trabajadores. Esta ausencia sólo puede entenderse si se parte de que, para esa izquierda, en Italia no se plantea una cuestión de poder; o sea, que se admite la crisis mundial en abstracto o porque los diarios hablan de ella, sin advertir que ya ha llegado a los ganglios del poder político y está provocando una indignación sin precedentes en las masas populares.

Para el Partido Obrero la ausencia de una estrategia de poder en la presente crisis, que debe ser propagandizada y agitada en forma sistemática, invalida de cualquier perspectiva al trabajo cotidiano, que de este modo ha perdido su rumbo político. La otra gran ausencia, que es generalizada en toda Europa, es la denuncia de la Unión Europea como bloque im-

perialista y el reclamo de su ruptura, para oponer, no el restablecimiento de los Estados nacionales en sus modalidades anteriores (lo cual además es imposible), sino la formación de los Estados Unidos Socialistas de Europa. La amplia mayoría de la izquierda europea se opone a la reivindicación de romper con la Unión Europea, porque ello supondría un ángulo nacional, que es el que adopta la derecha política en Europa. Esta posición contraria a la ruptura de la UE descuenta a la UE como el equivalente a un Estado nacional, cuando a todas luces la lucha de clases en Europa sigue siendo en su forma una lucha nacional y no supra nacional, y esta lucha nacional contra el ajuste de la UE y contra el pago de la deuda pública a los bancos de la UE, significa políticamente la ruptura de la UE -no en nombre de la soberanía nacional (como estúpidamente reclama la corriente lambertista) sino de la unificación histórica real de Europa, que sólo puede producirse sobre bases socialistas.

En todos los países de Europa, la izquierda se encuentra dividida entre 'ultraimperialistas', que caracterizan la existencia de la UE como un fenómeno histórico progresivo, y nacionalistas, que reclaman el retorno a una moneda propia y la devaluación de la moneda, 'a la argentina', para 'recuperar soberanía'. ¿Pero es acaso posible la lucha contra el ajuste de la troika imperialista sin plantear la nacionalización sin pago de los bancos y sin plantear, lo que emerge de inmediato, la ruptura con la UE de los monopolios bancarios -y desarrollando la lógica que lleva al gobierno de los trabajadores? La experiencia griega reciente pareciera invalidar nuestra caracterización, toda vez que el viraje electoral de masas hacia Syriza comportó un rechazo popular a la ruptura con la UE. Pero las cosas no son tan simples: los trabajadores griegos odian a la UE y al imperialismo germano (también al británico); lo que no quieren es pagar los costos brutales de un retorno a una dracma ultra devaluada. El Partido Obrero comparte este sentimiento popular y rechaza la salida devaluacionista como hemos rechazado la pesificación de Duhalde. En oposición a la miseria de los ajustes de la UE y a la miseria de una devaluación monetaria, planteamos la ruptura con la UE y la formación de un gobierno de trabajadores que convoque a una Europa socialista.

El XXI Congreso del Partido Obrero observa con la mayor seriedad la verdadera debacle que sufre la izquierda revolucionaria en Europa, en medio de una bancarrota capitalista, movilizaciones populares y huelgas, e incluso virajes electorales hacia coaliciones centristas, reformistas y de coalición de clases. Luego de una gran elección, en 2009, el Nuevo Partido

Anticapitalista de Francia fue barrido en los comicios recientes. Esta derrota fue precedida por una crisis interna y la renuncia de su figura más representativa a una candidatura. La crisis, según entendemos, obedeció a una división entre quienes eran partidarios de subirse a un frente de izquierda dominado por el partido Comunista y quienes postulaban continuar por una vía autónoma. Este impasse dejó al desnudo el fracaso de la operación política que llevó al NPA, cuando la LCR se disolvió en favor de un partido amplio y plural que acogiera, a la francesa, las 'sensibilidades diversas'. Francia tuvo su 'ascenso de la izquierda', pero no de la revolucionaria sino de la partidaria de colaborar, 'críticamente', claro, con el gobierno burgués del 'socialista' Hollande. El desarrollo de la izquierda revolucionaria en Francia se ha frustrado por una falta de programa y de partido.

La comisión internacional del Congreso recomienda a la futura dirección del PO estudiar con cuidado la experiencia de Egipto, donde hubo una irrupción de izquierda en un marco revolucionario, que se concentró en una figura de la izquierda nasserista, mientras la izquierda revolucionaria se dividía por una divergencia sobre la 'progresividad' del islamismo y, eventualmente, de los Hermanos Musulmanes.

La situación griega se encuadra también en este marco, toda vez que se hundió, en los votos, en una marginalidad mayor de la que tenía, en el preciso momento en que se producía un viraje electoral y político enorme hacia Syriza, una coalición de centristas, altermundistas, reformistas y frentepopulistas. Este frente heterogéneo, que ha participado en todas las luchas contra los planes de la UE y el FMI, en las calles y cuerpo a cuerpo, defiende programáticamente la presencia de Grecia en la UE. En el marco de esta enorme limitación política, sin embargo, planteó una consigna movilizadora: por un Gobierno de Izquierda contra la Troika imperialista, o sea un gobierno con el partido Comunista, con la reivindicación de derogar el Memorando del Ajuste. El planteo habría debido traer a la memoria todas las discusiones y conclusiones de la Internacional Comunista, en la década del '20, sobre las diversas formas de gobierno obrero. En una de estas variantes se inscribía el planteo de un gobierno de la izquierda pequeño burguesa radical con el PC stalinista, pero con raíces y composición obrera. La consigna fue presentada en el marco de un viraje de las masas, no de una situación consagrada por la historia pasada. La revolución es, antes que nada, la explosión de las masas, no las combinaciones más o menos radicales entre los partidos. La izquierda revolucionaria, para colmo ella mis-

ma dividida entre partidarios y adversarios de la ruptura con la UE, y entre partidarios y adversarios de un gobierno de trabajadores, perdió la oportunidad de apoyar la consigna de un gobierno de izquierda con un contenido revolucionario y de clase definido -un gobierno obrero, un gobierno de trabajadores, para disputar el viraje de las masas a la coalición reformista en el curso de la experiencia política, que está lejos de haber concluido. Sintomáticamente, el partido Comunista rechazó el llamado a un gobierno de izquierda, es decir que no lo vio como un instrumento contrarrevolucionario eficaz en las presentes circunstancias; fue repudiado por su propia base. El Partido Obrero debe estudiar y aprender las lecciones de estas experiencias, que son las primeras escaramuzas de un desarrollo revolucionario, en pañales, es cierto, pero cuyos gemidos se distinguen entre el barullo y la cacofonía de la prensa corriente y los poderes establecidos.

4. La pretensión inicial de que los países de América Latina podían no verse afectados por la crisis internacional se ha demostrado ilusoria. Es cierto que las crisis mundiales presentan una oportunidad para los países de desarrollo rezagado, pero para ello es necesaria una política independiente respecto de la burguesía nacional, que opera bajo la presión de la crisis por su dependencia del capital internacional. Incluso ahora se han levantado voces oficiales que advierten acerca de la necesidad y oportunidad de emprender una gran “integración latinoamericana”, como respuesta a la crisis en una escala histórica. Pero son frases en el vacío, porque es ahora, más que nunca, cuando las economías de América Latina dependen de un puñado de materias primas agrícolas y minerales. Es cierto que hoy también la gran demandante de estos productos es China, no Inglaterra, pero China no es ajena a la crisis mundial, ni es tampoco menos incapaz para impulsar un desarrollo nacional autónomo, que la llevaría a una guerra económica y no sólo con el imperialismo. Lejos de una mayor integración, son las guerras comerciales las que caracterizan al Mercosur y dislocan las relaciones en toda la región. Emergen y son el resultado de la crisis capitalista, en la que cada burguesía nacional pretende atenuar sus efectos trasladándoselos a sus competidores. La “unidad de América Latina” se transforma en un discurso para la tribuna, o a lo sumo revela las pretensiones expansionistas de tal o cual burguesía o del imperialismo. Confrontados con la crisis capitalista, los regímenes centroizquierdistas y nacionalistas que emergieron en los últimos años en la región han mostrado su impotencia y su fracaso. Como ocurre en

todo el mundo, también en la región la crisis capitalista socava los regímenes políticos conmovidos por crisis fiscales.

El golpe en Paraguay debe ser entendido en este contexto. Paraguay es un país esquilmo por Brasil y Argentina, que se llevan la electricidad producida por las grandes centrales hidroeléctricas compartidas (Itaipú y Yaciretá) a un precio bajísimo. Los proyectos por obtener un precio más ventajoso fracasaron. Ahora ha entrado en la disputa una minera internacional, que necesitaría una gran provisión de electricidad; esto trastoca la ecuación eléctrica del Mercosur, en momentos en que Argentina padece una crisis energética enorme. Paraguay es un país donde el 2% de los propietarios (muchos de ellos brasileños) acapara el 80% de las tierras en pleno boom sojero. Las promesas de Lugo de mejorar la situación de los campesinos quedaron totalmente incumplidas, y cuando los campesinos hambrientos de tierra salieron a ocuparlas les contestó con represión y con concesiones a la derecha. La capitulación de Lugo llamando a las masas a no movilizarse frente al golpe se complementó con la completa impotencia del Mercosur y la Unasur, que se limitaron a una condena formal hasta las elecciones de abril próximo. Esto mientras Estados Unidos está negociando la instalación de una base militar en el Chaco paraguayo (como lo está haciendo en el Chaco argentino). Como se puede apreciar, las tendencias que agrietan al Mercosur y a la Unasur no se limitan a una "guerra comercial". No es casual que Canadá (de donde provienen los capitales mineros del proyecto de aluminio) y Alemania hayan sido los primeros países en reconocer el nuevo gobierno paraguayo de Franco, y que el embajador estadounidense lo visitara poco antes del golpe.

Paraguay es un país clave, pues concentra las contradicciones explosivas de toda la región. Rechazamos el golpe de estado y defendemos la autonomía nacional de Paraguay frente a Brasil, la Argentina y el imperialismo. Lo ocurrido ha dejado al desnudo la impotencia y la complicidad de las burguesías latinoamericanas frente al golpe y la penetración imperialista; su confabulación, con Lugo a la cabeza, para evitar la movilización de las masas, deja planteadas claramente las tareas de la izquierda revolucionaria no sólo en Paraguay sino en toda América Latina, en primer lugar la movilización de las masas, especialmente el movimiento campesino, en forma independiente de la burguesía. La unidad de América Latina sólo podrá ser el resultado del derrocamiento de la burguesía y será entonces la unidad socialista de América Latina.

5. En seis años de desarrollo de la presente crisis no ha habido ninguna iniciativa internacionalista de la izquierda revolucionaria mundial y de la izquierda en general. Una de las bases teóricas de esta inacción es la propia caracterización de la crisis, que fue reducida a una ambulancia cíclica y desconocida el marco de la acentuada declinación histórica del capitalismo. La consigna “el ciclo de la Revolución de Octubre ha concluido”, tuvo que obnubilar necesariamente la comprensión de la crisis mundial, pues ella es el germen inagotable de nuevas y renovadas Revoluciones de Octubre. Lo mismo puede decirse de la caracterización abierta o sobreentendida del “ultraimperialismo”, que fue acuñado con la etiqueta de Imperio. A pesar de los enormes virajes políticos de las masas ocurridos en el último tiempo -las huelgas y levantamientos en Asia, la primavera árabe, las huelgas contra el ajuste en Europa o el mismo ascenso de Syriza-, la izquierda que se declara revolucionaria no logró en general ampliar su campo de influencia y, en muchos casos, hasta retrocedió a su mínima expresión. A pesar de su anticipada caracterización de la presente crisis y de la comprensión de la actual época histórica, la propia Coordinadora por la Refundación de la Cuarta Internacional (CRCI) ha caído en la inacción. Una tendencia revolucionaria internacional que no actúa en la arena internacional se convierte en un círculo de discusión, que cuando se prolonga en el tiempo deviene en parasitario. Debemos estudiar las raíces de esta parálisis, cuya explicación se encuentra en el balance que hemos hecho, más arriba, de la reciente experiencia europea. Nuestro partido, el Partido Obrero, ha impulsado desde 2008 la convocatoria de una conferencia internacionalista en Europa, sin mayor suceso, y lo hemos repetido en diciembre último, en un debate con las organizaciones que integramos el Frente de Izquierda y los Trabajadores de Argentina.

La mayoría de las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional o herederas de su legado han mostrado un profundo conservadurismo, sea bajo formas sectarias u oportunistas. El anti-catastrofismo es opuesto al marxismo y desarma a los revolucionarios frente al derrumbe social en curso. Estamos frente a una tentativa de reconstrucción catastrófica de la sociedad capitalista, o sea ante un reguero de miseria social, super-explotación y guerra. Sin una teoría revolucionaria -la tendencia del capital a su autodisolución-, no hay posibilidad de una intervención revolucionaria. La alternativa Socialismo o Barbarie solamente deja de ser un slogan cuando está ligada a la tendencia del capital a su propia negación, y a crear sobre esa base situaciones revolucionarias.

6. La impasse en la que se encuentra la CRCI es el resultado de una incapacidad para impulsar iniciativas políticas internacionales, en especial en Europa. Durante un largo tiempo nuestro partido se esforzó por superar esta situación con la publicación del *El Obrero Internacional* y más de 30 boletines internos internacionales, así como con intervenciones colectivas durante la crisis revolucionaria en Bolivia, desde octubre de 2003 hasta la instalación y aprobación de una Constitución de fachada indigenista y de contenido capitalista y oligárquico. En abril de 2004 organizamos en Buenos Aires un Congreso Internacional. La comisión internacional del XXI Congreso del PO, con la presencia de delegados del PT de Uruguay y de Tribuna Classista de Brasil, propone realizar una conferencia latinoamericana en Brasil, en el curso de 2012. Reitera a las organizaciones de la CRCI de Europa el planteo de que propongan una campaña por una conferencia internacionalista en Europa, bajo el lema abajo los Rajoy, los Monti, los Samaras, Merkel y compañía; abajo la Unión Europea, por los Estados Unidos Socialistas de Europa, que la crisis la paguen los capitalistas, por gobiernos de trabajadores. En la reciente reunión del SI de la CRCI, en Atenas, fue incumplido el compromiso previo de las organizaciones europeas de afrontar un plan de acción en Europa, incluida la realización de una conferencia internacional; el SI votó el apoyo a una conferencia sobre Medio Oriente, Chipre y Kurdistán, que impulsan los compañeros del EEK y de la organización turca.

El partido de combate, que reivindicamos para el Partido Obrero, debe aplicarse por entero a la CRCI; no un círculo de discutidores que rumian, obligadamente, sobre los mismos temas.

7. La crisis política mundial no es la suma de las crisis nacionales, que podrían resolverse en cómodas cuotas, mediante un lento y pacífico proceso de soluciones sectoriales. Con todas sus diferencias y especificidades, ella expresa la crisis capitalista mundial, una crisis sistémica, social, política. La salida a la crisis de la humanidad depende del síndico que preside la quiebra del capitalismo. Si el síndico de la quiebra son los gobiernos del capital, el desenlace lo pagarán los trabajadores, mientras los explotadores se arrancarán los ojos por los despojos, por medio de agresiones políticas y de guerras. El síndico de la quiebra tienen que ser los trabajadores, en cuyo caso se procederá a la confiscación de los grandes acreedores y de los accionistas, y los trabajadores ganarán en trabajo libre y bienestar. La puesta en marcha de la quiebra capitalista ya

desató una cadena de explosión de contradicciones y crisis nacionales, crisis sociales y políticas.

A cinco años de iniciada la bancarrota capitalista mundial, el desafío de desarrollar una estrategia de poder independiente de las masas frente al derrumbe capitalista está más vigente que nunca. La crisis mundial tiende a poner en la agenda política la construcción de un partido revolucionario internacional; o sea, la lucha por la refundación inmediata de la IV Internacional.

La crisis capitalista en perspectiva histórica

Oswaldo Coggiola

La crisis del capital es, como toda crisis, una transición, una etapa de la tendencia al colapso de las relaciones sociales capitalistas, el punto alto de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, premisa histórica de la revolución social. La presión que sufre el Estado para nacionalizar (con indemnización) gran parte de la banca y la industria politiza la bancarrota capitalista, que se transforma en cuestión de poder para todas las clases sociales, incluida la burguesía. El rescate estatal, recurso inevitable del capital, amenaza, contradictoriamente, con la bancarrota del propio Estado y del Banco Central, bajo la forma de una inflación galopante; es decir, la crisis monetaria, la pérdida de control sobre la moneda. Después de su inicio en los Estados Unidos en 2007, la siguiente manifestación de la tendencia al colapso del capital mundial, la crisis de la zona euro a partir del derrumbe fiscal de Grecia, inició el período de las “crisis soberanas”, poniendo en tela de juicio a todo el sistema bancario, propietario de la deuda pública. El aspecto estratégico (histórico) de la presente bancarrota capitalista es que se desarrolla en la época de decadencia histórica del capitalismo.

El camino de la crisis actual fue pavimentado por una serie de crisis financieras: la crisis de la deuda externa de los países latinoamericanos (1982), que se prolongó por una década; la crisis del sistema de ahorro y préstamos (savings and loans) de los Estados Unidos, en 1985, durante el gobierno de Reagan, que costó 500 mil millones de dólares; la quiebra de la Bolsa de Nueva York (1987); la explosión de la burbuja accionaria e inmobiliaria en el Japón (1990), que hizo desaparecer 3,2 billones de dólares de la circulación económica internacional (5% del PBI mundial) y fue seguida por más de una década de recesión, estagnación(*) y deflación; la recesión norteamericana de 1990-1991, de ocho meses de duración; la crisis del sistema monetario europeo y el ataque a la libra esterlina (1992); la crisis de México (1994-1995); la crisis asiática (1997); la quiebra del fondo especulativo Long Term Capital Management, LTCM (1998) en los Estados Unidos; la crisis rusa (1998); la devaluación del real en el Brasil (1999); la crisis de Turquía (2001); la crisis de Argentina (2001-2002); el pinchazo de la burbuja accionaria del Nasdaq (la Bolsa de Valores de las empresas de “nuevas tecnologías”) y la recesión en los Estados Unidos (2000-2001).

Hubo una recuperación limitada de la tasa de lucro en la década de 1990, a un nivel superior al de los años 1970 y 1980 (aunque por debajo del período de la inmediata posguerra), revelada por las tasas de rendimiento de las empresas y la participación de los lucros en la renta total, el rendimiento de las acciones y los balances de las corporaciones. Partiendo de que el trabajo es la única fuente de valor y de que el lucro se nutre de la plusvalía, la explicación de esa recomposición de la rentabilidad se encuentra en el avance de la flexibilidad laboral, la presión del desempleo y la expansión de la pobreza. Aunque no se consumó un retroceso decisivo en las condiciones de vida de los trabajadores en los países avanzados, la precarización del trabajo redundó en una recomposición del lucro. La etapa siguiente, que se desarrolló principalmente a partir de 2002, consistió en fusionar cierto número de créditos para hacer de ellos una línea de obligaciones negociables. Los títulos “manufacturados” podían ser vendidos en los mercados, en pequeños paquetes, a los diversos inversores institucionales o fondos especulativos. En la proporción en que crecía el apetito por el riesgo, los rendimientos caían. Los inversores corrían hacia los mercados donde las diferencias aún eran atractivas, fomentando el llamado *carry trade* entre los activos de bajo rendimiento de los países centrales y el rendimiento más elevado de los países periféricos. La riqueza “de papel” pasó

a multiplicarse de modo relativamente independiente de la valorización de los activos productivos, las llamadas “variables reales”, pero se trata de un proceso en el que todos los actores están envueltos, inclusive la “corporación productiva” que incorporó la meta financiera en sus objetivos.

Los mercados de capitales ejecutaron cada vez más las funciones de intermediación del sistema bancario. Este, a su vez, emigró del terreno de los bancos comerciales, que conceden préstamos a largo plazo a sus clientes y mantienen con ellos una relación duradera, hacia actividades típicas de los bancos de inversiones. Una serie de nuevos productos financieros complejos fueron “derivados” de los tradicionales títulos, acciones, commodities y cambio: así nacieron los “derivados”: opciones, futuros y swaps. Hacia 2006, el valor total estimado de los swaps de préstamos, swaps cambiarios y opciones en el mercado había llegado a 286 billones de dólares, aproximadamente seis veces el Producto Mundial Bruto (PMB), en comparación con un valor total de 3,45 billones de dólares en 1990.

La “revolución informática” en la computación y en las comunicaciones permitió la creación de transacciones complejas, especialmente de productos derivados, y la negociación 24 horas por día de enormes volúmenes de activos financieros. Surgieron nuevos “actores”, especialmente fondos de *hedge* y fondos privados de inversión en participaciones: el número de fondos de *hedge* creció de 610, en 1990, hasta 9.575 en 2007.

Política e ideológicamente, este período estaba dominado por el llamado “fin del socialismo”. La restauración capitalista en la ex URSS, China y Europa del este, llamada a abrir una nueva era histórica de acumulación (expansión) de capital, se convertiría sin embargo en un factor poderoso de la crisis mundial, aunque apareciera, en una primera etapa, como su contrario: como la salida para un capital que conquistaba un área de enormes dimensiones para el campo de la explotación capitalista. Ese proceso no se podía comparar con la incorporación de nuevos mercados en el período de ascenso del capitalismo, pues ocurría en la época de su decadencia y sobre la base de la destrucción de conquistas sociales extraordinarias. La colonización económica del ex “bloque socialista”, en especial de China, fue vista como el remedio de la tendencia hacia la estagnación económica. El acuerdo comercial de China con los Estados Unidos, en 1999, definió la inserción del país en el mercado mundial. El salario mínimo oficial en los Estados Unidos era de más de 800 dólares, y en China no pasaba de 70.

El gobierno “comunista” chino dio esos pasos bajo la presión de su propia crisis, en consecuencia de la apertura eco-

nómica registrada desde la década de 1970, propiciada, a su vez, por el empantanamiento de la economía y la sociedad después de dos décadas de construcción del “socialismo en un solo (inmenso) país”. El Estado impuso formas de autonomía para los gerentes de empresas seleccionadas, entre 1979 y 1983. En dos décadas de restauración capitalista, sin embargo, todas las tendencias hacia la sobreproducción y valorización especulativa y ficticia del capital se manifestaron en la economía china. Los créditos “podridos” del sistema bancario eran, en 2000, del orden de los 500 mil millones de dólares. Las gigantescas exportaciones chinas no fueron el resultado de una política nacional de elevación de la productividad comandada por modernas empresas. Más de 60% de las exportaciones fueron realizadas por empresas extranjeras.

Las exportaciones chinas alcanzaron un billón de dólares, para un PBI de 1,4 billón de dólares, en el inicio del siglo XXI, transformando al país en la principal plataforma de exportaciones del planeta y, también, en el mayor centro mundial de acumulación de capital, pero con una enorme carga financiera de deudas: la cartera de préstamos irregulares de los bancos chinos se encontraba en el orden del 70%.

Reservas internacionales de los países ricos y países “periféricos” (en miles de millones de dólares)

Pese al crecimiento chino y de otros “países emergentes”, el proceso desigual de desarrollo científico y tecnológico entre las naciones continuó, y en áreas decisivas se amplió (como lo revela el registro mundial de patentes). Los productos de las empresas norteamericanas o chinas, fabricados a bajos precios en China, inundaron el mercado de los Estados Unidos (se estimó que los baratos productos chinos resultaron en un ahorro anual de mil dólares para cada hogar norteamericano) siendo responsables por 30% del gigantesco déficit comercial del país (700 mil millones de dólares en 2000). Los comentarios económicos se centraron en el espectacular crecimiento de la economía y de las exportaciones chinas, dando poca atención al crecimiento de la polarización y las contradicciones sociales, y a la literal expropiación económica de la población agraria.

El proceso de restauración capitalista en China, con un mercado “libre” de capitales y de fuerza de trabajo, no se completó, pero pasó a sufrir sus males (contradicciones). En China, el Estado controla el sistema financiero nacional por medio de los bancos estatales, y creó una deuda enorme para estimular la economía en la medida en que era golpeada por la crisis mun-

dial, creando ciudades vacías, una infinidad de obras inútiles y una enorme “burbuja inmobiliaria”. El control estatal del sistema financiero y de inúmeras empresas no significa la sobrevivencia en China de las bases (deformadas) de una economía socialista, pues el Estado usa esos recursos en favor de la restauración y de la acumulación de capital. Las exportaciones de capital chino hacia todos los continentes y regiones del mundo, por otro lado, no crearon un nuevo centro imperialista (en el sentido capitalista) pues están todavía lejos de igualar el monto global de las inversiones externas en China.

Con un crecimiento económico de dos dígitos anuales, China fue perdiendo paulatinamente, en vastos sectores, en especial los de producción en masa, el “privilegio” de los más bajos salarios del planeta contra otros países también populosos (India, Indonesia, Vietnam, entre otros). El crecimiento de las exportaciones fue seguido de importantes inversiones de capital en el exterior. La penetración del capital mundial en el antiguo “bloque socialista” (o “estatal”, en el caso de la India), sin embargo, agudizó la competencia internacional, y de salida para la crisis capitalista mundial se transformó en factor impulsor de ella.

Deflación, especulación y burbuja

La tendencia hacia la deflación empujó a los capitalistas hacia las inversiones especulativas, en todo el mundo. La proporción de activos financieros en relación con la producción mundial anual se elevó de 109%, en 1980, a 316% en 2005. Ese año, el stock mundial de activos financieros totalizó 140 billones de dólares. Ese crecimiento en el movimiento financiero fue particularmente acentuado en la “zona del euro”: la relación entre activos financieros y PBI en la región dio un salto de 180%, en 1995, a 303% en 2005. En el mismo período, esa tasa creció de 278 a 359% en el Reino Unido, y de 303 a 405% en los Estados Unidos.

El gobierno norteamericano decidió intervenir con planes de revitalización de la economía, para evitar un efecto dominó que afectaría a las empresas de todo el mundo: adoptó políticas de impulso del mercado interno, con “efecto multiplicador de renta”. El sector escogido para la realización de los incentivos fue el inmobiliario, con políticas de reducción de la tasa de interés y de gastos financieros, además de inducir a los intermediarios financieros a incentivar la inversión en el sector mediante garantías del gobierno. Sobre esas bases, la economía mundial retomó el crecimiento a partir de 2002-2003, abriendo

un nuevo ciclo periódico de expansión global de la producción de capital y del comercio internacional. La tasa básica de interés de los Estados Unidos bajó a 1% en 2003.

América Latina, que incluye algunos de los llamados “mercados emergentes”, conoció un desempeño económico convulsivo en ese período, con caídas y altas abruptas de su PBI, lo que ponía en evidencia a economías con bajo grado de autonomía (financiera, industrial y comercial), altamente dependientes de las inflexiones del mercado mundial. Desde el punto de vista comercial, la dependencia de la región en relación con los Estados Unidos y Europa continuó grande: más del 65% de las exportaciones latinoamericanas dependían de esas dos regiones, seguidas por Asia y la propia América Latina.

La recuperación económica mundial de 2002-2007 atestiguó también una internacionalización sin precedentes del capital financiero. El flujo anual mundial de capitales por las fronteras nacionales creció hasta 11,2 billones de dólares en 2007, más del 20% del PBI mundial. Ese valor era de 1,1 billón de dólares o 5% del PBI global, en 1990. El ciclo de crecimiento económico internacional iniciado en 2002-2003, que benefició también a los “mercados emergentes” (incluso a Brasil, con el boom del agronegocio) se aproximaba en 2006 a un nuevo cuello de botella (anticipado por la crisis de la Bolsa de Tokio y la nueva caída espectacular de las acciones de Yahoo) sin haber resuelto los problemas estructurales que afectaban a la economía mundial.

A pesar de la débil generación de renta en los Estados Unidos, el consumo privado creció en ese país hasta un récord del 72% del PBI en 2007. El crecimiento norteamericano, con bajas tasas de interés y una expansión artificial del mercado inmobiliario, enfrentaba ahora la perspectiva de explosión de la burbuja inmobiliaria (que ya había llevado a la economía japonesa al umbral del colapso). El crédito inmobiliario fue, durante décadas, la red principal que protegió la economía de los Estados Unidos en las grandes crisis. El principal mecanismo de transmisión de la caída de las tasas de interés fue el crédito inmobiliario, que sustentó la economía, evitando que la sobreacumulación en el sector tecnológico se transformara en una recesión aguda o incluso en una depresión. A partir de 2006, sin embargo, hubo una reducción del número de residencias negociadas.

Los clientes que financiaban casas por ese sistema fueron entrando masivamente en mora, generando desconfianza en las bolsas, maximizada por los movimientos especulativos; los

títulos “derivados” no podían ser nuevamente negociados, lo que desencadenó un “efecto dominó” y generó daños sin precedentes en el sistema bancario internacional. Con miedo de una retracción económica en los Estados Unidos, sumado a las sospechas de títulos “contaminados”, muchos inversores vendieron sus acciones; las cotizaciones bursátiles cayeron. La separación entre producción y circulación de mercancías proporcionada por el crédito permite el desenvolvimiento del mercado financiero, o la negociación de papeles que, aunque creados con base en la producción “real”, evolucionan sin relación directa con los valores que les dieron origen, una valorización ficticia, especulativa. Los bancos acreedores, para garantizar sus hipotecas, pasaron el riesgo de las operaciones a las empresas de seguros, representadas principalmente por la AIG (American International Group).

La caída de los precios de los inmuebles, a partir de 2006, arrastró a varios bancos a una situación de insolvencia, repercutiendo fuertemente sobre las bolsas de valores de todo el mundo. Como los préstamos subprime eran difícilmente liquidables, no generaban flujo de caja para los bancos que los concedían. Esos bancos habían creado una estrategia de “securitización” de esos créditos. Para diluir el riesgo de esas operaciones dudosas los bancos norteamericanos acreedores las juntaron y transformaron en “derivados” negociables en el mercado financiero internacional, cuyo valor era cinco o más veces superior al de las deudas originales. Así se crearon títulos negociables cuya base eran esos créditos “podridos”. Fue la venta y compra en enormes cantidades de esos títulos, basados en hipotecas subprime, la que provocó el arrastre de la crisis hacia todo el mundo.

Según *The Economist* la burbuja inmobiliaria mundial, entre 2000 y 2005, fue la más grande de todos los tiempos, superando inclusive la de 1929. La revista inglesa concluyó que “la moderación de la recesión de 2001”, cuando el país “recibió la mayor inyección monetaria y fiscal de su historia, simplemente sustituyó una burbuja [de acciones] por otra [inmobiliaria]”. La “crisis inmobiliaria” norteamericana que se inició en 2007 no sorprendió, lo que sorprendió fue la extensión con la que penetró los sistemas financieros nacionales y las “innovaciones financieras” globales. Las financieras se quedaron con las casas -con su valor reducido- y sin el dinero; o sea, sin recursos para honrar los títulos que habían emitido. Eso acabó por provocar la quiebra de las financieras y, en consecuencia, también de instituciones mayores. Las empresas resolvieron ir al mercado a vender acciones para hacer caja. La crisis se hizo

general, en mayor grado para las economías que más se habían acoplado a esa lógica, en primer lugar los Estados Unidos. En los nueve primeros meses de 2008, los principales índices de las Bolsas perdieron más del 25%.

Entre agosto y setiembre de 2008, la crisis llegó al paroxismo con la estatización de los gigantes del mercado de préstamos personales e hipotecas de los Estados Unidos -la Federal National Mortgage Association (FNMA), conocida como "Fannie Mae", y la Federal Home Loan Mortgage Corporation (FHLMC), "Freddie Mac"- que estaban quebradas (las hipotecas en su poder valían menos que las deudas acumuladas para financiarlas). En setiembre, la quiebra del banco de inversiones Lehman Brothers, uno de los más antiguos de los Estados Unidos (160 años) amenazó producir el colapso de la economía mundial. La gigantesca operación de rescate del sistema bancario que siguió a esa quiebra desembocó en una crisis fiscal sin precedentes y en una situación de cesación de pagos inminente de numerosos estados.

Quedaron así al desnudo las limitaciones insalvables de la intervención del Estado para rescatar a la economía mundial de la bancarrota y para recomponer las mismas bases que produjeron su estallido. La gigantesca emisión de moneda por parte de los bancos centrales, para socorrer al sistema financiero, sirvió para financiar un nuevo proceso especulativo. Con tasas de interés cercanas a cero, los fondos financieros se volcaron a las Bolsas y al mercado de títulos públicos, para inflar sus balances deteriorados con ganancias especulativas. El sistema fiscal fue forzado a incurrir en un nuevo endeudamiento para absorber los fondos generados por los rescates. Los estímulos del Estado para neutralizar la recesión fueron financiados por medio de ese mecanismo especulativo. La deuda pública de Estados Unidos pasó del 40 al 100% del PBI y, en España, del 30 al 80%. En lugar de limpiar de sus balances los "activos tóxicos" (incobrables), en especial los créditos hipotecarios en un mercado en caída libre, los bancos incorporaron nuevos activos de esas características: los títulos públicos. La insolvencia fiscal fue un producto de ese financiamiento parasitario, no lo contrario; o sea, que ese financiamiento fuera una operación de rescate de Estados insolventes.

Las obligaciones de los bancos de inversiones en compras apalancadas se transformaron en pasivos. Los *hedge funds*, creados para ser supuestamente neutros en relación con los mercados, tuvieron que ser rescatados. El mercado de comercial papers se paralizó, y los instrumentos creados por los bancos para sacar las hipotecas de sus balances no consiguie-

ron encontrar fuentes externas de financiamiento (funding). El golpe final vino cuando el mercado de préstamos interbancario, que es el núcleo del sistema financiero, paró. Los bancos centrales de todos los países “desarrollados” inyectaron en el sistema financiero mundial un volumen de recursos inédito, y extendieron créditos a papeles financieros e instituciones nunca socorridas anteriormente. El sistema bancario internacional comenzó a sentir los estertores de su propio fin. Los bancos de inversiones fueron las primeras víctimas de la crisis, ya que su principal mercancía -los títulos negociables- se habían transformado en polvo. Se había desmoronado un castillo de cartas construido a partir del presupuesto de que títulos de crédito basados en financiamientos sin garantía, excepto su propia existencia, serían capaces de salvaguardar al mundo de la crisis.

Por eso la importancia de salvar a la principal empresa aseguradora del mundo. Para los analistas de negocios, un fracaso en la operación para rescatar a la AIG sería dos veces peor que la quiebra de Lehman Brothers. La AIG consiguió rápidamente la protección necesaria para evitar la quiebra: la Federal Reserve anunció un préstamo de 85 mil millones de dólares para la AIG. El gobierno norteamericano pasó a tener 79,9% de participación en el control accionario del grupo, y la gerencia de sus negocios, estatizándolo, aunque en teoría temporariamente. Después fue necesario un segundo paquete de ayuda financiera gubernamental por un valor de 37,8 mil millones de dólares. La crisis apuntaba hacia la estatización temporal del sistema bancario, especialmente en los Estados Unidos y en Inglaterra.

Los choques entre el Estado, los intereses de los grupos capitalistas y las masas trabajadoras y desempleadas, alimentaron la inestabilidad y las crisis políticas. El gobierno norteamericano emitió grandes cantidades de moneda para combatir los efectos de la crisis, pero el exceso de dólares redujo su valor en relación con las otras monedas. El dólar desvalorizado perjudicó las exportaciones de los socios comerciales de los Estados Unidos, tornando sus productos más caros en el mercado internacional. Al mismo tiempo, hizo a las importaciones de estos países más baratas, debilitando sus industrias, que perdieron mercado tanto local como de exportación. La “guerra cambiaria” es la metáfora de una guerra real.

Después de considerarse “superada”, la crisis del crédito privado (bancos) se transformó en crisis del crédito público (Estado). La crisis, que comenzó en el mercado inmobiliario y derribó bancos, sepultó a los Tesoros bajo montañas de

deudas, sin condiciones de colocar en marcha programas anticíclicos. El desdoblamiento de la crisis financiera y económica internacional de 2008-2009 fue la insolvencia de los Estados de las naciones desarrolladas. En 2011, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, la deuda pública superó en promedio el 100% del PBI en los países avanzados, llegando a 88% en Europa, 103% en los Estados Unidos y 230% en el Japón. Aunque las crisis de las deudas soberanas convirtieron a Europa en el centro aparente de la crisis mundial, ese centro siguió localizado en los Estados Unidos. Su endeudamiento, nacional e internacional, público y privado, es creciente e insuperable.

La crisis no era un episodio cíclico ni un disturbio coyuntural, que afectaba sólo al sector financiero, sino una crisis de toda la economía capitalista, dominada por la super-expansión del capital financiero, que durante décadas invadió, interligó y controló todos los aspectos de la vida económica del mundo. Se manifestó, primero, en la esfera financiera y llevó al sistema bancario internacional a la crisis en 2007/2008, creando una "Gran Recesión" y precipitando al abismo a grandes compañías como la General Motors, Ford, General Electric y otras de los Estados Unidos, Europa y Asia. Solamente las intervenciones estatales sin precedentes, rescates y paquetes evitaron que la "Gran Recesión" se convirtiera en una gran depresión.

Los ojos y corazones del capital mundial se desviaron hacia el consumo chino, visto como el gran salvavidas. La "nueva clase media china" con capacidad de pago, de dimensión superestimada, no tiene, sin embargo, fundamento sólido, pues está asociada al aumento especulativo de edificios residenciales y de oficinas en gran parte vacíos, estadios y otras inversiones ruinosas, orquestados por cuadros partidarios corruptos. Su consumo de lujo es financiado a crédito o con rendimientos irregulares. La desaceleración china coincidió con la de los otros "emergentes" (India y Brasil en especial) diseñando un panorama de ampliación de la recesión mundial. Simultáneamente, en los Estados Unidos, el mayor banco del país, JP Morgan, anunció pérdidas equivalentes a 4,4 mil millones de dólares en julio de 2012: de motor del crecimiento mundial, la Chinamérica se fue transformando en su agujero negro.

El viejo continente: miseria y sobreproducción

A partir de 2010, Europa pasó a ocupar el centro de la crisis mundial. Con países como Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España con un grado impagable de endeudamiento, la crisis euro-

pea puso en cuestión los fundamentos de la Unión Europea. El colapso europeo de 2011 evidenció que las instituciones construidas a lo largo de más de medio siglo no consiguieron resolver la cuestión de la desigualdad económica entre los países componentes (agravada con la adhesión de los países bálticos y del este europeo) ni crear un sistema supranacional capaz de enfrentar de forma unificada crisis nacionales, regionales, qué decir mundiales. Los Estados de Europa reaccionaron frente a la crisis sobre líneas nacionales, no continentales. Se hizo evidente la ausencia, en la UE, de un órgano equivalente a la Reserva Federal norteamericana, capaz de imponer un plan en todo el ámbito de la eurozona. La UE no es un “super Estado”: tiene una moneda común entre 15 de sus 27 miembros, pero carece de un sistema de impuestos o un presupuesto único.

No sólo la deuda griega era insostenible y en constante crecimiento; también Portugal e Irlanda siguieron los pasos de Grecia con “acuerdos financieros” con la troika (BCE, UE, FMI). Italia y España, la tercera y cuarta economías de la “eurozona”, se desmoronaron bajo montañas de deudas. Después de mucho vacilar, el Banco Central Europeo finalmente admitió recomprar títulos de Italia y España, cuyas deudas estaban amenazadas por el colapso, un colapso que llevaría a la ruina a todo el sistema bancario de Europa, tenedor de los títulos públicos de esos países. Francia, que pertenece al núcleo duro de la Unión Europea, perdió su calificación de crédito AAA, mientras que el conjunto de la Unión Europea, comenzando por su motor, Alemania, comenzó a hundirse en la recesión.

Europa pasó a enfrentar un doble efecto: por un lado el potente freno de la austeridad y, por el otro, el pseudomotor de la liquidez en aumento debida a las operaciones de rescate del BCE. La receta de la austeridad se puso en el orden del día en toda Europa. En los planes de ayuda a Grecia, Irlanda y Portugal, que solicitaron préstamos para “sanear” sus economías, la ayuda financiera vino condicionada a la adopción de medidas de austeridad fiscal, incluyendo cortes generalizados de gastos públicos que hundieron a los países en la recesión económica, el aumento del desempleo y de la pobreza, el principio clásico de la deflación, en un marco, sin embargo, de devaluación de las monedas (como lo prueba el aumento de la cotización del oro), o sea de inflación. Las dos décadas de crisis de Japón demostraron que la emisión monetaria (la deuda pública japonesa llegó al 250% de su PBI) no impide la deflación, que agrava la crisis porque revaloriza las deudas y los créditos; o sea, aumenta la insolvencia.

La devaluación del euro en 2010 inauguró una nueva fase de la guerra monetaria que viene desde el derrumbe del dólar en la década de 1970 y el colapso del acuerdo de Bretton Woods de 1945. En el centro de la crisis monetaria se encuentra el dólar, debido a las enormes necesidades de financiamiento fiscal de Estados Unidos. El dólar fue respaldado por una continua acumulación de reservas en dólares por parte del resto de las naciones. China quiere convertir sus reservas en activos de capital en el resto del mundo, en especial Estados Unidos, y éstos pelean por un acceso en escala mayor en el mercado chino. China, como todos los países con reservas internacionales elevadas, exporta capital-dinero e importa capital en forma productiva. Las enormes reservas de dólares en China constituyen una garantía oficial de ese país para esas inversiones extranjeras, o sea que las reservas en dólares de Beijing financian las inversiones norteamericanas en ese país. Se trata de una relación de dependencia, que la bancarrota capitalista (que incluye una guerra monetaria por la revaluación de la moneda china) sólo ha puesto en evidencia. La lucha por la reestructuración del mercado mundial es un aspecto decisivo de la crisis, y una semilla de nuevas guerras mundiales.

Con la compra de la deuda pública en poder de los bancos por parte del BCE, los países de la zona euro comprometieron 900 mil millones de euros para evitar el default. De este modo, un conjunto de Estados en situación potencial de default pretende rescatar a otros que se encuentran en un estado más apremiante. La contradicción que encierra este operativo se demuestra en que no se trata de un aporte efectivo a un fondo de rescate, sino de una declaración de garantía para el caso de que tenga lugar una cesación de pagos. Todos los Estados se siguen endeudando a tasas de interés cada vez mayores, financiados por la emisión de dinero de los bancos centrales. La bancarrota bancaria se sumó a la bancarrota fiscal. En lugar de eliminarla o reducirla, la pirámide especulativa del endeudamiento de bancos y Estados creció.

La intervención estatal, en lugar de neutralizar o contrarrestar la bancarrota capitalista, le dio un nuevo impulso. Esa intervención fue saludada por la izquierda burguesa como una reacción al régimen neoliberal o como una negación estatal del mercado. El Estado, al revés, no intervino contra el mercado sino en su socorro; no como un poder exterior al capital sino como un engranaje de la acumulación capitalista. En lugar de forzar al capital a aceptar la reducción de sus activos valorizados en forma ficticia, aplica esa reducción a los explotados para rescatar al capital ficticiamente inflado por la espe-

culación. En lugar de liquidar el capital excedente y reordenar las proporciones entre el capital acumulado, de un lado, y la capacidad adquisitiva del otro, ha incrementado la desproporción entre uno y otro, mediante el estímulo a nuevas inversiones.

La tendencia hacia la desintegración de la UE ocupa un lugar estratégico en la crisis mundial, pues la UE parecía operar como una superación de la contradicción entre el desarrollo internacional de las fuerzas productivas y la supervivencia de las fronteras nacionales, cuando en realidad rescató a los Estados nacionales de la descomposición causada por la guerra mundial y las revoluciones subsecuentes. La enorme acumulación de capital, real y ficticio, propiciada por la formación de la zona del euro -ligada de forma íntima a la separación de Europa oriental y los Balcanes de la Unión Soviética- llegó a la su estación terminal. La suma de los títulos del sector financiero en Alemania y Francia es tres veces mayor que sus PBI. Los bancos europeos eran importantes inversores en títulos públicos, un tercio del total de emisiones.

A pesar de haber comenzado a abandonarlos, su exposición continúa siendo enorme en la deuda pública, totalizando 2,6 billones de euros, o el 7,5% de sus activos totales. La crisis del euro expone el conflicto que se abrió entre los Estados con las finanzas quebradas y la defensa del valor del capital. El otro pilar del capital, el dólar, se encuentra aplastado por una deuda pública de 20 billones de dólares (140% del PBI), y por una deuda internacional inconmensurable. Una retirada del financiamiento de China, Japón y Alemania del mercado de la deuda norteamericana convertiría al dólar en una moneda sin valor.

Se estima que la sobrecapacidad de producción en el conjunto de la economía mundial es de cerca de 200 para un índice 100, mientras la capacidad de consumo ha caído, en el curso de la crisis, a alrededor de 70. El potencial destructivo de la crisis no tiene paralelo en la historia. La crisis evidenció una base sin precedentes para el colapso del sistema capitalista mundial, base que existía antes de ella, pues fue creada mucho antes de las políticas monetarias permisivas del siglo XXI. La tasa de crecimiento del PBI per cápita de la economía capitalista mundial disminuyó de 2,6% en 1960/70 a 1,6% en 1970/80, llegando a 1,3% entre 1980/1987. El crecimiento del PBI per cápita de la economía mundial disminuyó a la mitad. La crisis, por otro lado, acentuó las desigualdades mundiales del desenvolvimiento capitalista. En los años 1960, todas las zonas de la economía capitalista mundial crecieron en ritmos

desiguales. A partir de los años 1970, algunos países industrializados y Asia continuaron con un crecimiento del PBI per cápita; África, América Latina y Oriente Medio experimentaron una caída. Las recesiones sucesivas en 1967, 1970-71, 1974-75, 1991-93, 1997-1998, y 2001-2002 no hicieron más que preparar la crisis actual. En cada ocasión, el capital sólo conseguía relanzar la economía mundial al precio de la apertura de las compuertas de los créditos, sin solucionar el problema de fondo: la superproducción crónica. No hizo otra cosa que postergar los plazos recurriendo a las deudas, y actualmente el sistema está ahogado por ellas.

La globalización del capital financiero, asociada con el proceso de restauración capitalista en China y Rusia, no abrió una salida de largo plazo a la crisis del capital pero creó un océano de deudas que cubrieron el planeta como bombas-reloj. En el período 2002/06, la espiral de la crisis fue desviada y dos motores interconectados, la expansión del crédito en los Estados Unidos y el crecimiento industrial de China, permitieron el crecimiento de la economía mundial. Después, los dos motores comenzaron a parar, y el primero explotó en 2007-2008. La contracción de la economía mundial intenta ciegamente eliminar la masa de capital excedente que obstruye el proceso de acumulación capitalista.

En la crisis, la línea de pobreza (ingreso inferior a 1,25 de dólares por día/persona) continuó aumentando, hasta llegar al 41,7% de la población mundial (más de 2,7 mil millones de personas). Los Objetivos del Milenio de la ONU contaban bajar ese porcentaje a 20,9% (1,4 mil millones) en 2015. Los países que elaboraron programas de ampliación de la producción de alimentos por pequeños agricultores fueron “inmovilizados” debido a falta de financiamiento. Las previsiones sombrías de la FAO fueron superadas: se preveía que 1.300 millones de personas pasarían hambre en 2020 (cifra que fue alcanzada una década antes). El porcentaje de desnutridos se situó en el 16% de la población mundial, retornando al nivel del período de 1990-92 (entre 2003 y 2005 la población subalimentada, que consume menos de 1800 calorías al día, era el 13%, la diferencia de 3% significa el ingreso a la categoría de subalimentados de aproximadamente 200 millones de personas). Unos 46 millones de norteamericanos, una cifra inédita, viven en la pobreza. En la Unión Europea la tasa oficial de desempleo de los solicitantes con edad de entre 15 y 24 años es de 20,3%, pero es en realidad muy superior.

El agua es la otra cara del drama del hambre; 1.300 millones de personas (más de un sexto de la población mun-

dial) no disponen de agua potable, y 2.600 millones no acceden al saneamiento básico. En 2050, según la proyección del Instituto Internacional del Agua, la cantidad de agua necesaria para la fabricación de biocombustibles (que consumen 100 millones de toneladas de granos, el 5% de la producción global) equivaldría a la requerida por el sector agrícola para alimentar al conjunto de la población mundial. Aumento de la pobreza, de la precarización laboral, del desempleo, de la superexplotación, del hambre, de la sed, de la destrucción ambiental: la crisis del capital evidencia de modo brutal la tendencia hacia una regresión social y civilizatoria sin precedentes. Al mismo tiempo, una elite "global" de super-ricos esconde por lo menos 21 billones de dólares en paraísos fiscales (cifras de 2010), el volumen de las economías de los Estados Unidos y Japón juntas. Se trata de una estimación conservadora, pues el número real llegaría a 32 billones de dólares (más del 50% del producto anual mundial).

Insurgencia popular y obrera

En el movimiento de masas, la crisis fue propiciando el pasaje de la hegemonía del "movimentismo altermundista" a la indignación en las plazas y locales públicos. El giro que se ha producido en la resistencia popular queda en evidencia cuando se la compara con las movilizaciones de los foros sociales contra la globalización, que en ningún momento buscaron involucrar a la clase obrera. Con la generalización de las luchas obreras, el movimiento antiglobalizador ha desaparecido como factor político. Su principal reclamo, un impuesto al movimiento financiero, fue tomado por una fracción del capital para establecer un fondo de rescate de los bancos. Los partidos y representaciones de los foros sociales se han desintegrado en el curso de la crisis y la mayor parte de ellos se han pasado al campo del capital y de sus gobiernos. El desarrollo de la crisis y la lucha de clases han dejado al desnudo los límites insalvables de los movimientos pequeñoburgueses que reivindican el "anticapitalismo" como una oposición al capital sobre la base de las relaciones sociales capitalistas.

El movimiento de protesta que comenzó en Túnez en diciembre de 2010 se extendió en seguida a Egipto y España, después globalmente. Las protestas alcanzaron Wall Street y decenas de ciudades en los Estados Unidos. En los "indignados" hay una fuerte presencia de camadas sociales no proletarias, en particular una clase media en proceso de proletarianización. Boris Kagarlitski calificó exageradamente todos los movi-

mientos anti (y post) globalización de “rebelión de la clase media”. En Europa, después de la sorpresa inicial por las medidas de austeridad, la rebelión griega de diciembre de 2008, con un gran papel del movimiento estudiantil, evidenció el comienzo de una resistencia a los efectos catastróficos de la crisis sobre los trabajadores.

En toda Europa comenzaron también a ocurrir reacciones obreras. Ya en 2008, en Bélgica, se declaró un día de huelga nacional. Los obreros de Renault en Francia recibieron al presidente Nicolás Sarkozy, que visitaba la empresa, con un día de huelga contra los despidos. En 2009, la lucha se generalizó en Europa, con la huelga general de los estudiantes en España (precursora del movimiento en las plazas), la lucha de los estudiantes ingleses contra el aumento brutal de las anualidades universitarias (con fuertes enfrentamientos con la policía), las luchas en Italia contra la precarización del trabajo impulsada por el gobierno de Berlusconi. En Europa, los países más afectados por la crisis son exactamente aquellos en que la jornada anual de trabajo (la superexplotación de los trabajadores) es mayor.

En 2001 se produjo un salto en las luchas de Europa. En Inglaterra, en agosto, la rebelión de los jóvenes de los barrios pobres tuvo lugar mientras los sindicatos discutían un plan de lucha contra el recorte de las jubilaciones, después de protagonizar la mayor huelga de estatales en 80 años, y junto a una gran movilización estudiantil contra el plan de recortes a la educación. Europa presentó, en forma condensada, las tendencias presentes en la clase trabajadora. Huelgas de masas, grandes movilizaciones y manifestaciones, ocupaciones de fábrica, toma de rehenes por trabajadores, rebeliones de jóvenes y obreros (Francia, Italia, Grecia, Irlanda, Rumania, Serbia) demostraron la creciente combatividad de la clase obrera bajo la presión del desempleo, la flexibilización laboral, las reducciones salariales, la destrucción de derechos previsionales, la represión estatal. Después de los movimientos de las plazas, hegemónicos por los estudiantes y la juventud desempleada, la clase obrera comenzó a manifestarse en huelgas y movilizaciones. Las huelgas generales en Grecia y Turquía, en Francia y España, las numerosas ocupaciones de fábrica en Italia, fueron ganando el centro del escenario continental.

En los últimos años hubo una recomposición de la clase obrera mundial, con la incorporación de millones de nuevos trabajadores que protagonizan combates de clase en Grecia, Francia, Italia, Alemania, pasando por América Latina. Añádase la recuperación del activismo de la clase obrera rusa y en

Europa del este, de los trabajadores sudafricanos y del proletariado chino. Las huelgas de 24 horas de los sindicatos europeos fueron impuestas por la presión de la crisis y el descontento general de la población, generalizando un método. Pero se trata de un método que no lleva a la victoria. Los seis paros generales en Grecia no le torcieron el brazo al gobierno de Georgios Papandreu, y lo mismo vale para las movilizaciones cada vez más numerosas en Francia. La burocracia de los sindicatos procura por esta vía encauzar la rebeldía popular y preservar a los gobiernos de turno. Ni siquiera plantea el retiro sin condiciones de los planes de austeridad sino su negociación, como si eso no fuera otra cosa que una capitulación disfrazada.

Entre 2010 y 2011, la rebelión social atravesó el Mediterráneo y se transformó en crisis revolucionaria en el Medio Oriente árabe. Las caídas de los gobiernos dictatoriales de la región, en medio de gigantescas movilizaciones populares, no fueron una anomalía sino una señal de nuevos tiempos internacionales, además de provocar grandes cambios estratégicos en la región más conflictiva del planeta en las últimas décadas. Las huelgas en los países más ricos de Oriente Medio precedieron a la “primavera árabe”. Diez millones de trabajadores inmigrantes trabajan en los Estados árabes del Golfo: Arabia Saudita, Omán, Kuwait, Baréin, Qatar y Emiratos Arabes Unidos. Reciben salarios que van de 93 a 131 euros por mes, por jornadas de trabajo de 12 o más horas.

La revolución en Egipto se desarrolló con manifestaciones, protestas y actos de desobediencia desde el 25 de enero de 2011. Los principales motivos para el inicio de las manifestaciones fueron la violencia policial, las leyes del estado de excepción, el desempleo, la lucha para aumentar el salario mínimo, la falta de vivienda, la inflación, la corrupción, la ausencia de libertad de expresión y las malas condiciones de vida. La masiva lucha provocó la caída de Hosni Mubarak y su gobierno, que estaban en el poder desde hacía 30 años. Contra la perspectiva revolucionaria de conjunto en el mundo árabe, la Otan, la UE y Estados Unidos estructuraron una intervención militar en Libia, bajo pretexto de proteger a la población civil de la represión del régimen de Gadafi, provocando centenas de muertes y buscando crear una cabeza de puente para intervenir militarmente contra todos los países árabes en rebelión, y contra la lucha nacional palestina.

Paralelamente, en España, los “acampes” y las plazas se fueron vaciando, para finalmente ser dispersadas por la represión policial (aunque el movimiento de ocupación de las

plazas renació a mediados de 2012, alimentado por los nuevos episodios de la crisis económica y las medidas de austeridad impuestas por el gobierno de Rajoy). En Nueva York, poco antes de las amenazas de alcalde Bloomberg de expulsar a los ocupantes del Zucotti Park con la policía, las asambleas generales fueron prácticamente vaciadas de discusiones significativas y tomadas por informes burocráticos de los grupos de trabajo y los comités.

A las generalizadas movilizaciones de trabajadores en Europa se sumaron las huelgas en las grandes fábricas del sur de China. Las huelgas chinas ocurrieron en empresas extranjeras, después de un largo período de preparación, con la emergencia de representantes electos, organizados al margen del sindicalismo oficial controlado por la burocracia estatal. Esos representantes están fusionados con la masa de huelguistas, y con posiciones y reivindicaciones claramente clasistas. El poder burocrático reculó por primera vez en muchos años, demostrando debilidad política y temor a provocar una rebelión general en las grandes empresas. Sin derechos políticos, la clase obrera china pavimentó el camino para conquistar el contrato colectivo de trabajo, en un país en el que las normas laborales son fijadas unilateralmente por el Estado o las empresas. Esas huelgas han producido comités de fábrica, en el marco de una dictadura que castiga en forma severa cualquier manifestación independiente. El reclamo de convenciones colectivas de trabajo y sindicatos independientes del Estado es incompatible con el régimen político vigente, y su desarrollo implicaría un principio de doble poder.

El alcance de la crisis sobre China comenzó a provocar una reacción social en consecuencia de su impacto sobre los trabajadores. Los patrones japoneses se sorprendieron con la resistencia china a sus métodos autoritarios de trabajo fabril (usuales en el Japón). Se trata de un proletariado joven, de reciente emigración rural, que no ha pasado por una secuela histórica de derrotas ni por la domesticación de la burocracia de los sindicatos. Cuenta, sin embargo, con una tradición histórica revolucionaria relativamente reciente, y viene de insurrecciones rurales contra las expropiaciones de la burocracia estatal.

La crisis fue así marcada por la emergencia de movilizaciones obreras y por crisis políticas en Grecia; en las huelgas de Bangladesh, China y Vietnam; en las huelgas francesas y en la rebelión obrera y estudiantil en Inglaterra, Irlanda y Escocia; en las luchas obreras y campesinas en Bolivia, Ecuador, Venezuela y Uruguay, así como la gran reacción obrera frente al

asesinato de Mariano Ferreyra (en medio de una lucha contra la precarización laboral) en 2010, en la Argentina, configurando tendencias hacia la huelga general. Se observó en diversos países una tendencia a la ocupación de los lugares de trabajo. Las ocupaciones de fábricas son, históricamente, el cuestionamiento del despotismo en la fábrica, derivado de una necesidad del capital: la división del trabajo que, a través de los avances técnicos y de la especialización del trabajo, hace aumentar la productividad acumulando más capital. La propia acumulación capitalista conduce a la crisis, y ésta lleva a la necesidad de eliminación de los capitales menos competitivos, con su secuela inevitable: el cierre o vaciamiento de los establecimientos (las fusiones capitalistas, propiciadas por la crisis, llevan al mismo resultado). La ocupación de fábrica surge como la medida extrema (bajo determinadas condiciones, la única realista) para salvaguardar las condiciones de sobrevivencia básicas de los trabajadores.

En la segunda década del siglo XXI, una nueva generación de jóvenes y trabajadores se enfrenta a una crisis económica y social sin precedentes, en condiciones políticas radicalmente diferentes en relación con el siglo precedente. Las dificultades e impasses políticos enfrentados le abren lenta y dolorosamente el camino de la superación política. La crisis mundial determinó la caída en secuencia de los regímenes políticos, incluso con revoluciones, en particular en el norte de África y en Oriente Medio. El “renacimiento” de la lucha de clases fue, así, el elemento característico de la política mundial en el último quinquenio. El 15 de octubre de 2011, centenares de miles de manifestantes en más de mil ciudades en 82 países de todo el mundo respondieron al llamado de los “indignados” españoles y norteamericanos, y se unieron en manifestaciones sin precedentes: en España, casi un millón de personas marchó en 80 ciudades (en Madrid hubo 500 mil manifestantes).

Las protestas incluyeron la ocupación de predios destinados a la especulación inmobiliaria. Más de 200 mil personas marcharon en Roma, decenas de miles en Portugal. En los Estados Unidos, el movimiento Occupy Wall Street demostró su fuerza y popularidad sumando el apoyo de miles de personas de sindicatos, y se expandió a todo el país, incluso a Estados y ciudades de escasa tradición de lucha social, como Las Vegas, Nevada, Florida y Texas. Occupy Wall Street se inspiró en los campamentos de las plazas en España, inspirados a su vez en la ocupación de la Plaza Tahrir, en El Cairo. La presencia de trabajadores en esos movimientos fue cada vez mayor, marcando su rumbo futuro.

Por “arriba” también

La crisis en Europa derribó a los gobiernos del continente uno después de otro. No se trató ni se trata del tradicional juego de la “alternancia democrática”, sino del deterioro de todo el sistema (régimen) político. En los países más afectados por la crisis (Grecia, España, Italia, Portugal) se produjo una especie de vacío político que tendió a ser ocupado, independientemente de los resultados electorales, por “gobiernos técnicos”; esto es, gobiernos directos de tecnócratas del gran capital que no pasaron por cualquier escrutinio electoral, como el gobierno de Mario Monti en Italia (nombrado por el presidente de la República), o la supervisión que el FMI, la CE y el BCE ejercen sobre el gobierno español de Mariano Rajoy. En la casi totalidad de los países europeos, las crisis políticas de los gobiernos enfrentan una crisis política mayor de las oposiciones. Esto caracteriza una crisis de régimen y, potencialmente, una crisis de Estado.

La supuesta “estabilidad alemana” (de Angela Merkel), por otro lado, es relativa, pues su gobierno fue derrotado en casi todas las elecciones parciales o regionales en los últimos dos años.

Los cambios en el tablero político incluyeron la aparición de una “neozquierda”, como el Frente de Izquierda (motorizado, sin embargo, por el viejo PCF) en Francia, que obtuvo más del 11% de los votos en las elecciones presidenciales con la candidatura de Jean-Luc Mélenchon, y sobre todo la coalición Syriza en Grecia. Existen articulaciones políticas continentales que las incluyen, como el Partido de la Izquierda Europea y la Izquierda Anticapitalista Europea.

Lo que distinguió a Syriza fue el rechazo al “memorando de ajuste” y al plan de austeridad que la Comisión Europea, el FMI y el Banco Central Europeo impusieron a Grecia. La izquierda democratizante, sin embargo, comparte la visión ilusoria de la pequeña burguesía de que la protección de sus ahorros pasa por la protección del capital financiero, incluida la deuda externa. La izquierda democratizante no propone el desconocimiento de la deuda ni la ruptura política con la Unión Europea (y de la Unión Europea) para construir una unión política de otro contenido social: los Estados Unidos Socialistas de Europa (gobernados por los trabajadores), incluida la Federación Rusa. Se trata de una izquierda “de crisis”, de carácter tan transitorio como la propia crisis.

De las rebeliones árabes a los indignados de Europa y los Estados Unidos, de las huelgas obreras de China (país con el

mayor número de huelgas en el mundo) hasta la lucha estudiantil chilena, la tendencia a la rebelión de la juventud y de las masas pobres recorre el mundo. En el horizonte mundial sólo hay quiebras, daños contra los trabajadores, reestructuración económica y social de conjunto. La percepción de la revolución social nace cuando la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas se torna socialmente incontrolable. Hasta los sectores menos organizados y más recientemente estructurados de la clase obrera mundial comenzaron a movilizarse. El movimiento de clase tiene una dimensión más extensa geográficamente, y más internacional, que en cualquier era del pasado. Enfrenta, sin embargo, la hegemonía teórica del “fin de la clase obrera” y de un discurso político centrado en la lucha contra la desigualdad social, no en la lucha de clases.

La convulsión en el mundo contemporáneo marca claramente una transición desde el período previo, dominado por los efectos directos del colapso de la Unión Soviética, a un nuevo ascenso internacional de luchas nacionales y sociales, una polarización de las fuerzas sociales que avanza hacia grandes confrontaciones en todo el mundo. Ya no hay espacio para concesiones históricas a la clase obrera, como sucedió después de la Segunda Guerra Mundial; por el contrario, la salvación del capital financiero es compensada por la destrucción de los servicios públicos (educación, salud, jubilaciones públicas) y de las condiciones de vida de la población empobrecida.

En las últimas décadas, hubo efectivamente un reflujo del movimiento obrero y de la conciencia de clase, un fortalecimiento de la dominación ideológica de la burguesía, especialmente después del colapso de la Unión Soviética. Pero no aconteció un retroceso histórico de la magnitud del ocurrido en los años 1920 y 1930, con el triunfo del fascismo en países como Italia y Alemania. Por el contrario, lo que se manifiesta es la creciente incapacidad de la clase dirigente para gobernar en medio de sus irresolutas contradicciones políticas y económicas, mientras la capacidad de combate y el potencial político transformador de la clase obrera y los explotados no fueron destruidos.

En España, en el mismo día en que Rajoy anunciaba el paquete de julio de 2012, los mineros en lucha llenaban las calles de la capital, recibidos calurosamente por la población. Cientos de servidores públicos protestaban en las puertas del Parlamento, con manifestaciones y protestas en muchas ciudades, convocadas por sectores que normalmente no actuaban juntos: sindicatos y sectores del 15M, el movimiento de los

“indignados”. La lucha de los estudiantes por la educación pública volvió a ser, en los más diversos países, el combustible de la lucha social. En 2012 renació en el habitualmente “tranquilo” Canadá: la huelga de los estudiantes de Quebec adoptó el slogan “es una huelga de estudiantes y una lucha popular” (la grève est étudiante, la lutte est populaire). La “primavera de los pueblos” iniciada en Oriente Medio llegó a América Latina por su extremo sur. Las grandiosas huelgas educativas en Chile, el movimiento de los “pingüinos” en defensa de la educación pública y de más recursos para la educación, se realizaron bajo convocatoria conjunta con sindicatos y hasta con la central obrera, presionada por sus bases. Tres meses de movilizaciones masivas de los estudiantes chilenos cambiaron al país.

En Argentina, las grandes luchas por el salario, contra el cierre de empresas (existen centenas de empresas ocupadas contra su vaciamiento o cierre), contra los despidos y las tercerizaciones (precariedad), presentes en los últimos años, tuvieron expresión política directa en las elecciones de 2011: el Frente de Izquierda, encabezado por el Partido Obrero, con un programa claramente anticapitalista y socialista, se transformó en la cuarta fuerza política del país, abriendo una etapa política inédita, en que una izquierda declaradamente socialista y revolucionaria se perfila como una alternativa política real.

Un movimiento espontáneo, denominado “Yo Soy 132”, arrebató a México en mayo de 2012. Predominantemente juvenil, a pesar de reunir integrantes de todas las clases de la población en sus manifestaciones, el movimiento, que sorprendió al país, encendió las esperanzas en una “primavera mexicana”, produciendo un giro político radical.

Las luchas en Brasil en 2011 (construcción civil y obras del PAC [programa público-privado] en el Norte-Nordeste; en los bomberos de Río de Janeiro, en la educación en diversos Estados, en la administración en Río Grande del Norte, en los estatales de Fortaleza y Salvador, en las universidades federales y estaduais, en la salud en Alagoas y San Pablo, en fábricas químicas y metalúrgicas) se desarrollaron de modo aislado, sin coordinación. Los cortes en el presupuesto amenazaron provocar una crisis institucional, lo que se vio en la huelga salarial de policías y bomberos militares de Bahía y Río de Janeiro, parte de la columna vertebral del Estado que sustenta la represión social. En junio de 2012, después de la declaración de huelga de los profesores universitarios, los empleados estatales federales del Brasil (un millón de trabajadores) declararon la huelga.

Al recrudecimiento internacional de la lucha de clases se opone la preparación y lanzamiento de nuevas guerras. Desde la guerra contra la ex Yugoslavia, los conflictos bélicos se han ido desencadenado sucesivamente y ahora amenazan con un holocausto contra Irán y la limpieza étnica final contra la nación palestina. Mientras somete a los pueblos a horrores infinitos, el capitalismo mundial va cavando más hondo su propia tumba. El imperialismo no cuenta con la fortaleza histórica y el aval social para desatar una tercera guerra mundial. Antes debería someter a las masas con el método de la fascistización. La posibilidad de ganar estas guerras en forma aséptica, con economía de recursos materiales y humanos, apelando a la guerra aérea y a la conscripción militar voluntaria, ha fracasado. La Otan se encuentra empantanada en todos los terrenos en que se ha desplegado: la ex Yugoslavia, Irak, Afganistán y la ex Asia soviética.

La guerra continuó siendo, en el último quinquenio, la mayor manifestación de la barbarie. El gobierno de Obama retiró las fuerzas norteamericanas de Irak para reforzar su presencia en Afganistán y Pakistán. "Af-Pak", junto con Oriente Medio, es un escenario bélico probable para el inicio de una conflagración de vastas proporciones. Es claro, en esta disposición de fuerzas, que el objetivo estratégico del imperialismo es la colonización completa del ex espacio soviético y de China, para lo cual cuenta con la complicidad parcial de las burocracias restauracionistas. China alertó oficialmente que un ataque de los Estados Unidos sobre Pakistán sería interpretado como un acto de agresión contra la propia China, cuyo mar litoral ya es patrullado por los Estados Unidos. Y ya se inició una nueva guerra de rapiña por Africa. La crisis de la coalición "occidental" en torno de las perspectivas bélicas en Asia Central y en Oriente Medio refleja el conflicto de intereses entre los gobiernos de los Estados Unidos, Europa y Rusia, no sólo sobre el programa nuclear iraní sino también sobre asuntos geopolíticos más amplios. Rusia no tiene objeción a la guerra en Afganistán pero cuestiona el monopolio de la Otan en la guerra, que debería ser "democratizada". El Kremlin anunció, por eso, que "no colocará en riesgo el vínculo político con potencias regionales" (léase Irán).

América Latina no está fuera de ese escenario: los Estados Unidos negocian la instalación de una base militar en el Chaco paraguayo (como también lo hacen en el Chaco argentino). Las tendencias que dividen al Mercosur y la Unasur no se limitan a una "guerra comercial". Canadá (casa de los capitales de una empresa que busca instalar una planta de aluminio) y Alema-

nia, fueron (sin contar al inefable Vaticano) los primeros países que reconocieron al nuevo gobierno (golpista) paraguayo de Franco; el embajador norteamericano visitó al golpista un poco antes del golpe. Sin hablar de las Malvinas, la pezuña imperialista ha empezado a presionar fuerte en América del Sur, donde está planteada una vasta lucha antiimperialista, a comenzar por la completa nacionalización de los recursos naturales y minerales y su puesta al servicio de los pueblos por medio de un plan centralizado continental, en la perspectiva de la unidad socialista de América Latina.

La crisis política mundial no es la suma de las crisis nacionales, que podrían resolverse en cómodas cuotas, mediante un lento y pacífico proceso de soluciones sectoriales. Con todas sus diferencias y especificidades, expresa la crisis capitalista mundial, una crisis sistémica, social y política. El escenario de las guerras ya estaba puesto antes de la actual fase de la crisis mundial. La crisis, con todas sus consecuencias sociales y políticas, puso ese escenario en otro nivel, que pone las tensiones internacionales lado a lado con la perspectiva de la revolución social, redefiniendo la época del imperialismo como una “era de guerras y revoluciones”. La “globalización” capitalista tuvo como efecto principal la tendencia hacia la unificación de los ritmos históricos en todas las regiones del planeta.

Entre lo nuevo que todavía no se explicita, y lo viejo ya quebrado pero todavía no sustituido, se desenvuelve la crisis; o sea, la transición hacia un futuro indeterminado, pero virtualmente diseñado por la propia crisis y la lucha de clases. El capital ha procurado valorizarse ficticiamente, llegando a un callejón sin salida: su crisis es la manifestación de la vigencia de la ley del valor. La devaluación del conjunto de los capitales mundiales frente al oro (del orden del 85%) mide el nivel de desvalorización del capital que precedió la presente crisis. La bancarrota capitalista mundial representa el desenvolvimiento de una transición histórica al socialismo o a la barbarie.

Está, por eso, más que nunca, planteada la construcción de una Internacional Obrera fundada en el programa de reivindicaciones transitorias. Varias corrientes trotskistas han caído en el ridículo de apoyar una Quinta Internacional promovida por el chavismo, o sea por el jefe de las fuerzas armadas de Venezuela, cuyos aliados son Kirchner, Lula, Mugabe y Ahmadinejad, el verdugo teocrático del pueblo iraní y de sus naciones oprimidas, como el pueblo kurdo. Y se olvidaron de ella junto con el propio Chávez. La caracterización de la crisis mundial capitalista y las tareas que se desprenden de ella son el eje de delimitación política en la izquierda y el trotskismo. Sin otras condiciones que

esta base teórica y la correspondiente acción práctica está planteada la refundación de la Cuarta Internacional, cuya misión histórica no ha sido todavía cumplida. Y tiene nueva vigencia en el terreno histórico de la revolución socialista mundial, que ha ganado una amplitud sin precedentes.

Notas

(*) Del inglés *stagnation* (falta de desarrollo, estancamiento). NdR.

Un nuevo-viejo imperialismo

Savas Michael-Matsas

1. Durante los años '90, la globalización fue el tema dominante en el discurso corriente de la burguesía y de la izquierda radical. Después del 11 de septiembre de 2001, el lanzamiento de la "guerra mundial contra el terror", por el gobierno neo-conservador de Bush, con las desastrosas campañas en Afganistán e Irak, ha cambiado el foco de los debates, que ahora se centran en el imperialismo y el "neo imperialismo".

Sin embargo, los años '90, la "década fabulosa" para el capital financiero, estuvieron lejos de ser un período de paz y prosperidad: el colapso de la URSS y de los regímenes estalinistas de Europa central y del Este fue seguido por el brutal desmembramiento de Yugoslavia, la guerra de la Otan en Kosovo, las masacres en el Cáucaso y sangrientos levantamientos

Documento presentado en la Conferencia Crítica 2007 (Critique Conference 2007) sobre "Teorías del Imperialismo", 17 de marzo de 2007. Londres.

en todos lados, en los que se incluyen los caóticos conflictos en el Cuerno de África y genocidios como el de Ruanda.

Hay una continuidad entre las guerras del Golfo en 1991 y 2003, señalada sobre todo por los efectos directos de la desaparición de la Unión Soviética y el final de la Guerra Fría. Pero también hay una discontinuidad obvia: el alcance de las confrontaciones se extiende más allá de los límites iniciales y se convierte en global. La iniciativa para la guerra se traslada, desde 1999 en adelante, de Europa a América. La política exterior de los Estados Unidos se desplazó desde el multilateralismo de Clinton al unilateralismo neoconservador, de tipo agresivo, de Cheney-Rumsfeld.

¿Cuál es entonces la naturaleza del cambio en los primeros años del siglo XXI, que vuelve a focalizar el debate en las políticas imperialistas, o neoimperialistas? ¿Cuáles son las bases materiales del cambio en términos de economía política? ¿Existe alguna característica que defina la época? ¿Es el comienzo de una época histórica totalmente nueva, o la última explosión violenta de todas las contradicciones de una época ya caracterizada por Lenin como “el imperialismo, la fase superior y última del capitalismo”; y por Trotsky, como “la época de la decadencia del capitalismo”?

2. Esta caracterización “clásica” del imperialismo como la época histórica de declinación del capitalismo ha sido aparentemente descartada o revisada, tanto por el discurso radical sobre la globalización como por las teorías acerca del “nuevo imperialismo”.

“Imperio”, de Negri y Hardt, describe una etapa post-imperialista de dominio del capital transnacional y no centralizado, mientras que las guerras imperialistas posteriores al 11 de septiembre de 2001, son consideradas como un tipo retrógrado de golpe de Estado de las élites, las que miran hacia atrás para reproducir las condiciones anteriores al imperio. La naturaleza arbitraria y artificial de esta construcción intelectual puede ser demostrada fácilmente, dado que carece de una base real para un análisis apropiado de economía política. A pesar de de su lenguaje exótico y atractivo -y de algunas interesantes y a veces incluso brillantes introspecciones- se agota en sí mismo en generalidades abstractas y lugares comunes.

En una discusión anterior sobre “El imperialismo hoy” (*Actual Marx* N° 18, 1995), Michel Husson, Pierre Salama y Gilbert Achcar -al mismo tiempo que trataban de reconectarse con el legado “clásico” de los debates teóricos marxistas sobre el imperialismo de Lenin, Luxemburgo y Bujarin para analizar los rasgos de lo que Husson llama “neoimperialismo”- no han

ocultado que encontraron obsoleto el concepto de Lenin de la etapa imperialista del capitalismo como la época de su declinación histórica. Achcar reconoce como importante todavía la definición sistemática de cinco puntos del imperialismo dada como un resumen del análisis completo por Lenin, pero encuentra anticuado el concepto de “la fase superior” de un capitalismo “moribundo”, decadente, agonizante, parasitario (op. cit. p. 103).

Pero, de hecho, es imposible separar la comprensión de Lenin acerca de la naturaleza de la época de los cinco aspectos esenciales en que se manifestaban en el momento particular en el que él los compendia (concentración de capitales en monopolios dominantes, fusión de la banca y el capital industrial, y creación del capital financiero, la primordial importancia de la exportación de capitales en relación con la exportación de materias primas, que es el comienzo de la división del mundo por los monopolios capitalistas internacionales; y la completa división territorial de todo el mundo entre las más grandes potencias capitalistas).

El argumento de Achcar para demostrar el carácter “anticuado” del concepto leninista de decadencia capitalista es la “onda larga” de la expansión del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial. No es coincidencia que el mismo auge prolongado posterior a la guerra sea tomado como un hito por David Harvey para distinguir entre el imperialismo “clásico” del período 1885-1945 y el “nuevo” imperialismo, posterior a 1945, bajo la hegemonía mundial de los Estados Unidos.

La contribución teórica de Harvey es rica, penetrante y contradictoria. No puede ser tratada en pocas líneas (ver la discusión en *Materialismo Histórico*, volumen 14, tomo 4, 2006; y la crítica de Peter Kennedy en *Critique*, vol 34, N° 3, diciembre 2006, pp. 347-353, cuyos puntos principales compartimos). El punto central que se enfoca aquí es la idea de Harvey de que detrás del esfuerzo imperialista de los Estados Unidos, incluyendo la guerra en Irak, hay un intento de la elite política estadounidense de contrarrestar, por medios político-militares, la amenaza que significa para los Estados Unidos perder el dominio territorial y político en el contexto de una declinación económica en desarrollo; y de reinstalar su supremacía en el mundo, por encima de potenciales rivales como potencias hegemónicas, es decir la Unión Europea y, sobre todo, China.

Peter Kennedy señala correctamente que el análisis de Harvey del “nuevo” imperialismo omite completamente la lucha de clases y la contradicción principal capital/trabajo. Harvey

la reemplaza con dos lógicas de poder entrelazadas, pero bien diferenciadas (la lógica del poder territorial y la lógica de la acumulación de capital) dentro del polo de la contradicción principal: el capital en sí mismo. Siguiendo el mismo razonamiento de Arrighi, Harvey ve la decadencia en una forma limitada, argumenta Kennedy, como “una posible decadencia de una hegemonía imperialista (Estados Unidos) y una transición (abierta) hacia la posibilidad de otra hegemonía (China)... Las ideas de Harvey acerca del desarrollo capitalista son esencialmente ideas acerca de ciclos y ondas de la misma relación sin final del capital” (op. cit., p. 351).

El mito del eterno retorno no es exclusivamente central en las tempranas formaciones pre-capitalistas; reaparece nuevamente, como agudamente lo demuestra Walter Benjamin en su *Passagenwerk-El proyecto Arcades*, con el histórico agotamiento de la burguesía, la clase gobernante de “la última forma de una sociedad de clases antagónica”. Desde la perspectiva mundial de una clase gobernante moribunda, formas diferentes están ascendiendo y declinando, pero nunca rompiendo la continuidad de un tiempo cíclico donde la misma relación social fundamental se reestablece eternamente. El eterno retorno es el mito que ensombrece a un mundo capitalista en decadencia, desde los tiempos de Nietzsche hasta hoy.

3. El mito fue desafiado y sacudido en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial por la revolución socialista de octubre de 1917, como el poderoso acto inicial de una época de transición hacia la abolición del capitalismo y de la sociedad de clases a escala mundial, así como del surgimiento de una sociedad emancipada, sin clases: la sociedad comunista sin Estado. Los siguientes levantamientos, una ola de revoluciones en Europa y Asia, las derrotas históricas de la clase obrera, el alza del estalinismo y el fascismo, la Gran Depresión y el deslizamiento hacia una nueva y aún más devastadora guerra mundial tornaron bastante convincente la visión de un capitalismo decadente y agonizante.

Pero en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, “los treinta gloriosos años dorados” de la expansión capitalista -sobre las bases keynesianas del acuerdo de Bretton Woods- han cambiado todo el panorama del mundo y alimentado las ilusiones del eterno retorno a una nueva juventud del sistema capitalista bajo nuevas formas. Esta falsa conciencia mítica estaba compuesta por el fetichismo del “fetiche final” (Marx, *El Capital*, vol. III), capital ficticio, con su globalización por un período de un cuarto de siglo, desde la última parte del siglo XX hasta hoy.

Hubo solamente un período relativamente corto en el que la “eternidad” del capitalismo fue nuevamente desafiada: en la explosiva década entre el final del sistema de Bretton Woods y antes de la dominación de la globalización del capital financiero, cuando las formas pasadas de control social habían colapsado y las nuevas no estaban todavía firmemente establecidas: durante la oleada revolucionaria de los años 60’ y 70’ (movimientos de derechos civiles y contra la guerra de Vietnam en los Estados Unidos, Mayo de 1968 en Francia, el Cordobazo en la Argentina y la insurgencia revolucionaria en toda América Latina; la Primavera de Praga, el “otoño caliente” italiano, la revolución portuguesa y la caída de las dictaduras en Grecia y España, la histórica derrota del imperialismo en Vietnam, el revolucionario derrocamiento del régimen del Sha en Irán, etc.).

Pero incluso en esos años -a pesar de que el capitalismo, el imperialismo y el estalinismo fueron desafiados y una perspectiva revolucionaria volvió a ser una alternativa de emancipación creíble- faltaba una teorización real y cohesiva de esas luchas, si bien hubo una corriente de ideas nuevas que reflejaba las necesidades revolucionarias en los países capitalistas desarrollados y algunas contribuciones creativas importantes, aunque no decisivas. En general, esos eventos, cuando no fueron simplemente desechados por el ambiente político-académico controlado por estalinismo, fueron tratados ya sea en forma impresionista o transcritos en una codificación “marxista” dogmáticamente rígida por la izquierda anti-estalinista. Nunca fueron adecuadamente teorizados. Esas experiencias estratégicas representan un momento crucial en la transición a la actual etapa de la lucha de clases. No pueden ser desechados, sino que deben ser teorizados en el contexto más amplio de la teoría dialéctico-histórica de la revolución, cuyo núcleo debería ser una teoría marxista de la época del capitalismo en declinación, su auto-reflejo.

4. Una conciencia teórica de la época, basada en una continua crítica marxista de la economía política y una concepción de la historia no lineal, debe necesariamente incluir la teorización de las rupturas del continuum histórico, las principales experiencias de la lucha por la emancipación, toda la “tradición de los oprimidos” (Benjamin). Acontecimientos cruciales, como revoluciones y contrarrevoluciones, comenzando con la Revolución de Octubre o el subsiguiente ascenso y caída del estalinismo, no son sólo figuras superficiales, sino componentes integrales e interactivos de la época en sí misma.

Se debe precisar el concepto de declinación: es la declinación de la ley fundamental del movimiento del capital, la relación de valor que manifiesta una incapacidad creciente para funcionar como el principio regulador de la vida económica y social. Llega a sus límites históricos, desde la última parte del siglo XIX en adelante, con la tendencia hacia la universalidad generada por la relación del capital, en los conflictos de la modernidad, con los límites externos y territoriales, y también con sus propios límites internos: los de la acumulación del capital, los límites históricos en la relación capital/trabajo. El desarrollo de nuevas formas de control social sobre la clase obrera rebelde, sobre todos los aspectos de la vida de la población trabajadora; el rechazo a la amenaza de revolución social en las metrópolis y a las revueltas de los pueblos al exterior de ellas se convierten, particularmente luego de octubre de 1917, en la principal preocupación del imperialismo, del capitalismo en declinación y su decadente clase gobernante.

El concepto de imperialismo, no como una política expansionista sino como una época específica en el desarrollo capitalista, que introdujo por primera vez Lenin, está vigente hoy en día como nunca antes y es fundamental como perspectiva histórica. Solamente con una teoría unificada de este tipo es posible evitar ver a la segunda parte del siglo XX como una negación formal de su primera parte y más bien comprenderla como una negación dialéctica, un momento de conexión, de transición a la situación mundial actual que surge a principios del siglo XXI. Es la única manera de comprender la lógica en la locura del imperialismo actual, y de tomar medidas para escapar del círculo vicioso del mito dominante de su eterno retorno.

5. La globalización no es una nueva etapa de fines del siglo XX. Es un proceso con diferentes fases a través de toda la época imperialista, en la cual se ha establecido una división mundial del trabajo, un mercado mundial y el carácter mundial de las fuerzas productivas modernas y de las luchas políticas y de clase.

La transición de una fase a la otra se determina por la necesidad del capital de restablecer su control sobre el trabajo en una nueva forma, luego de que la contradicción entre trabajo y capital había tomado un carácter explosivo y revolucionario.

En una ocasión anterior, hemos presentado una periodización de las diferentes fases de la época imperialista (Savas Michael-Matsas, "La mundialización como fantasma del comunismo", *Marx Ahora* N° 6-7/1998-9, La Habana, Cuba).

La primera fase va desde fines del siglo XIX a la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre (debatida por Hilferding, Lenin, Luxemburgo, Bujarin y otros).

El intento de restablecer el control con los viejos medios del período del patrón oro y de la protección de la Nación-Estado llevó a la catástrofe, la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial.

El viraje al keynesianismo, ya propuesto por Keynes en la Conferencia de Versalles (1919) como respuesta al desafío que representaba la Revolución de Octubre, fue introducido primero en los Estados Unidos con el "Nuevo Trato" (New Deal) y, con posterioridad, después de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, a escala internacional por el acuerdo de Bretton Woods. La supremacía incuestionable de los Estados Unidos en relación con los devastados Europa y Japón, también reflejó que era posible (ya que las dos terceras partes de las reservas mundiales de oro estaban acumuladas en Fort Knox) establecer una convertibilidad fija entre el dólar estadounidense y el oro a 35 dólares por onza de oro. La incapacidad de retornar al patrón oro -el sistema monetario internacional utilizado durante toda la época de ascenso del capitalismo mundial- y el viraje hacia un patrón de intercambio de oro basado en el dólar estadounidense, fue en sí mismo un síntoma claro de la declinación histórica del propio sistema.

El acuerdo de Bretton Woods, junto a los acuerdos de Yalta-Potsdam, para la división de Europa en zonas de influencia entre la burocracia estalinista del Kremlin y sus aliados en la guerra imperialista, se convirtieron en la base para controlar una explosión revolucionaria de posguerra en la Europa devastada, donde los partisanos comunistas surgieron como la fuerza dominante de la resistencia en Francia, Italia, Grecia y el sudeste de Europa. Detrás del marco establecido por 30 años de concesiones keynesianas a la clase obrera, hubo un cambio en la relación de fuerzas entre las clases, el fortalecimiento renovado de la clase obrera, la amenaza de un nuevo Octubre, de una repetición de los acontecimientos revolucionarios que siguieron a la Primera Guerra Mundial. La revolución fue repelida con medios económicos pero, sobre todo, por las condiciones políticas que produjo la colaboración del estalinismo en Yalta y luego, durante la Guerra Fría.

El "nuevo imperialismo" de Harvey, posterior a 1945, pone el principal énfasis en el ascenso de los Estados Unidos a la dominación mundial a expensas de los poderes europeos que dominaban anteriormente, ahora en declinación, sin tomar en consideración esos parámetros políticos y la lucha de clases, y sin ver debajo de la superficie del auge posterior a la guerra el funcionamiento de las leyes del movimiento de un sistema capitalista mundial en declinación. El imperialismo estadouni-

dense sabía muy bien que sin el restablecimiento del capitalismo en Europa y Japón, sin hacer de gendarme del mundo contra la “amenaza comunista” y las rebeliones de las ex colonias y de los países semi-coloniales, sin la supervivencia del capitalismo como sistema mundial, su propia supervivencia en el territorio americano estaba en peligro. En el período posterior a la guerra, se tornó obvia no sólo la decadencia de Inglaterra y Francia, con el desmantelamiento de sus imperios coloniales, sino la dependencia de Estados Unidos de la economía mundial, de la política mundial y de la lucha de clases mundial, de la existencia de un equilibrio capitalista mundial, los que revelan, a pesar de todos sus recursos, los límites históricos del capitalismo estadounidense atado a un sistema mundial en un proceso de declinación histórica.

Esos límites se hicieron visibles nuevamente cuando la expansión capitalista sin precedentes posterior a la guerra condujo a una crisis, también sin precedente, de sobreacumulación de capital a fines de los años '60 y principios de los '70, que desestabilizó toda la situación social y política a nivel internacional y desencadenó la ola revolucionaria que siguió a Mayo de 1968. Se manifestó una crisis de poder político en el centro y en la periferia del capitalismo mundial, a la par que se hizo obvio que los aparatos de los Estados y partidos estalinistas no podían más controlar, como había ocurrido en el pasado, los movimientos de las masas radicalizadas.

Es el espectro de una revolución en ascenso el que llevó al viraje en la expansión del capital financiero, la globalización de las finanzas y la estrategia política que tomó el a menudo engañoso nombre de “neo-liberalismo”. La liberalización y la globalización de los mercados financieros dieron una salida al excedente de capital, la especulación ayudó a la formación de una base de clase media de nuevos ricos, a los regímenes de derecha y su ofensiva neo-liberal contra el “Estado de bienestar” y los sindicatos, mientras el papel de las burocracias y las limitaciones políticas de los propios movimientos radicales tuvieron como resultado la desmoralización y una prolongada retirada. La culminación de este proceso de una progresiva globalización capitalista fue el colapso del estalinismo en Europa Central y del Este, la implosión de la Unión Soviética, el giro hacia la restauración capitalista en el ex espacio soviético, Rusia y China.

Pero la euforia en el imperialismo occidental y las ilusiones en “una victoria completa y final del capitalismo liberal” demostró ser de corto aliento. La tercera fase de la globalización capitalista no solucionó, sino que globalizó las contradicciones

capitalistas que comenzaron nuevamente a estallar, particularmente en la última parte de la década del '90.

6. La globalización de las finanzas no resolvió la crisis de sobre-acumulación del capital y, por el contrario, la exacerbó al agregar gigantescas sumas de capital ficticio que tenían derecho sobre una masa declinante de plusvalía disponible. Lo demostró una serie de sacudidas financieras. En los años '80, los costos de la destrucción del excedente de capital fueron pagadas por los llamados LDC's (países poco desarrollados), los países sobre-endeudados de América Latina, África y Asia. A fines de los años '90, los costos de la crisis, con centro en los países del sudeste asiático, fueron pagados principalmente en principio por los llamados NIC's (países recientemente industrializados) del este asiático. Pero, en concordancia con la crisis internacional, moviéndose en espiral por todo el mundo, con la cesación de pagos de Rusia en agosto de 1998 y el colapso de los más importantes fondos de inversión de alto riesgo (*hedge funds*), el LTCM en los Estados Unidos en septiembre-octubre del mismo año, la perspectiva de una desintegración a escala mundial se hizo visible. El estallido de la burbuja de la economía de las "punto com" en los Estados Unidos en el año 2000, la recesión que siguió, la bancarrota de corporaciones gigantescas como Enron y de países enteros considerados como "la historia exitosa del neo-liberalismo", como Argentina en 2001, convirtieron a esta perspectiva en algo palpable.

Desde mediados de 2002 hasta 2006, hubo una mejoría relativa y despareja en la economía mundial. Su eje fue el rápido crecimiento de la peculiar formación económica y social de China, que financia con sus enormes reservas excedentes en dólares, provenientes de sus exportaciones masivas (actualmente alrededor de 1 trillón de dólares), los gigantescos déficit de la economía estadounidense, invirtiendo en bonos del Tesoro norteamericano.

Los rasgos históricos de una declinación sistémica ya son visibles en estos enormes y precarios desequilibrios alrededor de los cuales la economía mundial evoluciona: el parasitismo sin precedentes de los Estados Unidos, la economía capitalista más poderosa del mundo; en la economía mundial, su dependencia y la dependencia de la mejoría mundial de China, una economía híbrida con un sector no capitalista que sustenta un sobrecrecimiento económico orientado hacia el capitalismo.

Pero el ciclo 2002-2006, sustentado por el eje China-Wall Street, ha terminado. El desastre financiero internacional disparado por la crisis de la bolsa de Shangai el 27 de febrero de 2007, junto a las afirmaciones de Alan Greenspan acerca de la

perspectiva de una declinación de la economía de los Estados Unidos a fines de ese mismo año muestran las fisuras en este eje.

Durante la crisis asiática de 1997, China pudo escapar de sus consecuencias gracias a las peculiaridades de su formación socio-económica, que en su cristalización contiene un sector no capitalista con origen en la Revolución China. Una década después, las mismas peculiaridades hacen de China el disparador de un torbellino financiero internacional. El proceso de restauración capitalista “con características chinas” ha socavado el sector de la banca y empresas estatales, ha producido una enorme crisis de sobreinversión, burbujas de inversiones financieras y, al mismo tiempo, monstruosas desigualdades sociales, cavando una brecha abismal entre la devastación social en el campo y la acumulación de riqueza por parte de los mandarines locales, las corruptas burocracias del Estado-Partido y empresarios extremadamente ricos. La integración de China en el capitalismo mundial no ha creado una nueva superpotencia imperialista capaz de reemplazar a los Estados Unidos como poder hegemónico mundial (de acuerdo con un escenario demasiado publicitado, teorizado también por Arrighi, Harvey y otros), sino que se ha convertido en un factor de desestabilización, tanto para China como para la economía capitalista mundial. Si la crisis del verano de 1997 destruyó el mito de los NIRC, los “tigres asiáticos”, como las nuevas superpotencias del siglo XXI, el shock de febrero de 2007 es un golpe poderoso al mito del “Dragón Chino”.

La premonición es clara: ni la restauración capitalista en China ni en Rusia, después de 16 años del colapso de la URSS, pudieron rejuvenecer el capitalismo mundial, o salvarlo de su inexorable declinación.

La globalización de las finanzas no pudo solucionar la crisis de sobreacumulación de capital que surgió luego del colapso del sistema de Bretton Woods. La ha exacerbado. También ha fallado la estrategia neo-liberal insolublemente ligada a ella. No funciona más como una política económica eficiente, pero, por sobre todo, como una forma de control social y de dominio de clase. La crisis de gobernabilidad política, que el capital financiero y el neo-liberalismo trataron de desactivar en las últimas décadas del siglo XX, reaparece con más fuerza a principios del siglo XXI.

Sin una teoría marxista de la declinación capitalista, todos estos fracasos continúan siendo una adivinanza sin solución. Lo mismo se aplica al nuevo impulso guerrero en Medio Oriente, Asia Central y a nivel internacional.

7. La última década del siglo XX ha demostrado, nuevamente, tanto la debilidad político-militar de la Europa capitalista como su declinación histórica. La respuesta del eje franco-alemán de integración capitalista europeo al colapso de la Unión Soviética y su bloque de Europa oriental, fue asumir el desafío mediante la unificación de todo el continente en una gran superpotencia, con un reclamo hegemónico en el mundo posterior a la Guerra Fría contra los Estados Unidos.

Este es el lineamiento estratégico desde el Tratado de Maastricht (1992) al Plan Lisboa (2000), desde el rol desastroso jugado en el desmembramiento de Yugoslavia hasta la integración de los países de Europa del Este y Central como miembros de la Unión Europea.

La línea estratégica ha fracasado miserablemente. La intervención europea en Yugoslavia terminó en un sangriento callejón sin salida, que permitió a los Estados Unidos tomar el papel conductor desde Bosnia y Kosovo en adelante, mientras la grandiosa expansión de la Unión Europea hacia el Este terminó con una problemática integración económica y política de una cantidad de Estados "clientes" de los Estados Unidos, emplazamientos de nuevas bases misilísticas y militares de los Estados Unidos, incluyendo cárceles de la CIA y centros de interrogatorios para su utilización en la "guerra global contra el terror, y como una amenaza para la renaciente Rusia.

La debilidad de Europa en relación con Estados Unidos se ha reafirmado. Pero esta debilidad, que manifiesta definitivamente la declinación del capitalismo europeo, no impide que un proceso histórico similar, con un ritmo y en forma diferentes, involucre también a Estados Unidos. Es el capitalismo como sistema mundial, no uno u otro centro metropolitano, el que está en decadencia.

Los fracasos de Europa en los años '90 alentaron el cambio en la política exterior de Estados Unidos desde el multilateralismo al unilateralismo, expresado mediante los arrogantes y estúpidos comentarios de Donald Rumsfeld acerca de la "vieja Europa" en las vísperas de la guerra contra Irak. Pero su relativa ventaja frente a Europa no protege a Estados Unidos de las fuerzas sistémicas de la declinación. Con diferentes "tempos", Europa y América se encuentran sumergidas en las mismas dificultades.

El parasitismo económico en la economía mundial, el agotamiento de la globalización financiera como una salida temporaria de la crisis, el miedo a una renovada radicalización social y al activismo, exacerbando la urgente necesidad de los Estados Unidos de reformular un nuevo orden mundial bajo su

hegemonía en el mundo caótico posterior a la Guerra Fría. La decadencia sistémica empuja al capitalismo estadounidense a tomar el camino de un renovado militarismo y llevar a cabo agresivas guerras imperialistas.

La guerra se convierte en un medio de control social externa e internamente. La “guerra global contra el terror” está íntimamente ligada a la declaración de un “estado de emergencia” interno, que estrangula las libertades civiles en nombre de una decadente democracia burguesa. El Acta Patriótica es la otra cara de Guantánamo.

Pero este modo extremo de dominio de clase también ha fracasado. Está en un punto muerto en el ocupado y resistente Irak, que se ha convertido en una pesadilla para el imperialismo de Estados Unidos y su “Coalicción de los Voluntarios”, bajo la forma de un espectro mucho más amenazador que el de la derrota en Vietnam. Afganistán es incontrolable, lo cual desestabiliza también a Asia central, Pakistán y todo el subcontinente indio. La guerra del sionismo israelí -apoyada por los Estados Unidos- contra el Líbano, en el verano de 2006, encontró por primera vez una derrota militar y un desastre político.

No hay duda de que el imperialismo yanqui y sus aliados están perdiendo esta “guerra global” con consecuencias políticas globales desastrosas (Ver Savas Matsas, “La guerra contra el terrorismo cinco años después”, *En Defensa del Marxismo* N° 34, Buenos Aires, 2006). Los coletazos de las derrotas en las guerras imperialistas han producido una crisis de régimen, como se ha visto en el “CIA-gate” y en las elecciones en Estados Unidos en noviembre de 2006, la crisis del “New Labor” (Nuevo laborismo) de Blair, la caída de Aznar en España, la del primer gobierno centroizquierdista de Prodi en Italia, etc.

Las derrotas no conducen directamente a la paz, sino todo lo contrario. Cuando la derrota en Vietnam se hizo visible en el horizonte, Estados Unidos extendió la guerra en Camboya y Laos. Actualmente, la administración de Bush ignoró el Informe Baker y aumentó los preparativos de guerra contra Irán y Siria, mientras foguea el conflicto civil dentro de Irak, Líbano y Palestina.

La tarea del movimiento antibélico, que surge de este análisis, es transformar, mediante la acción de clase, la crisis del régimen político en los países capitalistas beligerantes en una crisis política revolucionaria que derrote al imperialismo dentro de su país y derroque el sistema que en su descomposición genera guerras, catástrofes sociales y barbarie.

Las posibilidades son enormes, dado que el pueblo está afectado profunda y gravemente por una guerra continua y los

sentimientos antibélicos están aumentando en situaciones donde la crisis imperialista ya ha empujado a la arena de la lucha de clases masiva a millones de jóvenes y trabajadores. Los conflictos sociales se agudizan tanto en Europa (en Francia en la lucha anti-CPE de febrero-marzo 2006, en Grecia en las luchas contra la privatización de la educación con manifestaciones masivas, huelgas y ocupaciones desde mayo 2006 a marzo 2007), como en los Estados Unidos (por ejemplo, el movimiento de millones de trabajadores inmigrantes del "Sí Se Puede" en 2006).

Las clases gobernantes, conscientes de la amenaza, tratan de neutralizarlos, tanto por medio de la represión del Estado y la cooptación de la izquierda en todo tipo de frentes de colaboración de clases y gobiernos de centroizquierda. La alianza con fuerzas burguesas, tales como la británica Respect, en nombre de la lucha contra la guerra, sólo puede ayudar a los belicistas mediante el desarme político de la única fuerza social capaz de derrotarlos: la clase obrera.

El período que enfrentamos nos probó, más allá de toda duda, que el nuevo-viejo imperialismo no es sólo una época de guerras sino, por sobre todo ¡una época de revoluciones!

España, la próxima

Bancarrota económica,
crisis política y rebelión popular

Martín López

España se ha convertido en el eslabón más débil de la crisis capitalista. Analistas de uno y otro color político ya dan por hecho que “es la próxima Grecia”, aunque no siempre agregan que el tamaño de la economía española es mucho más importante que el de la griega y que las consecuencias de su quiebra serían demoledoras para todos los equilibrios europeos. Cuando apenas pasaron ocho meses de la victoria electoral del Partido Popular, que regresó al gobierno con mayoría absoluta, está planteado no solo el “rescate total” de la economía ibérica sino también la liquidación del gobierno de Rajoy. No sólo eso: la crisis ha quebrado los equilibrios de un régimen político que se montó en la década de los setenta luego de la muerte de Franco y que fue presentado *urbi et orbi* como ejemplo modélico de ‘transición a la democracia’. La bancarrota capitalista ha puesto al desnudo todas las contradicciones que atraviesan a España, a sus nacionalidades y a su clase obrera.

Colapso económico

El derrumbe político del gobierno de Rodríguez Zapatero llevó, en noviembre del año pasado, al triunfo electoral del Partido Popular, que volvió al gobierno luego de siete años con mayoría absoluta en el Parlamento. Su victoria fue presentada como la garantía del 'gobierno fuerte' que necesitaba España para poder aplicar todas las medidas que fueran necesarias para enfrentar la crisis. A ocho meses de ese triunfo electoral, la situación se precipita, sin embargo, hacia el colapso. Los sucesivos planes de ajuste anunciados por Rajoy desde que llegó a la Moncloa implicarán un brutal ataque a los derechos y condiciones de vida de las masas, no sólo en lo inmediato sino en un largo período, pero no tienen ninguna posibilidad de prevenir el desastre. El objetivo de los recortes, en la línea de lo implementado por otros gobiernos europeos, era reducir el déficit de las cuentas públicas al 3% del PBI que, supuestamente, la Unión Europea establece como 'obligatorio' para todos sus países miembros. Con los recortes en curso, sin embargo, dicho déficit no hizo sino aumentar, entre otras cosas porque se profundizó brutalmente la recesión económica. La suba disparada de la llamada prima de riesgo -la tasa de interés diferencial que paga la deuda española respecto de la alemana- pone de manifiesto que 'los mercados' ya han caracterizado que España no tiene ninguna posibilidad de salvarse si no es con un rescate europeo: actualmente está en curso una pulseada para establecer cuáles son las condiciones de ese rescate, en principio porque España no es Grecia y su quiebra arrastraría a toda Europa al abismo. La reciente decisión, por parte de la Unión Europea, de "relajar los objetivos de déficit", permitiendo que España cierre este año con un déficit de 6,3% y postergando recién hasta 2014 el objetivo del 3%, es en realidad una confesión del fracaso y una medida en defensa propia, para evitar que la prima de riesgo se dispare y provoque un pánico bancario generalizado.

Los planes de ajuste han fracasado en su intento de salvar a España del rescate, pero su implementación tiene consecuencias brutales en la economía, profundizando la crisis y la miseria social. El desempleo ha alcanzado los niveles más altos desde que comenzaron a tomarse registros, luego de la caída del franquismo. Según los datos oficiales, en el segundo trimestre llegó a la friolera de 24,6%. La realidad, de todos modos, seguramente supera esas cifras: según el *Financial Times* (27/7), "algunos economistas han cuestionado la preci-

sión de los datos del Instituto Nacional de Estadística, advirtiéndole que no toma en cuenta las variaciones estacionales en una economía donde tienen mucha importancia el trabajo temporal en ramas como el turismo y la gastronomía”. El desempleo juvenil alcanza, según todos los analistas, el cincuenta por ciento. La pauperización de masas crece día a día: el desempleo ha llevado a cada vez más familias por debajo del límite de la pobreza, pero en esos niveles ya se colocan también muchos asalariados, cuyos ingresos muchas veces se han convertido en los únicos que recibe toda una familia y no son suficientes para hacer frente a los gastos más elementales. En un país que fue la máxima expresión de la especulación inmobiliaria, hasta que la burbuja estalló, la cuestión de la vivienda está en el centro de la miseria social: el año pasado los juzgados procesaron casi sesenta mil desalojos, “una cifra que supone un récord desde que se tiene registro y que supuso además un aumento del 22% con respecto a 2010” (*El País*, 30/3). Miles y miles de familias han quedado literalmente en la calle y se alimentan en comedores religiosos o comunitarios.

Estalla la “España de las autonomías”

El ajuste no es sólo un factor de profundización de la recesión sino, también, un impulsor de la crisis política y un factor de disgregación de los equilibrios regionales. “El conflicto más serio y más profundo tiene que ver con el temor de que el PP intente usar la crisis para desarmar un acuerdo de coparticipación establecido luego de la caída del franquismo al que siempre se había opuesto”, caracterizó hace poco el *Financial Times*. “El problema de liquidez”, agrega, “se está convirtiendo rápidamente en un duelo político entre Madrid y las regiones más ricas, como Cataluña”. La cuestión es, claro está, cómo se reparten los costos del ajuste y quién paga el costo político de los gigantescos recortes: está en curso una profunda tensión entre las diferentes burguesías regionales del Estado español para determinar quién cargará con el peso de la bancarrota. El ministro de Economía de Rajoy amenazó con intervenir los gobiernos regionales que no cumplan las metas de ajuste establecidas por Madrid, bromeando con la necesidad de enviar a las capitales de las comunidades autónomas a sus propios “hombres de negro”, como se llama en Europa a los enviados del FMI y la UE que controlan el cumplimiento de los programas de rescate en Irlanda, Grecia y Portugal. Un asesor del gobierno catalán, en la misma línea,

señaló que “el PP tiene una recentralización en su agenda, y replicar internamente el mecanismo que utiliza la UE, que le da una suerte de legitimidad” (*Financial Times*, 31/7).

Se trata de toda una caracterización, que pone de relieve que en el marco de la crisis Madrid intenta aumentar su control sobre las autonomías regionales del mismo modo -y al mismo tiempo- que la Alemania de Merkel hace lo propio con el Estado español en su conjunto. Pero la crisis desata, simultáneamente y al igual que en la Unión Europea, todas las tendencias centrífugas en la propia península ibérica. La burguesía catalana sigue reclamando que su región aporta al Estado central un 9% de su PBI, mucho más de lo que recibe a cambio, y exige que se le otorgue a la Generalitat la potestad de recaudar sus propios impuestos y luego remitir una parte a Madrid. Los catalanes toman como modelo lo que ocurre en Euskadi, que tiene un régimen excepcional en el marco de la Constitución española y aporta a la caja del Estado central ocho veces menos que Cataluña, lo cual le ha permitido, a diferencia del resto de las comunidades autónomas, mantener su déficit y su deuda relativamente bajo control.

Esta tensión llevó a que, hace algunas semanas, el representante catalán directamente pegara el faltazo a una reunión del ministro de Economía con las diecisiete comunidades autónomas, en la cual se debían discutir las metas de ajuste de las diferentes regiones; luego, y siguiendo el ejemplo de los catalanes, el representante andaluz abandonó la reunión. Pero Cataluña, cuya economía tiene el tamaño de la de Portugal y cuyos vencimientos inmediatos de deuda son impagables y no pueden ser refinanciados externamente, no tiene más remedio que apelar a un rescate... de Madrid. Así fue que se pudo ver al conseller de la Generalitat, con la bandera catalana y hablando en dicho idioma, anunciar a la prensa que habían resuelto acogerse al fondo de rescate del Estado central, dado que no tienen otro modo de cuadrar sus cuentas. El portazo dado a la reunión con el ministro de Economía ha abierto una crisis en el seno de Convergència i Unió, el tradicional partido de la burguesía catalana, actualmente en el gobierno, cuando algunos sectores más dialoguistas pidieron restablecer algún tipo de negociación. Según *El País* (3/8), “una cosa es mostrar el enfado en un momento determinado y otra bien diferente ir a una guerra sin cuartel de manera indefinida”: el gobierno catalán anunció que descarta apelar al Tribunal Constitucional, como había amenazado, y “pidió negociar de nuevo con el gobierno central las condiciones de déficit”.

Una crisis de alcance histórico

El alcance de la crisis política que se abre con estas disputas tiene un carácter histórico y debe ser caracterizado con precisión -algo que no ocurre, lamentablemente, en la mayor parte de las elaboraciones de la izquierda española. Hasta los editoriales de los periódicos admiten que lo que se ha puesto en cuestión es el tan mentado “estado de las autonomías”, surgido luego de la caída del franquismo. La celebrada “transición” española fue reivindicada por propios y extraños, durante décadas, como el modelo exitoso de salida democrática, encarnado en los famosos Pactos de Moncloa, que incluso fueron puestos como ejemplo, una y otra vez, en los más diversos países como modelo a seguir por fuerzas políticas de todo calibre. En realidad, la transición fue un operativo de la burguesía y el imperialismo para articular una salida a la debacle del franquismo, que se procesaba en el marco de un enorme auge de masas, con fuerte protagonismo de la clase obrera y los movimientos nacionalistas, desde mediados de la década de 1970. La crisis del franquismo no puede desvincularse del cuadro más general que tuvo como un hito la “revolución de los claveles” portuguesa, el 25 de abril de 1974, que derribó a la dictadura de Antonio de Oliveira Salazar, que gobernaba el país desde 1926. La muerte de Franco, en noviembre de 1975, precipitó una crisis política que venía madurando desde hacía años, en el marco de una creciente movilización de masas. La transición fue, en realidad, el resultado de un período de crisis que se extendió por más de un lustro -el 23 de febrero de 1981 un frustrado golpe militar puso de manifiesto la fragilidad del régimen político- y en el marco del cual la ‘democracia’ jugó el papel de contener y desviar la movilización obrera y popular que recorría a todo el país. El régimen montado no sólo garantizó la impunidad de la dictadura sino que se basó en la continuidad de gran parte del personal político franquista, reconvertido en nuevas formaciones políticas como la UCD o el Partido Popular, y tuvo como pieza maestra a la monarquía borbónica, restablecida -había sido depuesta en 1931 y Franco no la había vuelto a imponer- en la figura de Juan Carlos I.

La monarquía y los ex franquistas, de todas formas, no habrían podido llegar muy lejos en su intento de articular el régimen político continuista y sostener la unidad del Estado español, en el marco del enorme clima de movilización obrera y estallido de las reivindicaciones nacionalistas, oprimidas por cuarenta años de dictadura, sin la colaboración decisiva de los dos principales partidos de la izquierda y el movimiento obre-

ro. El Partido Comunista y el PSOE, que controlaban además las dos principales centrales sindicales -Comisiones Obreras y UGT- no sólo pusieron todo su empeño en encarrilar la movilización de masas por el camino de la 'democracia' sino que aceptaron incluso el restablecimiento de la monarquía, volteada por la Segunda República en abril de 1931. El reemplazo de la bandera tricolor republicana por la rojigualda de la monarquía y el franquismo, por parte del propio PCE, fue sólo la coronación simbólica de una nueva traición del stalinismo al proletariado y a los pueblos de España. Los "pactos de la Moncloa", firmados en octubre de 1977, representaban ese acuerdo 'multisectorial' cuyo objetivo de fondo era poner un freno a las demandas obreras en un momento de máxima fragilidad del régimen. La incapacidad de forjar una alternativa y una superación a las mismas direcciones que habían llevado a la clase obrera a la derrota en la década de 1930 traía como consecuencia una nueva frustración para uno de los proletariados con mayor tradición revolucionaria.

Si el papel de la izquierda y la burocracia de los sindicatos fue decisivo para asegurar la 'paz social' y desmontar la agitación obrera de fines de la década de 1970, la otra pieza decisiva de la transición fue la consolidación del llamado 'Estado de las autonomías', por medio del cual se montó un nuevo equilibrio que asegurase la unidad estatal bajo la figura de la monarquía borbónica, y cediese cierto margen a las reivindicaciones nacionalistas y a los intereses de las burguesías regionales. El nacionalismo había cobrado fuerza a fines del siglo XIX como una ideología de carácter derechista, impulsada por sectores de las burguesías catalana y vasca, regiones con un desarrollo capitalista más avanzado pero dependientes políticamente del gobierno de Madrid. Fue bajo el franquismo -que dispuso una represión absoluta contra todo tipo de manifestaciones nacionalistas- cuando el nacionalismo comenzó a ganar apoyo entre la juventud explotada y se transformó en un canal de lucha contra la dictadura franquista. ETA, fundada a fines de la década de 1950, llegó a alcanzar, en los años setenta, influencia de masas, sobre todo después del atentado que le costó la vida a Luis Carrero Blanco, presidente de gobierno y candidato a sucesor de Franco. En la transición, los grandes partidos de la burguesía nacionalista catalana (CiU) y vasca (PNV) pasaron a ser puntales del nuevo régimen. Aunque, como señalamos antes, Euskadi obtuvo en esta negociación un régimen de excepción que aseguraba a su burguesía un margen aún mayor de autonomía, todo un sector de la izquierda nacionalista, referenciado fundamentalmente en ETA, quedó por fuera del ré-

gimen de la transición y sería, de hecho, el principal adversario al régimen de los pactos de la Moncloa y la monarquía post-franquista. La traición de la izquierda, durante la transición, a la causa de la autodeterminación de los pueblos de España, fortaleció el ascendiente de ETA sobre todo un sector de la juventud nacionalista vasca, al tiempo que lo aislaba de los trabajadores del resto del Estado.

Los “indignados”

Como se observa, el régimen que se está resquebrajando es nada menos que el montado ante la caída del franquismo para intentar remendar, una vez más, todas las tendencias centrífugas nunca resueltas de la España contemporánea. La fractura ‘por arriba’ entre las burguesías regionales y el Estado central, a lo que se agrega la fuerte caída de la legitimidad de la monarquía, acosada por diversos escándalos, se ve acompañada por la aparición, ‘por abajo’, de ese gran protagonista de la historia del siglo XX que todos creían desaparecido luego de décadas de ‘éxito económico’: los pueblos de España y su larga tradición de rebelión. Desde mayo de 2011, cuando hizo su aparición pública con una gigantesca movilización que conmovió primero a Madrid, luego a toda España y finalmente al mundo entero, la crisis española quedó definitivamente asociada al llamado movimiento de los ‘indignados’. Aunque sorprendió a propios y extraños, su masividad y la velocidad con que se generalizó en decenas de ciudades en todo el Estado y también en el extranjero, el movimiento no era un rayo en cielo sereno, sino que hundía sus raíces en una larga y difícil experiencia de luchas y resistencias de la juventud en los años de la ‘burbuja hipotecaria’, en las enormes movilizaciones contra la intervención española en la guerra de Irak, en 2004 -que llevaron, aunque no suele recordarse, a la derrota electoral de Aznar- hasta las menos conocidas luchas y movilizaciones contra la carestía de la vivienda o las actividades de centros sociales y culturales en locales ocupados. En la mayor parte de los casos se trató de movimientos subterráneos que se desarrollaron al margen de la anquilosada burocracia de los sindicatos y la izquierda.

Uno de los grandes síntomas de que estaba en preparación un gigantesco estallido fue una manifestación realizada el 7 de abril de 2011, cuando unos dos mil jóvenes recorrieron las calles de Madrid en protesta por la precariedad laboral y los recortes sociales, sumándose así a la lucha de los jóvenes europeos, que había tenido como epicentro las luchas en Ingle-

terra, para protestar contra la subida de tasas universitarias y en Portugal, Italia, Grecia e Islandia contra la crisis, la precariedad laboral y contra los ajustes. En la primera semana de mayo, un pequeño grupo de jóvenes quiso instalar un campamento en la Puerta de Sol, y fue rápidamente desalojado por la policía. Lo que parecía un episodio represivo más contra los pequeños grupos de jóvenes que protestaban, en forma relativamente aislada, contra el impacto de la crisis, terminó siendo el catalizador de una gigantesca reacción. El 15 de mayo, veinte mil personas desbordaron la Puerta del Sol y modificaron por completo la escena política de la crisis española. Nació así el movimiento llamado 15-M, por la fecha de su primera movilización.

Los críticos del movimiento no tardaron en pronosticar, una y otra vez, su decadencia. Lo hicieron muy tempranamente, a sólo una semana de las primeras movilizaciones, debido a que el domingo siguiente se realizaron las elecciones regionales que culminaron con una victoria del PP y ya preanunciaban la catástrofe electoral del PSOE, que lo llevaría a tener que abandonar el gobierno a fines de año. La movilización, decían, no había logrado evitar que el descontento con el gobierno de Zapatero se canalizara hacia el PP, suponiendo que entre el estado de ánimo de las masas y los resultados electorales existiría una correlación directa. El movimiento, sin embargo, creció y se expandió, llegando a mantener un acampe en la Puerta del Sol durante varios meses; algo absolutamente impensable tan solo unas semanas antes, cuando cualquier tipo de movilización debía requerir permiso a las autoridades y los acampes eran sistemáticamente desalojados. Durante ese verano el movimiento se expandió por decenas de ciudades y cristalizó en la formación de asambleas barriales; en algunos casos, como en Barcelona, se vinculó más directamente con distintos sectores obreros en lucha. Cuando ya ha pasado un año y medio desde su irrupción, el movimiento ha protagonizado una gran cantidad de actividades y medidas de lucha de acción directa, como 'huelgas de consumo', escraches a bancos y acampes frente a ministerios y oficinas públicas. Un lugar especialmente importante lo ocuparon diversas medidas de acción, movilizaciones y hasta ocupaciones para impedir desalojos, una reivindicación particularmente sentida en el contexto de la gravísima crisis de vivienda que atraviesa España.

En el primer semestre de 2012, la Delegación del Gobierno registró 1.394 protestas en Madrid, una cifra récord en las últimas décadas. El repliegue del movimiento a los barrios tuvo derroteros diversos; dio lugar a un desenvolvimiento comba-

tivo y a vínculos con sectores obreros, pero también se enfrascó muchas veces en un deliberacionismo permanente y en no pocos casos debió enfrentar el bloqueo de organizaciones locales del PSOE, Izquierda Unida e incluso el PP, influyentes en asociaciones de vecinos preexistentes.

Surgido en el marco de una crisis que estalló luego de décadas de completa asimilación de la izquierda y la burocracia sindical al régimen político y a los marcos del capitalismo, y en buena medida como reacción a ellas, no debe sorprender que el movimiento de los 'indignados' esté marcado por profundísimas contradicciones políticas. Predomina en sus filas, desde sus primeras apariciones públicas, un rechazo generalizado a los partidos y en cierta forma a la política en general: sus reuniones y asambleas están marcadas por un planteo 'horizontalista' que llega incluso a rechazar las votaciones -planteando que debe resolverse 'por consenso'- y la propia toma de posicionamientos políticos.

La clase obrera y la burocracia de los sindicatos

El clima de movilización y agitación popular que recorre al Estado español no debe reducirse, de todas formas, al movimiento de los 'indignados'. Particularmente en los últimos meses se ha planteado una fuerte intervención del movimiento obrero, en respuesta a los brutales ataques lanzados por el gobierno para descargar la crisis sobre las espaldas de los trabajadores. En los últimos meses la lucha obrera dio un gran salto con la enorme huelga desarrollada por los mineros de diferentes provincias del norte de España, en lucha contra los recortes impuestos por Rajoy a los subsidios que recibe el sector. El de la minería del carbón, espina dorsal del proletariado asturiano y también de otras regiones del norte, es un sector que viene sufriendo un deterioro tras décadas de vaciamiento: se calcula que, actualmente, emplea a unos 8 mil obreros en casi cincuenta explotaciones, mientras que hace 27 años empleaban a más de 50 mil. La producción ha caído de 20 millones a 8,5 millones de toneladas. El gobierno ha anunciado un recorte de más del 60% en los subsidios que recibe el sector, lo que implica el cierre de gran parte de las minas y con él la quiebra de pueblos y regiones completas, cuyas economías dependen de la minería para sobrevivir. Las imágenes de la lucha de los mineros recorrieron el mundo: no sólo fueron a la huelga y realizaron múltiples 'encierros' (ocupaciones) en las minas en conflicto, sino que cortaron vías y carreteras y enfrentaron decididamente las cargas de la policía y los antidisturbios, ha-

ciendo retroceder a las fuerzas represivas. La decisión de marchar sobre Madrid, desde los distintos puntos de todo el Estado donde se realizaban las huelgas y ocupaciones, convirtió a los mineros en un eje de reagrupamiento para un amplio activismo obrero y popular, que recibieron a la 'marcha negra' en diversos puntos de su camino y se movilizaron de a miles en Madrid para acompañar a los trabajadores a la sede del Ministerio de Industria.

Los mineros enfrentan, al igual que el conjunto del proletariado español, la losa de una burocracia sindical enormemente integrada y adaptada al aparato del Estado y al régimen político. Sus dos centrales sindicales históricas, UGT y Comisiones Obreras, están directamente vinculadas con los viejos aparatos de la socialdemocracia y el stalinismo, y con todo el régimen montado desde los 'pactos de la Moncloa'. Luego de dos meses, la burocracia resolvió a principios de agosto levantar la huelga minera, luego de denunciar que el gobierno "mantiene una posición inmovilista que ha enquistado el conflicto" e informar que va a diseñar "una nueva estrategia que permita a los trabajadores y a sus familias una solución sostenible en el tiempo, sin renunciar a un acuerdo satisfactorio del conflicto" (*Público*, 2/8). El gobierno, en efecto, mantiene una política destinada a quebrar el conflicto, primero negando cualquier tipo de negociación para desgastar la huelga y luego creando una "comisión de seguimiento" que no aportó absolutamente ninguna propuesta, pero que ha servido a la burocracia como excusa para levantar la huelga sin proponer ninguna medida para llevar la lucha a la victoria.

Las luchas siguen, sin embargo, a pesar de las vacaciones. El 3 de agosto se realizó una gran huelga ferroviaria, en rechazo a la decisión del gobierno de avanzar en una privatización de Renfe, la empresa pública que maneja los trenes. La huelga tuvo una adhesión de más del 80%, a pesar de los brutales 'servicios mínimos' que impone la reglamentación y en ocasiones llegan a superar el 60% de los habituales. La movilización es masiva también entre los empleados públicos, uno de los principales sectores afectados por el último plan de ajustes de Rajoy que liquida su aguinaldo de fin de año y otras conquistas. En este cuadro, la burocracia sindical anunció que las protestas "no tomarán vacaciones", pero se limitó a convocar concentraciones de media hora todos los viernes, frente al ministerio de Hacienda, y se concentró en la realización de una "Cumbre social", que convocó a una marcha sobre Madrid, procedente de toda España, para el miércoles 15 de septiembre. La "cumbre" fue presentada como una multisectorial que

reúne a los sindicatos mayoritarios y también a otros grupos y asociaciones profesionales, como las de fiscales, médicos, arquitectos, abogados, ingenieros, sindicatos de policías y asociaciones de jueces. La convocatoria a una movilización y el reclamo de una ‘consulta popular’ sobre las medidas que lleva a cabo el gobierno fueron correctamente interpretadas por casi todo el mundo como una excusa para encubrir que no se fijó ninguna fecha para una próxima huelga, ni siquiera en los próximos meses. Según las crónicas periodísticas, el punto fue objeto de debate en las reuniones de la “cumbre” y primó la posición partidaria de limitarse a anunciar que se convocará a una huelga “general y social” en algún momento “del otoño”.

El papel reaccionario de la burocracia de los sindicatos ha quedado al desnudo de una manera aún más brutal cuando trascendió que los dos líderes de UGT y CC.OO. se reunieron en secreto, a comienzos de julio pasado, con la canciller alemana Angela Merkel. La realización de la cumbre, que fue confidencial a pedido de la propia Merkel, sólo trascendió semanas más tarde y por iniciativa de la Moncloa, cuando Rajoy también aceptó conceder una reunión con los sindicalistas. Según los informes periodísticos, “Méndez y Toxo le entregaron un resumen, escrito en alemán, de los acuerdos firmados por los sindicatos y la patronal sobre pensiones y salarios y flexibilidad interna que no habían podido entregar a Rajoy”, y su objetivo ante Merkel fue “tratar de desmontar la imagen sobre ellos que se haya podido transmitir desde el gobierno de Rajoy, que tiene el dudoso honor de haber sido el presidente español al que antes le han convocado una huelga general” (*El País*, 28/7). Los sindicatos hicieron saber a Merkel, además, “que esperaban que fluyera pronto el crédito en España para desatascar el bloqueo del consumo, aunque se mostraron incrédulos sobre la eficacia inmediata” y “reseñaron la importancia de acabar con el problema de la deuda y reducir la prima de riesgo con la alemana” (ídem).

La izquierda

Las organizaciones históricas de la izquierda española fueron la pieza clave del régimen que se montó a fines de los setenta para salvar la estructura política y económica de la dictadura, al amparo de la monarquía y bajo el ala del imperialismo. La aceptación del PCE del régimen monárquico tuvo un costo muy elevado para el partido de Santiago Carrillo, que era la principal fuerza de la izquierda a la salida de la dictadura y en unos pocos años perdió aceleradamente su in-

fluencia electoral. Bajo la batuta de Felipe González, el PSOE logró convertirse en el principal recambio para el agotado régimen de la UCD de Suárez y llegó al gobierno en 1982. También se integraron al régimen de la “España de las autonomías” diversos grupos de la izquierda nacionalista de Cataluña y de Euskadi, como Esquerra Republicana y diversas rupturas de la izquierda abertzale vasca, algunos de los cuales ingresaron directamente al Partido Socialista de Euskadi y otros formaron grupos independientes (Aralar, Eusko Alkartasuna) que “repudiaron la violencia” y aceptaron las reglas del juego del régimen de la monarquía. El PCE, muy debilitado y marginado por el ascenso del PSOE y la estructuración de un régimen político de alternancia con el Partido Popular, se reagrupó en Izquierda Unida, una coalición que actuó durante todos estos años como virtual rueda de auxilio del PSOE, llegando a gobernar en conjunto en diversas ciudades y comunidades autónomas.

Si en 2004, luego de las enormes movilizaciones contra la guerra, el intento del gobierno del PP de atribuir a ETA el atentado de Atocha provocó un vuelco en el último tramo de la campaña electoral que dio una inesperada victoria a Rodríguez Zapatero y llevó nuevamente al socialismo al gobierno, con el voto de todo un sector de la juventud y los trabajadores que se habían movilizado contra Aznar, luego de siete años de gobierno y en el marco de la bancarrota económica el PSOE sufrió un derrumbe electoral y político que lo han convertido en centro del repudio por parte de todo el movimiento popular, al mismo nivel que el PP. El rechazo “a la política”, por parte de todo un sector del movimiento de los ‘indignados’, de hecho no puede analizarse sin tener en cuenta este largo proceso de asimilación y adaptación política de la izquierda y de sus organizaciones a ese régimen, que ahora es repudiado por amplios sectores de masas.

No deja de llamar la atención que ETA se haya disuelto precisamente en las vísperas del estallido de todas las contradicciones de la celebrada “España de las autonomías”, un régimen “democrático” que sin embargo se ocupó de perseguir y reprimir durante décadas a todas las manifestaciones de protesta de la juventud nacionalista, caratulándolas como ‘terroristas’. En *Prensa Obrera* caracterizamos tempranamente la crisis de ETA y las tendencias que llevaban a todo un sector de la “izquierda abertzale” no a una superación revolucionaria del foquismo sino a un repudio a la violencia que se procesaba en término de una adaptación al centroizquierda. El anuncio formal de “abandono de la violencia”, por parte de ETA, se en-

marca en la integración de la izquierda abertzale en un frente político con otros sectores centroizquierdistas -expresado en nuevos sellos como Bildu primero y luego Amaiur- que obtuvo un gran éxito electoral y han permitido ingresar varios representantes al parlamento de Madrid, además de gobernar en diversas ciudades de Euskadi. En el marco de la crisis, la adaptación centroizquierdista y nacionalista de la izquierda abertzale se ha profundizado. Los sindicatos nacionalistas convocan medidas de lucha sin conexión con las acciones realizadas en el resto del Estado, y el eje de sus reivindicaciones es reclamar “que los ajustes no se apliquen en Euskal Herria”. Los diputados de Amaiur han planteado que “para salir de la crisis hay que actuar por la vía fiscal, abordando una reforma del IRPF” y “potenciar la economía productiva”, invirtiendo en áreas como “la innovación, el sector primario y el sector público”. En Catalunya y en Euskadi -también, aunque en menor medida, en Galicia, Navarra y Valencia- hay un sentimiento nacional al que la burguesía no es capaz de dar respuesta puesto que ella, por sí misma, no es capaz de mantener a sus regiones como Estados independientes y sólo juega con esa posibilidad como forma de arrancar mayores concesiones del gobierno central. Ese sentimiento nacional está vivo entre los trabajadores y las generaciones jóvenes, que además han sido educadas en un sentimiento de orgullo nacional reforzado por la recuperación de una lengua propia. La incapacidad histórica de la monarquía y de la burguesía española para lograr la unidad nacional, por un lado, y las limitaciones profundas de los nacionalistas, que nunca se han salido de las faldas de sus propias burguesías, por el otro, recrean una y otra vez una situación de empantanamiento que ahora han llegado a un punto de combustión, con la crisis y las convulsiones que sacuden a toda Europa.

Las encuestas recientes dan cuenta de que, a pocos meses de haber asumido con mayoría absoluta, el PP pierde casi diez puntos y el PSOE sigue sin recuperar terreno, pero Izquierda Unida aumenta y podría superar el 10%. IU ha intentado acercarse, con dificultad, al movimiento de los ‘indignados’: denuncia los planes de ajuste y reclama “la defensa de los derechos laborales y sociales de los trabajadores”. Recientemente han tenido gran difusión las tomas a supermercados dirigidas por un alcalde de Izquierda Unida en Andalucía, que han abierto toda una crisis a nivel político: todos los exponentes del régimen político se apresuraron a condenar una medida que, en caso de generalizarse, abriría las puertas a un escenario de gigantescos choques sociales (la propia conducción de Iz-

quierda Unida puso en cuestión “los métodos” utilizados por su dirigente). La delimitación de IU con el golpeado PSOE, por otra parte, es puramente oportunista, dado que tuvo y tiene numerosos acuerdos con este partido, e incluso gobiernan en conjunto en Andalucía y en Asturias. Izquierda Unida reivindica “la necesidad de forjar el socialismo del siglo XXI, algo que todavía no sabemos muy bien qué es (!), pero que tenemos que construir juntos”, y plantea una mayor “intervención pública para corregir la política neoliberal que diseña la UE” (*El País*, 15/11/11). Al igual que Amaiur, reclama una “Europa social”. No sólo no plantea la condonación de la deuda hipotecaria que cargan los trabajadores, ni la nacionalización de la usurera banca española, ni el reparto de las horas de trabajo, ni la ruptura política con la Unión Europea, sino que, abiertamente, reclama que el Banco Central Europeo intervenga comprando bonos en el mercado secundario, un planteo similar al que levantan el PSOE y el PP.

Perspectivas

La irrupción masiva de la juventud y los explotados en España es un producto del estallido de todas las contradicciones de la crisis capitalista y pone de relieve la miopía de aquellos que, al negar las tendencias del capital hacia su colapso, fueron incapaces de advertir el modo en que las convulsiones de la crisis capitalista producen este tipo de virajes en el estado de ánimo de las masas. Precisamente por ello es que toda una generación está haciendo una acelerada experiencia política, en buena medida al margen de los grupos que tradicionalmente ocuparon la izquierda del espectro político; incluso en oposición a ellos. La aparición en escena del movimiento obrero presenta un gigantesco desafío para el movimiento de los ‘indignados’: está en pleno desarrollo un debate al interior de la juventud que ha salido a movilizarse, en muchos casos por fuera y en repudio a la burocracia sindical, respecto de la política a adoptar frente a las huelgas y acciones obreras, muchas de las cuales aún se procesan en los marcos de las repudiadas “instituciones sindicales”. En el marco de la huelga minera, la “Asamblea de Medio Ambiente” del movimiento de la Puerta del Sol se despegó de la lucha de los trabajadores del carbón y manifestó su posición contraria a la minería y todas las actividades que implican una “destrucción de la naturaleza”, reclamando que las ayudas se utilicen para una “reconversión hacia otras actividades”. La llegada de los mineros a Madrid, sin embargo, estuvo atravesada por enormes muestras de so-

lideridad de amplios sectores del activismo y las asambleas barriales, con un protagonismo destacado de la llamada plataforma “Hay que pararles los pies”, en la cual se nuclea buena parte de la izquierda anticapitalista y las centrales y grupos sindicales opositores a la burocracia, que boicoteó las manifestaciones.

Enormes sectores de la juventud y la clase trabajadora de toda España están procesando una experiencia política acelerada en el marco de la rebelión popular y las convulsiones de la bancarrota capitalista. Las tendencias a la desintegración del Estado montado a la salida del franquismo son profundas, y se ven potenciadas por la crisis mundial, que también acelera y convulsiona la reacción de las masas. En este cuadro, la estructuración de una vanguardia de la izquierda revolucionaria en el Estado español se ha convertido en una tarea urgente. Las condiciones son apasionantes para dar una lucha política con el objetivo de reanudar los lazos, que no se han perdido, entre las nuevas generaciones que salen a la lucha y las históricas tradiciones revolucionarias del proletariado español, traicionadas una y otra vez por la socialdemocracia y el stalinismo. Con una desocupación juvenil que supera el 50%, es imperiosa la organización de los desocupados, una tarea que rechazan tanto los sindicatos como todas las formaciones de la izquierda parlamentaria y que aún las asambleas barriales y el movimiento 15-M no han sido capaz de tomar en sus manos; lo mismo ocurre con la ocupación y la puesta en funcionamiento de las empresas que cierran y despiden.

Está planteado trabajar para unificar el conjunto de las luchas a nivel de todo el Estado español, articulando la acción de los movimientos de ‘indignados’ junto con los de los trabajadores, por la huelga general, para derrotar al gobierno de Rajoy y desarrollar una alternativa socialista.

Fuera Rajoy y la troika, abajo el ajuste. Que la crisis la paguen los capitalistas.

Ruptura con la Unión Europea. Por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Abajo el “Estado de las autonomías” post-franquista. Abajo la monarquía. Por la unidad socialista de la península ibérica. Por un gobierno de trabajadores.

11 de agosto de 2012

La cuestión energética, el petróleo y Petrobras

Ildo Sauer

Cuando la industria petrolera comenzó, en el siglo XIX, la energía líquida disponible estaba en relación física costo producto de 1 a 100; es decir, se gastaba un barril de petróleo para obtener 100 barriles. A inicios del siglo XX, el motor de combustión interna aumentó la demanda de combustibles. La expansión de los automóviles como medio de transporte creó una demanda sostenida de productos derivados del petróleo. Hoy en día, la proporción referida está en razón de 1 a 30, se gasta en capital y trabajo humano el equivalente a un barril de petróleo para producir apenas 30 barriles. Según Matthew Simmons, “la era del petróleo fácil acabó” (acabó hace tiempo...). El problema de ese costo cada vez mayor debe también verse comparativamente. La fuente alternativa al petróleo más competitiva es el etanol brasileño (explotado en un 40% por grupos extranjeros), con una relación de 1 a 8 (en el biodiesel producido a partir de aceites vegetales es de 1 a 1). La conversión directa de la radiación solar en electricidad, que es energía

fotovoltaica, tiene una relación semejante. Hoy, el petróleo se produce a un costo de 1 a 10 dólares el barril equivalente. Su valor en el mercado osciló en los últimos años entre 60 y 150 dólares el barril, lo cual significa un excedente (lucro) de más de 50 dólares por barril. Se trata de renta diferencial, disputada por Estados y grandes empresas. La economía mundial consume cerca de 30 mil millones de barriles al año, creando un excedente económico del orden de dos billones de dólares anuales (2.000.000.000.000 dólares).

Petróleo y transición energética

No es correcto vincular el problema del alto costo del petróleo con el hecho de ser una fuente natural no renovable de energía. La demanda de petróleo no es determinada a partir de un país, sino a partir de la forma en que la producción capitalista mundial establece precios. El petróleo continúa con un papel esencial para el modo de producción capitalista, con enormes industrias automovilísticas en los países ricos y en algunos países atrasados, como China. ¿A qué se puede atribuir esa característica especial del petróleo? El recurso energético de mayor disponibilidad en stocks es el carbón, seguido por el uranio (para la generación eléctrica en el mundo, en 2005, se utilizó el carbón mineral en una proporción del 40,3% del total generado, el gas natural con 19,7%, la energía hidráulica con 16,0%, la nuclear con 15,2%, los derivados de petróleo con 6,6% y otras fuentes con 2,2%). La cantidad de energía que llega a la tierra proveniente del Sol y que vuelve al espacio después de algunas transformaciones es inmensa. Cada una de las tres formas por las cuales la energía solar fluye sobre la tierra -la energía hidráulica, la eólica y la de la fotosíntesis- tiene por año un valor mayor que el stock de petróleo acumulado. Sin embargo, ningún recurso energético contribuye más que éste para hacer girar la producción capitalista. Para que otras formas de energía desempeñasen ese papel sería necesario mejorar las condiciones técnicas de su apropiación, para que éstas usen menos capital y menos trabajo vivo.

El debate sobre la transición energética ha sido provocado por la discusión sobre el cambio climático; o sea, por la catástrofe ecológica y por la perspectiva de agotamiento de las reservas de petróleo, ya que el ritmo de descubrimientos de nuevos yacimientos no es suficiente comparado con el crecimiento del consumo. De todas formas, cuando se observa la estructura social de producción, la persistencia del desarrollo urbano industrial, surgido de las revoluciones industriales, se encuentra

definitivamente ligado al extraordinario desempeño del petróleo a pesar de las dos razones señaladas antes, que justifican la necesidad de una transición energética hacia nuevas fuentes renovables.

Los recursos convencionales de petróleo están agotándose en razón de la tasa actual de consumo, próxima a 85 millones de barriles de petróleo por día. Esto significa que los dos billones de barriles remanentes de recursos conocidos de petróleo se estarán agotando en las próximas tres o cuatro décadas, dado que el consumo y la producción aumentan a pesar del cambio climático y de las tentativas de buscar nuevas fuentes de energía, que permitan sustituir el petróleo en función de su agotamiento.

La solución simultánea de los dos problemas exigiría una enorme inversión en ciencia y tecnología para atenuar los impactos que esta sustitución tendría en la estructura de producción y de consumo, al implementar un cambio en los patrones de consumo social, por ejemplo el menor uso del automóvil como medio de transporte individual: un cambio de conducta social.

¿Dónde se encuentra el remanente (reservas) de petróleo? En tres fronteras estratégicas: en Asia Central, en Africa (en países como Nigeria y Sudán) y, ahora, en el área conocida como presal brasileño (la formación geológica submarina donde tienden a acumularse enormes reservas de petróleo y de gas natural).

Compañías estatales y carteles

La intervención estatal como forma predominante de apropiación de parte de la renta extra (diferencial) creada por el petróleo es relativamente reciente, pero la intervención estatal en la economía petrolera es más antigua, con la creación, por ejemplo, de YPF (Argentina).

Los antecedentes de YPF se encuentran en el descubrimiento de petróleo en la zona de la ciudad de Comodoro Rivadavia, en el año 1907. Posteriormente se creó la Dirección General de Explotación del Petróleo, con el objetivo de regular la actividad de las compañías extranjeras que comenzaban a establecerse en el país. La empresa estatal fue creada en 1922, hacia el final del primer gobierno del radical Hipólito Yrigoyen, y fue dirigida en sus primeros años por el general Enrique Mosconi, quien ocupó el puesto entre 1922 y 1930 cuando se produjo el golpe que derrocó a Yrigoyen (había comenzado su segunda presidencia en 1928). Durante su mandato de ocho años, logró

casi triplicar la producción de petróleo, de 348.888 metros cúbicos en 1922 a 872.171 en 1929. YPF fue la primera petrolera estatal integrada verticalmente en todo el mundo, excluyendo a la URSS.

En 1938 se produjo, en México, la creación de la empresa estatal Pemex, después de la nacionalización de las petroleras inglesas por el gobierno nacionalista de Lázaro Cárdenas. En Argentina, el 29 de diciembre de 1949 (durante el primer gobierno de Juan Perón) se terminó de construir el gasoducto que transportaba gas de Comodoro Rivadavia hacia Buenos Aires. Con una longitud de 1.600 kilómetros, era el primero en Sudamérica y el más largo del mundo; pero como no se habían terminado de construir las válvulas y las terminales, este gasoducto fue incapaz de transportar gas a los hogares. Años después, con la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (Opep) en 1960, se planteó en la arena política (y militar) mundial el problema de la apropiación de la renta petrolera, tal como ocurrió con los enfrentamientos bélicos de la época, acompañados por grandes variaciones de los precios del petróleo entre 1973 (guerra de Yom Kippur) y 1979 (revolución iraní).

El 14 de septiembre de 1960 los cinco principales productores de petróleo (Arabia Saudita, Irán, Irak, Kuwait y Venezuela) fundaron, en Bagdad, la Organización de Países Exportadores de Petróleo. La creación de la Opep fue un movimiento de reacción a la política de achatamiento de precios practicada por el cartel de las grandes petroleras occidentales, las llamadas "siete hermanas" (Standard Oil, Royal Dutch Shell, Mobil, Gulf, BP y Standard Oil de California).

Los cambios en la estructura del mercado internacional del petróleo comenzaron a emerger luego de la Segunda Guerra Mundial. El petróleo estaba convirtiéndose en la principal fuente de energía de los países desarrollados, entre los cuales los de Europa Occidental y Japón eran importadores absolutos. En 1950, también los Estados Unidos se volvieron importadores líquidos de petróleo, ya que su consumo superó su producción doméstica. El creciente éxito del petróleo en el mercado internacional, y el nacionalismo en expansión de los países productores (aquellos con reservas petrolíferas), produjeron modificaciones en los acuerdos de concesión para exploración, generando un nuevo principio de distribución, "mitad y mitad", en términos de regalías e impuestos, entre las empresas y sus respectivos anfitriones.

En parte de las décadas del '50 y '60, las grandes empresas controlaban el mercado y mantenían precios lo suficientemente

atractivos como para desalentar el desarrollo de otras formas de energía. Los europeos establecieron un impuesto al petróleo para proteger a la industria carbonífera local contra los bajos precios del petróleo. En los Estados Unidos, donde la producción y los precios del petróleo eran más caros que los internacionales, las empresas locales obtuvieron apoyo y protección del gobierno para sobrevivir.

No obstante, nuevas empresas consiguieron entrar en el mercado, obteniendo concesiones en Argelia, Libia y Nigeria. En 1952, las "siete hermanas" producían el 90% del petróleo crudo fuera de los Estados Unidos y del "bloque socialista"; en 1968, ese porcentaje fue reducido al 75%. Pasaron a perder el control sobre los precios internacionales porque no consiguieron restringir la oferta. En 1958, los Estados Unidos establecieron cuotas, por razones de seguridad nacional, para proteger y garantizar la supervivencia de la producción doméstica frente al petróleo importado, más barato. Esas cuotas aislaron a Estados Unidos de la absorción de nuevos suministros, llevando, en 1959-60, a las empresas internacionales a reducir los precios, lo que generó disgusto en los países productores, que vieron disminuir sus ingresos. Tal decisión engendró el inicio de cooperación de los países productores, que resultó en la creación de la Opep.

En enero de 1961, la carta de la Opep, adoptada en la conferencia de Caracas, definió los tres objetivos de la organización: aumentar el ingreso (beneficio) petrolero de los países miembros, a fin de promover su desarrollo; asegurar un aumento gradual del control sobre la producción de petróleo, ocupando el lugar de las multinacionales; y unificar las políticas de producción. La Opep aumentó las regalías pagadas por las transnacionales, alterando la base de cálculo de esas compañías, y las gravó con un impuesto. La política interna estadounidense de prevención de exceso de oferta, llevada a cabo por medio de la limitación de su producción y del establecimiento de cuotas compulsivas, establecidas a partir del final de la década de 1950 sobre el petróleo importado, era en gran parte responsable por la creación de la Opep, que se dio como respuesta a la tentativa americana de transferir la carga del ajuste de precios al resto del mundo. Venezuela, que ya era una gran productora de petróleo, fue particularmente alcanzada por las restricciones estadounidenses, y se volvió crucial en la creación de la Opep que, en su primera década, creció de cinco a trece miembros, englobando la producción del 85% de las exportaciones mundiales de petróleo.

En enero de 1968, después de la Guerra de los Seis Días (junio de 1967) entre Israel y los países árabes, en un contexto

de déficit de oferta, la Opep consiguió un acuerdo con las compañías occidentales. Al final de la década, el barril ya valía 1,80 dólares. A partir de la década de 1970, la Opep se volvió una herramienta particularmente eficiente para los países productores. Siguiendo el liderazgo de Libia, que, bajo el gobierno de Gadafi, a partir de 1969, exigió aumentos en los precios y en los impuestos sobre el petróleo (amenazando con la nacionalización de la producción en caso de que no fuesen respetados por las empresas productoras), otros miembros de la Opep tomaron el mismo camino.

Una conferencia sobre nacionalización, requerida por la Opep, reunió a empresas internacionales y logró un acuerdo de aumento gradual de la propiedad de los países anfitriones (aquellos en los que las empresas explotan los recursos) sobre la producción hasta el tope del 51%, que debía ser alcanzado en 1982. Los acontecimientos, sin embargo, se aceleraron. El aumento de los precios del petróleo de los países de la Organización de Países Arabes Exportadores de Petróleo (Opaep) en respuesta a la guerra árabe-israelí, motivada por el expansionismo del Estado sionista, en octubre de 1973 (la llamada guerra de Yom Kippur, Día del Perdón), fueron, además, seguidos por los otros miembros de la Opep. Los años 1970 produjeron, en ese cuadro de crisis y guerra, la transferencia gradual del control sobre la producción de petróleo desde las "siete hermanas" hacia la Opep.

En 1971-1972, la Opep, que controlaba en la época dos tercios de las exportaciones mundiales de petróleo crudo, inició el proceso de nacionalizaciones. Además, junto al aumento del precio del petróleo entre el 70 y el 100%, los productores árabes declararon un embargo a los países considerados favorables a Israel (Estados Unidos y Holanda, básicamente). Como resultado, el precio del petróleo aumentó 400% en cinco meses (hasta marzo de 1974), con un nuevo aumento del 100% en la conferencia de Teherán el 23 de diciembre de ese año. En noviembre de 1973, el presidente norteamericano Richard Nixon anunció el Proyecto Independencia, para convertir a los Estados Unidos en un país energéticamente autosuficiente. En esa época, los EUA importaban un tercio de sus necesidades de petróleo. Hoy, importan mucho más...

En el mismo año (1973), el Shá de Irán, retomando un viejo proyecto de Mohammad Mossadegh (ex primer ministro destituido por un golpe orquestado por la CIA, que dio poderes totales al propio Shá), expropió las compañías extranjeras y concedió a la estatal Nioc (National Iranian Petroleum Company), el control total de la industria petrolera. Irán era

entonces el cuarto productor mundial de petróleo crudo, y el segundo exportador. Para evidenciar la nueva fuerza política de los países petroleros, en marzo de 1975 se realizó el primer encuentro de jefes de Estado de países miembros de la Opep, en Argelia. En Irán, la crisis del petróleo provocó una terrible inflación en el país, que llevó al desempleo a más de un millón de personas.

La “crisis del petróleo”

El aumento de los precios fue señalado como causante de la crisis económica mundial que tuvo su apogeo en 1978. La crisis, sin embargo, ya estaba presente en la economía capitalista mundial (en los EUA en primer lugar) desde finales de la década de 1960. El aumento del precio del petróleo debido a la reacción de los países de la Opep fue sólo un factor adicional. Y no representó más del 2% en el proceso inflacionario de los países centrales. La inflación fue impulsada por un efecto acumulativo de más de tres décadas y amplificada por la especulación desenfrenada de los años 1972/73 con el oro, los terrenos, las construcciones, los diamantes, las joyas, las obras de arte y, sobre todo, las materias primas (commodities). Es decir, todos los “valores refugio” (o reservas de valor), que se aprecian más a medida que se deprecia la moneda.

La inflación fue reforzada por la práctica de los “precios administrados” impuestos por los monopolios, y acentuada por los gastos militares colosales, que no dejaron de crecer desde inicios de la década de 1950. En agosto de 1971, anticipando la crisis declarada, el gobierno de Richard Nixon declaró la no convertibilidad del dólar.

Por otro lado, la idea de que la crisis del petróleo había provocado deflación, debido a los recortes en la producción y en la demanda, causados por la salida de capitales de los países centrales hacia la Opep, también es falsa. Estos capitales no quedaron atesorados en las bóvedas de los países árabes; al contrario, volvieron bajo la forma de “petrodólares” a los países centrales. Con la contratación de obras, productos y servicios de los países desarrollados, los petrodólares realimentaron sus economías acentuando la tendencia inflacionaria general por el alza de los costos y por el aumento de liquidez. La inmensa acumulación de capital de los países árabes, prevista por el Banco Mundial, no se produjo.

Los grandes gastos de “desarrollo” en los países productores, los volvieron deficitarios en su balanza de pagos. La importación de máquinas y fábricas por parte de los países de la

Opep, fue vista por muchos como el motor de una nueva fase de expansión del capitalismo, lo que no se confirmó porque, entre otras cosas, la dinámica de los precios es incierta; los países desarrollados buscaban una progresiva sustitución de energía, lo que los volvería menos dependientes de la Opep y disminuiría el poder de presión de la organización de países árabes; además, la industrialización no se concretó en esos países, debido a la monumental concentración de la renta en unos pocos y a la pobreza de la mayoría de la población, que contribuyó a sostener el raquitismo de sus mercados internos. El nacionalismo burgués-clerical-monárquico llegó a sus límites.

En la recesión de 1974/75, los países del cartel multiestatal de petróleo consiguieron mantenerse relativamente estables, al contrario de los demás países del "Tercer Mundo" que se sumieron en una profunda crisis. Esta estabilidad se debió fundamentalmente a la disminución de la producción de petróleo para el sostenimiento del precio internacional, un volumen que fue controlado de cerca por la Opep. A pesar de la disminución de la producción, estos países mantuvieron un alto ingreso nacional que fue utilizado para las importaciones. Estas grandes sumas de capital fueron controladas por los gobiernos de los Estados miembros de la Opep.

Renta diferencial

El origen de esos capitales excedentes es la explotación de petróleo mineral, fuente de energía que se encuentra en forma bruta en la naturaleza. Los propietarios de estos depósitos son los Estados donde se encuentra el mineral: el pago realizado al dueño de la tierra / yacimiento, es una renta de la tierra, en los términos definidos por Marx en *El Capital*: "El arrendatario capitalista paga al propietario de la tierra, al dueño de la tierra que explota, en un plazo determinado, digamos un año, un monto estipulado contractualmente (como el prestatario del capital-dinero paga un determinado interés) por el consentimiento de emplear su capital en esta rama particular de la producción. Se llama a esta cantidad renta agraria, y todo lo que pague por tierra de labranza, o por la construcción, minería, pesca, forestal, etc.". Los explotadores directos de los yacimientos de petróleo, en la mayoría de los casos, no eran los Estados propietarios sino las grandes petroleras multinacionales, que tenían su tecnología contratada por los Estados miembros de la Opep, a los que les pagaban una renta por la explotación de sus yacimientos.

En las esferas de la producción que dependen directamente de la naturaleza, la ley del valor (el valor de la mercancía equivale al tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción) actúa de una manera diferente. En la producción capitalista de mercancías el aumento de la productividad del trabajo puede hacer caer los precios por efecto de la competencia. En las ramas productivas que dependen de la naturaleza los precios dependen más de las condiciones naturales que de la actividad humana. En el ámbito de la producción energética las principales mercancías son el petróleo y el carbón. La productividad del trabajo en la extracción de petróleo es mayor que en la extracción de carbón, cuyas minas son cada vez más difíciles de explotar. Al ser menos rentable, el carbón debería ser eliminado en la competencia por el petróleo. Esto, sin embargo, no ocurrió porque en el sector de la energía la productividad del trabajo más elevada no puede ser generalizada, debido al hecho de estar ligada a una base natural, que son los pozos y que no se reproducen a voluntad. En segundo lugar debido a que los EUA, Alemania, Gran Bretaña y Francia, protegen sus fuentes naturales de energía interviniendo en el proceso de formación del valor. Estos países adoptaron medidas para evitar la dependencia del petróleo importado, como la restricción de las importaciones, la subvención a la producción nacional y la introducción de impuestos a la importación, que fueron incorporados al precio del petróleo importado.

El precio se forma a partir de la fuente menos rentable, que es el carbón europeo, de forma que su exploración proporcione lucro. La fuente más rentable, que es el petróleo del Medio Oriente, no llega al mercado consumidor en su verdadero valor sino que se incrementa debido a la carga de impuestos. El petróleo de Estados Unidos, a su vez, alcanza un lucro medio mayor al que tiene el carbón europeo. No eran los países productores los que más ganaban con la producción de petróleo. El precio individual fijado en el Golfo Pérsico fluctuó, desde 1953 a 1973, entre 1,60 y 2,75 dólares el barril; con impuestos, sin embargo, alcanzaba los 10 dólares en el mercado mundial. La creación de la Opep inició una nueva confrontación: la crisis resultante, en realidad, era una lucha por un nuevo reparto de la renta agraria. Formada por las clases dominantes de los países exportadores de petróleo, la Opep elevó el precio del petróleo crudo, imponiendo límites a la competencia entre los países productores con la formación de un cartel. Los países capitalistas desarrollados, para no quedar de rehenes de la Opep, buscaron e investigaron nuevas fuentes de energía, entre ellas la nuclear, la solar y la

producción de petróleo sintético, así como la investigación en otras regiones del mundo en busca nuevos pozos de petróleo. Los países subdesarrollados también han buscado, incluyendo el Programa Pro-alcohol en Brasil, que tuvo corta vida.

La disputa internacional sobre el precio del petróleo fue una lucha por la apropiación de la renta diferencial (aquella originada en las diferencias naturales de fertilidad, o de la riqueza, del medio ambiente natural). También se comportó como una disputa intermonopólica a escala mundial. La “factura petrolera” debía ser pagada, en primer lugar, por los países y las empresas de alto consumo energético que dependían de las importaciones (la mayoría de los países europeos y Japón), lo cual fortaleció a la burguesía norteamericana frente a ellos y, dentro de Estados Unidos, al sector empresarial que se encontraba en la misma situación. La “crisis del petróleo” se inscribe, por lo tanto, dentro de la intensificación de las disputas entre los monopolios y los países capitalistas centrales, provocada, sin embargo, por una crisis preexistente. Las refinerías petroleras y distribuidores (las “Siete Hermanas”) fueron, en diversos grados, las máximas beneficiarias del aumento de la “factura petrolera”.

Los Estados de la Opep, que tienen cierto grado de autonomía debido a la propiedad de los pozos de petróleo, son países subdesarrollados, que no tienen autonomía tecnológica ni financiera. La explicación de la crisis económica mundial por la “crisis del petróleo” fue un intento ideológico para encubrir las verdaderas raíces de esta crisis, que se encuentran en las leyes de la acumulación capitalista, que conducen a la sobreproducción de mercancías y a la sobreacumulación de capital, operando a escala mundial.

Petrobras: del nacionalismo al neoliberalismo

En Brasil, el ciclo nacionalista (“varguista”)¹ entre las décadas de 1940 y 1950, incidió en la formación del monopolio estatal del petróleo y en la creación de la empresa Petrobras, en medio de una campaña que se conoció como “el petróleo es nuestro”, y también en la conformación de la empresa eléctrica Eletrobrás, la Telebrás, el Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE) y la Compañía Siderúrgica Nacional (CSN). La creación de una industria de base (energía, acero, financiamiento de carreteras y transportes) obedecía al objetivo de buscar una asociación privilegiada con el capital extranjero, favoreciendo sus inversiones en sectores más rentables en el corto plazo (montadoras automovilísticas).

La producción nacional de petróleo resultaba insuficiente para la época, sólo cubría 1,6% del consumo total: se tomó la decisión de ampliar el sector de refinación existente, a fin de reducir los costos de las importaciones de los derivados de petróleo. La empresa estatal brasileña pasó a desarrollar actividades fuera de Brasil y descubrió, en esta fase, el mayor campo petrolífero de Irak, llamado Majnoon (“el loco”), que fue nacionalizado por Irak.

Con la crisis económica mundial, Petrobras fue comisionada a una nueva tarea: lograr la autosuficiencia petrolera, realizando trabajos de exploración en tierra y también en su área marítima. En 1968 se iniciaron las primeras actividades de prospección off shore (costa afuera), en el recién descubierto campo de Guaricema, Sergipe. Más tarde, en 1974, se descubrió la cuenca Campos que es, hasta el momento, la mayor productora de hidrocarburos en Brasil. El área inicial fue Garoupa, seguida por los campos gigantes de Marlin, Albacora, Barracuda y Roncador. Precisamente fue en esta fase que se desarrolló la tecnología de exploración en aguas profundas y ultra profundas. Progresivamente, la exploración en láminas de agua de pocas decenas de metros pasó a medirse en centenas y, posteriormente a 1.000, 2.000 y hasta 3.000 metros de profundidad. De esta forma Brasil alcanzó estándares de autosuficiencia, en momentos en que el precio del petróleo superó los 100 dólares por barril.

En la década de 1990, el gobierno de Fernando Collor de Melo y, más tarde, el de Fernando Henrique Cardoso (FHC), comenzó la privatización de varios sectores, como el de las telecomunicaciones, parte del sector eléctrico y, en el caso del petróleo, la venta de gran parte de las acciones de Petrobras, buscando su privatización total a través de la “internacionalización”. También se crearon las agencias de regulación de esos servicios: Agencia Nacional del Petróleo, Gas Natural y Biocombustibles-ANP; la Agencia Nacional de Energía Eléctrica-Aneel; la Agencia Nacional de Telecomunicaciones-Anatel, para garantizar la rentabilidad de las inversiones y para atraer al capital internacional. En el inicio del gobierno de Lula (2003), a pesar de las privatizaciones, gran parte del sector eléctrico, más de 80% de la generación, estaba todavía en manos del Estado. En el programa del PT, lo que se proponía era que las empresas vendieran la energía a un precio apenas inferior al del valor del mercado, y la diferencia entre ese precio y el costo -aún más bajo- de la generación se destinara a un fondo social. En el área de petróleo, donde se tenía todavía el control de Petrobras, se propuso cambiar el sistema

de concesión de petróleo creado bajo el gobierno de FHC. Nada de esto se hizo.

En el sector eléctrico, un proceso de discriminación de las empresas estatales llevó al mercado de energía, con precios extremadamente favorecidos para los grandes consumidores (capitalistas), a un crecimiento extraordinario de cerca del 25% del consumo total de energía del país, lo que permitió la apropiación del excedente por un grupo restringido de empresas. En el caso del petróleo, se mantuvo intacto el sistema de concesiones, a pesar de las amplias propuestas presentadas por políticos, juristas, profesionales de Petrobras y sindicalistas, que protestaron en todas las rondas de licitación de los bloques de petróleo promovidas por la ANP bajo el gobierno de Lula.

En estas rondas licitatorias se llegó a incluir una cláusula discriminatoria contra la propia Petrobras, que limitaba la proporción de “bloques” que podía adquirir. Desde sectores del gobierno se buscaba mantener las reglas neoliberales, a pesar de varios descubrimientos ya realizados en el área conocida como de presal en el Océano Atlántico. En 2007, en la novena ronda de licitación, fue unilateralmente favorecida la empresa OGX, que meses antes había reclutado técnicos de Petrobras, poseedores de informaciones estratégicas y privilegiadas.

Aun así, Petrobras invirtió fuertemente en exploración y producción al interior de Brasil y también en el extranjero, suponiendo una tendencia a la valorización definitiva del petróleo en el escenario del pre-agotamiento del combustible. La explotación del gas pudo verse como una posibilidad adicional de generar riqueza, ya que cada 150 metros cúbicos de extracción de gas permiten la sustitución de un barril de petróleo, además de facilitar una “descarbonización” progresiva. El esfuerzo en el segmento de biocombustibles y de otras fuentes renovables, como la eólica y la fotovoltaica, constituirían la base para crear una alternativa del agotamiento final y una respuesta para la descarbonización de la matriz energética. El patrimonio de Petrobras no es simplemente el hecho de descubrir el petróleo, sino también de potenciarlo, desarrollarlo, procesar gas natural y brindar soluciones hacia la transición para otro tipo de energéticos, dentro de la era pos-petróleo, que incluye a los biocombustibles y otras fuentes renovables.

Presal, monopolios y negociados

Petrobras probó un nuevo modelo geológico, desarrollado a lo largo de décadas, que preveía la posibilidad de la existencia de una segunda capa de petróleo bajo la capa de sal,

debajo de la primera. El primer descubrimiento de petróleo presal se presentó en el bloque de Parati, en 2005. Se trató de un primer pozo petrolero con importantes resultados; sin embargo, fue el 1-RJS-628A, de Tupi, cuya perforación del pozo pionero comenzó en septiembre de 2005, el que constituyó la oportunidad para probar el nuevo modelo geológico que mostraba la posibilidad de encontrar petróleo a un nivel más profundo, presal. En mayo de 2007 se logró perforar el pozo de extensión 3-RJS-646. Cuando se descubrió petróleo, se confirmó el enorme potencial del yacimiento, evaluado después entre 4 y 8 mil millones de barriles de petróleo leve, equivalente a uno o dos tercios de todas las reservas brasileñas. Hecho del cual tuvo noticia el gobierno, lo mismo que la Agencia Nacional del Petróleo, Gas Natural y Biocombustibles (ANP), como es obligatorio por ley.

Si bien se trata de una reserva gigante, los geólogos de Petrobras no tienen aún la dimensión exacta de las reservas de petróleo de presal. Tampoco se conoce la extensión de la formación de presal y del petróleo subyacente en ella, que se estima debe tener más de 100 millones de años. Puede ser que el área con potencial se extienda después del Estado de Espírito Santo, que llegue al Estado de Sergipe: la sal gema de aquella región es de la misma naturaleza que las capas que cierran los reservorios de petróleo descubiertos bajo el mar en Campos y Santos. En una escala de países con las mayores reservas de petróleo, Arabia Saudita está en primer lugar, con 264.000 millones de barriles. Brasil estaba en el puesto 17, con 14.000 millones. Con los primeros descubrimientos de presal, Brasil pasó a 20.000 millones y quedó en el lugar 12°, después de Estados Unidos.

Entre mayo y septiembre de 2007 se perforó el segundo pozo, el RJS-646, lo que confirmó el descubrimiento de una gigantesca reserva de petróleo, entre 5 y 8 ml millones de barriles de las reservas de petróleo liviano, una de los más grandes de la historia mundial del petróleo. Una vez más, las autoridades fueron alertadas de su relevancia estratégica. Después de todo, con más de 50 años de esfuerzos, hasta ahora Petrobras había sido capaz de consolidar unos 14 mil millones de barriles en reservas, además de la extracción de poco más de 5 mil millones de barriles. Esto fue seguido por otros descubrimientos en 2007, como Caxaréu, Pirambu Carioca, Caramba. En julio de 2007, con el asesoramiento estratégico de consultores especiales (había una consultora estratégica del ex ministro José Dirceu) se creó una nueva empresa petrolera brasileña (la OGX, dirigida por Eike Batista, un capitalista con fuertes lazos

con Planalto; la petroquímica se quedó con el grupo Odebrecht) mediante la contratación de técnicos que trabajaban en el núcleo estratégico del área de exploración de Petrobras, con acceso a todas las informaciones privilegiadas, los métodos y las tecnologías desarrolladas para el presal. Incluso con todos estos hechos y evidencias, se llevaron a cabo las rondas de la subasta, con bloques configurados a partir de las características geofísicas de la post-sal (se ofrecieron 3.513 bloques), incluidos bloques del entorno del Tupi y del Arco de Cabo Frío. Sólo a principios de noviembre de 2007, después de muchas protestas en contra de la subasta, el gobierno decidió retirar 41 áreas de la licitación. No se tomó ninguna acción para evaluar si los intereses estratégicos del país habían sido violados, o si estaban amenazados. Los bloques del Arco de Cabo Frío, junto con otros 11, fueron comprados por la nueva compañía en alrededor de 1,3 mil millones de pesos. Entregar entre 2.600 y 5.500 millones de barriles de petróleo y una hegemonía tecnológica de base del núcleo de Petrobras al grupo privado de Eike Batista fue un ataque contra el interés público y nacional en beneficio del gran capital y sus intermediarios, y un negociado de enormes dimensiones.

En junio de 2008, en la subasta pública inicial se vendieron el 38% de las acciones de OGX por más de 6.000 millones de reales, lo que indica un valor de la empresa -cuyos activos era la potencialidad de los bloques recién adquiridos y el equipo de técnicos oriundos de Petrobras- en más de 17 mil millones de reales. A mediados de 2010, los sucesivos anuncios de descubrimientos de esta empresa indicaron reservas potenciales de entre 2.600 y 5.500 millones de barriles. Así que incluso sin la conclusión de la exploración de los bloques de Arco de Cabo Frío por parte de la nueva empresa, el volumen de petróleo ya era comparable con los 5 mil millones de barriles incorporados por Petrobras, por un valor superior a 74 mil millones de reales. Estos cinco mil millones de barriles fueron descubiertos por la propia Petrobras, como parte de las reservas de petróleo de presal, pero ahora casi el 30% del presal está en manos privadas. Y Eike Batista, el dueño de OGX, ya creó una nueva empresa, con vistas a monopolizar las obras del Mundial 2014 y las Olimpiadas 2016: ¡viva la patria contratista!

Después del descubrimiento anunciado en 2007, a mediados de 2008 el gobierno nombró una comisión interministerial (Ministerio de Minas y Energía; Ministerio de Desarrollo Industrial y Comercio Exterior; Casa Civil; Ministerio de Hacienda; y Ministerio de Planeación, Presupuesto y Gestión) para elaborar nuevas leyes para el sector, relativas a la producción de

petróleo y gas en el área de presal. En agosto de 2009, la comisión dio a conocer cuatro proyectos de ley para reformar la legislación del sector petrolero: el Proyecto de Ley de la Cámara -PLC-309/09, que crearía la Empresa Brasileña de Administración de Petróleo y Gas Natural SA -Petro-Sal-; el PLC 7/10, que crea el Fondo Social -FS-; el PLC 8/10, que establece reglas para la capitalización de Petrobras; y el PLC 16/10, que establece nuevos criterios para la distribución de las regalías del petróleo y crea el régimen de producción compartida. En los cuatro proyectos de ley, el gobierno prácticamente acogió todas las sugerencias de los “movimientos sociales”, pero dejó todo abierto para luego no ejecutar ninguna de ellas. Las nuevas leyes que se planteaban recolocarían a Petrobras al mando del proceso de exploración, producción y venta de petróleo en el país.

En este contexto, las nuevas licitaciones significan grandes negocios. El afán de las grandes petroleras internacionales en tomar parte del negocio de explotación de las nuevas reservas de petróleo es visible. Es fácil comprenderlo: sus reservas son una fracción mínima comparadas con las de 1960, cuando “mandaban en el mundo”. Lo elemental habría sido una evaluación más precisa del petróleo que todavía no ha sido licitado, con la contratación de Petrobras para concluir el proceso exploratorio, conocer las acumulaciones, sus límites, desarrollar un plano de evaluación y, posteriormente, la producción. Así, se podría saber con certeza si hay 80.000, 100.000, 200.000 millones de barriles o más. Sólo así se podría planear la producción. No es posible definir un plan de producción para el petróleo de presal sin conocer esa reserva de forma precisa. Y esto plantea un segundo problema: Brasil es de los países que menos invierte en investigación mineral en relación con el tamaño de su territorio (es ampliamente superado hasta por países como Chile y Perú).

Las formas básicas actuales de operar la industria del petróleo son el monopolio público de la empresa estatal o la contratación para la prestación de servicios, la producción compartida y la concesión de áreas. El monopolio público ejercido por la operadora estatal es el régimen adoptado por Arabia Saudita y por todos los otros países con grandes reservas, como Irán y Venezuela. Cuando es necesario subcontratan la prestación de servicios, y raramente la producción compartida. Los regímenes de producción compartida y el de concesiones fueron dominantes en la década de 1960, cuando las grandes multinacionales del petróleo, las llamadas Siete Hermanas (Shell, Esso, British Petroleum y otras) tenían cerca del 90% de

las reservas mundiales. Actualmente, las mayores empresas de petróleo son las nacionales: 1) Saudi Aramco; 2) Gazprom, rusa; 3) CNPC, china; 4) Nioc, iraní; 5) PDVSA, venezolana; 6) Petrobras, brasileña, y 7) Petronas, malaya. Pero juntas no llegan al valor de mercado de la Exxon Mobil. Según las nuevas estimaciones, con el presal Brasil pasaría al octavo lugar mundial en reservas de petróleo (todavía muy abajo de Arabia Saudita y Venezuela, los dos mayores “reservistas”).

Que las grandes petroleras tengan la capacidad de “apretar” al Estado brasileño se debe a los problemas de éste, agravados por la crisis económica mundial. El déficit en cuenta corriente del país tuvo un récord histórico en 2010 (casi 50 mil millones de dólares, contra 28 mil millones de dólares en 2008, el “año de la crisis”), la deuda externa creció casi 14% en el primer semestre (volviendo a los niveles “pre-Lula” del año 2000), durante el cual la fuga (oficial) de capitales superó los 15 mil millones de dólares (mucho más que lo invertido en los famosos “programas sociales”), y la recaudación experimentó un fuerte retroceso. Las famosas reservas cambiarias cuestan mucho, pues implican la ampliación de la deuda pública interna para su compra y manutención, con un costo del 12% anual para un monto de 270 mil millones de dólares. La deuda pública no paró de crecer desde el gobierno de FHC. Contrariamente a la leyenda difundida por el gobierno brasileño, la crisis de 2008 golpeó de lleno a la economía brasileña. La tasa de apalancamiento (relación entre deuda y patrimonio líquido) de Petrobras rozó la tasa del 35%, nivel en el perdería el *investment grade* de las clasificadoras de riesgo internacionales.

Frente a la perspectiva de un descalabro económico, el programa (o mejor, el expediente) de la burguesía brasileña es el mismo del gobierno del PT. Petrobras anunció la emisión de 3,7 mil millones de acciones, para levantar 75 mil millones de dólares (127,4 mil millones de reales), para explotar los yacimientos oceánicos de la camada presal (calculados en 100 mil millones de barriles), con privilegio (80%) para los actuales accionistas (40% el Estado, 60% el sector privado: el principal es el fondo de inversión norteamericano BlackRock), y el 80% del 20% restante para los “grandes inversores”. La más grande operación de “apertura de capital” realizada hasta el presente (del Agricultural Bank of China) levantó 22 mil millones de dólares, menos de un tercio de la capitalización de Petrobras. Se avanza en la enajenación de los recursos naturales y energéticos, apostando a su valorización ‘in aeternum’ para contornar la sombra de un default potencialmente catastrófico.

Capitalización y burbuja financiera

Finalmente, Petrobras realizó una emisión de acciones por 67 mil millones de dólares, lo cual llevó el valor de su capital a 220 mil millones, apenas por debajo de la que ocupa el primer lugar en el ranking internacional, la norteamericana Exxon. Formalmente, la participación extranjera cayó del 38 al 26% de las acciones, llegando la participación del Estado al 48%. Esta suscripción de capital convirtió a la Bolsa de San Pablo (Bovespa) en la segunda más transada del mundo, detrás de la Hong Kong. Lula, que se hizo presente en la subasta de las acciones, se felicitó delante de los inversores por haberse convertido de un cuco del capitalismo en “el honrado partícipe del momento más auspicioso del capitalismo mundial”. Los valores morales del presidente brasileño han ido retrocediendo a medida que el valor bursátil de las empresas ha ido subiendo. La valorización de las acciones de Petrobras depende de la evolución de su capacidad de producción, de su tasa de nuevos descubrimientos y de su capacidad de convertir estos factores en los beneficios futuros. Pero depende crucialmente de cuán obediente es Petrobras a las reglas del mercado financiero, y en qué medida el gobierno brasileño se mantenga fiel a ellas.

¿Significa esta operación de Petrobras que Brasil marcha a velocidad de crucero a integrarse a las llamadas economías desarrolladas? Es lo que cree Dilma Rousseff quien, poco antes de asumir, dijo al *Financial Times* que “el petróleo es el pasaporte de su país para alcanzar un status mundial”. Aunque la operación refuerza, en realidad, la condición de Brasil como exportador de materias primas, el gobierno brasileño ha prometido que las inversiones físicas que deberá realizar la petrolera serán encargadas a la industria nacional, o sea que es presentada como un aspecto de la industrialización.

Bien mirado, sin embargo, la capitalización de Petrobras representa, antes que nada, una renuncia de Brasil al ejercicio soberano de sus nuevos descubrimientos petroleros, más allá de una barrera de sal que se encuentra a dos mil metros de profundidad. Lula había asegurado, en su momento, que las nuevas reservas iban a dar lugar a la creación de una empresa exclusivamente estatal, que se haría cargo de licitar los permisos de explotación a cambio de una regalía. En cambio, Brasil entregó esas reservas a Petrobras a cambio de nuevas acciones en la compañía. El resultado es que el estado brasileño aumentó su participación en Petrobras al 48% -el 52% restante está en manos privadas, fundamentalmente fondos de inversión de los Estados Unidos. El Estado ha cedido la certificación de las

reservas a un grupo con mayoría privada, y el cobro de regalías es suplantado por los dividendos que decida Petrobras sobre las ganancias declaradas. Petrobras queda a cargo de la operación de los yacimientos descubiertos, aunque con una participación exterior de capital que puede llegar al 70%. Petrobras no solamente deberá compartir las ganancias con sus socios sino que estos harán valer esta condición para asegurarse la provisión de los servicios tecnológicos -que son los más rentables del negocio petrolero (esto, cuando los servicios tecnológicos de Petrobras se encuentran entre los más reputados del mundo). Conclusión: el Estado brasileño ha cedido soberanía a los pulpos privados internacionales y se ha convertido en un cobrador de los dividendos que se dispongan.

Pocas veces en la historia del país hubo una apropiación de tan elevado impacto económico. Si, como se supone, las nuevas reservas ascendieran a 100.000 millones de barriles, éstos serían explotados en 30 años, con ingresos cercanos a 1.000 millones de dólares por día. La nueva empresa PetroSal “podría” decidir si la Exxon, Mobil, o la OGX es la que comercializará el petróleo. El país renuncia a su soberanía económica y se mantiene bajo el control del sistema financiero internacional.

En el caso de los capitales locales que participan de la ampliación de capital de Petrobras, fueron generosamente subsidiados por el Banco de Desarrollo de Brasil; o sea que no hay capital nuevo, estrictamente, sino un desvío de los capitales públicos o financieros internacionales. Los inversores apuestan a una suba de la cotización de las acciones y, por sobre todo, a la certeza de que el Banco de Desarrollo tiene el dinero suficiente para evitar una caída esos títulos. Se trata de una inversión subsidiada y con seguro contra default. Es un capital volátil.

Se trata de una apuesta especulativa a la suba del precio del petróleo, con mayores garantías que las que ofrece un contrato de compra futura del combustible. El costo de extracción de los nuevos pozos se ha estimado en unos 35 dólares el barril, siete veces por encima de un pozo saudita. La rentabilidad de la explotación dependerá de un precio estable del barril por encima de los 100 dólares. La inversión financiera en Petrobras es, sin embargo, muy lucrativa, porque la ampliación de capital reduce el peso de sus deudas en relación con el patrimonio, y porque da margen para contraer deudas en forma masiva, lo cual eleva el rendimiento de la acción (que es el capital). Es atractiva, también, porque supone una tendencia firme a la devaluación del dólar y al consiguiente aumento de los

precios de las materias primas. Sin embargo, una suba de tasas de interés (provocada por la devaluación del dólar), o una caída del precio del petróleo (que sería consecuencia de una mayor recesión industrial) pondría a todo este negocio en situación de bancarrota. La Bolsa de San Pablo ha pasado a ser una súper timba. Una fuga de capitales de aquí arrastraría a la economía brasileña al abismo.

Perspectivas

La consecuencia inmediata de la entrada de dinero extranjero para participar de la ampliación del capital de Petrobras, fue una mayor valorización de la moneda brasileña, el real. El perjuicio que esto ocasiona al comercio exterior de Brasil es manifiesto, en especial el relacionado con la industria. La valorización del real produce asimismo una valorización de los valores bancarios e inmobiliarios y una acentuación, por lo tanto, de la especulación en estos rubros y prepara, burbuja especulativa mediante, la ulterior fuga de capitales y la devaluación. El afán de privilegiar a Petrobras frente a sus competidoras extranjeras, ha provocado una acentuación del endeudamiento extranjero de Brasil y de la especulación financiera. Lula les dejó a los brasileños una bomba de tiempo, que seguramente estallará bajo el gobierno de Dilma Rousseff.

Para salir de este impasse, para evitar que Brasil se transforme en una nueva "pordiosera acostada en lecho de oro (negro)", es necesario estatizar todos los recursos naturales y energéticos del país, y el capital destinado a explotarlos racional y planificadamente. Se trata de una medida elemental de defensa nacional, que excede las posibilidades de la burguesía nacional (socia menor del gran capital financiero internacional) y de sus agentes pequeñoburgueses, hoy en el comando del gobierno. Estos sólo atinan a plantear que una parte de los nuevos recursos, oriundos del presal, sea destinada a programas sociales, incluso mediante una enmienda constitucional. Esto limita el cuadro de la lucha por la soberanía nacional al ámbito parlamentario, antro de sobornos de toda especie y de la presión (lobby) de los monopolios privados, nacionales y extranjeros (WikiLeaks ya reveló una intensa actividad de los pulpos multinacionales para presionar al parlamento y al gobierno brasileños), que ya hacen campaña criticando la "politización de la ANP".

Sólo un movimiento obrero independiente, encabezado por los propios trabajadores petroleros, podría plantear consecuentemente la lucha nacional por el petróleo y los recursos

energéticos, y llevarla adelante a través de su movilización, estableciendo el control obrero de la producción. Es una tarea política continental, no sólo por el tamaño del país, sino porque implica una resistencia antimperialista que sólo podría tener eficacia y posibilidades de victoria a escala latinoamericana, y porque plantea la integración energética del subcontinente sobre nuevas bases económicas y sociales. La nacionalización completa de los recursos naturales y energéticos, puesta en la agenda política por la crisis capitalista mundial, se plantea a escala continental, como parte de la lucha por la unidad socialista de América Latina.

Referencias

- Altamira, Jorge: Brasil, "La gran burbuja", Prensa Obrera N°. 1.148, Buenos Aires, 30 de septiembre de 2010.
- Barrios, Adriana Elvira: Evaluación de los regímenes fiscales de petróleo en Colombia. In: Astrid Martínez, ¿Es Atractiva la Contratación Petrolera para la Inversión Privada en Colombia?, Bogotá, Unal, 2005, British Petroleum (BP), Statistical Review of World Energy 2010.
- Capitalização faz entrada de dólar bater recorde. Folha de S. Paulo, 30 de setembro de 2010.
- Chade, Jamil: Grupos estrangeiros terão 40% da produção brasileira de etanol, O Estado de San Paulo, 4 de noviembre de 2010.
- Chang, John: Brazil's Big Find. Massive deep-water oil find in Brazil challenges technology. McClatchy Newspapers, Río de Janeiro, 2007.
- Coggiola, Osvaldo: A Revolução Iraniana, San Pablo, Editora da Unesp, 2008.
- Eike Batista se lança no esporte. Folha de S. Paulo, 10 de noviembre de 2010.
- Ethanol's mid-life crisis. The Economist, Londres, 4 de setiembre de 2010.
- Exxon Mobil busca proximidade com Lula para influenciar no Presal, Valor Econômico, San Pablo, 23 de septiembre de 2009.
- Ford, Niel: Opec Mark II? The Middle East, Londres, julio de 2007.
- Fuser, Igor: O Petróleo e o Envolvimento dos EUA no Golfo Pérsico (1945 - 2003). Dissertação de Mestrado, Unicamp, San Pablo, 2005.
- Fuser, Igor: O Projeto Entreguista de Serra para o Presal, 8 de octubre de 2010.
- Gadano, Nicolás: Historia del Petróleo en la Argentina. Buenos Aires, Hyspamerica, 1998.

- Hessel, Rosana: Descrença causa baixa em ações da Petrobrás. *Correio Braziliense*, Brasília, 30 de octubre de 2010.
- Hoyos, C.: The new Seven Sisters: oil and gas giants dwarf western rivals. *Financial Times*, Londres, 11 de marzo de 2007.
- Instituto Brasileiro do Petróleo (IBP). Informativo sobre o Presal. Modelos de contrato, 2010.
- Napolitano, Giuliana: O poder da Supepetrobrás. *Exame*, San Pablo, 22 de setiembre de 2010.
- Neto, J. O. y Costa. A. J. D.: A Petrobras e a exploração de petróleo offshore no Brasil: um approach evolucionário, *Revista Brasileira de Economía* vol. 61, Nº 1, Rio de Janeiro, enero/marzo de 2007.
- Pamplona, Nicola: Petrobras deve R\$ 100 bilhões e precisa se capitalizar. *O Estado de San Paulo*, 10 de maio de 2010.
- PEC pode ser saída do governo para royalties do presal. *Brasil Econômico*, San Pablo, 13 de diciembre de 2010.
- Petrobras over a barrel. *The Economist*, Londres, 4 de setiembre de 2010.
- Petrobras. *Balanco Social e Ambiental 2008*. Rio de Janeiro, 2009.
- Petroleiras foram contra novas regras no presal. *Folha de S. Paulo*, 14 de diciembre de 2010.
- Pinho, Ricardo Reisen: Gigantes Brasileiros: Multinacionais emergentes e Competição Global, 2008 (Tese de Doutorado. Escola de Administração de Empresas, Fundação Getulio Vargas, São Paulo).
- Rühl, Christof: La energía global después de la crisis. *Foreign Affairs Latinoamérica* vol. 10, Mº 3, México, 2010.
- Sakate, Marcelo: O tesouro no fundo do mar. *Veja*, San Pablo, 15 de setiembre de 2010.
- Sauer, Ildo et al: A Reconstrução do Setor Elétrico Brasileiro, San Pablo, Paz e Terra, 2003.
- Sciarreta, Toni: Valor da Petrobras já caiu mais que o da BP em 2010, *Folha de San Paulo*, 9 de outubro de 2010.
- Soares, Pedro: País investe pouco em pesquisa mineral, *Folha de San Paulo*, 9 de noviembre de 2010.
- Valdevit, Giampaolo: *Stati Uniti e Medio Oriente dal 1945 ad Oggi*, Roma, Carocci, 2003.
- Yergin, Daniel: *O Petróleo. Uma história de ganância, dinheiro e poder*, San Pablo, Scritta, 1992.

Notas

1. Por el presidente Getulio Vargas, que gobernó Brasil en cuatro períodos: 1930-1934 (gobierno provisorio), 1934-1937, 1937-1945 y 1951-1954 (año de su muerte). NdR.

Conquistar al campesinado

La cuestión agraria en los clásicos del marxismo

Guillermo Ramisch

La cuestión agraria o “campesina” suscitó una elaboración del movimiento socialista en ascenso que tuvo como propósito ganar a los campesinos -fundamentalmente semiproletarios- para la lucha contra el capitalismo. Esta política nació como corolario del descubrimiento del futuro que le esperaba a esa enorme masa asentada en el campo, que en aquel momento constituía más de la mitad de población en la mayoría de los países europeos. Tuvo como horizonte evitar que la población campesina quedara como base de maniobra de la burguesía en ascenso y ganar a la mayor parte de esa población para la lucha por el socialismo.

El trabajo se estructura de la siguiente forma: en primer lugar, mostraremos la contribución destacada que a nuestro juicio realizaron Marx y Engels a la ciencia social como un todo y a la ciencia política en particular, así como su influencia en el movimiento obrero naciente. Seguidamente contextualizaremos el surgimiento de la cuestión agraria al interior del proceso de ascenso antes mencionado para desarrollar, a partir de este marco, el aporte de Marx y Engels en términos de economía y política agraria. Se le suma a estos los que realizaron Kautsky para Alemania y Lenin para Rusia. Finalmente, presentamos una conclusión, tratando de pensar el presente desde el legado teórico del marxismo clásico como un todo.

Ciencia social y política

Una de las contribuciones decisivas del marxismo a la ciencia social ha sido la de haber “puesto fin a la concepción de la sociedad como una suma mecánica de individuos sujetos a toda clase de cambios por voluntad de las autoridades (o, lo que es lo mismo, por voluntad de la sociedad y de los gobiernos), suma que se produce y cambia casualmente” (Lenin, 1978: 19). Marx y Engels sentaron las bases para un estudio científico de la sociedad y de la historia, al hacer observable no solamente el carácter social e histórico del individuo moderno, sino al hacer conscientes las contradicciones que han “motorizado” hasta el presente el devenir de lo social mismo¹.

En efecto, para Marx y Engels los individuos han producido su propia existencia social, aunque no a su “libre antojo” sino con arreglo a determinadas relaciones de producción que han escapado a sus voluntades particulares. Estas relaciones o forma a través de la cual los individuos se han mediado necesariamente los unos con los otros ha tenido a cada paso de la historia un contenido dado por el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas que recibieron y del cual han partido. Al respecto, la conocida cita de Marx:

[...] en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general (Marx, 1970: 8)

De acuerdo con esto, la tarea científica “tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de embaucamiento y especulación, la relación existente entre la estructura social y política y la producción” (Marx y Engels, 1985, TI: 18). Mencionemos que ni a Marx ni a Engels les compete el mérito de haber descubierto las clases sociales ni la lucha entre ellas, sino el de haberlas puesto en su justo lugar dentro de la totalidad social y la lógica interna del movimiento histórico que acabamos de esbozar. En efecto, Marx mismo sostiene que

“Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases está vinculada únicamente a fases particulares, históricas, del desarrollo de

la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura sólo constituye la transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases” (Marx y Engels, 1972: 56 y 57).

En tanto esta perspectiva remitió los hechos políticos, ideológicos y estatales a su base económica -como su determinante en última instancia²-, sentó las bases del moderno socialismo científico, dotando al movimiento proletario de un programa realista³, superador de las mistificaciones utópicas precedentes. El artículo Principios del Comunismo y el propio Manifiesto del Partido Comunista intentan ser una respuesta a esta necesidad⁴. Esta programática, entonces, no puede resultar de opciones abstractas, sino de elecciones que se tornan factibles por el conocimiento de los procesos en cuyo interior son tomadas (Netto, 1998).

En otras palabras, la política marxista sólo puede ser comprendida como resultante del análisis concreto de una situación concreta y nunca como la aplicación idealista de postulados suprahistóricos o artículos de fe. De ahí que Engels afirmara en su carta a Vera Zasulich de 1885 -con la poderosa humildad que lo caracterizaba- que “la teoría histórica de Marx es la condición fundamental de toda táctica razonada y coherente; para descubrir esta táctica sólo es preciso aplicar la teoría a las condiciones económicas y políticas del país en cuestión” (Marx y Engels, 1972 p. 365). Con esto queremos traer a la atención la profunda ligazón orgánica originaria del marxismo con el movimiento histórico del proletariado, principal clase productora y explotada de la sociedad burguesa. Al respecto, Netto (1998: XXVII) señala:

“La adhesión de Marx y Engels al movimiento obrero, era más que una opción política: era un imperativo de su concepción teórica. Una teoría social asentada en una ontología del ser social que adjudica al trabajo el fundamento de la socialidad, no tiene en el proletariado un elemento externo y contingente: identifica en éste, el sujeto concreto de su razón de ser” [Traducción nuestra del portugués].

Es decir, Marx y Engels fueron orgánicos al movimiento del proletariado no porque se la pasaron “pegados” como militantes en el movimiento obrero práctico sino porque enlazaron su producción teórica a él, en tanto encontraron en la clase obrera el elemento decisivo para la emancipación completa de toda la humanidad del trabajo. El movimiento socialista es esta unión, la unión del movimiento obrero práctico con su teoría y su programa.

Política y ascenso del proletariado (1848-1917)

Marx y Engels desarrollaron sus investigaciones conforme el capital se desplegaba expandiendo al proletariado industrial⁵, y es a partir de esta conciencia científica que la clase obrera comienza en el siglo XIX a dar las primeras batallas por constituirse como una fuerza políticamente independiente de la burguesía, con voluntad orgánica de poder.

Si bien ambos no se constituyeron originalmente en la tendencia principal al interior del movimiento obrero naciente, sus contribuciones van ganando influencia decisiva en un ciclo ascendente de luchas que protagonizaron distintas expresiones organizativas de la clase obrera. Este ciclo comienza con el nacimiento de los sindicatos (1848), la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864), la Comuna de París (1871), la Revolución Española (1873) -dirigida por un segmento anarquista de la Internacional- y la creación de la Segunda Internacional (1889), entre otros, y se corona con la primera revolución socialista triunfante: la Revolución Rusa (1917).

Es importante destacar que, para nosotros, la base de este ciclo que desemboca en la primera victoria socialista está en el hecho de haber logrado constituir al proletariado en una fuerza política e ideológicamente independiente de la burguesía. Y esto fue posible en tanto los socialistas lograron fundir el socialismo científico y la memoria histórica legada por las luchas precedentes⁶ con el movimiento obrero práctico⁷. Hecho que, en realidad, no es otra cosa que la conformación de una praxis histórica sobre la cotidianeidad de la explotación. Todo esto se sintetiza en la máxima de Lenin según la cual “sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario”.

Este ascenso no fue lineal sino mediado por la lucha de clases, en donde han existido derrotas, avances parciales, retrocesos, desvíos y correcciones. De hecho, el país más avanzado en términos proletarios de fines del siglo XIX y principios del XX, Alemania, no pudo realizar la revolución por el carácter reformista primero y social patriótico después que asumieron las fracciones dirigentes que hegemonizaban el conjunto partidario. Insistimos: bajo la sociedad capitalista no hay ninguna esfera de la realidad que no esté mediada por la lucha de clases, que, como explicaba Engels (1970 p. 180) “se desarrolla en tres direcciones concertadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas)”. En tanto la lucha teórica es un componente necesario de la

lucha de clases como un todo, es necesario tener en cuenta, en esta época aún marcada por el retroceso político e ideológico, que una cosa es el dogmatismo y otra muy distinta el espíritu de partido en todos los órdenes de la lucha de clases.

El ascenso del proletariado y la cuestión agraria

Es en el contexto de este ciclo histórico de ascenso en las luchas del proletariado que la cuestión agraria aparece como problema teórico y político. En efecto, es importante afirmar que el origen de ésta tiene que ver con el planteo que “para sí” se dieron los socialistas desde la segunda mitad del siglo XIX, a fin de responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es la política que se debe adoptar en el campo a fin de hacer avanzar las condiciones para superar la explotación capitalista? Este planteo se realiza en una época de capitalismo “en auge”; es decir, en momentos en que un conjunto de países de Europa experimentaban el tramo final de la transición histórica del modo de producción feudal al capitalista.

Desde el punto de vista de la estructura de clases, esta transición significaba el declive de las clases propias de la sociedad feudal -nobleza terrateniente y siervos de la gleba- y su contracara, el creciente desarrollo de las clases propias de la sociedad capitalista: burgueses y proletarios⁸. Proceso que adquiere un carácter inicial convulsivo y marcadamente extraeconómico denominado por Marx “acumulación originaria”. Con la elevación de la burguesía a clase dominante -y la génesis de los Estados nacionales asociada a este proceso- se da pábulo al desarrollo creciente de las relaciones de producción propias de la sociedad capitalista.

Es durante este ciclo ascendente que la posibilidad de que el proletariado conquiste el poder político fue dejando de ser abstracta para transformarse en real. El aumento en los niveles de conciencia fue expresándose no sólo en la organización económica para la lucha defensiva -sindicatos- sino también en su organización política partidaria para la disputa por el poder en varios países de Europa. Estos partidos fueron conquistando una influencia creciente en los parlamentos europeos y es en este contexto, entonces, que se comienza a plantear la cuestión agraria o, como la llamaba Engels en 1894 (Marx y Engels, 1985, T III: 438-439), el “problema campesino”:

La conquista del poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima. Pero, para conquistar el poder político, este partido tiene antes que ir de la ciudad al campo y convertirse aquí en una potencia. Este partido, que

lleva a todos los demás la ventaja de tener una visión clara de la concatenación existente entre las causas económicas y los efectos políticos y que, por esa razón, hace ya mucho tiempo que ha adivinado el lobo que se esconde debajo de la piel de cordero del gran terrateniente disfrazado de amigo importuno de los campesinos, ¿va este partido a dejar tranquilamente al campesino, condenado a la ruina, en manos de sus falsos protectores, hasta que se convierta de adversario pasivo en un adversario activo de los obreros industriales? Con esto hemos entrado de lleno en el problema campesino.

¿Por qué Engels afirmaba que el proletariado debía ir hacia el campo y convertirse “aquí en una potencia”? Porque si bien el capitalismo se había desarrollado considerablemente en las ciudades, transformando las sociedades agrarias europeas en sociedades urbano-industriales, éste aún no había llegado al volumen necesario en funciones para expropiar ampliamente (es decir, asalariar) a la masa de productores directos que permanecían anclados en el medio rural. En esta época, mucho más de la mitad de la población europea residía en el campo⁹. Y este no era un dato menor para un partido que quería lanzarse al asalto del poder político. En efecto, veinticuatro años antes de escribir el texto anterior, Engels ya sostenía para el caso alemán que:

“La clase que depende exclusivamente del salario toda su vida se halla aún lejos de constituir la mayoría del pueblo alemán. Por eso, [el proletariado] también tiene que buscarse aliados. Y sólo los puede buscar entre los pequeños burgueses, el lumpemproletariado de las ciudades, los pequeños campesinos y los obreros agrícolas” (Marx y Engels, 1970: 173. Lo escrito entre corchetes es nuestro).

En un contexto en donde el desarrollo del capitalismo aún no era suficiente para constituir al proletariado en la clase absoluta y relativamente mayoritaria al interior de la sociedad, el problema de las alianzas de clases pasa al primer plano desde el punto de vista de la ofensiva hacia el poder. Es por esta misma razón que Kautsky (2002: CIX) afirmaba en 1889 “que lo que más nos preocupa hoy en día es precisamente el papel, dentro de la sociedad capitalista, de las formas precapitalistas y no capitalistas de la agricultura”. Y es que la mayor parte de esa masa poblacional estaba constituida por pequeños campesinos parcelarios que se encontraban sometidos a la más cruda diferenciación social, provocada por el avance de las relaciones capitalistas en el campo. Esta masa es la que había que ganar para el socialismo y quitársela a “sus falsos protectores”.

En el marco de este “imperativo político” es que Kautsky

en Alemania y Lenin en Rusia desarrollan estudios tendientes a comprender y medir el grado de desarrollo del capitalismo en sus respectivos medios rurales, con el objetivo de elaborar una política concreta para esas situaciones, y para discutir con las distintas tendencias al interior del movimiento revolucionario.

La cuestión agraria y la política marxista

Marx demostró en *El Capital* cómo la lógica interna desarrollada por la generalización de la producción de mercancías no significaba otra cosa que la generalización de los presupuestos elementales para el desarrollo de la producción propiamente capitalista.

“La producción capitalista de mercancías hace de la venta del producto el interés primordial, sin que, al principio, esto afecte aparentemente al mismo modo de producción, que es, por ejemplo, el primer efecto que el comercio capitalista mundial ejerce en pueblos como China, India, Arabia, etc. Pero allí donde echa raíces, destruye todas las formas de la producción de mercancías basadas en el trabajo del propio productor o concebidas simplemente a base de vender como mercancías los productos sobrantes. Empieza generalizando la producción de mercancías y luego va convirtiendo, poco a poco, toda la producción de mercancías en producción capitalista” (Marx, 1995, T II: 37).

La transformación de la producción de mercancías en producción capitalista lleva consigo el crecimiento de los asalariados y semiasalariados a instancias de los productores directos, como el artesanado urbano y el campesino parcelario, en tanto “la reproducción en escala ampliada del capital, o sea, la acumulación, reproduce el régimen del capital en una escala superior, crea en un polo más capitalistas o capitalistas más poderosos y en el otro, más obreros asalariados” (Marx, 1980, T I: 518). La nobleza feudal se transformaba en burguesía terrateniente, los campesinos se diferenciaban minoritariamente hacia arriba como campesinos ricos o burguesía campesina, y mayoritariamente hacia abajo como proletarios y semiproletarios agrícolas, quedando en el medio el pequeño campesino. El capital se desplegaba en el campo sobre la base de la propiedad territorial que encontraba, transformándola, como nos dice Marx, en su forma adecuada:

“La forma adecuada de propiedad territorial la crea el propio régimen de producción capitalista al someter a la agricultura al imperio del capital, con lo que la propiedad feudal de la tierra, la propiedad

feudal y la pequeña propiedad campesina combinada con el régimen comunal se convierten también en la forma adecuada a este sistema de producción, por mucho que sus formas jurídicas puedan diferir” (Marx, 1995, T III: 575).

Se convierten en formas adecuadas porque el desarrollo del capital no “cae del cielo” sino que se desenvuelve a partir de lo concretamente existente¹⁰. Y se desarrolla como acto a partir de lo existente porque ya estaba ahí como potencia, como contradicción. Una vez que los fundamentos del capital han sido puestos por el desarrollo histórico, éste articula los distintos momentos que componen la totalidad concreta y pasa a regir el devenir de lo social según su propia finalidad. La sociedad capitalista ya no es una sociedad productora de mercancías sino de capital; es decir, de plusvalía destinada a la valorización.

Por eso, estudiar el capitalismo agrario desde el materialismo histórico es estudiar cómo esta finalidad se extiende y profundiza concretamente; es decir, estudiarla como proceso o despliegue¹¹. Algunas corrientes e investigadores, a veces muy sutilmente, siembran la confusión y el descrédito hacia la teoría marxista desde posiciones totalmente empiristas. Por ejemplo, ante la pervivencia de campesinos¹² se insinúa que Marx se equivocó, pues él habría previsto la desaparición de los mismos¹³. Este tipo de afirmaciones provienen del pensamiento lógico formal, en donde si A implica B, no B implica no A. Se pretende encontrar lo verdadero de un modo inmediato, contenido en una proposición y no en el conjunto de proposiciones contradictorias que componen el sistema de la verdad. Se pasa notablemente por alto lo vertido por Marx en el mismo prólogo de *El Capital*:

“En sí, y para sí, no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de estas leyes mismas, de esas tendencias que operan y se imponen con férrea necesidad.”

Marx se propuso en su obra, como lo advierte Kautsky en su prólogo a la cuestión agraria, analizar la agricultura capitalista despojada de elementos precapitalistas. Marx abstrae del concreto real las determinaciones esenciales más “simples” que son puestas por el desarrollo del capital, para construir un modelo -el concreto pensado- que refleje idealmente el movimiento de éste. Todo el trabajo de Marx está en el plano de hacer concientes esas tendencias que “operan y se imponen con férrea necesidad”. Veamos qué plantea Marx (1992, T III: 573-574):

“Y así como el régimen capitalista de producción presupone con carácter general la expropiación de los obreros con respecto a sus condiciones de trabajo, en la agricultura presupone la expropiación de los obreros agrícolas con respecto a la tierra y su supeditación a un capitalista que explota la agricultura para obtener de ella una ganancia. No vale, pues, objetar por lo que a nuestra investigación se refiere, que también hayan existido o aún existan otras formas de propiedad territorial y de agricultura. Esta objeción puede dirigirse a los economistas que consideran la producción capitalista en la agricultura y la forma de propiedad territorial que a ella corresponde, no como categorías históricas, sino como categorías eternas, pero no a nosotros. Para nosotros, es necesario investigar la forma moderna de la propiedad territorial, pues en esta obra nos proponemos estudiar con carácter general las relaciones especiales de producción y de cambio que surgen de la inversión del capital en la agricultura”.

Esas tendencias que se despliegan son las que hay que analizar antes que las predicciones y estudiarlas concretamente¹⁴. Y es que cuando Marx y Engels hacen pronósticos, los hacen de un modo general, juegan con los grandes números y las tendencias. Cuando ambos, en más de un ocasión, se refieren a la pequeña propiedad como “condenada a la ruina” lo hacen siendo consecuentes con los descubrimientos obtenidos por la economía política acerca de la lógica interna de despliegue del capital. Ni como científicos ni como políticos ellos esperaban que el capital demostrara en la práctica lo que ya había demostrado en la lógica de sus contradicciones internas. Y es que:

“Hay una verdad teórica cuya objetividad no necesita de su confirmación empírica. Porque tal veracidad está ya demostrada por la verdad de las premisas reales de las que parte y por el despliegue lógico de las categorías de su objeto pensado” (GPM, 2000)¹⁵.

Por otro lado, si para algo sirve la previsión científica es para “disminuir los dolores de parto” de lo nuevo que está en potencia, que se está gestando. Si el desarrollo del capital anunciaba la ruina de la pequeña producción artesanal y campesina ¿qué era lo que los socialistas debían decirle a estos sujetos? ¿esperemos... veamos... pensemos... quizá no? Estas son cosas propias de intelectuales, no de revolucionarios como Marx y Engels. Para ellos, se trataba de poder sumar a los campesinos y artesanos al combate frontal contra el capital, poniéndolos decididamente a favor de los obreros al demostrarles que el capital les auguraba un futuro proletario, que en aquellas épocas estaba correlacionado mucho más que hoy con la miseria. Esta

es la cuestión y fue quizás Engels (1985, T III: 453) el que lo haya mencionado de forma explícita

“[...] es deber de nuestro partido hacer ver constantemente sin cesar a los campesinos que su situación es absolutamente desesperada mientras domine el capitalismo, hacerles ver la absoluta imposibilidad de mantener su propiedad parcelaria como tal, la absoluta certeza de que la gran producción capitalista pasará por encima de su impotente y anticuada pequeña explotación, como un tren por encima de un carrito de mano. Si lo hacemos así, obraremos como lo exige la inevitable evolución económica, y ésta se encargará de hacer que los pequeños campesinos presten oído a nuestras palabras.”

La economía política marxista y las peculiaridades del agro

El desarrollo del capital en el agro presenta algunas peculiaridades en relación con otras ramas de la economía, que no bloquean el desarrollo del capital en el campo, sino que actúan imprimiéndole al despliegue del capital rasgos específicos. En otras palabras: el desarrollo del capital en el campo sigue la tendencia general de un modo particular. Nos interesa destacar en este apartado tres de estas peculiaridades: a) la renta agraria, b) la naturaleza estacional del trabajo, y c) la dispersión de las unidades económicas.

a) La renta agraria

Al analizar el desarrollo del capitalismo agrario Marx encontró que el capital se topa aquí con la propiedad privada de la tierra -que, como dice, es algo que antecede no solamente al capitalismo sino que presupone los anteriores modos de producción- que exige para realizarse el pago de una renta a su propietario.

“La premisa de la que se parte, dentro del régimen capitalista de producción, es que: los verdaderos agricultores son obreros asalariados empleados por un capitalista, el arrendatario, que no ve en la agricultura más que un campo especial de explotación de capital, de inversión de su capital en una rama especial de producción. Este arrendatario-capitalista paga al terrateniente [...] una determinada suma de dinero contractualmente establecida [...] Esta suma de dinero recibe el nombre de renta del suelo [...] Además, nos encontramos aquí en presencia de las tres clases que forman el marco de la sociedad moderna, juntas las tres y enfrentándose entre sí, a saber: obreros asalariados, capitalistas industriales y terratenientes” (Marx, 1992, T III: 576-577).

El modo de producción capitalista se asienta en la explotación del trabajo asalariado por parte del capital al interior del Estado burgués. Es decir, la existencia del capital presupone la existencia de la mercancía fuerza de trabajo, que para el caso del campo puede estar, como veremos luego, combinado con la posesión de una pequeña porción de tierra. Estudiar la acumulación de capital en el campo es estudiar, entonces, cómo el capital se apodera del trabajo excedente de los asalariados y semiasalariados. Es necesario mencionar aquí que esta manera de analizar el problema choca indiscutiblemente con toda la escuela campesinista en donde la imagen cultivada del agro siempre apunta a la división entre grandes y pequeños productores, entre latifundios y campesinos, quedando completamente ocultas enormes masas de obreros y campesinos semiproletarios. Es que quienes observan el campo con "lentes burgueses" encuentran campesinos o indígenas donde se debería encontrar expropiados. Es en este marco que hay que comprender el planteo de Marx según el cual, al desarrollarse la acumulación sobre la base de situaciones concretamente dadas, era de esperar la separación del trabajador de la tierra y su subordinación al mando de un capitalista. Si bien Marx estudió detenidamente el caso inglés, en donde esta separación fue tajante, no descartaba otras situaciones en las cuales la separación podía ser parcial, e incluso no descartó, como en el caso de su proyecto de respuesta a Vera Zazulich, un "salto" desde la comuna campesina rusa al socialismo si la emancipación europea llegaba antes de su disolución mercantil.

Por otro lado, ambos sujetos (patrones y obreros), encontraban en el escenario productivo al terrateniente que exigía el pago de una renta. Patrones y obreros, terratenientes y campesinos, constituían sistemas de contradicciones en donde la relación ganancia-salario tendía a imponerse, lógica e históricamente, sobre la relación basada en la renta en trabajo o producto o metálico, mediante la cual se realizaba la propiedad privada de la tierra en el feudalismo. El tema es que la propiedad privada de la tierra actuaba ralentizando el desarrollo de la producción propiamente capitalista al sustraer fondos que podían reinvertirse en la producción, impulsando el crecimiento de la composición orgánica del capital y, con esto, las fuerzas productivas. La renta absoluta no es más que una resultante del monopolio sobre la tierra. Es esencialmente un derecho jurídico consagrado en las constituciones burguesas que el propietario reclama. De ahí que Marx insistiera tanto en la necesidad de la "nacionalización de la tierra" para barrer los obstáculos que esta situación planteaba para un desarrollo vi-

goroso y amplio del capitalismo, la mejor manera de acercar el horizonte socialista. Como la tierra es finita y no puede reproducirse, la renta toma un carácter permanente. Por otro lado, a diferencia de otras ramas en donde los elementos del proceso productivo son reproducibles y sus cantidades pueden aumentar de modo de responder a una variante en la relación oferta y demanda, en la agricultura esto no sucede y la respuesta a un aumento de la demanda de productos agrícolas se realiza sobre la base de poner en producción tierras con más costos unitarios. De este modo, las tierras peores pasan a fijar los nuevos valores, produciéndose una sobreganancia en las tierras mejores. Esta ganancia extra constituye la renta diferencial I. La otra de las rentas es la diferencial II, cuya aparición está determinada no por la puesta en producción de nuevas tierras sino por la aplicación de capitales con distintas productividades en las mismas. Dice Kautsky (2002: 91):

“La renta territorial -en cuanto es renta diferencial- es fruto de la competencia, en cuanto es renta absoluta, es fruto del monopolio. Si ella va a parar a manos del propietario terrateniente, ella no resulta -ni en un caso ni en otro- de funciones sociales de ningún género, sino exclusivamente de la propiedad privada de la tierra.

“La renta diferencial es fruto del capitalismo y subsistirá una vez nacionalizada la tierra, aunque será patrimonio de la colectividad. La renta absoluta es fruto de la propiedad privada de la tierra y del antagonismo entre el terrateniente y el resto de la sociedad”.

b) *La naturaleza estacional del trabajo*

En la industria, el tiempo de trabajo tiende a acercarse con el tiempo de producción, si bien existen importantes momentos “muertos” en los que no se está produciendo valor. Pero sí en una fábrica, donde trabajo y producción van mucho más unidos que en el agro. En este caso, merced a los ritmos biológicos del proceso productivo, el tiempo en que un cultivo o un animal¹⁶ se producen es una cosa, el tiempo en que se trabaja para garantizarlo, otra. De este modo, cultivos que demandan para desarrollarse seis o siete meses absorben, en realidad, trabajo en segmentos temporales específicos de su desarrollo, como puede ser la preparación-siembra y la cosecha. Este desfase entre los tiempos de producción y de trabajo tiene su correlato en el tipo de obrero asalariado que tiende a producirse en el agro. El capital en este sector tiende a demandar obreros parciales, mientras que en los otros sectores tiende a demandar obreros permanentes. De aquí se desprenden dos cosas muy importantes: la primera es que explotaciones que aparecen co-

mo familiares desde el tiempo de producción, pueden ser, y en realidad actualmente lo son, netamente capitalistas desde el tiempo de trabajo. Por ejemplo, en una pequeña unidad de producción de arándanos de cinco hectáreas, que pueden estar al mando de una pequeña familia doce meses al año, son necesarios 100 jornales por hectárea, algo así como 100 obreros sólo para levantar la cosecha (*El Aromo*, N° 49). El simpático uso del término Agricultor Familiar para este caso no es más que un obstáculo epistemológico e ideológico para captar algo muy simple: un pequeño capitalista explotador de trabajo precario. Lo mismo puede decirse de muchos “chacareros” pampeanos que realizan su “pequeña producción” de 100 ó 200 hectáreas sobre la base del trabajo del contratista y sus asalariados. En segundo lugar, este desfasaje en el tiempo de producción y el tiempo de trabajo es la razón de ser del semiproletariado y el obrero “golondrina”. Si el capital va a emplear obreros sólo en parte del tiempo de producción y va a pagar salario sólo por ese tiempo. ¿Cómo es posible que el obrero pueda reproducirse y volver al año siguiente o a la próxima actividad? Este problema el obrero lo “soluciona” a) transformándose en obrero golondrina que viaja por el país e incluso por distintos países trabajando en distintos cultivos, y b) combinando su venta de fuerza de trabajo con producción predial de autoconsumo y venta. Estamos analizando esto ceteris paribus, porque en la realidad actúan muchas otras variables, como el trabajo urbano que atrae fuerza de trabajo, el incremento en la productividad por incorporación de tecnología que expulsa fuerza de trabajo, el surgimiento de nuevos rubros que tornan circunstancialmente viable la producción en pequeña escala, etc. Esto es lo que toma Kautsky para concluir que el capital en el agro necesita recrear a la pequeña producción campesina, aunque la recrea no desde el punto de vista del pequeño productor de bienes, sino desde el punto de vista de la provisión de fuerza de trabajo. De este modo, un obrero parcial campesino está tan subordinado al capital como un obrero industrial de tiempo completo. La gran explotación triunfa sobre la pequeña, pero la gran explotación necesita obreros y, por lo tanto, no la extingue.

c) *La dispersión de las unidades económicas*

Otra diferencia respecto de otras ramas de la economía, como por ejemplo la industria automotriz en que existen diez empresas en el mundo, es que la producción agrícola se realiza a partir de cientos de miles -más de 330.000 explotaciones según el Censo Nacional Agropecuario 2002- de empresas de distinto tamaño y tipo. Ni hablar si ponemos en relación las que

componen el mercado mundial. Esto genera la ilusión de que la ley de acumulación, es decir la ley de centralización y concentración del capital, no actúa o actúa deformadamente en el agro. Nada más lejos de la realidad. Los pools de siembra y los fondos de inversión agrarios modernos son expresiones de este proceso, en donde el capital salta la barrera de la propiedad, arrendando tierras en muy gran escala y poniéndolas a producir mediante un colectivo de obreros calificados que involucra desde contadores, ingenieros agrónomos y veterinarios, hasta maquinistas y serenos. Inmensos capitalistas agrarios como Grobocopatel se dan el gusto de decir que son “sin tierras”.

La política agraria en Marx y Engels

Según Marx (1980) “el único camino histórico por el cual pueden destruirse y transformarse las contradicciones de una forma histórica de producción es el desarrollo de esas mismas contradicciones”. Es decir, no es ni volviendo al pasado ni conservando el presente, sino “empujando” el porvenir que es posible superar las contradicciones de la sociedad del capital. Sin embargo, como buen materialista dialéctico, esto no le impedía afirmar que el comunismo sería una especie de “regreso de las sociedades modernas al tipo ‘arcaico’ de propiedad comunal” que se desarrollaría merced a los avances técnicos universales alcanzados “bajo una forma superior” (Marx y Engels 1985, T III: 157).

En varias de sus propuestas políticas, Marx está pensando en cómo hacer avanzar el capitalismo en cuanto medio de “acortar los dolores del parto socialista”. Tal es el caso de su propuesta de nacionalización de la tierra. Y tanto es así que lo llevó a comenzar su artículo sobre el tema con una afirmación taxativa: “La propiedad de la tierra es la fuente original de toda riqueza y se ha convertido en el gran problema de cuya solución depende el porvenir de la clase obrera.” Esta es una de las bases de la política marxista para el campo, la nacionalización de la tierra como forma de extinguir las bases materiales del rentista, estimulando el avance de las fuerzas productivas. Esa política formaba parte de un conjunto programático mayor según el cual:

“La centralización nacional de los medios de producción será la base nacional de una sociedad compuesta de la unión de productores libres e iguales, dedicados a un trabajo social con arreglo a un plan general y racional. Tal es la meta humana a la que tiende el gran movimiento económico del siglo XIX” (Marx y Engels, 1985, T III: 290).

Es sobre la base de este programa socialista universal que los marxistas hacían política en cada país particular, de acuerdo con sus condiciones “atrasadas o adelantadas”. La tarea de los socialistas en el campo era concretamente la de ganar adherentes para la causa del socialismo, ya que la socialdemocracia era, como nos recuerda Kautsky antes de su viraje oportunista, (2002) “un partido de la lucha de clases” y no un partido “popular, en el sentido burgués del término (...) que busca satisfacer los intereses de todas las clases”¹⁷. Este fue un aprendizaje sustancial para Marx y Engels luego de la prueba empírica de las revoluciones de 1848, cuando la burguesía pasa del terreno revolucionario al contrarrevolucionario uniéndose con la nobleza contra los obreros. El año 1848 puso en el orden del día de los socialistas el problema de la independencia política, ideológica y organizativa del proletariado¹⁸. Es por esto que en el texto “El problema campesino en Francia y Alemania” antes citado, Engels desarrolla una enérgica crítica contra las modificaciones del programa socialista y la claudicación “popular” ante los campesinos.

Luego de dividir al campesinado en tres categorías: pequeño campesino, medio y acomodado¹⁹, Engels planteaba una pregunta determinante: “¿Cuáles de estas categorías de la población campesina se pueden ganar para el partido socialdemócrata?”. Al plantear esto, Engels estaba colocando en debate algo fundamental, porque así remitía la táctica de los socialistas en el campo, al programa máximo²⁰ de la socialdemocracia de aquel momento: la elevación del proletariado a clase políticamente dominante como precondition del comienzo de la edificación de la sociedad socialista. Ganar para el partido significaba ganar para el proyecto socialista. Dice Engels:

“Niego redondamente que el partido obrero socialista de ningún país tenga la misión de recoger en su regazo, además de los proletarios agrícolas y de los pequeños campesinos, a los campesinos medianos y grandes, y menos aún a los arrendatarios de grandes fincas, a los ganaderos capitalistas y demás explotadores capitalistas del suelo nacional. Todos ellos podrán ver en el feudalismo latifundista a su enemigo común, podremos marchar de acuerdo con ellos en ciertas cuestiones y luchar a su lado durante algún tiempo para determinados fines. Pero en nuestro partido, en el que caben individuos de todas las clases sociales, no puede tener cabida en modo alguno ningún grupo que represente intereses capitalistas de la burguesía media ni de la categoría de los campesinos medianos” (Marx y Engels, 1985, T III: 446-447).

En efecto, para Marx y Engels el proyecto socialista tenía una base social dada fundamentalmente por los asalariados y, en segundo lugar, por las capas propietarias no explotadoras en vías de proletarización, que eran indudablemente la enorme mayoría. Un partido que se constituye para conquistar el socialismo luchando contra los que viven del trabajo ajeno, mal puede nutrirse de elementos que, por el lugar objetivo que ocupan en la sociedad, pueden atentar contra los objetivos socialistas. Ahora bien: que no los incorpore al partido no quiere decir que no exista una política hacia esos sectores.

El desarrollo del capitalismo significa el desarrollo creciente de la escala de producción y, con esto, el desarrollo de la cooperación entre los trabajadores al interior de las empresas y ramas. Es por esto que, al desarrollarse el capital, la producción se vuelve más interdependiente y por lo tanto cada vez más social, aunque crecientemente contrastante con su apropiación privada y parasitaria por parte de la burguesía. De ahí que la función progresiva del capital, en términos históricos, es la de crear las condiciones materiales para que el socialismo tenga una base técnico productiva correspondiente a las nuevas relaciones sociales emancipatorias. En este sentido, Engels (1985, T III: 444) afirmaba:

“[...] aquí se establece la propiedad colectiva de los medios de producción como único objetivo principal a que debe aspirarse. No sólo para la industria, donde se halla ya preparado el terreno, sino con carácter general, y por tanto también para la agricultura. Según este programa, la propiedad individual no ha regido nunca ni en parte alguna con carácter general para todos los productores; por esto precisamente, y además porque el progreso industrial la descarta ya de suyo, el socialismo no tiene interés alguno en su conservación, sino que, por el contrario, está interesado en que se la elimine, ya que allí donde existe y en la medida en que existe hace imposible la propiedad colectiva”.

Como puede observarse en este apartado, la posición de Marx y Engels respecto del campo es completamente clara. La lucha agraria formaba parte de la lucha por la obtención del poder político del Estado y por el comienzo de la transición al socialismo.

Los aportes de Karl Kautsky

A Kautsky se le encarga estudiar el fenómeno de la cuestión agraria, que descompone en relaciones como: “grande y pequeña explotación, el endeudamiento, el derecho de su-

cesión, la escasez de mano de obra, la competencia de ultramar, etc.” (Kautsky, 2002: CVIII). Y aborda esta problemática afirmando que Marx y Engels sólo “se refirieron al asunto de modo ocasional” ya que ellos se habían dedicado fundamentalmente al estudio de las relaciones propiamente capitalistas. Kautsky (2002: CIX) se lanza al asunto desde el ángulo de las “formas precapitalistas y no capitalistas de la agricultura”, en tanto en la Alemania de fin de siglo XIX la contradicción entre capitalistas y asalariados no era la única que imperaba. Al lado de ella actuaban otras contradicciones, algunas que venían del pasado precapitalista, otras recreadas por necesidades del capital²¹. El estudio de la cuestión agraria de Kautsky asume una clara dirección política que él mismo deja claro cuando afirma:

“El teórico que quiera estudiar las leyes fundamentales que regulan la vida de la sociedad moderna no puede dejarse confundir por esta multitud de fenómenos. Debe estudiar el modo capitalista de producción en su esencia y en sus formas clásicas, abstrayéndose de los vestigios y de los gérmenes de las otras formas de producción que lo circundan. El político práctico, en cambio, caería en un grave error si intentase considerar a capitalistas y proletarios como los únicos factores de la sociedad moderna, haciendo caso omiso de las otras capas sociales” (2002: 3).

Otra aclaración importante que realiza Kautsky es aquella que critica la idea de que el desarrollo del capital en la agricultura significa la eliminación de la pequeña explotación por la grande. Ésta era una de las hipótesis que se desprendía, como ya fue dicho, del movimiento del capital, pero esta tendencia no actúa en el vacío, sino en un contexto preciso que se debe definir. En efecto,

“La teoría marxista del sistema de producción no consiste en reducir la evolución de este modo de producción a la fórmula ‘eliminación de la pequeña propiedad por la grande’ de modo que quien sepa de memoria esta fórmula tendría, por decirlo así, en el bolsillo la clave del edificio de la economía moderna. Si se quiere estudiar la cuestión agraria con el método de Marx no hay que limitarse al problema de saber si la pequeña explotación tiene un porvenir en la agricultura sino que, por el contrario, hay que ampliar el estudio de las transformaciones de la agricultura dentro del régimen de producción capitalista. Vale decir, averiguar cómo el capital se apodera de la agricultura, la transforma, destruye las viejas formas de producción y de propiedad y crea la necesidad de nuevas formas” (2002: 6).

Kautsky va demostrando con ejemplos históricos cómo la tendencia del capital industrial que “se desarrolló antes en las ciudades” llega finalmente al campo y “modifica el carácter de la producción agrícola”. La familia campesina autosuficiente, que unía en el seno familiar el trabajo artesano y el agrícola, es llevada por el progreso de la industria y la generación de nuevas necesidades a un abandono del trabajo artesanal invern²². Este proceso conlleva la necesidad del dinero para aprovisionarse de bienes ‘indispensables’ y el dinero puja por el desarrollo de la producción de mercancías, hecho que, por su parte, expande el comercio y los comerciantes que median entre una región y otra. La necesidad de dinero está en la base, también, del usurero.

Esta ‘irrupción’ del mercado en la aldea campesina va modificando el balance de la fuerza de trabajo al interior de la unidad. La necesidad de producir excedente para el mercado empujaba al campesino a conseguir más tierra, pero esto no siempre era posible y, entonces, debía modificar el número de bocas mediante la migración. Los jóvenes campesinos se transformaban en obreros o soldados, mientras otros marchaban a América (2002: 12-13). Muestra también cómo los métodos agrícolas feudales van siendo remplazados por el avance de una agricultura racional capitalista y/o una rara mezcla de “capitalismo y feudalismo” al comando de la nobleza, basado en la explotación de grandes haciendas sobre la base de trabajo forzado (2002: 22). Todas estas transformaciones en las condiciones de existencia de los campesinos se hacen visibles en su alimentación: “El campesino se transforma en un hambriento”, sentencia Kautsky (2002: 25 y ss).

Las “conquistas de la ciencia, de la mecánica, de la química, de la fisiología vegetal y animal son llevadas de la ciudad al campo” y van generando una verdadera revolución (2002: 44). Ahora bien, también aquí Kautsky va señalando las diferencias que existen entre industria y agricultura para la aplicación de los descubrimientos, como el caso de la maquinaria en donde “sólo se utilizan por temporadas breves”, por lo que el ahorro de mano de obra es mayor en la industria que en la agricultura.

También aclara que cuanto más bajos son los salarios (y ésta es una particularidad del obrero agrícola) más difícil es la incorporación de maquinaria, ya que, como afirmaba Marx, el capital sólo incorpora maquinaria si ésta es más barata que la mano de obra que reemplaza. Ambos factores, la utilización en tiempos breves y la disponibilidad de obreros con salarios más bajos, actúan ralentizando la tendencia al incremento de

la composición orgánica del capital. Por otro lado, la manera de hacer económica la maquinaria moderna es aplicarla en gran escala, un estímulo a la ampliación de la unidad económica media.

Kautsky muestra también el papel de la renta de la tierra -absoluta y diferencial- en la evolución del desarrollo capitalista, mostrando cómo a pesar de no haberse desarrollado en muchos países las condiciones para eliminar la propiedad privada sobre los otros medios de producción en la agricultura, sí se podía eliminarla sobre la tierra. Nacionalizando la propiedad fundiaria en aquellos países en donde predominaba el régimen de arrendamientos, nacionalizando las hipotecas en aquellos en que éstas predominaran. Como vemos, esto está en completa sintonía con Marx.

En relación con la contradicción entre grande -que entendía como no necesariamente la mejor- y pequeña explotación, Kautsky va mostrando cómo la gran explotación tiende a ser superior que la pequeña producción campesina, la cual “resiste a la gran explotación no en virtud de una más alta productividad sino en razón de sus exigencias más limitadas” (2002: 116). Sobre la base de la superexplotación del trabajo y el subconsumo, la pequeña producción campesina persiste en el escenario productivo desde el punto de vista de su inserción mercantil. Esto lo lleva a afirmar que

“Se precisa ser un partidario muy terco de la pequeña producción para ver una ventaja en la esclavitud a que ella condena a sus trabajadores, obligándolos a comportarse como simples animales de carga, para los cuales todo el tiempo de su existencia, con excepción del tiempo para dormir, es tiempo de trabajo” (2002: 124).

También se ocupa de mostrar cómo las cooperativas se convertían en realidad, por la propia dinámica de la ley del valor, en métodos de ganar escalas empresariales que en última instancia servían a los productores más grandes y no resolvían la miseria de los pequeños campesinos. Para Kautsky (2002: 151) “no por los que poseen sino por los que no poseen nada puede ser realizado el pasaje a la producción cooperativa”.

Una de las tesis que consideramos más importantes de la obra de Kautsky es el aporte para pensar no ya la producción campesina desde su inserción como productora de bienes de subsistencia sino como productora de un excedente fundamental: la mercancía fuerza de trabajo. Hay un punto en donde la extensión de la gran producción choca con el despojamiento de la fuerza de trabajo del medio rural que ella necesita. “Cuando las cosas han llegado a este punto, la gran ha-

cienda y la pequeña no se excluyen, sino que se condicionan, al igual que el capitalista y el proletario..." (2002: 196). Esto permite entender el por qué de muchas reformas agrarias bajo las cuales se ha rodeado de pequeñas empresas a regiones de grandes haciendas, ávidas de fuerza de trabajo.

Ahora bien, para ver estos procesos hay que abordar el problema desde el punto de vista de la relación de los sujetos sociales con el capital y no con la tierra. Si lo abordamos desde la vinculación con la tierra, veremos un pequeño propietario; si lo abordamos desde el capital, veremos un obrero con porciones de tierra en las cuales produce parte de su salario. Es por eso que los análisis que recurrentemente se hacen sobre la estructura fundiaria según los censos nacionales hablan muy poco de estos procesos subterráneos en donde debajo del pequeño propietario está el obrero asalariado, el desocupado, etc.

Respecto del plano político, todos estos análisis condujeron a Kaustky a reafirmar lo ya expuesto por Engels, pero a través de un estudio mucho más hondo y específico. En el pequeño campesino convivían "dos almas": la del propietario y la del proletario. Los partidos burgueses y conservadores han estimulado la primera, los intereses del proletariado pujan por desarrollar una dirección opuesta, fortaleciendo al aspecto proletario en la conciencia de éstos para formar un único bloque. Según Kautsky

"Una vez que la socialdemocracia haya reunido en un solo bloque la masa entera del proletariado, y a todos aquellos agricultores e industriales aparentemente independientes pero que, de hecho, son sólo asalariados del capital, no habrá ya ninguna potencia que pueda considerarse en situación de oponerle resistencia [...] Ganar para sí esa masa, organizarla política y económicamente, elevarla intelectual y moralmente, llevarla al punto en que esté en condiciones de asumir la herencia del modo de producción capitalista, ésta es y seguirá siendo la tarea principal de la socialdemocracia" (2002: 376).

También aclara un punto determinante para aquellos que estudian la historia de un modo metafísico y ahistórico, empeñándose en buscar irregularidades puntuales de la teoría general para invalidarla:

"Los países civilizados de Europa estaban maduros para el capitalismo mucho antes de que el feudalismo estuviera muerto en todas sus ramas de producción y en toda parcela de tierra. De este modo, la sociedad moderna estará madura para el socialismo mucho antes de que haya desaparecido el último artesano y el último agricultor, antes de que todo el proletariado esté políticamente maduro y económicamente organizado: to-

dos estos son presupuestos que no se realizarán en la sociedad capitalista" (2002: 389).

Obviamente, para que esta madurez o posibilidad se transforme en realidad efectiva, es necesario que se invierta el tiempo, no tanto en seguir demostrando que el "campesino se resiste a desaparecer de la historia" sino que el obrero no es aún consciente de las potencialidades sociales que se abrirían si se decide a romper con este sistema basado en la esclavitud del trabajo asalariado.

Los aportes de Lenin

En muchos órdenes del desarrollo capitalista agrario, Lenin coincide o llega a conclusiones similares que Kautsky.

En efecto, Lenin saludó con agrado la aparición de "La cuestión agraria", de Kautsky, pues se encontraba también trabajando desde hacía algunos años en un combate contra las corrientes populistas que planteaban en Rusia un tipo de excepcionalidad según la cual el capital podía no desarrollarse como en Europa. Los populistas planteaban que la aldea campesina rusa -el mir- podía evolucionar por medio de la economía "popular" al socialismo. Este debate con los populistas rusos, podríamos decir, constituye una de las primeras batallas que da el marxismo por convertirse en orientador estratégico del movimiento revolucionario ruso. En "¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?". "A qué herencia renunciamos" y "El desarrollo del capitalismo en Rusia", Lenin desarrolla una crítica a estas corrientes, demostrando que el capitalismo en Rusia no sólo ya estaba desplegándose sino que estaba bastante avanzado.

En el Imperio ruso no había solamente dos millones de obreros industriales, sino cerca de 50 millones, si se tomaba a los obreros y al semiproletariado agrícola que el capital estaba creando en las comunidades campesinas. Evidentemente, Lenin estaba observando, al igual que Kautsky, los procesos desde el punto de vista del capital y no desde el poseedor de tierra. Por otro lado, en estas obras, también se dedica a combatir la idea, muy común en el romanticismo populista, de observar el desarrollo del capital solamente como "una decadencia, una regresión". No se observaba la potencia que el despliegue del capital iba desenvolviendo como supuestos de un modo de producción superior, el socialista.

Sobre la base de estos estudios, Lenin llega a caracterizar el momento por el que transita la estructura social rusa y a delimitar, en este sentido, las dos orientaciones -o una variante de

ambas- que podía tomar el curso de los acontecimientos revolucionarios que se avecinaban.

a) O bien la economía terrateniente, ligada por millones de lazos con el derecho de servidumbre, se conserva transformándose lentamente en una economía puramente capitalista, de tipo “junker”, y en este caso la base del tránsito definitivo del sistema de pago en trabajo al capitalismo es la transformación interna de la economía terrateniente basada en la servidumbre, y todo el régimen agrario del Estado, al transformarse en capitalista, conserva aún por mucho tiempo los rasgos de servidumbre; b) la revolución rompe la antigua economía terrateniente, destruyendo todos los restos de servidumbre y, ante todo, la gran propiedad terrateniente. En este caso, la base del tránsito definitivo del sistema de pago en trabajo al capitalismo es el libre desarrollo de la pequeña hacienda campesina (Lenin, 1974: 16).

La socialdemocracia rusa venía discutiendo también otra cuestión definitoria. Había consenso en el carácter de la revolución que estaba por delante. Las dos tendencias, mencheviques y bolcheviques, afirmaban el carácter democrático-burgués, se trata de eliminar el zarismo como modo de acelerar el desarrollo capitalista. Se trataba de conquistar la libertad política. Pero no estaban de acuerdo en el sujeto encargado conducir el proceso: la burguesía liberal, decían los mencheviques; el proletariado y los campesinos, decían los bolcheviques. Para Lenin y también Trotsky -que en este sentido tenía mucho más claro que Lenin los límites de la fórmula “dictadura democrática de los obreros y campesinos”²³, la burguesía ya había demostrado históricamente que no avanzaría de forma decisiva sobre su propia revolución y que frenaría el movimiento, estancando el proceso en una “monarquía constitucional”.

Como la burguesía liberal, hostil a los obreros, está unida por numerosos lazos a la gran propiedad agraria, la verdadera emancipación democrática de los campesinos sólo podía realizarse, lógicamente, por medio de la unión revolucionaria de los campesinos y los obreros y, según Lenin, el alzamiento conjunto de ambos contra la vieja sociedad conduciría, en caso de triunfar, a la instauración de la “dictadura democrática de los obreros y campesinos” (Trotsky, 2000).

Sobre este marco, entonces, los socialistas debían desarrollar su actividad de agitación y propaganda. Debían entonces preparar al proletariado para el asalto al poder, al mismo tiempo que construir la alianza con el movimiento campesino. El objetivo era encaminar a Rusia, por el sendero más corto, al desarrollo de sus fuerzas productivas.

Ahora bien, Lenin, al igual que Engels y Kautsky, no pensaba en campesinos en general, sino que tenía en claro que dentro de la comunidad campesina existían diferencias. En relación con esto, había destacado por lo menos tres capas: los campesinos pobres -fundamentalmente semiproletarios-, los campesinos medios y los campesinos ricos que explotaban trabajo asalariado. En otros trabajos, como en su esbozo inicial de las tesis sobre la cuestión agraria presentado a la III internacional, habla de cuatro capas, interponiendo entre el semiproletario y el campesino medio al pequeño campesino. Los estudios habían demostrado que la enorme mayoría de la población rural estaba compuesta por los obreros agrícolas, los semiproletarios y los pequeños campesinos. La alianza fundamental de la clase obrera con el campesinado propuesta por Lenin no era con el campesino en general sino con esta mayoría de semiproletarios y pequeños campesinos en vías de proletarización. Esta inmensa mayoría debía organizarse para luchar contra todos los que viven del trabajo asalariado, contra todos los explotadores. Por eso una unión en el mir era inadmisibles:

“Pero ¿acaso necesitamos la unión en la que entren los ricachones, en la que ellos lleven la batuta? De ningún modo, lo que necesitamos es la unión para luchar contra los ricachones. Por lo tanto, la unión en el ‘mir’ no nos sirve en absoluto. [...] Sí, nos hace falta una unión completamente distinta, la unión voluntaria de los obreros agrícolas y campesinos pobres, exclusivamente, para luchar contra todos los que viven del trabajo ajeno” (Lenin, 1954: 130-131).

Hacia el campesino medio, la política consistía en lo que Lenin llamaba “neutralización”; es decir, lograr paralizarlo en el proceso revolucionario y que, por lo menos, no se posicione en contra del proceso.

El proletariado revolucionario no puede acometer -por lo menos en un porvenir inmediato y en los primeros tiempos del período de la dictadura del proletariado- la empresa de atraerse a esta capa. Tiene que limitarse a la tarea de neutralizarla; es decir, de hacer que sea neutral en la lucha entre el proletariado y la burguesía. Las vacilaciones de este sector entre las dos fuerzas son inevitables, y al comienzo de la nueva época su tendencia predominante, en los países capitalistas desarrollados, será favorable a la burguesía (Lenin, 1970, T III: 447).

Hacia los campesinos ricos o pequeña burguesía la cosa estaba muy clara. Se pondrían del lado del enemigo, no había que dejarles margen para que ganen a los campesinos medios y los pequeños campesinos. La política de denuncia hacia éstos debía ser parte de la agenda política cotidiana de los so-

cialistas en el campo, aunque en la lucha contra la opresión medieval pudieran “marchar” juntos.

En síntesis, “para que un alzamiento triunfe es preciso que sea consciente, que esté debidamente preparado, abarque toda Rusia y se realice en unión con los obreros de la ciudad” (Lenin, 1954: 178). El partido debía preparar estas condiciones, mediante la propaganda y la agitación, ganando a los activistas más decididos y conscientes. Se trataba de organizar una revolución de contenido burgués, aunque proletaria por su fuerza dirigente, contradicción que está en la base de la teoría de la revolución permanente formulada por Marx y defendida por Trotsky. Ahora bien, este “carácter burgués” no le impedía a Lenin decirle a los campesinos, a los “pobres del campo”, en un lenguaje sencillo, que

“Cuando la clase obrera haya vencido a toda la burguesía, confiscará la tierra de los grandes propietarios, organizará en las grandes fincas haciendas colectivas, para que los obreros cultiven la tierra juntos, en común, elijan libremente a gente de confianza para cargos administrativos, dispongan de toda clase de máquinas para facilitar las labores y trabajen en turnos de ocho horas diarias (y hasta seis). Entonces, el pequeño campesino que quiera seguir trabajando solo, a la antigua, no trabajará para el mercado, para vender sus productos al primero que llegue, sino para la asociación obrera. El pequeño campesino suministrará a la asociación obrera pan, carne y legumbres, y los obreros le entregarán a cambio máquinas, ganado, abonos, ropa y todo lo que necesite. Entonces no existirá la lucha por el dinero entre el gran propietario y el pequeño, no habrá trabajo asalariado en beneficio de otros, sino que todos trabajarán para sí mismos, todos los perfeccionamientos del trabajo y las máquinas beneficiarán a los propios obreros, servirán para facilitar su trabajo, para mejorar su vida” (Lenin, 1954: 165).

A modo de conclusión

Hemos desarrollado en este artículo un intento por trabajar el vínculo entre teoría y práctica que caracterizó a los fundadores y principales continuadores del socialismo científico, así como el contexto histórico que dio lugar a la cuestión agraria como temática. Partimos fundamentalmente de las enseñanzas de Marx y Engels, a la que sumamos los aportes de Kautsky y Lenin, destacando que toda esta producción se realiza en una época con rasgos transitivos, caracterizada por el ascenso del capitalismo. En este período, el crecimiento numérico del pro-

letariado en varios países de Europa, el nacimiento de sus organizaciones sindicales y políticas, y el esclarecimiento ideológico, fueron tornando la conquista del poder político en una “meta próxima”. Para realizar esa conquista era necesario, dado el bajo peso absoluto del proletariado puro en la estructura social, ganar a otros sectores sin “traficar con los principios”. Era necesario ir hacia el campo para intervenir en aquellos sectores en vías de proletarización, con el objetivo de construir una alianza política que diera soporte social al lanzamiento de un programa socialista para toda la sociedad.

Ese programa se asentaba en la socialización de la gran empresa al interior del Estado obrero y la puesta en marcha de un tipo de economía de transición hacia una sociedad comunista, en donde la planificación racional iría sustituyendo al mercado en la asignación de las prioridades productivas. Desde el punto de vista de la agitación política, los socialistas debían fundirse con los obreros asalariados y mostrarles a los pequeños campesinos que no tenían futuro al interior de la sociedad del capital, que debían unirse a los obreros para luchar contra todos los explotadores de trabajo ajeno, por otra sociedad en la que no reine la explotación de unos seres humanos por otros.

Kautsky desarrolló sus estudios en Alemania, suministrando información precisa para orientar la labor del partido y demostró una cosa muy importante: el desarrollo de la gran explotación no es incompatible con el sostenimiento de la pequeña producción. Pero mostró también que este sostenimiento no era por la superioridad productiva de la misma sino por el aporte de fuerza de trabajo en el territorio. Por lo que ayudó a desmitificar el carácter propietario de millones de campesinos que ya eran, en realidad, obreros. Lenin llegó a conclusiones muy parecidas en Rusia, construyendo las condiciones para el asalto al poder y el desarrollo de la transición socialista. Rusia podía seguir dos caminos, uno penoso, largo, otro revolucionario, más breve. El problema de la tierra estaba en el centro de la revolución y la revolución planteaba el problema del poder. Los bolcheviques resolvieron con éxito todas las pruebas que se les pusieron enfrente, transformando a uno de los países más atrasados de aquel momento en el epicentro de la revolución mundial.

Como puede apreciarse, la cuestión agraria -por lo menos como la estamos desarrollando aquí- nunca fue planteada como una forma de mejorar los índices de pobreza a través de las políticas del Estado capitalista. Por el contrario, la cuestión agraria aparece en el marco de una lucha por la elevación del

proletariado a clase dominante y la edificación de un nuevo tipo de Estado obrero de transición. La política, para los teóricos que aquí citamos, era pensada en su necesidad con arreglo al movimiento de la base económico-social de la realidad. Estos jamás pusieron en duda que las tendencias del desarrollo del capitalismo se cumplirían. Por el contrario, se dedicaron a estudiarlas en su desarrollo concreto, como medio de construir esa “táctica razonada y coherente” de la que hablaba Engels. La persistencia del campesinado no fue utilizada contra el cuerpo teórico del marxismo, como lo presenta Kautsky, sino a su favor, honrando lo que cualquier estudio que parta del materialismo histórico debe hacer.

Referencias bibliográficas

GPM(2000);“ Hegel, Marx y la Dialéctica”. Extraído de <http://www.nodo50.org/gpm> el 21/11/2002

Hegel, George:“ La fenomenología del espíritu”. Fondo de Cultura Económica. Bs. As. 2007.

Kautsky, Karl:“ La cuestión agraria”. México. Siglo XXI Editores, 2002.

Lenin, Vladimir: “ Quiénes son los ‘ amigos del pueblo’ y cómo luchan contra los socialdemócratas”. Pekín: ediciones en lenguas extranjeras. 1978.

-.:“ Esbozo inicial de las tesis sobre la cuestión agraria” en Obras Escogidas en Tres Tomos. Tomo III. Moscú: Progreso. 1970.

-.:“ El desarrollo del capitalismo en Rusia”. Moscú: Progreso. 1974.

-.:“ Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura. El capitalismo y la agricultura en Estados Unidos de Norteamérica”. Obras Completas. Buenos Aires: Cartago. 1960, Tomo XXII: 9-108.

-.:“ A los pobres del campo”. En: La alianza de la clase obrera y del campesinado. Moscú: Progreso. 1954, p. 112-186.

Marx, Karl:“ El Capital”. Tomo 1. México, Ediciones Olimpia, décimosexta edición, 1980.

-.:“ El Capital”. Tomo 2 y 3. Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Marx, Karl y Federico Engels: Obras Escogidas en Tres Tomos. Ediciones Quinto Sol. México.

-.: Correspondencia. Buenos Aires, Cartago. 1972

Marx, Karl:“ Contribución a la crítica de la economía política”. Ediciones estudio. Bs. As. 1970.

Netto, José Paulo: Prólogo. En Karl Marx y Federico Engels. Manifiesto do Partido Comunista. Cortez Editora. Brasil, 1998.

Romero, Andrés:“ Después del estalinismo”. Antídoto. Bs. As. 1985.

Trotsky, León“ La revolución permanente”. Edición de Marxist Internet Archive 2001. Extraído de <http://www.marxismoeducar.cl/trot02.htm>,l 25/10/2006.

Notas

1. Proceso que ha ocurrido a espaldas de los seres humanos y que se les ha presentado como ajeno. El concepto de enajenación marxista tiene que ver con este hecho en donde los seres humanos padecen como "sobrenatural" o "sobrehumano" el producto de sus propios esfuerzos incontrolados, de sus propias relaciones sociales inconscientes.

2." Lo cual no impide que la misma base económica -la misma, en cuanto a sus condiciones fundamentales- pueda mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etc. Variaciones y gradaciones que pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas"(Marx, 1980, T III: 733).

3. Podemos observar en junio de 1847, en la realización del congreso de la Liga de los Justos, una temprana vinculación orgánica del marxismo como teoría científica con el movimiento del proletariado, en tanto ésta se plasma no sólo en la consigna de una organización, sino en su propio nombre. En efecto, a partir de la colaboración de Marx y Engels(si bien sólo Engels participó de este congreso) la consigna " Todos los hombres son hermanos" fue sustituida por " Proletarios del mundo, uníos" y la organización pasó a llamarse la Liga Comunista. De este congreso surge la necesidad de contar con una

publicación que sintetice los principios y la táctica marxista. El artículo "Principios del comunismo" y el propio "Manifiesto del Partido Comunista" tienen que ver con esta realidad(Netto, 1998: X y ss).

4. En el prólogo al Manifiesto Comunista, a la edición alemana de 1890, Engels afirma que "no pudimos titularle Manifiesto Socialista(...) El socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, muy respetable; el comunismo era todo lo contrario. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma» , no pudimos vacilar un instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Y posteriormente no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella."

5. Por proletariado industrial, Marx nunca se refirió al obrero fabril -si bien este constituía, para él, su núcleo duro- como suele entender el sentido común acientífico de numerosos intelectuales de hoy que abonan la teoría de la pérdida de la centralidad de la clase obrera. Cuando Marx se refiere al proletariado industrial, se refiere a aquel que progresivamente va siendo subsumido al ciclo del capital industrial, vale decir al ciclo del capital en general o productivo, en tanto capital que genera plusvalía mediante el consumo de fuerza de trabajo. Esto está suficientemente desarrollado por el autor en el primer capítulo del Tomo II del "El Capital". En efecto, la fórmula verdadera del capital es:

$$D \rightarrow (MP + FT) \rightarrow P \rightarrow D + D.$$

De modo que aquí no se contempla como capital industrial sólo al fabril sino a todo aquel que produce plusvalía mediante el metabolismo del trabajo asalariado: el agrario, el comercial, el sector servicios, etc. Otra cosa es el debate entre trabajo productivo e improductivo, pero éste excede el presente apartado.

6. Decía Engels en 1875 ante algunos avances que ya iba presentando el proletariado alemán: "El movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre los hombros del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partida de su experiencia costosa, de evitar en el presente los errores que entonces no había sido posible evitar en la mayoría de los casos.

¿ Dónde estaríamos ahora sin el precedente de las tradeunions inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que ha dado particularmente la Comuna de París?" Lenin también escribió que la Revolución de Octubre de 1917 nunca habría tenido lugar sin la experiencia previa de la Comuna de París, la revolución de 1905 y la revolución de febrero de 1917.

7. En su folleto "Tareas urgentes de nuestro movimiento", Lenin(1970, T I: 113) dice que la socialdemocracia era fundamentalmente "la unión del movimiento obrero con el socialismo. Su cometido no estriba en servir pasivamente al movimiento obrero en cada una de sus fases, sino en representar los intereses de todo el movimiento en su conjunto, señalar a este movimiento su objetivo final, sus tareas políticas, y salvaguardar su independencia política e ideológica".

8. Esta transición se vio sumamente acelerada durante el siglo XIX debido al gran impulso que provino -a nivel del desarrollo de las fuerzas productivas- de la primera revolución industrial ocurrida durante las últimas décadas del siglo XVIII en Inglaterra. Este hecho es el que está en la base de la sucesión de revoluciones burguesas que se desencadenaron en ese continente durante todo este período. Estas no expresaron otra cosa que la conquista, en el terreno del poder político, de la supremacía que la burguesía había conquistado en el terreno del poder económico.

9. Este dato es algo diferente según los países, pero para tener una idea, según Hobsbawm(Netto, 1998: XLI) " ... en 1851 cerca de la mitad de la población de Inglaterra y del País de Gales vivía en ciudades, la proporción, en Francia y Alemania era de de aproximadamente $\frac{1}{4}$, solamente en los últimos años del siglo es que la población urbana sobrepasa a la rural en la Alemania; en Francia, el punto de equilibrio entre las dos sólo vino después de la Primera Guerra Mundial".

10. También en Lenin(1960: 18) encontramos: " El capitalismo encuentra las más diversas formas de propiedad medieval y patriarcal de la tierra: la propiedad feudal, la `campesina de nadiel' (o sea, propiedad de campesinos dependientes), la de clan, la comunal, la estatal, etc. El capital somete a su dominio todas estas formas de propiedad de la tierra pero de una forma diferente, bajo métodos distintos".

11. Dice Hegel(2007): " Lo verdadero es el todo. Pero el todo es solamente la esencia que se completa mediante su desarrollo". Desde el punto de vista materialista, esto quiere decir que la verdad del capital es el movimiento de su desarrollo con arreglo a su fin. La verdad no está al final, aunque como dice Hegel el final es siempre más real, más concreto, sino en la relación que va construyendo este proceso, en el conjunto de sus momentos.

12. Y aquí hay otro debate porque están llamando igualmente a dos sujetos determinados por relaciones sociales diferentes. No es lo mismo un campesino feudal, que desarrolla su producción al interior de una economía natural comunitaria, que un campesino que debe producir mercancías para el mercado. Dice Engels(1985, T III: 440): " De su antepasado, el campesino siervo, vasallo o, muy excepcionalmente, del campesino libre sujeto a tributos y prestaciones, le distinguen tres circunstancias. La primera es que la revolución francesa lo ha liberado de las cargas y tributos feudales que adeudaba al dueño de la tierra, entregándole en la mayoría de los casos, por lo menos en la orilla izquierda del Rin, la libre propiedad de la tierra que cultiva. La segunda es que ha perdido la protección de la comunidad autónoma de la que era miembro y ha dejado de formar parte de ella, con lo cual perdió también su participación en el usufructo de los bienes de esta antigua comunidad. Los bienes comunales son escamoteados, en parte por el antiguo señor feudal y en parte por la docta legislación burocrática, inspirada en el Derecho romano, con lo que el pequeño campesino moderno se ve privado de la posibilidad de alimentar a su ganado de labor sin comprar el forraje. Económicamente, la pérdida del disfrute de los bienes comunales supera con creces la desaparición de las cargas feudales; el número de campesinos que no pueden sostener ganado de labor

aumenta constantemente. La tercera circunstancia que distingue al campesino actual es la pérdida de la mitad de su actividad productiva anterior. Antes, el campesino, con su familia, producía de la materia prima de su propia cosecha la mayor parte de los productos industriales que necesitaba; los demás artículos necesarios se los suministraban otros vecinos del pueblo que explotaban un oficio al mismo tiempo que la agricultura y a quienes se pagaba generalmente en artículos de cambio o en servicios recíprocos. La familia, y más aún la aldea, se bastaba a sí misma, producía casi todo lo necesario. Era casi una economía natural pura, en la que apenas se sentía la necesidad del dinero". Marx y Engels tuvieron razón, el capitalismo arrasó con la nobleza y el campesinado feudal.

13. En su parte estrictamente teórica, Shiavoni(1998: 30) dice que" los pensadores marxistas del siglo XIX habrían previsto su desaparición[de la agricultura familiar] y la constitución de proletarios y capitalistas agrarios, fruto de la diferenciación social en el agro".

14. No hemos agregado nada a lo ya planteado por Kautsky. Ver apartado" El aporte de Karl Kaustky", en el presente trabajo.

15." Hegel, Marx y la Dialéctica" extraído el 12/12 2001 de <http://www.nodo50.org/gpm>.

16. Para el caso animal la tendencia a la producción industrial está notablemente avanzada. La producción de pollos, cerdos, leche y carne controlada y mecanizada esta cada vez más cerca de los métodos fabriles, con una elevadísima productividad del trabajo.

17. Este hecho contrasta notablemente con porciones como las sostenidas por el Partido Comunista Revolucionario y el Movimiento Socialista de los Trabajadores en el último conflicto agrario, que los llevó a defender la política de un frente policlasista que agrupó a distintas fracciones de pequeña, mediana y gran burguesía agraria. Nada más lejos de lo que proponían en su momento Engels y el mismo Kautsky para Alemania.

18." Así pues, mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, fortalecía más y más su organización en Alemania, el partido obrero perdía su única base firme, a lo sumo conservaba su organización en algunas localidades, para fines puramente locales, y por eso, en el movimiento general, cayó por entero bajo la influencia y la dirección de los demócratas pequeñoburgueses. Hay que acabar con tal estado de cosas, hay que restablecer la independencia de los obreros"(Marx y Engels, 1985, T I: 179-180).

19. Resulta sorprendente que a más de 114 años de esta tipologización, todavía se sigue investigando y preguntando acerca de qué es un campesino o un agricultor familiar?

20. Hasta la aparición del" Programa de Transición", escrito por Trotsky en 1938, los partidos socialdemócratas, socialistas y comunistas operaban sobre la base de una división programática máxima y mínima. El programa mínimo era aplicado como un conjunto de reivindicaciones elementales en momentos desfavorables en la correlación de

fuerzas, mientras que el programa máximo debía ser aplicado en momentos de alza en la lucha de las masas en donde la correlación de fuerzas cambia a favor de las mismas.

21. Al lado de estas dos clases[capitalistas y proletarios] y aún mezclados con ellas existen muchas otras -entre las cuales se incluyen así las más altas como las más bajas capas de la sociedad: las monarquías y sus cortes, los diversos tipos de lumpenproletariado- que están constituidas en parte por formas sociales precapitalistas y en parte originadas o favorecidas en su desarrollo por las necesidades del mismo capital[ibídem: 3].

22. En realidad este proceso ya había comenzado en la edad media con la aparición del artesanado urbano(ibídem: 10).

23. Dice Trotsky(2000, Marxists Internet Archive):“ Me pronunciaba contra la fórmula `dictadura democrática del proletariado y de los campesinos´ , por entender que tenía un defecto, y era dejar en pie la cuestión de saber a qué clase correspondería, en la práctica, la dictadura. Intenté demostrar que los campesinos, a pesar del inmenso peso social y revolucionario de esta clase, no eran capaces ni de crear un partido verdaderamente revolucionario ni, con mayor motivo, de concentrar el poder revolucionario en manos de ese partido. Del mismo modo que en las antiguas revoluciones, empezando por el movimiento alemán de la Reforma(en el siglo XVI), y aún antes, los campesinos, en sus levantamientos, apoyaban a una de las fracciones de la burguesía urbana, decidiendo muchas veces la victoria, en nuestra revolución burguesa retrasada podían prestar un sostén análogo al proletariado y ayudarle a llegar al poder, dando el empuje máximo a su lucha. Nuestra revolución burguesa -decía yo como conclusión- sólo puede cumplir radicalmente su misión siempre y cuando el proletariado, respaldado por el apoyo de los millones de campesinos, consiga concentrar en sus manos la dictadura revolucionaria”.

La huelga de Disney de 1941

A 70 años, una mirada al contexto histórico

Natalia González

Meses antes del ingreso de los Estados Unidos la Segunda Guerra Mundial, nueve semanas de huelga y piquetes con acampes sacudieron las puertas de los nuevos estudios Disney de la calle Buena Vista, en Burbank, California, el corazón simbólico del “American Way of Life”. En 2011 se cumplieron 70 años de esa gesta.

Luego de casi cuatro años de producción y con un costo de 1.488.000 dólares (mediados por un préstamo del Bank Of America), se presentó en el *Carthay Circle Theater*, el 21 de diciembre de 1937, *Blancanieves y los siete enanitos* (Snow White and the Seven Dwarfs), el primer largometraje en la historia de dibujos animados en Technicolor (para pena de Walt, una película argentina de 60 minutos: *El Apóstol*, de 1917, dirigida por Quirino Cristiani, fue la primera película animada de la historia del cine).

Blancanieves se convirtió en la película más taquillera del año '38, recaudando lo que hoy serían 100 millones de dólares (8 millones de dólares para la época). El largo de Disney obtuvo, además, el Oscar a la mejor banda sonora en 1938, y en 1939, ganó un Oscar honorífico.

Si bien Disney se encontraba abocado a la investigación de nuevas tecnologías en sonido estereofónico, y ya había aplicado la cámara multiplano(*) en *Blancanieves*, la mayor parte de la animación y del pintado de los cuadros se realizaban a mano, incluidos varios de los efectos especiales.

Los años de producción del filme llevaron largas jornadas de trabajo, que en algunos momentos superaron las 70 horas semanales. Walt Disney había prometido, sin embargo, el resarcimiento a través de premios monetarios a sus animadores, una vez estrenada la película. Prometió un reparto de la ganancia a cambio del aumento de la intensidad y de las horas del trabajo, un "préstamo" de plusvalor absoluto¹ que los animadores le otorgaron a Disney.

El tío Walt, en cambio, utilizó las ganancias para continuar sus investigaciones en mejoras tecnológicas para la industria del dibujo animado y en la construcción de los nuevos estudios de la calle Buena Vista, en Burbank, California, inaugurados el 24 de diciembre de 1939. Un "regalo de navidad" producto del valor -y su realización en ganancia-, creado por los artistas en la producción de la película.

La Disney había pasado, por ese entonces, de ser una compañía de talleres artísticos a una planta industrial de 1.239 empleados (según relata el ex animador de la empresa, Tom Sito, actual presidente emérito de la Screen Cartoonist Guild). De ellos, 800 eran animadores, cuyos salarios iban desde los 12 a los 500 dólares semanales. Además, en su mayoría, contaban con estudios terciarios o universitarios en diferentes materias de artes.

Heller sostiene que, durante el siglo XX, "una nueva etapa de desarrollo de la gran industria que tiene que ver con lo que se conoce como el desarrollo del fordismo, en la cual aparece la línea de montaje, se produce un aumento de la productividad

del trabajo, pero que al mismo tiempo implica como nunca una esclavización del trabajador. La línea de montaje significa definitivamente una culminación de todo un proceso de desarrollo de la gran industria en la cual el capital termina de someter al trabajador” (Heller: 2008). Las tareas de los animadores de la Disney pasaron también a una suerte de línea de montaje, donde algunos dibujaban, otros pintaban, etc. Y antes de ello, como espejo del trabajo en la industria, el trabajo en los talleres artísticos era aún un trabajo artesanal, el proceso productivo tenía como base la destreza de los animadores (o del obrero en la gran industria). Cuando se impone la línea de montaje, y el ritmo de la producción lo determina ella (o la máquina), “en lugar de ser el instrumento del trabajo un apéndice del hombre, el hombre pasa a ser un apéndice de la maquinaria” (Heller: 2008). El maquinismo aplicado a la producción desarrolla al máximo la división del trabajo al interior de las fábricas, y las tareas se descomponen en mínimas partes.

Esta nueva forma de organizar el trabajo durante el siglo XX, dio pie al desarrollo de nuevas tecnologías encaminadas a llevar adelante esos procesos mínimos de la producción, provocando un proceso de descalificación de la mano de obra.

En un proceso que se supone creativo, como la animación, el sentimiento de frustración frente a la descalificación del trabajo sale a la luz como el “enojo reinante”, relatado en varias crónicas de la huelga de Disney. Este “enojo” de los animadores es descrito en las crónicas como uno de los elementos que propició las condiciones para la lucha.

Entre los años 40 y 41 se produjeron varias películas animadas, además de cortos. Películas como Pinocho, Fantasía y Dumbo; aunque ninguna de ellas con el éxito de Blancanieves. Además, los premios prometidos por las jornadas agotadoras durante la producción de la película ganadora del Oscar seguían sin llegar, caldeando el ambiente de la nueva planta industrial de la Disney.

En la mañana del 29 de mayo de 1941, y en medio de la producción de Dumbo, un piquete de 500 huelguistas (1941: Disney Cartoonists Strike) ocupó las puertas de la calle Buena Vista, invitando al resto de los trabajadores a unirse y sorprendiendo al mismo “Mousketeer” de Kansas City, como lo habían apodado a Disney los huelguistas.

Walt Disney se paró en una tarima y dio un enérgico discurso contra la huelga y los manifestantes². En algunos de los carteles de los piqueteros se podía leer: “Disney Scrab”, “Un genio contra 1.200 cerdos de Guinea” o “Blancanieves y los 700 enanitos”.

El sindicato de animadores (Screen Cartoonists Guild-SCG)

La década del 20 -como el resultado de la aniquilación de las fuerzas productivas durante la Primera Guerra Mundial y la reconstrucción de posguerra- fue una época de expansión para el capital, aumentaron las producciones de carbón, petróleo y electricidad, como corolario de una etapa de fuerte industrialización. La renta nacional de los Estados Unidos pasó de 59,5 mil millones en 1921 a 87 mil millones en 1928, con saltos espectaculares en sectores como los de la producción de automóviles (Coggiola: 2010). “A partir de 1925, a pesar de toda la euforia, la economía norteamericana comenzó a tener problemas serios. Mientras la producción industrial y agrícola se desenvolvía a ritmos acelerados, los salarios quedaban desfasados. Como resultado de la progresiva mecanización (de la industria), el desempleo fue creciendo considerablemente (...), los países europeos comenzaron a comprar cada vez menos a Estados Unidos (...), comenzaron a ‘sobrar’ enormes cantidades de mercancías en el mercado norteamericano, diseñando así una crisis de sobreproducción” (Coggiola: 2010: 87).

Entre los años 1929 y 1933, el comercio internacional se había venido abajo, los índices de producción industrial habían caído al 50 por ciento a escala mundial. Los trabajadores agrícolas, que estaban atados como nunca en su historia al mercado laboral³, no tenían posibilidades de volver a la tierra para subsistir, porque no contaban ya ni con las tierras ni con las herramientas. La masa de desocupados en Estados Unidos llegó a 15 millones entre el 29 y el 33, y a 10 millones de personas en 1940.

En esta etapa de la crisis capitalista, comienzan a formarse varios de los sindicatos de la industria del entretenimiento norteamericano: escritores, actores, editores y hasta directores se sindicalizan. Los artistas de la animación habían intentado formar un sindicato tempranamente, en 1926, tarea que no resultó en aquel momento. Según relata Coggiola, para ese momento el capitalismo norteamericano había podido separar al grueso del proletariado de la necesidad de la militancia de clase y de los sindicatos, debido a la ilusión creada en el “American Way of Life”⁴. Ilusión que quería competir con el modo de vida soviético, es decir con la Revolución Rusa de 1917. Recién en 1932, los animadores formarían un pequeño club secreto, en el amanecer de una nueva crisis.

A pesar de las contradicciones, la dispersión y la proliferación de sindicatos por empresas (creados por las patronales);

es decir, de su aparente debilidad, a partir de 1933 la historia de la clase obrera norteamericana se caracterizó por una obstinada militancia e intentos de organización (Coggiola 2010).

La Screen Cartoonists Guild (SCG), se afilia a la American Federation of Labor (AFL). Y sale de la clandestinidad en 1938, comenzando una campaña de sindicalización. Estudios como MGM, Lantz y George Pal reconocen ese mismo año al sindicato. La Looney Tunes firma un contrato sindical, luego de un piquete de seis días.

Los afiliados a la SCG, sin embargo, llegaban a 115 en 1938. Sin los artistas de la Disney, el sindicato era minoritario.

Los sindicatos norteamericanos precisaron mucho tiempo para organizarse. Para cuando tuvieron que enfrentarse a la segunda crisis, del 37-38, se vieron forzados a lanzarse a la acción política (Trosky: 1974). Este fue también el caso del SCG, que además sale a luz cuando la película Blancanieves está a punto de rodarse en los cines del país.

El contexto que en ese momento atravesaba la política norteamericana frente a la crisis estaba mediado por el llamado New Deal. Este era el nombre de la política económica del gobierno de Franklin D. Roosevelt durante la Gran Depresión, que tenía como objetivo salvar al régimen capitalista del colapso de la crisis. Si bien no era un programa definido, ya que era llevado adelante con distintas "recetas" según lo dictaran los avatares de la crisis, tenía igualmente dos objetivos en los que se apoyaba:

- 1) el Estado era el fundamental rescatasta de la crisis y tenía un papel central en las decisiones económicas que se tomaban
- 2) el Estado intervenía directamente en las políticas sociales del país y fue así que incorporó a 4 millones de desocupados a nuevos puestos creados durante la administración Roosevelt.

En este marco, la primera reelección de Roosevelt obtuvo el apoyo de la clase trabajadora norteamericana, que respaldó en gran medida las acciones del New Deal. Aunque la industria se recuperó levemente en 1933, un tercio de ella permanecía ociosa para el '34 (Coggiola 2010). Pero ya en el '37 reapareció la depresión, hecho que sólo podrá ser superado con el ingreso de los Estados Unidos en la Segunda Guerra, en diciembre de 1941.

Entonces, en 1934, los principales problemas que llevaron al colapso al régimen capitalista en el '29 seguían vigentes, la salida que encuentra el gobierno en ese momento es permitir la organización sindical, varias veces reprimida y prohibida. Pero el objetivo oculto del Estado era controlar y cooptar a las

organizaciones obreras. Para el año '40, gran parte de los sindicatos estaban formados, pero la desocupación alcanzaba aún a diez millones de norteamericanos y la clase obrera comienza a recelar de las políticas del New Deal, ya que en definitiva no logran superar la crisis.

Los trabajadores enrolados en la otra fracción del movimiento obrero norteamericano -Committee of Industrial Organizations (CIO)⁵- lanzaron en 1940 una huelga por aumento de salarios. Era una huelga directa contra el New Deal y la administración Roosevelt. A la cabeza estaban los mineros, pero también había piquetes de masas en Ford y otras industrias. La represión al movimiento obrero que no dejaba cooptarse fue en aumento. Los animadores de la Disney no estaban al margen y, desde luego, frente a la inminencia de la guerra no tenían nada que perder. Así lo relata uno de los huelguistas: "Aunque yo era joven, soltero y sin compromisos, era obvio que el Kansas City Mousketeer tuvo que aflojar sus cordones o perecer" (citado en Sito: 2005).

El reclamo

El 27 de mayo de 1941, habiendo reunido las fichas de afiliación, el líder sindical de la Disney, Herbert Sorrell, el animador Sorbet y el presidente de la SCG, Bill Littlejohn, se reunieron con Walt Disney para pedir el reconocimiento de la Unión. El tío Walt rechazó el pedido, alegando que "sus animadores" estaban ya afiliados a la Federation Screen Cartoonist, una unión trucha, creada por la compañía⁶ y declarada ilegal por la Junta Nacional de Relaciones Laborales.

Directores de animación y amigos de Walt Disney, como Art Babbitt(**), apoyaron el reclamo de sus compañeros. Walt despidió ese mismo día a 16 animadores afiliados a la SCG y al propio Babbitt. Al día siguiente el estudio quedó dividido por mitades. La producción de Dumbo no se detuvo en un principio con el inicio de la huelga, a costa de aumentar las horas de trabajo de los animadores leales a Walt.

El reclamo de los manifestantes agregó al reconocimiento de la Unión, el reclamo de las 40 horas semanales de trabajo, el aumento salarial, la aparición de los nombres de los animadores en los créditos finales de las películas (es decir, el reconocimiento de la creación de valor puesta en las escenas de las animaciones, elaboradas por cientos de artistas), y por supuesto la reincorporación de los despedidos.

Se solidarizaron con la huelga los trabajadores de la Warner Bros., quienes llegaron el primer viernes del piquete marchan-

do desde el estudio de la Warner, vestidos como revolucionarios franceses de 1789; además, los cocineros sindicalizados de los bares y restaurantes cercanos a Buena Vista, se encargaron de que no faltara comida durante las nueve semanas de acampe piquetero.

Durante cinco semanas, Disney se presentaba todas las mañanas en los estudios de la calle Buena Vista, y atravesaba el piquete y el campamento en su convertible. Una de esas mañanas intentó atropellar sin éxito a su ahora ex amigo Art Babbitt.

A pesar de algunas escaramuzas la huelga no fue violenta, pero la tensión aumentaba semana a semana debido a las provocaciones del propio Walt Disney, quien se negaba a negociar con los manifestantes.

Llegaron al piquete varios rumores de que se preparaban rompehuelgas para levantar los campamentos, pero la solidaridad obrera no se hizo esperar: mecánicos y trabajadores aeroportuarios se hicieron presentes en los piquetes para proteger a los huelguistas.

Por momentos, las acciones de los piqueteros de Disney pararon por completo la producción de Dumbo. La situación incomodaba aún más al tío Walt(***)

La imagen de Walt y de la Compañía Disney, mientras tanto, iban en retroceso, la opinión pública norteamericana apoyaba los reclamos de los animadores. Advertido por su amigo y director para la Oficina de Coordinación de Asuntos Latinoamericanos, Nelson Rockefeller, y presionado por sus acreedores y su hermano Roy, Disney viaja a Sudamérica, como embajador de buena voluntad⁷. El viaje lo traerá también a la Argentina, el 8 de septiembre de 1941, durante la presidencia de Roberto Ortiz.

La mediación del conflicto quedó en manos del gobierno federal y bajo la presión del principal acreedor de la Disney, el Bank of America.

Luego de nueve semanas de conflicto, el 21 de septiembre se levantaron los piquetes y se volvió al trabajo con una victoria: 40 horas semanales de trabajo, aumento de salarios de hasta un 50 por ciento en las categorías más bajas, los créditos en pantalla de los animadores, la reincorporación de los despedidos y el reconocimiento del sindicato.

El ingreso de Disney y de Estados Unidos en la Guerra

El ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 marcó el día "D" del inevitable ingreso de los Estados Unidos en la gue-

rra. Varios huelguistas se alistaron en el ejército, entre ellos nuestro ahora amigo, Art Babbitt⁸. Los que no se alistaron fueron despedidos no bien la ley lo permitió; es decir, luego del arbitraje federal de 90 días que coincidió con la fecha de navidad. Como una metáfora terrorífica del imperio comercial que estaba construyéndose en los estudios Disney antes, en las vísperas de otras navidades, se había estrenado Blancanieves y se habían inaugurado los nuevos estudios Disney; ahora se despedía a los huelguistas.

Algunos artistas formaron otros talleres, de los que surgieron tiras de cómics, como *Daniel el Terrible*. Al resto se los fue despidiendo en la medida en que se incorporaban nuevas tecnologías al proceso de producción, y con el ingreso de Disney en las películas de “acción real” (con actores). Estos despidos fueron disfrazados siempre como recortes de personal, y estuvieron amparados por las leyes federales.

Walt Disney y su imagen pública quedaron muy golpeados. Aun así, durante la guerra colaboró activamente con el gobierno norteamericano, usando su estudio como plataforma para la propaganda yanqui⁹. La guerra no sólo sirvió para terminar con el “sobrante” de mercancías, mano de obra desocupada y capital (en definitiva “sobrantes” de fuerzas productivas), sino también para reinstalar a Disney en el mercado del entretenimiento mundial como el símbolo del American Way of Life, frente al “modo de vida comunista”.

El inicio de la guerra había encontrado, a pesar de sus contradicciones, a una clase obrera estadounidense en mejores condiciones para la lucha que durante el periodo del 29-30. Su espíritu de lucha fue apagado, sin embargo, por la ofensiva patriótica ante la entrada del país en la guerra. Porque, por un lado, el ingreso en la guerra terminó con los efectos negativos de la crisis y porque la clase obrera también marchó a ella como la carne de cañón del capital en crisis.

“Al final de la guerra, sólo el 1% de la fuerza laboral norteamericana estaba desempleada” (Coggiola 2010). La guerra había terminado de un plumazo con el sobrante de fuerzas productivas. Más de 60 millones de hombres muertos por las armas, 50 millones de civiles muertos en los ataques militares, esto sin contar las muertes colaterales por hambre y frío. Una verdadera catástrofe humanitaria.

Al final de la guerra, durante el año 1947, Walt Disney testificó ante el Comité de Actividades Anticomunistas¹⁰, denunciando al líder de la huelga, Herbert Sorrell, entre otros, como agitador comunista. Aportó incluso fotografías que él mismo había tomado de los piquetes de 1941 en la calle Buena Vista,

para sostener sus acusaciones. Muchos de los huelguistas pasaron entonces a integrar las listas negras del Comité.

Una conclusión

El análisis de la huelga de Disney sirve para echar luz sobre la industrialización y mercantilización de la cultura y su expresión en las industrias culturales. Es una huelga que impacta en el medio del corazón simbólico del imperialismo. En su desarrollo son develadas las bases reales sobre las que se asienta el American Way of Life. La mercantilización cultural no puede desarrollarse sin antes haberse comprado la mercancía fundamental de la relación social capitalista, la fuerza de trabajo. En este caso, la de uno o varios artistas que en la medida en que su trabajo es enajenado, se alejan del proceso creativo y se acercan a un trabajo mecanizado y de repetición de la tarea. Trabajo en serie y arte seriado.

Otro aspecto no tocado aquí y que necesita de un análisis, es la actuación de los sindicatos durante este periodo y el que siguió durante la guerra.

Otra conclusión: socialismo o barbarie

En perspectiva, la crisis del año 30 y su salida a través de la Guerra Mundial, brindan las lecciones de historia que deberían ayudar a sacar las conclusiones frente a la crisis desatada en 2007.

Las guerras mundiales tampoco pudieron dar una salida real a la crisis de sobreproducción. Trotsky consideraba que la Segunda Guerra Mundial no sólo era la expresión de los límites de la dinámica del capital sino también una continuidad de la primera guerra. Es decir que en ella reinaban las mismas causas que provocaron la primera Gran Guerra, en 1914. O sea, la incapacidad del capital de salir de la crisis sin la masacre de una parte de la "humanidad sobrante".

Las crisis que siguieron a la posguerra deben ser entendidas, entonces, como parte del mismo proceso histórico que tiene sus antecedentes en la crisis del '30. Crisis que en vano intentó saldarse con la primera Gran Guerra.

Si la sociedad capitalista ha encontrado un límite, en la agenda de la clase obrera está la tarea de refundar la sociedad sobre nuevas bases sociales; bases humanas y socialistas, bases donde la creación artística no esté mediada por la explotación y el consumo.

Esta última conclusión sea, tal vez, aquélla a la que no arribaron los artistas de la Disney en 1941.

Bibliografía

- Rieznik, Pablo; Bruno, Diego, Duarte, Daniel; Rabey, Pablo: 1968: Un año revolucionario. Editorial OPFyl. Buenos Aires, 2010. Primera parte.
- Brenner, Robert: La economía de la turbulencia global. Akal, Madrid, 2009, Introducción.
- Coggiola, Osvaldo: "La crisis del 1929". En defensa del Marxismo N 37. Marzo de 2010.
- Heller, Pablo: "El fin del trabajo, de Jeremy Rifkin", En defensa del Marxismo N 18, Octubre 1997.
- : "Teórico N° 9 (20/05/08) ¿Treinta años gloriosos?", Historia de los Sistemas económicos (B), Secretaría de Publicaciones CEFyL, UBA, Buenos Aires, 2008.
- Holliss, Richard y Sibley, Brian: The Disney Studio Story, Crown Publ., New York, 1988.
- Leckachman, Robert: La era de Keynes, Alianza Editorial, Madrid, 1970.
- Madison, Angus: Historia del desarrollo capitalista, sus fuerzas dinámicas, Ariel, Madrid, 1999.
- Mattik, Paul: Marx y Keynes, Ed. Era, México, 1987, capítulos 1 y 2.
- Rieznik, Pablo: "El carácter actual histórico actual de la crisis mundial", En defensa del Marxismo N 37, marzo 2010.
- : Las formas del trabajo y la historia. Una introducción al estudio de la economía política, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Sito, Tom: The Disney Strike of 1941: How It Changed Animation & Comics, en <http://www.awn.com.users.tsito>, 2005.
- Trosky, León: "La curva del desarrollo capitalista". En Una escuela de estrategia revolucionaria. Editorial Yunque, Buenos Aires 1974.
- Watts, Steven: The Magic Kingdom: Walt Disney and the American Way of Life, Houghton Mifflin Co., Boston, 1997.
- Crónicas en Internet
- 1941: Disney cartoonists strike, <http://libcom.org/history/1941-disney-cartoonists-strike>
- Disney Strike of 1941, http://www.skewsmc.com/disney_strike.html

Notas

1. El plusvalor absoluto es uno de los métodos de exacción de valor excedente por parte del capital, que se obtiene aumentando las jornadas de trabajo o los ritmos por el mismo salario. El límite que encuentra es el propio cuerpo del obrero, que comienza a resistir las presiones para trabajar con ritmos acelerados o con largas jornadas.
2. Pueden leerse extractos del discurso y de otros artículos desde el punto de vista del propio Walt Disney en: Richard Holliss and Brian Sibley, *The Disney Studio Story*, New York: Crown Publ., 1988.
3. Este es un elemento nuevo de la crisis capitalista, producto de la maquinización y la industrialización del campo, así como del acaparamiento de tierras por el capital.
4. El modo de vida americano.
5. "En medio del clima de apoyo estatal para el movimiento obrero, en 1935 John L. Lewis, de la United Mine Workers, se retiró de la AFL y formó la CIO, (...) Roosevelt... prestó apoyo a la formación de la CIO... respondiendo a la política de frente popular defendida por la Internacional Comunista desde 1935, tendrá un lugar importante en su liderazgo" (Coggiola 2010: 98).
6. "La decadencia de la AFL y la proliferación de sindicatos por empresa, no relacionados entre sí y totalmente al servicio de la patronal, que alcanzaron más de 1.500.000 trabajadores, tiene su mejor explicación en la necesidad del capitalismo de liquidar los sindicatos, que de acuerdo con la afirmación de Gramsci: luchaban por la libertad del trabajo contra la libertad industrial" (Coggiola: 2010).
7. En 2009, financiada por la Disney Family Foundation se estrenó en Estados Unidos el documental *Walt and el Grupo*, que relata la travesía sudamericana de Disney. Según la tesis del documental, la visita del creador de Mickey a estos lares estuvo mediada por el gobierno norteamericano a fin de forjar un sentimiento de panamericanidad para encarar posibles alianzas sudamericanas contra las

potencias del Eje, y asegurar la venta de las materias primas para la guerra. Disney habría llegado aquí, entonces, como un embajador de Rockefeller y Roosevelt y no como vía de escape al conflicto salarial en Buena Vista ("Tiempo Argentino": "El día que Goofy bailó el malambo y se convirtió en gaucho")

8. Babbit regresa a Estados Unidos al final de la guerra y se reincorpora durante unos meses a Disney. Luego de su renuncia trabajará en UPA, una compañía creada por ex huelguistas de Buena Vista.

9. Puede verse la propaganda de la guerra en películas como: "Victoria a través de la fuerza aérea" (1943), "Educación para la muerte" (1943), "El rostro del Führer" (1942-3), entre otras.

10. La etapa es más conocida como Cacería de Brujas. La persecución macartista contra el activismo sindical y clasista norteamericano inauguró a su vez la Guerra Fría contra la URSS y el comunismo internacional.

(*) Cámara multiplano: se colocaban múltiples capas de diferentes distancias del paisaje de la animación para crear profundidad con el movimiento de la cámara. El desarrollo técnico se realizó en los estudios Disney y es considerado como uno de los avances técnicos más revolucionarios en la animación bidimensional.

(**) Art Babbit pertenecía al grupo de "los 9 viejos", los animadores pioneros de la Compañía.

(***) Disney no se privó de caricaturizar a los principales jefes de la huelga, como los payasos de Dumbo.

La otra historia

Sobre dos libros de Norberto Galasso

La Revolución de Mayo. Buenos Aires: Colihue, 2010

Verdades y mitos del Bicentenario. Buenos Aires: Colihue, 2010

Christian Rath

Los temas históricos, aun los referidos al origen de sus propios partidos, son escasamente abordados por los líderes políticos de la burguesía. Abordarlos supondría abrir un debate sobre los problemas políticos planteados a la hora de constituir una nación, y desnudar la conducta de sus direcciones y de quienes se reconocen como sus continuadores. En definitiva, sacar a luz el fracaso histórico de las clases sociales que han orientado aquellas direcciones. Por eso podría decirse que existe una unidad entre los partidos a la hora de abordar la historia nacional, que consiste en una canonización global del pasado y una utilización superficial de los “hombres de Mayo”, o de los héroes, genuinos o de los otros, para las necesidades políticas inmediatas y punto (una caracterización que incluye al propio Perón).

Podría afirmarse que el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner constituye hasta cierto punto una excepción a esta regla. La Presidenta se ha reconocido parte de “una historia que siempre nos han escamoteado”, llamó a reivindicar “el camino” de Túpac Amaru, Moreno, Artigas, Belgrano, enalteció el patriotismo de Francisco Solano López y denunció la guerra del Paraguay como la guerra de la Triple Infamia y la Triple Traición, con la respuesta enardecida del diario *La Nación*; el diario que, en palabras de Homero Manzi, “Mitre dejó como guardaespaldas”.

Las definiciones de Cristina Kirchner tienen la huella de la llamada “izquierda nacional”, en la que militaron, muchos años atrás, varios de los funcionarios del actual gobierno. Esta corriente cree vivir una resurrección política como supuesto acompañante de izquierda de los gobiernos nacionalistas de América Latina. Si se le cree a Norberto Galasso, “la corriente latinoamericana, federal provinciana, socialista nacional o nacional popular se ha convertido, bajo la denominación de ‘La Otra Historia Argentina’ en la principal antagonista de ‘La Historia Social’ que hoy predomina en las universidades”.

Dos libros recientes de este autor motivan el presente artículo: constituyen una síntesis actualizada de las posiciones de esta corriente que, reconoce Galasso, tuvo en Jorge Abelardo Ramos su “principal exponente”, a pesar de “la declinación de sus últimos años”. Ramos defendió al gobierno de Menem, fue su embajador y disolvió lo que quedaba de su corriente en el PJ. Mucho antes de su abandono formal del marxismo apoyó a Frondizi, consideró que la dictadura de Onganía abría una perspectiva de “liberación nacional”, respaldó al gobierno de la Triple A y llegó a pedirle una definición “nacional” a la dictadura del Proceso, aclarando no tener “apuro electoral alguno” para su partida. Más tarde, defendió como “militares progresistas al estilo de Perón” a Seineldín y Aldo Rico.

¿“Declinación de los últimos años”?

La “otra historia” de la “izquierda nacional”

Galasso confronta con la historiografía “liberal oligárquica” -que el PS y el PC hicieran suya- a la que acusa de presentar una “revolución separatista, independentista, dirigida a vincularnos al mercado mundial, probritánica y protagonizada por la *gente decente*” en la que Mariano Moreno aparece como un “liberal europeizado, antecedente de Rivadavia”. Confronta también con el revisionismo histórico que se identifica con los hacendados, sustenta al nacionalismo de derecha y, no casual-

mente, surge en la década de 1930: un nacionalismo para el cual, en palabras de Hugo Wast, "la patria no nació de la entraña plebeya sino de la entraña militar".

Galasso se opone a estas corrientes, presuntamente desde la izquierda. Reivindica el carácter popular de la Revolución de Mayo, destaca el Plan de Operaciones de Moreno y las acciones de profundización del proceso revolucionario lideradas por éste y por Artigas, y analiza a la Revolución de Mayo en el cuadro de la crisis internacional de la época: señala como un factor clave de Mayo el levantamiento nacional y la guerra de independencia de España contra los ejércitos de Napoleón, que tiene su punto de partida en la insurrección de Madrid del 2 de mayo de 1808.

Esta caracterización parecería un acierto de Galasso, en oposición a los Mitre y el ala izquierdista de la historiografía liberal -José Ingenieros, el PC o, más claramente, el estalinismo- que atribuyeron a la España feudal el origen de los rasgos más atrasados de los nuevos Estados; y aun a la historiografía que llegó al punto de calificar la Revolución en España de 1808 como una mera "movilización popular", y a denunciarla por el carácter "antirrevolucionario" de sus consignas (Halperín Donghi, 1972).

La "otra historia" de la izquierda nacional es, sin embargo, una versión adulterada y castrada del proceso revolucionario que envuelve a las Provincias Unidas del Río de la Plata durante casi 15 años, desde las invasiones inglesas hasta la derrota de Artigas, que no marca su fin pero sí su declinación.

¿Sólo un capítulo de la Revolución en España?

Según Galasso, la Revolución de Mayo fue sólo un eco del proceso político que se vivía en España, y su desenlace estuvo dictado por el fracaso de la revolución democrática en la metrópoli:

La inexistencia en España de una burguesía capaz de sellar la unidad nacional, consolidar el mercado interno y promover el crecimiento económico... provoca que aquel liberalismo nacional y democrático de la Francia del 89 sufra en España y América una frustración...

El autor considera que la "revolución nacional española se convierte, en la lucha misma, en revolución democrática", acaudillada por las Juntas que se constituyen a partir del desmembramiento de la monarquía española, y destaca las

transformaciones sociales producidas a partir de su iniciativa. Señala que “la Junta de Galicia, por ejemplo, impone fuertes impuestos a los capitalistas, ordena a la Iglesia que ponga sus rentas a disposición de las comunas y disminuye los sueldos de la alta burocracia”. Todo esto lo lleva a caracterizar la formación de Juntas en Hispanoamérica como un fenómeno de conjunto, irradiado desde España, desde el momento en que la caída de la Junta Central (enero de 1810) determina que entre abril y diciembre de ese año se conformen casi todas ellas “a nombre de Fernando VII”.

Ante la opción -escribe Galasso- de caer en manos de los franceses, que dominan casi todo el territorio español, o de un gobierno girado a la derecha que linda con el absolutismo, las fuerzas democráticas se lanzan a la revolución sin propósito secesionista, sino integrándose al movimiento popular que en la península confía en la profesión de fe liberal del cautivo Fernando VII.

En esta concepción, Mayo no fue más que una prolongación de lo que ocurría en España -“la guerra fue de hermanos, civil”, sostenía Enrique De Gandía, el primero en plantear esta caracterización- y confrontó al “liberalismo popular” (Moreno, San Martín) con el “liberalismo oligárquico”. Más explícitamente,

... no eran presuntas rivalidades nacionales (...) sino que se trataba de una pugna entre absolutistas -nacidos en América o en España- y revolucionarios democráticos -también nacidos en América o en España (subrayado nuestro).

En esta línea, Galasso sostiene -reivindicando una vieja posición de “Frente Obrero”- que la Revolución de Mayo “no fue una revolución contra España, porque no existía una opresión de tipo colonial, sino de tipo feudal absolutista” y revela que en 1948 (primera presidencia de Perón) la Academia Nacional de la Historia sustituyó la expresión “período colonial” por “período de la dominación y civilización española”.

Pero una lectura rigurosa de los hechos desbarata la versión que hace de la historia la izquierda nacional.

Sobre la “máscara” de Fernando VII

Galasso va a dedicar muchas páginas a explicar que la Revolución de Mayo no tuvo por objetivo la independencia de

las Provincias Unidas del Río de la Plata, apelando a ejemplos simples pero, a la vez, aparentemente inapelables: la Primera Junta va a jurar fidelidad a Fernando VII el 26 de mayo, la efigie del monarca está en el cintillo del sombrero de los movilizados, French y Beruti reparten cintas blancas como expresión de la unión entre americanos y españoles, y la bandera española va a permanecer izada en el Fuerte de Buenos Aires hasta 1814.

Volvamos a Europa en 1808 y en particular a la relación de España e Inglaterra con las colonias. La abdicación colectiva de los reyes españoles en favor de José Bonaparte, y la ocupación de la totalidad del territorio de la península por las tropas francesas, reforzó el bloqueo continental contra Gran Bretaña dispuesto por Napoleón y planteó un viraje en la política inglesa, que dejó de lado la penetración mercantil impulsada por Lord Castlereagh y se lanzó a impedir de cualquier modo que las colonias americanas cayeran en poder del enemigo. Es así que el gabinete de Londres votó el envío de un ejército de 8.000 hombres con el propósito de desembarcar en la América española y, en una de sus variantes, atacar Venezuela y el Río de la Plata.

Estos planes cambiaron abruptamente cuando el levantamiento del pueblo español, iniciado en Asturias y encabezado por la Junta de Oviedo, le declaró la guerra a Francia y pidió ayuda al gobierno británico. Los representantes españoles se reunieron con Canning -primer ministro inglés- el 8 de junio de 1808 y de allí surgió la resolución de cambiar el destino de la expedición organizada, enviándola a la península ibérica con el objeto, según dijo Canning en la Cámara de los Comunes, de preservar la integridad e independencia de la monarquía borbónica, "según el principio de que cualquier nación de Europa que salga a oponerse a una potencia... enemiga común de todas las naciones (Francia)... se convierte instantáneamente en nuestra esencial aliada" (Orsi, 1969).

El 4 de julio de 1808, Gran Bretaña proclamó la paz con España y en enero de 1809 suscribió un tratado de amistad y alianza con la Junta Central de Sevilla. En función de este tratado Canning planteó, además, el derecho de su país a comerciar con las colonias de la América española. Es decir que, al momento de la Revolución de Mayo, la corona inglesa defendía la reinstalación de los Borbones en España -de Fernando VII en particular- y era opositora a todo proceso de independencia. Por esa razón desalentó la pretensión de la corona portuguesa instalada en Brasil -a través de la infanta Carlota- de obtener la posesión de las colonias del Río de la Plata.

Esta es la principal razón por la que la Primera Junta apeló a la “máscara” de Fernando VII en un momento en que el poder de esta corona había pasado a ser fantasmal con la caída de Sevilla y de la Junta Central en enero de 1810. Es lo que plantean, por otra parte, los propios protagonistas. En un documento que envía al Foreign Office el embajador en Río de Janeiro -a la sazón la autoridad diplomática más importante de ese país en la América española- informaba que había hecho saber a Buenos Aires “de la manera más urgente lo loco y peligroso de toda declaración de independencia prematura y de la necesidad, desde todo punto de vista, de que sigan preservando el nombre a la autoridad de su legítimo soberano”. Textual lo que se hizo. Manuel Moreno, hermano del secretario de la Primera Junta, propondría en 1812 abandonar la “máscara”:

... es demasiado cierto que los momentos de una acomodación racional y mutuamente provechosa se han pasado ya, que la absoluta libertad del Pueblo Americano o su completa ruina, es lo único que resta escoger (Moreno, 1937).

La Primera Junta no fue una agencia del gobierno inglés, pero sería absurdo desconocer las expectativas de los luchadores criollos en que éste jugara un papel activo o al menos neutral en la lucha por la independencia.

Finalmente, despejado este punto, aun colocado bajo la égida de Fernando VII a instancias de la diplomacia británica y de los límites de su dirección ¿el proceso de Mayo fue un simple eco de los sucesos de España? Rotundamente, no. Hablan los hechos: el envío del primer ejército expedicionario al Alto Perú bajo el mando de Castelli, que declaró la libertad e igualdad absoluta de la masa indígena y chocó con la Iglesia y la burguesía criolla; el fusilamiento de los alzados contra la Revolución -no sólo Liniers: en 1812 Martín de Alzaga y otros cuarenta fueron fusilados por conspirar contra la Revolución-, la expulsión de los funcionarios españoles y la prohibición de ejercer cargos públicos a los nacidos en la península hostiles al nuevo gobierno; el revolucionario Plan de Operaciones presentado por Moreno a la Primera Junta (ver EDM, Rath, 2010).

El 29 de mayo de 1810 la Junta decidió la organización de un ejército permanente, a partir de la vuelta al servicio de todos los que habían estado incorporados con motivo de las invasiones inglesas y los hombres sin ocupación entre los 18 y los 40 años. Era una fuerza criolla, desde el momento en que el aplastamiento de la rebelión dirigida por los comerciantes

españoles en 1809 trajo aparejada la disolución de los regimientos que respondían a la península. El mismo día la Junta nombró un enviado diplomático ante la Corte de Inglaterra y el gobierno de España.

Basándose en estos hechos, John Lynch (1980) sostiene que "el cambio de facto fue tan revolucionario que tiene relativamente poca importancia que los insurgentes se engañaran a sí mismos o a los demás con la *máscara* de Fernando". Esta apreciación debe ser, sin embargo, matizada. Nadie puede engañar a su propia base y la invocación a Fernando VII no fue gratuita: jugó un papel de contención en relación con las tendencias revolucionarias que se expresaban en el Río de la Plata, ayudó a sofocar las tendencias a la independencia y a la reorganización social y alentó el frente único de los enemigos de la revolución.

El proceso vivo planteado por la intervención de las masas en el Río de la Plata -el movimiento de lucha orientado por Artigas, las corrientes transformadoras en Buenos Aires- colocaron rápidamente el tema de la independencia en el centro de la situación política, mucho antes de la derrota de los ejércitos napoleónicos y del regreso de Fernando VII. Los delegados de la Banda Oriental impulsaron la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata hasta el Alto Perú de todo dominio extranjero y fueron rechazados de la Asamblea del año XIII por ser depositarios de este mandato, que tuvo el apoyo de la minoría de la Logia Lautaro orientada por San Martín. Una Asamblea que Galasso reconoce como parte de la tradición revolucionaria y es una enorme frustración nacional.

¿Existía una cuestión nacional en América en 1810?

Según Galasso, no. Dice el autor que, desde el momento en que no había invasión extranjera, como la sufrida por España, y el mayor organismo político español -la Junta Central de Sevilla- había declarado que no consideraba a estas tierras como colonias sino como provincias del territorio en igualdad de derechos, no existía una cuestión nacional entre el opresor español y el criollo. El único pueblo sometido era el aborigen y "si existía una cuestión nacional ésta solo podía entenderse como opresión de los colonizadores españoles sobre los indios americanos".

Galasso resuelve ignorar el monopolio del comercio, del poder político -virreyes, cabildos, audiencias- y de la fuerza armada -con la excepción relativa del Río de la Plata, luego de las invasiones inglesas- para oponerle un escenario inventado en el que "el español y sus descendientes nacidos en América,

organizados socialmente con la incorporación de indios y mestizos armaron una sociedad” en la que no estaba presente la “opresión nacional”. La coronación de este proceso, para el autor, fue la formación de Juntas en toda Hispanoamérica a partir de la caída de Sevilla y de la Junta Central en enero de 1810. “Las Juntas en América -salvo dos o tres casos donde los sectores reaccionarios toman el poder... aparecen así como expresiones democráticas”, jamás secesionistas de España sino integradas al movimiento popular de la península.

La realidad es otra. En primer lugar, no hubo un proceso político homogéneo en las Juntas. En Venezuela, el Congreso del 7 de julio de 1811 declaró a sus territorios “Estados libres, soberanos e independientes” buscando la inserción de la oligarquía “mantuana” en el mercado mundial. Es decir, fueron “separatistas”. En México, el alzamiento revolucionario de Hidalgo (1810) fue continuado por Morelos y tuvo su expresión cimera en el congreso de Chilpancingo (1813) que abolió la esclavitud, eliminó los tributos sobre el indio, ordenó el reparto de los latifundios -fincas que tuvieran más de dos leguas- y declaró la independencia. También fueron “separatistas”, aunque en su inicio el alzamiento había vindicado a Fernando VII y el “buen gobierno”. Paraguay proclamó su independencia en 1811, y fue, por lo tanto, también “separatista”. En Perú, en cambio, no fueron “separatistas”: los criollos repudiaron la independencia desde el vamos por su temor a abrir las puertas a una nueva rebelión indígena, con el levantamiento de Túpac Amaru oprimiéndoles el cerebro.

En segundo término, las Juntas no fueron, de conjunto, expresiones democráticas: sólo en algunos casos puntuales se logró ampliar la representación de la “gente decente” en los Cabildos Abiertos, lo que incluyó a las oligarquías criollas. El cartero French y el empleado público Beruti, patriotas de la primera hora, no formaron parte de la Primera Junta.

La caída de Sevilla y de la Junta Central actuaron como un precipitante de las crisis políticas y de poder en la mayoría de las colonias, y en cada una de estas crisis las Juntas y las clases actuaron en función de episodios que se venían desplegando y encadenando desde hacía cuarenta años, como parte del proceso histórico de la revolución social burguesa. Que la revolución en las colonias se expandió como “un reguero de pólvora, a través de Juntas y en nombre de Fernando, como parte del proceso democrático español” es una construcción artificial que hace tabla rasa con el proceso emancipador y la rebelión que lo animó, además de confundir sobre el “proceso democrático” en la península y embellecer el papel del liberalismo de la península.

Marx y la opresión colonial

La revolución en España tuvo su expresión más viva y transformadora en la acción de las juntas locales y provinciales, antes que la Junta Central viniese a "centralizar" la lucha. Erigida en Sevilla en septiembre de 1808, la JC actuó en sentido contrario: restableció las viejas autoridades, dio marcha atrás con las expropiaciones, anuló las medidas confiscatorias contra el clero. Según Marx (1973) "no satisfecha con actuar como un peso muerto sobre la revolución española, la Junta Central trabajó realmente en un sentido contrarrevolucionario". Fruto de esta conducta lo que la acción de las juntas locales había logrado en la defensa de su país, uniendo la lucha contra el invasor francés a la transformación social, fue dilapidado vertiginosamente. Luego de la batalla de Bailén, los franceses recuperaron gran parte del territorio que habían perdido hasta ese momento por la acción revolucionaria.

Bajo la Junta Central y el aun más derechista Consejo de Regencia (Cádiz) los fundamentos de la política colonial no se alteraron, aunque las colonias pasaran a llamarse provincias y la Junta les otorgara una representación disminuida y luego adulterada (Buenos Aires no envió delegados a las Cortes).

Uno de los grandes objetivos de la Constitución (liberal) de 1812 era conservar el dominio de las colonias españolas, introduciendo en la nueva legislación un sistema de representación unificada. En 1811, los españoles llegaron inclusive a equipar un considerable ejército, formado por varios regimientos de Galicia, única provincia de España no ocupada entonces por los franceses, para utilizar la fuerza contra sus colonias sudamericanas. Constituía casi el principio más importante de la Constitución mencionada el no abandonar ningunas de las colonias pertenecientes a España y los revolucionarios de hoy (1854) comparten la misma opinión.

Quien escribe esto es Karl Marx, que evidentemente no advirtió que en la América Española de 1812 no existiera una cuestión nacional (1973).

¿La Independencia de 1816, el gran episodio de la emancipación?

En esta línea de análisis Galasso reivindica el Congreso de Tucumán, tal como lo hizo en su momento Jorge Abelardo

Ramos. Señala que “al fracasar la revolución democrática en España con la restauración de Fernando el cretino, la independencia de América fue un acto defensivo frente a la España negra” y, en esta medida y de conjunto, reivindica el papel de las direcciones de la época. La declaración de la independencia pasa a ser un eslabón de la ‘gran nación latinoamericana’, en la medida en que se declara de las Provincias Unidas del Sur. Recordemos que para la izquierda nacional la América española era una unidad nacional preexistente que el proceso posterior convirtió en “veinte repúblicas impotentes” (ver Ramos, 1949).

El proceso que Galasso concibe como una lucha entre “absolutistas” y “revolucionarios democráticos” en la América española va a tener, en su apreciación, un punto de viraje hacia 1816, cuando Europa cayó bajo el dominio de la reacción política -la Santa Alianza- y Fernando VII ocupó el trono derogando la Constitución liberal de 1812 y lanzando una feroz persecución contra los animadores de la Revolución iniciada en 1808:

Ahora sí es preciso declarar la Independencia, para no caer de nuevo bajo el absolutismo. Ahora sí, como aquella revolución nacional de España de 1808 se había convertido en democrática, la Revolución democrática de América debe convertirse en nacional, en independiente, para salvar su democracia.

El punto culminante del proceso de emancipación nacional sería, de este modo, el Congreso de Tucumán y la declaración de la Independencia en 1816 que “apunta a la constitución de la Gran Patria Latinoamericana... pensamiento dominante de los principales protagonistas de estos sucesos” (Galasso, 2000).

La “otra” historia encalla aquí sin remedio. El Congreso de Tucumán estuvo precedido por la Asamblea de 1813, de la que fueron excluidos los diputados de la Banda Oriental, portadores de un mandato democrático y nacional: independencia inmediata, república democrática, autonomía de las provincias bajo una confederación, capital fuera de Buenos Aires, eliminación de los impuestos interprovinciales y libre navegación de los ríos, el Paraná y Uruguay, lo que significaba atacar el monopolio de la Aduana y liquidar el aislamiento de Paraguay. Este programa chocaba con los intereses de la burguesía comercial porteña y de los hacendados de la provincia -aunque éstos no fuesen aún la facción dominante, su política tenía un poderoso punto de contacto con los nuevos acreedores de la

deuda pública, fuertemente preocupados por el control de la Aduana para garantizar su pago.

El 18 de abril de 1815 cayó el Directorio en manos de Alvear, a raíz de las sucesivas derrotas de las tropas porteñas a manos de los ejércitos del Protector de los Pueblos Libres, alzados en defensa de un programa de independencia absoluta, federalismo y transformación social. Antes de este desenlace, Alvear había pedido la protección británica porque las Provincias Unidas "no podían gobernarse a sí mismas" y ofrecido a Artigas la independencia absoluta de la Banda Oriental a cambio de que Entre Ríos y Corrientes quedasen bajo el dominio de Buenos Aires, una propuesta rechazada por el Protector de los Pueblos Libres. A esta altura, Artigas dirigía una coalición que se extendía desde Córdoba a la Banda Oriental, pasando por todas las provincias del Litoral, y llegó a sumar a la lejana provincia de La Rioja. El 10 de septiembre de ese mismo año Artigas dictó el Reglamento Provisorio que establecía el reparto de tierras y ganado confiscado a los alzados contra la independencia, entre los criollos pobres, los indios y los negros.

El Congreso de Tucumán se hizo en oposición a esta rebelión de las masas del interior. La Liga de los Pueblos representó una alternativa política concreta al dominio de la burguesía comercial porteña aferrada a la Aduana. Para estos intereses la declaración de la independencia sólo tenía sentido en tanto y en cuanto se asegurara su dominio político, lo que significaba, inexorablemente, el aplastamiento de las masas dirigidas por Artigas. En este escenario, el Congreso de Tucumán fue el mascarón de proa de las combinaciones políticas monárquicas derivadas de la influencia inglesa, de las maquinaciones dirigidas a la preservación de la Aduana para la burguesía comercial porteña y los hacendados, en ese orden; y, por sobre todas las cosas, del aplastamiento de Artigas y las masas del interior.

En el Congreso de Tucumán fueron proscriptos los delegados orientados por Artigas provenientes del Litoral y la Banda Oriental, y el Directorio se aseguró una mayoría sobre la base de representaciones fantasmales. Los diputados de Cuyo - orientados por San Martín- convalidaron este golpe de Estado y una vez declarada la independencia no fueron oposición a los intereses portuarios.

La declaración de la independencia estaba planteada objetivamente. Fernando VII organizaba el retorno al orden perdido y perseguía a los liberales -no había margen alguno para sostener un gobierno con su "máscara"- y, por otra

parte, el imperio inglés no estaba dispuesto a empeñarse en una recuperación de las colonias por parte de España. Instalada en la agenda de todas las clases sociales la burguesía comercial porteña actuó a conciencia para darle su propio contenido: presentar ante las masas el escenario del nacimiento de una “noble y grandiosa nación”, mientras en bambalinas se organizaba el aplastamiento de sus mejores exponentes.

En la sesión secreta del 6 de julio de 1816, Manuel Belgrano brindó un informe sobre su gestión oficial en Europa, destacando el desprestigio de la revolución americana por su caída en “el desorden y la anarquía” y la necesidad de la monarquía, enlazada con la corona portuguesa. Al mismo tiempo los delegados porteños en Río de Janeiro acordaban el aval del Directorio a la inminente invasión portuguesa a la Banda Oriental. Dos días antes de la declaración de la Independencia las tropas portuguesas ingresaron en territorio de la Banda Oriental, con el propósito de aniquilar el ejército popular de Artigas. Una invasión pactada en el seno mismo del Congreso de Tucumán y que tuvo el auspicio del imperio británico, sin cuyo acuerdo las fuerzas portuguesas no se habrían desplazado. El Congreso proclamaría más tarde: “El estado revolucionario no puede ser el estado permanente de la sociedad”.

Es imposible no advertir la política de entrega y represión que se consumó en las Provincias Unidas a partir del Congreso de Tucumán. Sus beneficiarios fueron los comerciantes ingleses, que se convirtieron en los mayores poseedores de los títulos de deuda pública, provocada en gran medida por los gastos militares. También los hacendados, que obtuvieron (1817) la prerrogativa de hacerse propietarios de la tierra que conquistasen en la pampa húmeda. Una política que anticipaba la entrega de tierras consumada bajo la Ley de Enfiteusis de Rivadavia.

La declaración de Independencia no se propuso abrir un rumbo nacional sino “restaurar el orden” deseado para las fuerzas sociales dominantes. Coherentemente, desde fines de 1816 se desató una feroz represión que barrió con toda oposición al bloque dominante. French, Manuel Moreno, Dorrego y otros que constituían la primera línea de lo que se llamó el “partido morenista” fueron deportados “cada uno con una barra de grillos”. Por orden de Manuel Belgrano, el federal salteño Moldes fue enviado a Chile, donde San Martín lo encarceló. Los líderes federales Bulnes, de Córdoba, y Borges, de Santiago del Estero, fueron detenidos y éste último fusilado el

1º de enero de 1817 por orden de Belgrano. El fusilamiento de Borges fue el primer asesinato político en el campo de los patriotas, una acción por la que los verdugos recibieron una condecoración que decía: "Honor a los restauradores del orden". Es lo que el Congreso de Tucumán entendía como "poner fin a la revolución".

Producido el aplastamiento de la oposición, el Congreso oriundo de Tucumán asestó el 10 de diciembre de 1817 la puñalada final contra el movimiento dirigido por Artigas:

El gobierno de las Provincias Unidas se obliga a retirar inmediatamente todas las tropas que... hubiere mandado en socorro de Artigas... y no admitir aquel jefe y sus partidarios armados en el territorio. Y cuando... no haya medios de expulsarlos... podrá solicitar la cooperación de las tropas portuguesas (Academia, 1941).

La Patria Grande...

El planteo según el cual las colonias españolas en América constituían "la gran nación latinoamericana", fragmentada durante las guerras de la independencia, fue criticado unilateralmente por Milcíades Peña (1969). Las colonias americanas carecían de una unidad económica, lo que impidió a España constituir un solo gobierno y aún lograr cierta homogeneidad dentro de los virreinos establecidos. Tanto Moreno como Alberdi habían advertido esta circunstancia dada la extensión y variedad del territorio de la América española, en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la época. Peña erró al extender esta caracterización para el Virreinato del Río de la Plata, siendo que en este caso existían elementos que apuntaban a constituir una base económica común asentada en producciones destinadas al mercado mundial: la minería en decadencia y la producción de cueros y luego tasajo, en ascenso.

No es cierto que la disgregación del Virreinato haya sido el desenlace inevitable de su heterogeneidad -desde 1776, año de su creación, se constituyó en la región más dinámica e integrada de las colonias españolas en América. El dominio político de la burguesía comercial porteña, los hacendados y el gobierno inglés llevaron a la entrega de la Banda Oriental y la segregación del Paraguay. Cincuenta años después, la misma alianza de la oligarquía porteña con la brasileña, con el auspicio inglés, gran beneficiario del endeudamiento por la guerra, convertiría a Paraguay en escombros.

Moreno, San Martín, Perón...

Para Galasso, la de Mayo fue una “revolución democrática” cuya dirección habría expresado “una unidad frontal contra el enemigo principal y disidencias secundarias... como resulta habitual en los frentes de liberación”.

Mayo fue una revolución democrática frustrada, desde el momento en que su ala revolucionaria fue aplastada por la confluencia de los comerciantes porteños, los hacendados y los agentes del imperio británico. No es cierta la tesis de un “frente único de liberación” en Mayo, en lo que constituyó un movimiento fuertemente empírico en donde los Saavedra, hasta 48 horas antes del 25, aceptaban una Junta bajo el mando de Cisneros. No es cierta la tesis según la cual el ala “liberal revolucionaria” estaba históricamente condenada por la inexistencia de una burguesía nacional, una conclusión fatalista que elimina toda responsabilidad en las direcciones que actuaron en ese entonces. La burguesía nacional existía -eran los hacendados- y tuvo un rumbo antinacional, surcado por profundas crisis, expresado en el “federalismo” que sucedió a Artigas. Un rumbo alternativo fue el Paraguay de Francia y López que, ante la inexistencia de una burguesía industrial, hizo actuar al estado.

Dicho sea de paso, San Martín no fue parte del “ala democrática revolucionaria” desde el momento en que convalidó el aplastamiento de Artigas, convirtió a Chile en una ciudadela del comercio británico y fue incapaz de desenvolver una guerra de clases en Perú. Partidario de la independencia, fue un hombre del “orden” social.

El Congreso -fraudulento- de Tucumán ocultó bajo la declaración de la Independencia el trabajo sucio que preparó el terreno al dominio político directo de los intereses británicos, la burguesía comercial porteña y los hacendados. Hacia 1820, los ingleses dominaban el comercio, otorgaban los empréstitos al estado y eran los titulares casi exclusivos de la deuda pública; los hacendados habían multiplicado por seis sus propiedades en la pampa húmeda. José Gervasio Artigas, derrotado, iniciaba su largo exilio en Paraguay. Se había cerrado un ciclo. La independencia había puesto fin a la revolución.

La reconstrucción (fracasada) de la burguesía “nacional”

La “construcción” histórica de la izquierda nacional está concebida en función de un desenlace previsto de antemano, una línea que uniría el Plan de Operaciones de Moreno con San

Martín, Yrigoyen y Perón. En esta tesitura, la conformación de la burguesía nacional se inicia en 1935, y se consolida con Perón "que le saca recursos a la oligarquía agropecuaria y les pasa créditos baratos" (Galasso, 2006). Para este autor, existiría una línea histórica que une "el Plan de Operaciones de Moreno, San Martín, Dorrego, los caudillos federales del interior, el yrigoyenismo y el peronismo" en la búsqueda de "un sistema social distinto" y que hoy encarna en el nacionalismo burgués. La disyuntiva de Moreno en el Plan de Operaciones, la inexistencia de una burguesía nacional "es el tema que ha planteado Kirchner: ¿Dónde está la burguesía nacional?... el Estado tiene que ocupar el lugar de la burguesía nacional. Esto es lo que hizo Nasser en Egipto o Perón" (ídem).

Luego de plantear que la disyuntiva de Moreno con el Plan de Operaciones ante la inexistencia de una burguesía nacional es la misma que ha planteado Kirchner, y antes de él Perón, haciendo actuar al estado en su lugar, el propio Galasso explica la bancarrota de estas experiencias: "capitales nacionales, pero de hijos de inmigrantes, que conforman un intento de burguesía nacional que no es muy consciente de sus intereses. Por ejemplo Siam, Miranda, La Bernalesa. Todo eso ha sido destruido. En parte ha sido destruido y en parte se ha tras nacionalizado". ¿Y hoy? "No tenemos la fuerza suficiente. Ni siquiera podemos levantar un proyecto alternativo" (ídem).

El "capitalismo de amigos" de K y CFK es la reedición Bicentenario del fracaso histórico en construir una burguesía nacional.

Referencias

- Academia Nacional de la Historia (1941) *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Galasso, Norberto (2000), *Vida de San Martín*, Buenos Aires: Editorial Colihue.
- Galasso, Norberto (2006) Entrevista en *El Aromo* (junio/julio 2006).
- Halperín Donghi, Tulio (1972) *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza Editorial.
- López, Vicente Fidel (1949) *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires: Editorial Sopena.
- Lynch, John (1980) *Las Revoluciones Hispanoamericanas*, Barcelona: Ariel Historia.
- Marx, Karl (1973) *La Revolución en España*, en *Obras Escogidas*, Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre.
- Molinari, Diego (1937) "Jorge Canning y la doctrina Monroe" en *Cursos y Conferencias Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires*, vols. 1-56.
- Moreno, Manuel (1937) *Vida y Memorias del Doctor Don Mariano Moreno*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos LJ Rosso.
- Orsi, René (1969) *Historia de la Disgregación Rioplatense*, Buenos Aires: Peña Lillo.
- Peña, Milcíades (1969) *El Paraíso Terrateniente*, Buenos Aires: Ediciones Fichas.
- Ramos, Jorge Abelardo (1949), *América Latina, un país*, Buenos Aires: Ediciones Octubre.
- Rath, Christian (2010) "El carácter de la Revolución", *En Defensa del Marxismo* no. 38, mayo junio.

Ni yanquis ni marxistas, ¡lacanianos!

“Para una izquierda lacaniana...”
(de Jorge Alemán) o la enésima fuga de la política

Michel Sauval

La tesis central del libro de Jorge Alemán “Por una izquierda lacaniana...”¹, es que la “izquierda marxista” está perimida, y que el único ámbito donde la elaboración de su duelo podría “adquirir un valor distinto al de cierre o cancelación, un final que no es tiempo cumplido sino oportunidad eventual para otro comienzo (...) ese ámbito es el pensamiento de Jacques Lacan, la única teoría materialista sobre el malestar de la civilización propio del siglo XXI”². Para Jorge Alemán, “el pensamiento de Lacan puede ser la oportunidad para iluminar con cierto coraje intelectual lo que aún permanece impensado en el final: la derrota a escala mundial, a partir de los setenta, del proyecto revolucionario de izquierdas”³.

Lástima que esta apelación a Lacan no le haya servido a Alemán, por lo menos, para recordar que si hay algo comprobadamente agotado y caduco, en primer término, es el mecanicismo defensivo de proyectar sobre otros las frustraciones resultantes de las propias derrotas. En efecto, jugando con las palabras, Alemán atribuye una pretendida “derrota a escala mundial” a un “proyecto revolucionario” supuestamente común a todas las “izquierdas” para, de ese modo, postular como “nuevas” y ajenas a dicha derrota a ciertas “experiencias latinoamericanas” cuya virtud radicaría en sostener “una transformación parcial. No sería un corte o ruptura desde la perspectiva de la Totalidad; debería abordarse como retóricamente la desviación contingente que nos devuelve al camino de la política, entendiendo por política la simultánea experiencia de la posibilidad e imposibilidad de la emancipación”⁴. Pero si algo caracteriza a esas “experiencias”, entre las cuales suponemos debe contarse al kirchnerismo, visto el carácter de funcionario político de dicho gobierno que reviste Alemán desde hace varios años⁵, es su responsabilidad directa en la tragedia de las aventuras foquistas y el entreguismo congénito del nacionalismo burgués. Si vamos a ponernos a hablar de “derrotas” más valdría precisar las características del supuesto “combate”, el estatuto de los vencedores y los vencidos y, sobre todo, la participación y responsabilidad de sus actores. Pero nada de esto encontraremos en este libro, y la supuesta caducidad del marxismo es una simple petición de principio. Como lo reconoce el propio Alemán, el sentido de la fórmula “izquierda lacaniana” no es más que un oportunismo destinado a incorporar entre “los llamados debates posmarxistas”⁶ la buena nueva: el “pensamiento de Lacan” es “la única teoría materialista sobre el malestar de la civilización propio del siglo XXI”⁷.

En ese sentido, Alemán busca inscribir al lacanismo en ese amplio movimiento de fuga de la política que caracteriza, en términos generales, a la mayor parte de la producción y actividad de las elites intelectuales, luego del trauma de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Desde que Adorno planteó la pregunta de cómo sería posible escribir poesía luego de Auschwitz⁸, la intelectualidad pequeño burguesa no ha parado de machacar sobre la tecla del espanto y el “más allá” que anidaría en las acciones humanas. Pero lo que podría haber servido como renovado impulso de reflexión sobre los problemas sociales, ha tendido, en cambio, cada vez más fuerte y frecuentemente, a funcionar como una identificación con ese punto extremo, impregnando todos los pensamientos con el misticismo de la “imposibilidad” de comprender.

Uno de los problemas que de ello resulta es que, políticamente, esto sólo puede alentar el progreso de las posiciones más reaccionarias, así como los más furibundos ataques contra el marxismo, el materialismo histórico y las referencias a la lucha de clases. Y es en esa repetida vulgaridad en la que también cae Alemán.

Es lo que vamos a evidenciar en dos o tres puntos.

Fuga de la política I: "Lecturas"

El primer punto que evidencia los estragos que esta fuga de la política produce en el libro de Alemán es la tergiversación de una cuestión tan básica y fundamental como el método. Me refiero a la pretensión de autoridad o seriedad que Alemán intenta darle a varios de sus planteos por la vía de atribuirles el carácter de "lecturas". Por ejemplo, según él, la "desestabilización" de la "hipótesis comunista" de lograr una "desconexión de la máquina capitalista", sería el fruto de "una lectura lacanianiana de Marx", que nos permitiría apreciar que "no hay ninguna clase de antemano predestinada a desconectar el capitalismo"⁹. Es incomprensible de qué modo una afirmación como esta puede presentarse como una "lectura de Marx", sea "lacanianiana", marcial, o como cada cual quiera adjetivarla. A lo sumo será una idea de Alemán (o de Lacan, en el mayor de los casos). Amén de que no hay una sola cita o referencia propiamente marxista en todo el libro, es un completo abuso llamar una "lectura de Marx" a un desarrollo que concluye en planteos tan radicalmente contrarios a toda la obra de Marx. Creo importante poner de relieve este problema porque muestra a las claras hasta qué punto, una tradición de lectura minuciosa y a la letra, como es la enseñanza de Lacan, cuando se vuelca a los pretendidos análisis sociológicos y filosóficos en el estilo posmoderno, se termina impregnando del vicio metodológico de ese estilo (tan propio, además, de la fuga de la política), que consiste en atribuirse la "libertad" de hacerle decir, a quien sea, lo que sea que se le ocurra a cualquiera. No en vano el propio Alemán muestra su cola de paja cuando se considera obligado a "aclarar" que en este "programa de trabajo", es decir, en esta tarea de "lectura", "habría que evitar la costumbre (en otros casos legítima) de querer proteger filológicamente el texto original lacanianiano"¹⁰, para permitirse la libertad de hacer las asociaciones que quiera entre diferentes referencias de Lacan y otros autores. En síntesis, Marx no será la única víctima de este engendro: a Lacan no le espera mejor suerte.

Un buen ejemplo de estas "libertades" en materia de "lec-

tura” es la intervención de Ernesto Laclau en una mesa debate compartida con Alemán en la EOL, que se incluye como parte de este libro. Allí, Laclau retoma una idea ya desarrollada en “Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda”¹¹, sobre la importancia que tendrían para la política los “significantes vacíos”. Esta apelación al “significante” puede parecer muy a tono para un debate con “psicoanalistas” (y sobre todo, “lacanianos”), pero no deja de sorprender que la simple referencia a una palabra “común” habilite para decir con ello cualquier cosa. En efecto, la definición de “significante vacío” que utiliza Laclau es la de “un significativo al cual no le correspondería ningún significado”¹², como si hubiera significantes a los que sí pudiera “corresponderles” un significado. Laclau mezcla el término significativo con la noción de signo, desconociendo absolutamente la definición psicoanalítica de significativo (“lo que representa a un sujeto para otro significativo”¹³), es decir, la cuestión de que en psicoanálisis, el significativo no importa para definir un “significado”, sino para ubicar la posición del sujeto del inconsciente¹⁴. La definición de Laclau, en cambio, proviene de criterios hermenéuticos y, en tanto tal, nos desliza hacia el habitual malentendido entre psicoanálisis y lingüística¹⁵. La función de su “significante vacío” es la de aglutinar un conjunto de “significaciones”, sin “reducirse a ninguna particularidad significativa dentro del sistema”¹⁶ (de ahí la adjetivación de “vacío”). Así, por ejemplo, una serie de reivindicaciones salariales podrían agruparse si en algún momento una de estas demandas parciales iniciales asume “esa función hegemónica de carácter más general”¹⁷. De ese modo, “la función simbólica de la demanda originaria va a representar una totalidad que la supera en todos los niveles, y tanto más difusa va a ser la relación con su particularidad originaria”¹⁸. Para Laclau, las identidades sociales se construirían en esta relación inestable de equivalencias y diferencias, de modo tal que “el modelo fundamental de estructuración de lo social es un modelo de carácter retórico”¹⁹. Toda la conflictividad social pasaría a ser, entonces, una problemática retórica y lingüística.

Esta asociación entre capitalismo y lenguaje conlleva, casi automáticamente, la conclusión de que en ambos casos se trata de un “hábitat” del que no podemos salirnos de ninguna manera. De ahí las críticas de Laclau a toda noción de “emancipación”. Para él, “la idea de un agente que ontológica y epistemológicamente privilegiaba el acto emancipatorio se fundaba en una teoría sociológica muy precisa que era la simplificación de la estructura social bajo el capitalismo”²⁰.

En suma, una serie de referencias falaces al significante y el lenguaje le bastan para presentar como “deducida” una posición política que es de principios. Y, a partir de ahí, las barbaridades siguen en el mismo tono y nivel. Así, según Laclau, Marx habría imaginado una progresiva disolución de las clases medias y el campesinado de modo tal que “el acto final de la historia iba a ser una confrontación entre un proletariado homogéneo y la burguesía”²¹. Pero esta idea habría fracasado rápidamente y sido objeto de revisionismo y cambios por parte de los mismos herederos de Marx. Por ejemplo, Lenin habría propuesto la idea de “alianza de clases” como agente del cambio social, relevando así el rol de la clase obrera. Y la tesis del desarrollo desigual y combinado de Trotsky también demostraría “que no hay un agente emancipatorio único ligado a una clase social específica”²² ya que, como resultado de ese carácter desigual y combinado de la economía, dicho agente podría ser a veces el campesinado, otras veces la pequeña burguesía, etc. Finalmente, Gramsci habría sacado las consecuencias de este proceso “cuando piensa que los actores emancipatorios no son ya clases sociales en el sentido clásico, sino que son los que él llama voluntades colectivas (...) que se dan a través de la aglutinación de una serie de reivindicaciones”²³ que van organizándose en esas series de equivalencias y diferencias del proceso de hegemonía que Laclau propone. En síntesis, de un modo u otro, cada uno de los continuadores del pensamiento de Marx ya vendría abonando la tesis de Laclau de que “no hay construcción de agente social emancipatorio, ni de ningún tipo”²⁴ por fuera de dicho proceso de equivalencias y diferencias, es decir, de su modelo retórico. Este vicio metodológico nos coloca ante el siguiente impasse: responderle a Laclau resulta algo tan difícil como debatir con alguien que sostuviera que la tierra mutó su esfericidad por una nueva forma cúbica. Los postulantes de la retórica como pretendida superación del materialismo histórico, así como huyen de la política y de los problemas prácticos de la conflictividad de la lucha de clases, fugan igualmente del rigor y las exigencias metodológicas que implican las referencias textuales. La charlatanería (que es la posición política práctica de estos “retóricos”) es un vicio extremadamente contagioso. Consiste en negar cualquier tipo de elemento que implique un límite al capricho interpretativo de su sostenedor. Y cuando se lo admite en un ámbito, se difunde rápidamente a todos los demás.

Tratemos, a pesar de todo, de ubicar algunas referencias básicas al menos.

En primer lugar, Marx jamás pensó en “un acto final de la historia” ni en un “proletariado homogéneo” para confrontar con la burguesía. En Marx no hay ningún objetivismo fatalista. Marx analiza la espiral de las contradicciones históricas y materiales que dieron lugar y constituyen el funcionamiento del modo de producción capitalista, y que preparan la ruptura de su continuidad histórica. A esa espiral, el propio Marx le dio un nombre shakespereano, el “viejo topo”²⁵ para resaltar que sin la espiral de contradicciones objetivas, no hay revolución; pero que tampoco hay revolución efectiva si no está la decisión subjetiva y consciente²⁶.

En segundo lugar, la “alianza de clases” que Laclau asocia con Lenin, de ningún modo podría pensarse como una disolución del carácter histórico o del rol específico que tiene la clase obrera respecto de la revolución. El planteo de Lenin respecto de la “etapa imperialista” del capitalismo, no hace más que retomar análisis previos de Marx acerca del desarrollo y acción de las diferentes formas del capital, en particular los monopolios y la capacidad de éstos para manipular los precios y alterar las formas “normales” de reparto de la plusvalía entre los diferentes capitalistas (regulada por la ley del valor), lo que implica una intromisión de la fuerza como relación económica. Esta incidencia directa de la fuerza en el reparto del producto social tiene diversas expresiones, entre ellas, las guerras entre las potencias imperialistas por el reparto del mercado, el uso cada vez más sistemático de los recursos del Estado en beneficio directo de un sector económico en detrimento de otros, etc. De ese modo, la tendencia del monopolio a penetrar en todas las esferas de la vida social conlleva la imposición de un tributo sobre todas las clases sociales, como ocurre, por ejemplo, con la especulación inmobiliaria o la degradación de las condiciones ambientales²⁷, lo que exacerba todas las contradicciones sociales. Todo esto plantea la necesidad de ampliar el radio de alcance de la agitación e intervención del partido de la clase obrera, buscando ganar a su causa a todos los sectores afectados por esta acción depredadora del capital. Pero una cosa es que sectores campesinos o pequeño burgueses acompañen el levantamiento de la clase obrera, y otra cosa es suponer que la revolución podría quedar a cargo de una “alianza de clases” paritaria, y menos aún bajo la égida de otras clases. Atribuir un planteo semejante a Lenin (como lo hace Laclau) es una completa falsificación, tanto de sus textos como de sus actos²⁸.

Análogamente, la cuestión del “desarrollo desigual y combinado”, referida a Trotsky, tampoco puede entenderse como

algún relevo de la función histórica de la clase obrera por otras clases sociales. El desarrollo desigual y combinado es el resultado de los procesos de exportación de capitales y el reparto del mundo entre las grandes potencias. Pero, a diferencia de lo que ocurrió en los países desarrollados imperialistas, en los países atrasados el desarrollo capitalista no se acompaña de la destrucción revolucionaria de las relaciones sociales precapitalistas en función de la creación de una economía industrial. Lo que se produce es una integración de los países atrasados, y sus economías, al mercado mundial, bajo el dominio de una alianza entre el capital imperialista y una burguesía nativa muchas veces de carácter precapitalista. Es así como se combinan formaciones económicas atrasadas con desarrollos plenamente capitalistas, resultando estructuras sociales extremadamente contradictorias, donde las tareas de desarrollo nacional quedan postergadas, incluso imposibilitadas²⁹. Correlativamente, el desarrollo político de la democracia en esos países queda reducido a simples cuestiones formales, por el peso económico y político, superlativo, del imperialismo (como lo ejemplifica el reciente proceso político en Honduras). De hecho, si algo testimonian las derrotas de las rebeliones populares en Latinoamérica en los setenta, es la incapacidad de las “burguesías nacionales” (a las que dichas rebeliones se subordinaron) para enfrentar al imperialismo y desenvolver un proceso nacional, tanto a nivel económico como político. Por lo tanto, también en este caso, es una completa falsedad atribuir a Trotsky algún planteo en el sentido de que otras clases, aparte la clase obrera, pudieran encabezar algún proceso revolucionario consecuente. Todo lo contrario.

Fuga de la política II: Pulsión de muerte y discurso capitalista

Pasemos entonces a la cuestión de cómo el lacanismo podría reemplazar a la política. El acuerdo fundamental entre Alemán y Laclau pasa por sostener la imposibilidad de “desconectar la máquina capitalista”, así como la impugnación de cualquier pretensión de existencia de algún agente emancipatorio específico capaz de realizar esa tarea.

Ya veremos más adelante por qué Alemán quiere (o necesita) ubicarse en alguna referencia de “izquierda”. Pero, como acabamos de señalarlo, este planteo no resulta de ninguna “lectura” de Marx. ¿De dónde proviene, entonces, su posición tan abiertamente antimarxista y procapitalista? Según Alemán, este programa político sería el “legado de Freud”

(ajustado en tiempo y forma por “el pensamiento de Lacan”).

Para Alemán, el psicoanálisis no es un asunto de “especialistas en psiquismo” sino “una experiencia que indaga la decisión ética cuando se nos ofrece sin fundamento último y sin demostración “científico-técnica”, y donde se trata de aceptar la condición contingente e incurable que la lengua le impone a la “existencia” parlante sexuada y mortal, tres nombres que remiten a distintas modalidades de lo imposible”³⁰. Para Alemán, “el psicoanálisis no es solamente una región más del saber contemporáneo, sino una transformación de todas las relaciones ontológicas con la objetividad (...) es un intento de pensar el problema de la representación, el sujeto y lo social”.³¹

Como vemos, Alemán da rienda suelta, en forma explícita, a esa vieja tendencia de los psicoanalistas, ya anticipada y criticada por el propio Freud³² (sin que por ello pudiera frenarla) a desenvolver una ontología de cuño psicoanalítico, destinada a interpretar el conjunto de la “realidad” con los mismos términos y conceptos que utilizan en las teorizaciones de su práctica profesional.

Para Alemán, “fue Lacan el que supo captar que Freud, a partir de 1920 había logrado hacer coincidir la invención psicoanalítica con un pensamiento político nuevo”³³. La “formulación política de Freud “ surgiría del llamado “giro de los años 20” y el descubrimiento de la relación estructural que mantiene la ley con la pulsión de muerte. Para Alemán, “el mismo obstáculo presente en transformar una civilización es el que también se nos presenta en la cura. En esto el sujeto freudiano es lo mismo que la civilización, la oscura satisfacción del superyó, el castigo por la deuda y la culpa, la irreductibilidad del mal, constituyen la inercia que en una misma topología reúnen al sujeto con la ciudad”³⁴.

Aquí hay dos cuestiones que no convendría dejar pasar tan ligeramente.

En primer lugar, la postulación de una “topología” que permitiría reunir al “sujeto” y la “ciudad”; es decir, la afirmación de una naturaleza “común” entre el obstáculo que encontramos en las curas individuales y en la realización de las transformaciones sociales. Retomaremos más adelante este problema de la “común medida”.

En segundo lugar, la apelación a una “irreductibilidad del mal” para dar cuenta de los padecimientos e injusticias sociales. Es evidente que esto sólo puede llevar agua para el molino de las posiciones cínicas o derechistas, amén del resabio oscurantista que destila. Pero un planteo de estas características nunca podría prosperar políticamente, al menos

no en esos términos³⁵. En cambio encontrará una expresión “políticamente más correcta” en las formulaciones lacanianas del “goce” y el “discurso capitalista”, que Alemán aderezará con algunas referencias heideggerianas a la “técnica”. Con esas reformulaciones, esa “irreductibilidad del mal” adquiere una presentación, no sólo aparentemente más “razonable”, sino, incluso, “emancipadora”, en la medida en que permite que el “malestar en la civilización” se libere de los límites políticamente estrechos del “masoquismo moral”, y encuentre, en la “estructura de los discursos” y en las variadas “modalidades” del “goce”, las posibilidades de un despliegue acorde con los requerimientos intelectuales y culturales de la época. Ese contexto permite, por ejemplo, articular la fuente del mal al capitalismo, y acotar la “irreductibilidad”, a la “imposibilidad” de salirnos de él. Alemán resume el programa político de su versión del freudolacianismo en los siguientes términos: “Sabemos que no hay Otro garante capaz de sostener con sus fundamentos al proceso emancipatorio (...) aceptamos el carácter irreductible e incurable de la labor de la pulsión de muerte en la civilización (...) confirmamos el carácter ilimitado y sin corte del discurso capitalista (...) conocemos la relación estructural entre la política y el discurso del Amo”³⁶.

La referencia a Heidegger busca dotar a este programa de los complementos necesarios para proponer una nueva interpretación de los aspectos esenciales y fundamentales del capitalismo en términos de mecanismos “técnicos”, que ponen “todo el “ser de lo ente” a disposición para emplazarlo como mercancía”³⁷. Según la lectura que hace Alemán de Heidegger³⁸, la técnica es una “ontología del ser” en la época de su olvido consumado, “el olvido del olvido” o, si se prefiere, el olvido como forclusión en su sentido laciano; es decir, una “provocación dirigida al ser de lo ente para que se entregue hasta lo más íntimo y nuclear de la propia vida humana”³⁹. Una emergencia de esto habría sido la Shoah, en los términos del propio Heidegger, “la fabricación de cadáveres”⁴⁰. A diferencia de la ciencia, “en la técnica no se trata del “olvido del ser” y sus diferentes retornos, ya que al constituir un “olvido del olvido”, funciona en una lógica distinta de la represión. Por esta misma razón, el discurso capitalista en su homología estructural con la técnica, realiza un circuito que al destruir la “determinación de la verdad” elimina la distancia entre el sujeto, la verdad, el saber y la producción”⁴¹. En ese sentido, la técnica no es un hecho histórico secuencial que vendría a continuación de la ciencia sino un empuje de la ciencia hacia el dispositivo del discurso capitalista de modo tendencial: “Es la manera en que

el capital se apropia para su propio fin del espacio -verdad, sujeto, producción, saber- destruyendo su límite⁴².

Como puede apreciarse, el resultado es que el capitalismo deja de ser un modo de producción y de relaciones sociales. Su "verdadero secreto" pasa a residir "en una economía política del goce"⁴³ y "el discurso capitalista es el dispositivo pertinente para considerar la economía de goce propia de la técnica"⁴⁴.

Para Alemán "no se puede hablar de "lucha anticapitalista" porque el discurso capitalista que plantea Lacan (como quinto discurso conjetural) no ofrece un punto desde donde se puede localizar el sitio donde efectuar el corte. El discurso capitalista le confiere a la realidad una conexión de lugares capturados en un movimiento circular respecto al cual una lucha directa es un absurdo lógico"⁴⁵, y por eso, "la salida histórica es irrepresentable".

El sujeto que se desprende de la estructura social ya no es un sujeto transformador⁴⁶ (la clase obrera) sino un sujeto constituido como "individuo autista y consumidor indiferente a la dimensión constitutivamente política de la existencia"⁴⁷. Y el desafío del psicoanálisis podría expresarse con una fórmula como la siguiente: "allí donde el individuo neoliberal de goce autista es, el sujeto excéntrico del inconsciente debe advenir"⁴⁸, erigiéndose así en el heredero de la gran tarea histórica de la emancipación.

Alemán acota que "la crisis es la de aquellos organismos e instituciones que administran al capitalismo al no saber qué hacer con el excedente que siempre sobrevive destruyendo el aparato productivo y se expande como un exceso ingobernable"⁴⁹. Pero esta frase, que parece una referencia casi directa a la ley fundamental que rige el proceso del modo de producción capitalista; es decir, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no apunta en esa dirección, sino a las mencionadas referencias ontológicas sobre la técnica, y la imposibilidad de salirnos del capitalismo que estipularía la fórmula lacaniana del "discurso capitalista".

Retorno a la política: ley del valor y bancarrota capitalista

Justamente, la ignorancia en que Alemán se ubica respecto de los debates propiamente políticos le impide advertir que sus planteos innovan poco o nada respecto de las viejas discusiones que se han desarrollado entre los marxistas en torno a la cuestión del fin del capitalismo. Desde la muerte de Marx (1883) y Engels (1895), la cuestión de la tendencia al colapso, catástrofe o derrumbe del capitalismo ha sido un debate clave.

Los revisionistas⁵⁰ han puesto el acento en supuestas “contra tendencias” a dicho colapso y han sostenido, a semejanza de Alemán, que la dinámica capitalista es cíclica y que a cada crisis, por grave que esta sea, sucede una ulterior recuperación, gracias a lo cual las fuerzas productivas seguirían creciendo interminablemente. En esos términos, la revolución deja de ser una cuestión de carácter histórico y se reduce a una simple opción subjetiva, perfectamente subsanable por la vía de una buena “administración” del desarrollo capitalista (tal como lo estarían haciendo los gobiernos nacionalistas burgueses de Latinoamérica, que es lo mismo que dice Alemán).

Pero Marx nunca habló de “contra tendencias”, sino de “factores contrarrestantes”, que enlentecen o frenan, en diversos períodos, y evitan una evolución puramente lineal o mecánica de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, reputada por Marx como la “ley fundamental de la economía política”, precisamente porque pone de relieve “el mecanismo íntimo y esencial que conduce a la declinación irreversible, del modo de producción capitalista”⁵¹. Justamente, “la tendencia del capitalismo a enfrentar las circunstancias de su propio colapso es el contenido original del “catastrofismo” y la base rigurosa de una política revolucionaria de transformación social”⁵².

El problema central del modo de producción capitalista es que “cuanto mayor es la capacidad del trabajo acumulado de producir riqueza, (...) menor es la producción de nuevo valor, cuya confiscación es la razón de ser del capital”⁵³. Lo que hay que tener claro es que “a diferencia de la riqueza, el valor no es algo tangible, no es una ‘cosa’, sino la expresión de una relación social mediante la cual los productores de mercancías se vinculan entre sí por intermedio de sus productos, que se intercambian según el tiempo socialmente necesario para producirlos”⁵⁴. La confusión entre riqueza y valor es similar a la que recubre el fetichismo de la mercancía (el engaño por el cual una relación social se manifiesta como un objeto material). El valor sólo cuenta como valorización del capital; es decir, en términos de relaciones de producción y apropiación de una plusvalía. La tendencia a la baja de la tasa de ganancia resulta del propio impulso del capital a autovalorizarse e incrementar la ganancia, por la vía del aumento de la productividad. Pero esto implica que cada producto final contiene, progresivamente, una menor proporción de trabajo vivo en relación con el trabajo muerto; en otras palabras, un aumento de la composición orgánica del capital⁵⁵. La declinación de la tasa de ganancia se traduce en “crecientes obstáculos, cada vez más insalvables,

para la valorización del capital. Y esto es lo que presenciamos en la economía actual. El peso de los factores extraeconómicos, empezando por el creciente intervencionismo del Estado, el endeudamiento sin precedentes en la historia, la hipertrofia financiera, el crecimiento del capital ficticio, pero sobre todas las cosas la amplitud de la confiscación de las masas (que ha provocado un retroceso de sus condiciones de vida y del nivel de civilización, incluyendo los propios países industrializados) todo esto es un síntoma de que el capital no puede sostenerse por sí mismo y que necesita de las muletas de una contrarrevolución y de la guerra⁵⁶. Los propios capitalistas subrayan las dimensiones catastróficas de la actual crisis económica y el peligro de que “las consiguientes tensiones políticas, o aun el proteccionismo estadounidense, puedan destrozar la economía global y arrojar al mundo entero a la recesión, si no a cosa peor⁵⁷; vale decir, la guerra mundial.

Esta relación entre tendencia decreciente de la tasa de ganancia y ley del valor es fundamental para entender la cuestión del colapso. Al limitarse a constatar la sucesión de crisis y recuperaciones de un modo imaginario, al estilo de que “siempre que llovió, paró”, los revisionistas suplantán la ley que anuda y explica esa secuencia de crisis y “recuperaciones” por una dinámica cíclica y completamente ahistórica. Las que quedan escamoteadas, así, son las limitaciones que esa tendencia impone al crecimiento de las fuerzas productivas, como lo atestigua la pauperización relativa y absoluta de las masas, en las dimensiones gigantescas que hoy conocemos⁵⁸.

Alemania pretende sorprendernos con la “revelación” de que la miseria no sería como la pensaba Marx, la “no satisfacción de las necesidades materiales”, sino el “estar a solas con la pulsión de muerte en el declive de toda la estructura simbólica”; esa sería “la verdadera miseria, es decir, ‘el crack’, ‘el paco’; las diversas drogas; donde los lugares de miseria son lugares de altísima condensación de goce⁵⁹. Pero ya el propio Marx planteaba, en los Grundrisse, que en tanto el dinero es la necesidad imperativa que funciona como coagulación de todas las relaciones humanas, las “necesidades de muerte” dominan los deseos y necesidades de vida. En otros términos, no es necesario renegar de Marx ni recibirse de “psicoanalista”, para poder verificar que “en el presente período histórico, con el individualismo, el consumismo, el cinismo, el pesimismo y el extrañamiento que conforman las principales características de la decadente civilización capitalista, reproducidas por la ideología dominante, el proceso

de subjetivación y socialización de una persona está bloqueado, ya que el lazo social humano ha perdido todo significado y está quebrado. Este proceso de aniquilación se convierte en fuente de un inmenso dolor físico, que torna al individuo vulnerable, inseguro y dependiente de sus padres o de los otros importantes, viviendo en un estado de continua chatura, insatisfacción y un sentimiento de vacío interior que persiste psíquicamente, incluso si el individuo consume grandes cantidades de bienes de todo tipo⁶⁰. Lo que condena al “paco” y a la “desinserción social” a millones de jóvenes (y no tan jóvenes) es, en primer lugar, la desocupación, la flexibilidad laboral, la miseria social, y todas las formas en que se vuelcan sobre la humanidad las consecuencias de los impasses del agotamiento histórico del modo de producción capitalista. No es indispensable la referencia de algún “goce” de masas, o a una “pulsión de muerte” oscurantista, u otras extrapolaciones “psicoanalíticas” para poder explicar los padecimientos sociales y el “malestar en la civilización”. La ley del valor, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y la bancarrota capitalista, no sólo permiten dar cuenta de los principales aspectos de la catástrofe a la que el modo de producción capitalista condena a la humanidad, sea por miseria directa, sea por guerras, sea por arrasamiento ambiental, etc., sino que también brindan los recursos para sacar las conclusiones más consecuentes respecto de la existencia de una “pulsión de muerte” en lo social, ya que, al ubicarlas en las tendencias propias del modo de producción capitalista, permiten articular una respuesta subjetiva (es decir, transformadora) al proceso, en una dimensión propiamente social⁶¹. En cambio, toda la teorización “psicoanalítica” de Alemán respecto de la “irreductibilidad del mal” termina reduciéndose a la pretensión de diseñar una nueva geografía de la miseria social (los “lugares de altísima condensación de goce”) correlativa de un mapeo de la disponibilidad y déficits de los “recursos simbólicos”; es decir, se mantiene en el mero nivel de las caracterizaciones sociológicas, sin más respuesta que una adhesión política a los gobiernos “nac&pop” acompañada de una oferta de psicoterapia de masas orientada a la “reinserción social” (como lo propone la internacional “psicoanalítica” a la que adhiere)⁶². En cierto sentido, podríamos decir que el carácter materialista y subjetivamente práctico del planteo político de los marxistas revolucionarios mantiene una proximidad más estrecha respecto de Freud, Lacan y la práctica del psicoanálisis, que la que pretende tener la nueva “izquierda lacaniana” que propone Alemán.

¿"Tercera posición"?

Es el momento, entonces, de preguntarnos por qué Alemán quiere mantenerse en el marco de una referencia general a la "izquierda". En su libro, define lo político "como lo que surge del encuentro traumático con la lengua", y a la política, en cambio, "como aquel ámbito institucional que se debe hacer cargo del impacto"⁶³. El punto es, justamente, el valor a darle a esta dimensión institucional, a ese juego de las representaciones. Para Alemán, "los pensadores que implícita o explícitamente elaboran el final marxista a partir de Lacan; pensadores de la verdad, del acontecimiento, del estado de excepción, la contingencia, la justicia, la parte excluida que hace la vez del Universal, etc., tienen en general (hay una excepción) un gusto especial por oponer la política de la Representación (léase de Estado) a sus propias teorías. Para estos autores sólo hay política cuando no hay representación, pues la política 'sólo debe autorizarse de sí misma'"⁶⁴. La razón de ello, a su modo de ver, es que estos planteos serían tributarios de una realidad política más propia de Europa, y de un pensamiento marcado por los excesos y fracasos de la experiencia estalinista. Por eso suelen "considerar a toda construcción política o hegemónica, como equivalentes, negándole cualquier cualidad emancipatoria a las izquierdas que hayan accedido al gobierno"⁶⁵. A juicio de Alemán, "se equivocan en su desprecio por la construcción política"⁶⁶, y no saben apreciar la importancia de las "transformaciones parciales" de algunas experiencias "emancipatorias", como las que se desarrollarían en Latinoamérica. En particular, Alemán quiere desmarcarse de lo que llama el "liberalismo lúcido", al que acusa de concebirse "a sí mismo como el único remedio infalible para la amenaza totalitaria"⁶⁷. La crítica que le hace apunta a sus "especiales dificultades para asumir que ciertas formas de explotación y de desigualdad social, también constituyen una corrosión de la experiencia democrática en la sociedad civil. Especialmente cuando estas corporaciones se hacen cargo, en la lógica cultural del capitalismo tardío, de los distintos intercambios simbólicos que definen a una sociedad e incluyendo en esto por supuesto a la política"⁶⁸.

El impasse en que se encuentra Alemán radica en que comparte los mismos principios políticos y filosóficos que aquellos de quienes se quiere diferenciar. El planteo defendido por ambas partes es la idea de una "común medida" entre las dimensiones subjetivas de sus prácticas profesionales y el funcionamiento social, así como la habilitación que pretenden extraer de esa "común medida" para interpretar el mundo desde ese

reducto profesional e individual⁶⁹, y fugar así de la política y las determinaciones propias de la lucha de clases.

En ese sentido, Alemán podrá denunciar a todo el “liberalismo lúcido” que quiera pero, en la medida en que coincida con él en que el modo adecuado de abordar la conflictividad social y el “malestar en la civilización” es la “estructura de los discursos” (y el “discurso capitalista” en particular), u otras referencias similares, sus ilusiones políticas “emancipatorias” arrastrarán la misma incongruencia que pretende asignarle a la izquierda marxista. Si algo tiene de “lúcido” el “liberalismo lúcido” es que ha aprendido del error de los freudomarxistas; a saber, que si hay que plantear una “común medida”⁷⁰ entre el sujeto del inconsciente (u otras referencias “psicoanalíticas”, como podrían ser el “Otro”, el “objeto a”, etc.) y alguna forma de “sujeto” en lo social (u otros parámetros correspondientes a lo social), convendrá que ese “sujeto social” sea lo más “individual” posible, ya que sólo en ese espacio acotado del malentendido entre “sujeto” e “individuo” se podrá jugar al juego de la filosofía sin salir demasiado escaldado. ¿Por qué? Porque en el campo de la filosofía, de última, cualquier filosofía vale lo mismo que otra. Así que, ahí, no hay demasiadas dificultades para hacer pesar la “especificidad” del lenguaje “psicoanalítico” como si fuera un nuevo lenguaje filosófico, es decir el instrumento “necesario” para introducir “nuevas” nociones y conceptos. Pero cuando alguien pretende llevar esa “común medida” a una dimensión social más amplia que el simple individuo, y tenga que definir clases, estamentos u otros tipos de aglomerados sociales, se encontrará, tarde o temprano, de un modo u otro, confrontado a la referencia marxista y la lucha de clases. En cuyo caso, tendrá que optar por formular algún tipo de coincidencia o desavenencia. Alemán, como vimos, opta por la desavenencia, y diferencia su “izquierda lacaniana” de “la tradición moderna que desde Adorno hasta Habermas intentó incorporar el discurso freudiano al aparato crítico del marxismo”⁷¹. Es evidente que tampoco acuerda con los planteos de integraciones más paritarias entre ambas concepciones, como los que llegó a formular Jacques-Alain Miller en los tiempos de su afinidad con la militancia maoísta: “Sostenemos que los discursos de Marx y de Freud son susceptibles de comunicarse por medio de transformaciones reguladas y de reflejarse en un discurso teórico unitario”⁷².

Se supone que con su nueva “izquierda” Alemán querría desmarcarse y denunciar los planteos de alguna “derecha”. Pero resulta que lo central de su libro apunta contra el marxismo y a defender los mismos principios políticos y filosóficos

que comulga... ¡con la “derecha”! Emulando los antecedentes históricos del movimiento político que defiende, parece que Alemán quisiera erigir al “pensamiento de Lacan” en el modelo de una nueva “tercera posición” que permitiera “superar” la contradicción entre la “derecha” del “liberalismo lúcido” y la “izquierda” de las referencias marxistas. De ahí la ocurrencia del título dado a estas reflexiones, que parafrasea aquella vieja consigna que fuera famosa en tiempos de Perón⁷³: “¡ni yanquis ni marxistas, lacanianos!”, donde esta “tercera posición”, al igual que en el pasado, está más orientada a atacar a los “marxistas” que a criticar a los “yanquis” (para el caso, el “liberalismo lúcido”, con el que Alemán no dudará en compartir espacios e instituciones tanto “psicoanalíticas” como políticas)

De hecho, llevados a la acción práctica, tanto la “izquierda lacaniana” que impulsa Alemán como el “liberalismo lúcido” al que critica, rápidamente revelan sus intereses “corporativos” o “profesionales”, o simplemente su alineación política con alguno de los grandes bloques en que puede dividirse la burguesía. Un primer ejemplo es el caso de los “psicoanalistas” que avalan el reaccionario y retrógrado “voto calificado” del claustro docente en la Universidad y/o ejercen funciones en su gobierno, es decir, en una de las formaciones institucionales más “oligárquicas” (gobierno de unos pocos) que existe en la Argentina⁷⁴, aferrados a las prebendas que obtienen de ella. Otro ejemplo es el de los “psicoanalistas” que se enlistaron en la “carta abierta” de una “intelectualidad” kirchnerista cuyo nivel de elaboración y pensamiento se reduce a una burda y panfletaria propaganda oficialista⁷⁵ (al estilo de programas como “6,7,8”) o, peor aún, a la adhesión a los escraches fascistoïdes como los que promueve el gobierno contra periodistas.

En suma, confrontada al terreno práctico de la lucha de clases, cualquier prosa “lacaniana” o posmoderna se revela comúnmente estéril para resolver un curso de acción diferente a las opciones determinadas por la lógica propia de esa conflictividad social.

Psicoanálisis y política

Para tomar las cosas con un poco de humor, podríamos decir que las relaciones entre el psicoanálisis y la política son como las que podrían plantearse entre quienes tienen prominentes cabelleras y los pelados: ¿a partir de cuántos pelos está uno en una categoría o en la otra? Pero es evidente que hay gente claramente pelada y otra gente claramente melnuda.

Análogamente, podrá haber muchas conexiones entre la política y el psicoanálisis⁷⁶, pero deshojando un poco la margarita, finalmente un psicoanálisis es un psicoanálisis, y la política es la política, y no hay parámetros políticos para un psicoanálisis⁷⁷, del mismo modo que no tiene sentido buscar parámetros “psicoanalíticos” para la política. De un análisis no resulta una determinada posición política (salvo tergiversación de su práctica por parte de eventuales autoproclamado/s analista/s). Y de una militancia política, o de una forma de organización social, no creo que se obtenga la resolución de una neurosis (salvo azar, con lo cual no sería por virtud general y sistemática de la política, sino por combinación azarosa y rara de la política con otras circunstancias).

Hay “psicoanalizados” de derecha y de izquierda, del mismo modo que hay músicos de derecha y de izquierda. A la hora de una elección política no hay argumentos “psicoanalíticos” que permitan caracterizar esa instancia política y/o justificar las preferencias por un candidato u otro, salvo que uno quiera recluirse en el gueto de las extravagancias del estilo del grupo del kilómetro 501⁷⁸; es decir, a acciones que no tienen más proyección que la del onanismo intelectual de sus propulsores⁷⁹.

Ahora bien, así como el psicoanálisis puede ser utilizado como coartada para la fuga de la política, no debería extrañarnos que la política también pueda funcionar como coartada para los impulsos, igualmente fuertes, que anidan en los psicoanalistas, a fugarse del psicoanálisis. Como ya lo señalamos⁸⁰, Freud lo advirtió tempranamente, subrayando la caducidad a la que conduciría la subordinación del psicoanálisis a cualquier tipo de “cosmovisión”. Y ese es el otro problema que se pone en evidencia en el libro de Alemán. En efecto, ya parece “natural” esa propagación “cultural” e “ideológica” que descalifica los planteos de revolución social como un “descuelgue”, o los “interpreta” como “signo” de idealismo juvenil o insuficiente análisis, al tiempo que aplaude cualquier crítica al marxismo, o la participación activa en las políticas más espurias, presentándolas como acciones propicias y afines a la “difusión” y “progreso” del psicoanálisis, amén de “signo” de “madurez” (subjetiva y política) y “evidencia” de un “pasaje por diván”. Este rechazo del marxismo constituye todo un síntoma de la impregnación ideológica y política del desarrollo actual de gran parte de la teoría y las instituciones psicoanalíticas.

Por ejemplo, lo problemático del malentendido respecto de la definición de significante, en los diálogos con Laclau, no radica sólo en la confusión política que pueda conllevar aquella

reducción de la conflictividad social a un ejercicio lingüístico, sino también la confusión que pueda quedar del lado de aquellos psicoanalistas que busquen orientar su práctica en función de una “topología”, o “naturaleza”, “común” con la sociología retórica de Laclau. Análogamente, el problema del uso de las referencias al goce y el objeto a para “conceptualizar” los padecimientos de la humanidad no radica sólo en su inutilidad para resolver alguno de estos padecimientos sino, también, en el malentendido que pueda generar en los psicoanalistas respecto del estatuto propio de esas nociones o esas referencias en la clínica⁸¹.

Confundir, ocultar, o tergiversar, ciertos problemas políticos, con el recurso retórico de la terminología psicoanalítica, no le aportan ningún provecho, ni al “malestar en la civilización”, ni al psicoanálisis.

Notas

1. Jorge Alemán: Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos, Grama Ediciones, Buenos Aires, 2009.
2. Idem, página 21.
3. Idem, página 22 (negritas mías).
4. Idem, página 26.
5. Tal como lo reivindica el propio Jorge Alemán en su CV en la contratapa del libro, es consejero cultural de la Embajada de la República Argentina en España.
6. En una de sus respuestas a las cinco preguntas que le formula Mario Pujó, en el n° 36 de la revista “Psicoanálisis y el Hospital”, Jorge Alemán señala que la expresión “izquierda lacaniana” le parece “fecunda para ingresar en los llamados debates posmarxistas” (página 136).
7. Jorge Alemán, op. cit., página 22.
8. Por ejemplo: “luego de lo que pasó en el campo de Auschwitz es cosa bárbara escribir un poema, y este hecho corroe incluso el conocimiento que dice por qué se ha hecho hoy imposible escribir poesía”, en Theodor Adorno, “Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad”, Barcelona, Editorial Ariel, 1962, p. 29 (disponible aquí).
9. Jorge Alemán, op. cit., página 13 (negritas mías).
10. Idem, página 100.
11. Ernesto Laclau, Žilavoj Zizek y Judith Butler - “Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda”, Fondo de Cultura, Buenos Aires 2003.
12. Jorge Alemán, op. cit., página 90.

13. Jacques Lacan, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos 2*, Editorial Siglo XXI, edición argentina 2008, página 779.

14. Ver mi artículo "Sujeto y significante en psicoanálisis" (intervención en las V Jornadas de Investigación de la Maestría de Psicoanálisis de la Escuela de Graduados de la Universidad Argentina John F. Kennedy).

15. Son innumerables las ocasiones en que Lacan ha tenido que insistir en esta demarcación. Acabamos de citar su propia definición del significante. Podríamos mencionar también la necesidad en la que se encontró de inventar el neologismo "lingüistería", tal como lo explica en la sesión del 19 de diciembre de 1972 del seminario "Aún": "si se considera todo lo que, de la definición del lenguaje, se desprende en cuanto a la fundación del sujeto, tan renovada, tan subvertida por Freud hasta el punto de que allí se asegura todo lo que por boca suya se estableció como inconsciente, habrá entonces que forjar alguna otra palabra, para dejar a Jakobson su dominio reservado. Lo llamaré la lingüistería" (página 24 en la edición Paidós).

Los derrapes del psicoanálisis a la lingüística son la vía más común para hacer del psicoanálisis una nueva filosofía.

16. Jorge Alemán, op. cit., página 92.

17. Idem, página 93.

18. Idem, página 94.

19. Idem (negritas mías).

20. Idem, páginas 110/1.

21. Idem, página 111.

22. Idem.

23. Idem.

24. Idem.

25. Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena 5.

26. Savas Michael-Matsas, "Encuentros de Marx con Shakespeare", revista "En Defensa del Marxismo" n° 37 (abril 2010).

27. Véanse, por ejemplo, los artículos de Pablo Rabey sobre la naturaleza de los debates en la reciente cumbre de Copenhague sobre el problema del calentamiento global: "El fracaso de la cumbre de Copenhague", en *Prensa Obrera* n° 1.112 (10 de diciembre 2009), y "Si el planeta fuera un banco ya lo habrían salvado", en *Prensa Obrera* n° 1.113 (22 de diciembre 2009).

28. Como bien lo testimonia la revolución que lo tuvo como protagonista al propio Lenin -la Revolución Rusa- dirigida política y organizativamente por la clase obrera, a pesar de su carácter socialmente minoritario.

29. Es lo que se verificó, por ejemplo, con la fracasada experiencia "desarrollista" de Frigerio, y que cada tanto vuelve a proponer el "nac&pop" (nacionalista y popular) de moda (por ejemplo, Pino Solanas y su propuesta de un "desarrollo nacional" apoyado en la explotación de los recursos naturales, al "estilo" Chávez en Venezuela).

30. Jorge Alemán, op. cit., página 14.

31. Idem, página 99 (negritas mías).

32. "Yo no soy en modo alguno partidario de fabricar cosmovisiones. Dejémoslas para los filósofos, quienes, según propia confesión, hallan irrealizable el viaje de la vida sin un Baedeker [nombre de una serie de guías turísticas publicadas por primera vez en Alemania por Karl Baedeker] así, que dé razón de todo. Aceptemos humildemente el desprecio que ellos, desde sus empinados afanes, arrojarán sobre nosotros. Pero como tampoco podemos desmentir nuestro orgullo narcisista, busquemos consuelo en la reflexión de que todas esas 'guías de la vida' envejecen con rapidez y es justamente nuestro pequeño trabajo, limitado en su miopía, el que hace necesarias sus reediciones; y que, además, aun los más modernos de esos Baedeker son intentos de sustituir el viejo catecismo, tan cómodo y tan perfecto. Bien sabemos cuán poca luz ha podido arrojar hasta ahora la ciencia sobre los enigmas de este mundo; pero todo el barullo de los filósofos no modificará un ápice ese estado de cosas; sólo la paciente prosecución del trabajo que todo lo subordina a una sola exigencia, la certeza, puede producir poco a poco un cambio. Cuando el caminante canta en la oscuridad, desmiente su estado de angustia, mas no por ello ve más claro" (S. Freud, "Inhibición, síntoma y angustia", Obras Completas, Ed. Amorrortu, Tomo XX, páginas 91-2).

Ver también mis artículos: "Psicoanálisis y práctica hospitalaria" y "El porvenir de las ilusiones modernas".

33. Jorge Alemán, op. cit., página 57.

34. Idem, página 59 (negritas mías).

35. Se comprende que esta haya sido la piedra de la discordia entre Freud y las versiones "liberadoras" del freudomarxismo como, por ejemplo, W. Reich, quien nunca aceptó la hipótesis de la pulsión de muerte.

36. "¿Una izquierda lacaniana? Cinco preguntas a Jorge Alemán", publicado en el nº 36 de la revista "Psicoanálisis y el Hospital", página 136.

37. Jorge Alemán, "Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos", página 16.

38. Ver "La pregunta por la técnica", en Martin Heidegger, "Conferencias y artículos", Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994, pp. 9-37.

39. Jorge Alemán, op. cit., página 52.

40. Idem.

Alemán no da la cita exacta de esta referencia de Heidegger. Buscando en internet encuentro que algunos autores refieren con vaguedad a una conferencia en Bremen, fechada a veces en 1945, otras en 1950, donde Heidegger habría planteado que "la fabricación de cadáveres en las cámaras de gas y la transformación de la agricultura en industria alimenticia son en esencia lo mismo". Otros asignan a un texto de 1949 la cita siguiente: "La agricultura es ahora una industria alimentaria motorizada, en cuanto a su esencia, lo mismo que la fabricación de cadáveres en las cámaras de gas y los campos de exterminio, lo

mismo que la fabricación de bombas de hidrógeno”.

41. Jorge Alemán, op. cit, páginas 52/3.

42. Idem, página 53.

43. Idem, página 23.

44. Idem, página 49 (negritas mías).

45. Idem, página 17 (negritas mías).

46. Si hay un vicio típico de la sociología vulgar es el de pretender darle estatuto de sujeto a cualquier categoría sociológica. Al respecto, ver el punto 3: “La noción de sujeto”, en “Los bordes problemáticos del psicoanálisis y la lucha de clases”.

47. Jorge Alemán, op. cit., página 20.

48. Idem.

49. Idem, página 48.

50. Por ejemplo, Bernstein o Kondratieff, entre los históricos, y más recientemente, Ernest Mandel, a nivel internacional, o Claudio Katz, a nivel local.

51. Pablo Rieznik, “Crisis mundial, nacionalismo y los límites de la economía de izquierda”, en “Un mundo maravilloso”, Pablo Rieznik (editor), Editorial Biblos, página 204.

52. Idem, página 200.

53. Idem, página 205 (negritas mías).

54. Idem.

55. Un reciente artículo del diario Clarín ejemplifica, aun de modo deformado, cómo la misma acumulación capitalista va reduciendo la posibilidad de producción de nuevo valor: “A juzgar por lo que gastó, al dueño del remozado restaurante Turuleca en el barrio de Boedo cada puesto de trabajo le salió 6.000 de dólares. En la otra punta, la ampliación de Aluar en Puerto Madryn, con un desembolso de 950 millones de dólares, significó 3,8 millones de dólares por cada uno de los 250 nuevos empleos que generó”, en “Cuánta plata hace falta para crear un puesto de trabajo”, diario Clarín del 9 de diciembre 2009.

56. Pablo Heller, “Tasa de ganancia y descomposición capitalista”, en “Un mundo maravilloso”, Pablo Rieznik (editor), Editorial Biblos, página 178.

57. Georges Soros, “El fundamentalismo de mercado ha provocado la peor crisis de los mercados de los últimos 60 años”, enero 2008.

58. Es llamativo ver, en los medios de comunicación, cómo los revisionistas y economistas burgueses pueden subrayar la profundidad de ciertas crisis para pasar inmediatamente al comentario de los parámetros que indicarían las vías de una “recuperación”, desinteresándose completamente del análisis de las consecuencias de esas crisis en cuanto a saqueo de bienes y ahorros y pauperización de sectores cada vez más amplios de la población, así como destrucción de infraestructura general y servicios sociales (educación, salud, etc.). Olvidan que en cada crisis, hay gente que pierde su casa, o su trabajo, que las escuelas y hospitales se degradan aún más, etc., y que esa degradación se profundiza crisis tras crisis. Cada día, así como tenemos celulares cada vez más

sofisticados, tenemos más pobres comiendo de basureras.

59. Jorge Alemán, op. cit., página 34.

60. Katerina Matsa, "Legalización de las drogas: un llamado a la apatía política (y un fraude)", en Prensa Obrera n° 1098 (3 de septiembre 2009).

61. Lo cual no significa que el marxismo pueda explicarlo "todo".

Obviamente, no faltarán quienes crean que el materialismo dialéctico podría, no sólo dar cuenta de "todos" los fenómenos subjetivos, sino incluso brindar una posición para "orientarlos". Pueden servir de ejemplo los debates sobre el arte en relación con las barbaridades de las pretensiones stalinistas del "realismo socialista" (ver al respecto, el "Manifiesto por un arte revolucionario independiente", firmado por André Bretón y León Trotsky, en el cual se hace una crítica radical al arte "soviético"). Otro ejemplo son los planteos del estilo de los de Fougeyrollas, ya debatidos y criticados en "Psicoanálisis y marxismo ¿un diálogo imposible?". Pero, justamente, lo que muestran tanto el ejemplo de Fougeyrollas como el del "realismo socialista" es que, a la hora de hacer estragos, la "religiosidad" de pretender reducir todas las cosas a una referencia "única" no distingue origen ni de clases sociales ni de partidos políticos.

62. Jacques-Alain Miller, "Hacia Pipol 4 - Contexto y apuestas del Encuentro - Textos fundamentales".

Ver también: Michel Sauval, "El psicoanálisis líquido".

63. Jorge Alemán, op. cit., página 24.

64. Idem, páginas 25/6.

65. Idem, página 26.

66. Idem, página 26.

67. Idem, página 11. Los términos de esta crítica no dejan de sorprender si recordamos que el mismo Alemán consideró también como "único" e "infalible" al "pensamiento de Lacan" respecto del duelo que debería hacer la "izquierda marxista". En el fondo, la "religiosidad" de Alemán es similar a la otros de signo opuesto (como, por ejemplo, Fougeyrollas, tal como mencioné en la nota a pie de página n° 61).

68. Jorge Alemán, op. cit., página 11.

69. Lo verifica la uniformidad de los comentarios del libro de Alemán en su adhesión a los fundamentos políticos del mismo (la "estructura" del "discurso capitalista" como nuevo paradigma de análisis de lo social, las referencias al "Otro que no existe" y el objeto a en el cenit social, etc.). Un buen ejemplo de ello es la presentación que hace Oscar Zack en el número 19 de la revista Virtualia (dedicada a la temática del "lazo social" y la "reinserción social").

70. Michel Sauval, "Los bordes problemáticos del psicoanálisis y la lucha de clases".

71. Jorge Alemán, op. cit., página 13.

72. Jacques-Alain Miller, "Acción de la estructura", en "Matemas I", Ed. Manantial, páginas 19/20.

73. Para quienes no conozcan la historia política de Argentina, una de las consignas de la derecha peronista (alentada por el propio Perón) era "ni yanquis ni marxistas, peronistas", con la que pretendían definir una "tercera posición" (respecto de una eventual referencia al imperialismo) desde donde atacar a la izquierda.

A los que les interese la historia de la "izquierda peronista" sugiero la lectura del libro de Alejandro Guerrero, "El peronismo armado", Editorial Norma, Buenos Aires 2009.

74. Ver al respecto las contundentes denuncias del PEF sobre la última elección de las autoridades de la Facultad de Psicología de la UBA, la denuncia de AGD (la gremial docente de la Universidad) sobre la elección de las autoridades de la UBA, o la denuncia de la Fuba (Federación Universitaria de Buenos Aires).

75. Ver texto de la "Carta abierta", en el "Diario Crítico":

<http://www.diariocritico.com/argentina/2008/Mayo/noticias/75012/carta-abierta-intelectuales-defensa-democracia.html>

Ver el nivel del "análisis político" que puede producir un Laclau, en el reportaje que le hace Página/12, en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-145804-2010-05-17.html>.

76. Ver, entre otros artículos, sobre estas conexiones: "Psicoanálisis y Marxismo: ¿un diálogo imposible?", publicado en los números 20 (mayo 1998) y 21 (octubre 1998) de la revista "En defensa del Marxismo", y "Los bordes problemáticos del psicoanálisis y la lucha de clases" (desgrabación de la primer clase del seminario homónimo organizado por el Centro de Estudiantes de Psicología de la Facultad de Psicología UBA, septiembre 2002).

77. Ni siquiera parámetros de alguna "política" pretendidamente propiamente "psicoanalítica", como la que oportunamente se quiso justificar, en la AMP, a título de "tercer criterio", en las "evaluaciones" del dispositivo del "pase".

78. A propósito de debates con Badiou y otras referencias "autonomistas", ver mi artículo "La ilusión autonomista".

79. No deja de ser ilustrativo que uno de los principales promotores del "grupo 501" haya recalado como gerente kirchnerista de Aerolíneas Argentinas: <http://www.cronista.com/notas/198092-el-otro-recalde-un-extrano-piloto-aerolineas>.

80. Ver nota a pie de página número 32.

81. Michel Sauval, "El psicoanálisis líquido", reconstrucción de la conferencia dada el 12 de septiembre de 2008 en el ciclo de Conferencias "El psicoanálisis y nuestra época" organizado por "Lazos, Institución Psicoanalítica de La Plata". Publicado en el número 25 de la revista "Acheronta".

Bibliografía

Jorge Alemán: "Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos", Grama Ediciones, Buenos Aires, 2009.

Jorge Alemán: "¿Una izquierda lacaniana? Cinco preguntas a Jorge Alemán", publicado en el n° 36 de la revista "Psicoanálisis y el hospital".

Jorge Altamira, "El alcance de la actual crisis mundial", en "En defensa del Marxismo" n° 23 (marzo 1999).

Zygmunt Bauman, "Del capitalismo como 'sistema parásito' ", publicado en "Revista Ñ" del domingo 27 de diciembre 2009.

Martín Heidegger: "La pregunta por la técnica", en "Conferencias y artículos", Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994, pp. 9-37.

Pablo Heller, "Tasa de ganancia y descomposición capitalista", en "Un mundo maravilloso", Pablo Rieznik (editor), Editorial Biblos.

Ernesto Laclau, Žilavoj Žizek y Judith Butler: "Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda", Fondo de Cultura, Buenos Aires 2003.

Katerina Matsa, "Legalización de las drogas: un llamado a la apatía política (y un fraude)", en Prensa Obrera n° 1.098 (3 de septiembre 2009).

Pablo Rabey: "El fracaso de la cumbre de Copenhague", en Prensa Obrera n° 1.112 (10 de diciembre 2009).

Pablo Rabey: "Si el planeta fuera un banco ya lo habrían salvado", en Prensa Obrera n° 1.113 (22 de diciembre 2009).

Pablo Rieznik, "Crisis mundial, nacionalismo y los límites de la economía de izquierda", en "Un mundo maravilloso", Pablo Rieznik (editor), Editorial Biblos.

Michel Sauval: "Sujeto y significante en psicoanálisis", Intervención como "Comentador Externo" en las V Jornadas de Investigación de la Maestría de Psicoanálisis (directora: Amelia Imbriano) de la Escuela de Graduados de la Universidad Argentina John F. Kennedy (realizadas el 14 de abril de 2007).

Michel Sauval: "Psicoanálisis y Marxismo: ¿un diálogo imposible?", publicado en los números 20 (mayo 1998) y 21 (octubre 1998) de la revista "En Defensa del Marxismo".

Michel Sauval: "Los bordes problemáticos del psicoanálisis y la lucha de clases" (desgrabación de la primer clase del seminario homónimo organizado por el Centro de Estudiantes de Psicología de la Facultad de Psicología UBA, septiembre/2002).

Michel Sauval: "El psicoanálisis líquido", reconstrucción de la conferencia dada el 12 de septiembre de 2008 en el ciclo de Conferencias "El psicoanálisis y nuestra época" organizado por "Lazos, Institución Psicoanalítica de La Plata". Publicado en el número 25 de la revista "Acheronta".

Michel Sauval: "Psicoanálisis y práctica hospitalaria", publicado en el número 23 de la revista "Acheronta".

Michel Sauval: "El porvenir de las ilusiones modernas".

